

LIMPIEZA GENERAL

Matienzo. — ¿Dónde pongo este retrato?

Alvear. — Archívelo.


Lleve usted
a su cuerpo
un nuevo
soplo de vida.



EN LA PENSION

Jorge Pintaura estaba contrariado porque tenía que cambiar pensión, si no dejaba de molestarle su vecino de cuarto.

Era afable y bueno, incapaz de molestar a nadie, y ni siquiera quería quejarse a la señora Mariana, tan atenta con sus cinco pensionistas, a quienes llamaba *hijos*, aunque algunos de ellos contaban más edad que ella.

Pero desde hacía alguna semanas el señor Torriani habíase vuelto completamente insoportable. Que bromease todo lo que se le antojase, durante el almuerzo o la cena, a Jorge Pintaura le importaba un comino. Callado por naturaleza, le agradaba escuchar, sobre todo cuando hablaba uno de esos hombres que tienen el don de contar anécdotas. El señor Torriani tenía esa virtud, aunque también la manía de discutir siempre sobre las crónicas policiales que aparecían en los diarios.

Por eso en la pensión le llamaban El Fiscal. Sus extravagancias divertían, y a veces también las juiciosas observaciones que de cuando en cuando salían de su boca, por aquella especie de cólera y la ironía con que acostumbraba decirlas.

Danzini solía decir:

—Las bromas de Torriani ayudan a digerir.

Había leído en un diario algo por el estilo y le agradaba repetirlo.

Los demás a menudo discutían, cual abogados, contra El Fiscal, provocándolo para que largase alguna de las gordas y reír luego...

Pintaura, entretanto, comía muy calladito, cómodamente, su regular ración, que la señora Mariana enviaba desde la cocina; pelaba su naranja o su durazno, única fruta que alternaba día por medio sin que nadie se quejara, y, luego encendiendo su medio toscano, que guardaba desde el almuerzo, quedábase allí algunos minutos, escuchando, con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza entre las manos, y saludaba y se iba sin preocuparle si El Fiscal había terminado su discusión o si seguía discutiendo.

Pero que al señor Torriani se le antojase continuar aun de noche, haciendo lo mismo, durante horas y horas seguidas, olvidándose de que en el cuarto contiguo vivía un pobre diablo que quería dormir ocho horas seguidas, porque estaba rendido a causa de su trabajo diario de tenedor de libros, no; eso no podía tolerarlo de ninguna manera!

Y sin embargo, tres o cuatro veces por noche lo despertaban los soliloquios del señor Torriani, que no tenía la amabilidad o la educación de hablar en voz baja. Era inútil que tosiera con insistencia, para que entendiese que en cuarto contiguo alguien había sido despertado con tan poca delicadeza. El Fiscal continuaba, tras pequeños intervalos, su violenta conversación. Unicamente callaba cuando por entre las rendijas de la ventana, empezaba a infiltrarse la débil luz del alba. Pintaura, que tenía que hacer toda clase de esfuerzos para no dormirse, por no llegar tarde a su empleo, lo oía roncar, y sabía que despertaría luego, pocos minutos antes del almuerzo

Antes de salir, un día, por fin, mientras tomaba el café, decidió quejarse a la señora Mariana.

—¡No puedo más! El sueño es más provechoso para mí que la comida. Llego a la oficina medio atontado; y mis compañeros se burlan de mí, imaginando quizás qué calaveradas!

—Será una enfermedad, cual la de los noctámbulos: a él le da por hablar solo...

—¡Qué se cure y vaya a hablar solo a otra parte! O de lo contrario tendré que irme yo... a pesar mio!

—¡No faltaría más! Es uno de mis primeros pensionistas desde hace muchos años. Muy puntual, a hora fija casi puede decirse, que paga y no es nada exigente.

—¿Pero qué profesión tiene? ¿No sabe nada usted? ¿No averiguó?

—Ah, para mí lo importante es que el pensionista pague puntualmente, y que sea aseado. Respecto a esto no transijo. En cuanto a lo demás, usted entenderá, hay que hacer la vista gorda, siempre, se entiende, que no hagan nada inconveniente.

—¿Y cómo remediar esto? Adviértale.

—¿Pero que dice? ¿Habla en voz alta?

—¡Bastante alto!; pero como la puerta es tan maciza, no se entiende nada.

Pintaura varias veces había saltado de la cama para escuchar qué diablos decía Torriani, cuando hablaba como si pelease con alguien. Pero había pescado únicamente algunas palabras, las más de las veces monosílabos y exclamaciones sin sentido. ¡Si por lo menos hubiera podido satisfacer la curiosidad de saber con qué estupideces — peores tal vez que las que decía en la mesa — se divertía Torriani declamando por la noche!

¡Ni siquiera esa pequeña satisfacción! Y por eso, por fin, aquella mañana, le dijo a la señora Mariana:

—¡O de lo contrario tendré que irme yo!

Que Torriani era un hombre algo misterioso se notaba en su aspecto. Aquella su gran barba negra que le cubría las mejillas, hasta bajo mismo de los ojos; aquellas tupidas cejas, que él procuraba dividir, sobre la nariz, arrancando los pelos del entrecejo; su mirada hosca, los labios húmedos y un modo raro de volverse y mirar en torno suyo, como sospechando, mientras hablaba; su voz gruesa y cavernosa; sus gestos nerviosos, todo, en fin, sin querer, inspiraba desconfianza a cualquiera que lo veía por primera vez.

Luego la impresión cambiaba un poco, sobre todo en quienes continuaban tratándole íntimamente como sus compañeros de pensión. Pero en ellos también de vez en cuando, tomaba cuerpo la primera idea, de que algo de misterioso había en el pasado de aquel hombre de vida tan ordenada y monótona.

Por el modo singular de buscarlas y leer las noticias sensacionales de las crónicas de policía, Danzini dijo un día que estaba convencido de que Torriani era un pesquisa. Ronchelli no pudo callar su sospecha de que probablemente fuera un espía disfrazado, llegando hasta el punto de dudar de que aquella su barba tupida y tan negra fuese natural. D'Arco dijo:

—Es un pobre diablo que se conforma viviendo pobremente con tal de no hacer nada. Déjenlo tranquilo.

—¡Pero, ¿y quién le hace nada? — contestó Ronchelli.

De modo que Torriani pudo seguir divirtiendo a los comensales con sus conversaciones.

Lo malo era que el pobre Pintaura, ahora pensando en que pronto lo despertarían, se volvía y revolvía en su lecho, consiguiendo apenas conciliar el sueño.

Y he aquí a Torriani que comienza: primero con frases lacónicas, cual si le gritara a alguien que se metió en su cuarto, y luego apremia, con preguntas y respuestas que él mismo se dirige — cosa que se entendía perfectamente, por el tono de su voz — hablando con tal ímpetu que parecía que no podía expresarse, que hablaba entre estertores.

Una noche en el café Raimondi, Pintaura le contó lo sucedido a un amigo suyo que estaba empleado en el telégrafo.

—Si deseas oír lo que dice tu vecino, te enseñaré un medio muy fácil de conseguirlo — le contestó el telegrafista. — Debes hacer un agujero en la puerta, un agujerito mejor, cosa que de día puedas taparlo. Luego haces un portavoz, una bocina, con media hoja de cartulina *bristol,* así...

Y con un diario hizo la muestra de lo dicho. A Pintaura le pareció que su amigo se burlaba de él.

—Yo mismo te la haré; es mejor. En realidad te enseño la manera de llevar a cabo una mala acción; pero en vista de que ese señor no tiene ni un poco de delicadeza... te divertirás; pero no debes comunicarme lo que oigas.

La primera noche que el improvisado aparato acústico fué colocado en la puerta, Pintaura no se quitó la ropa para ir a dormir; se echó sobre una poltrona junto a la puerta, en la cual había adosado un lavamanos, encendió un cigarro, apagó la luz y esperó un momento, sin creer en el resultado.

De repente se sobresaltó. La voz de Torriani se oía cual si él se hallase en el mismo cuarto.

—¿Todavía? ¿Todavía vuelves?... ¿No basta, entonces, que haya frotado con ajo verde el umbral de la puerta para impedir que entres? ¡Has sufrido... y has entrado!... ¡No, no! ¡Allá... no iré nunca! ¡Me horrorizas... más ahora que cuando estabas viva!

¿Con quien hablaba, entonces? A Pitaura se le helaba la sangre. No era un hombre de espíritu fuerte. Pero, aunque pensaba que Torriani podía ser presa de una gran alucinación, sintió que lo dominaba el miedo ante la idea de que iba a pre-



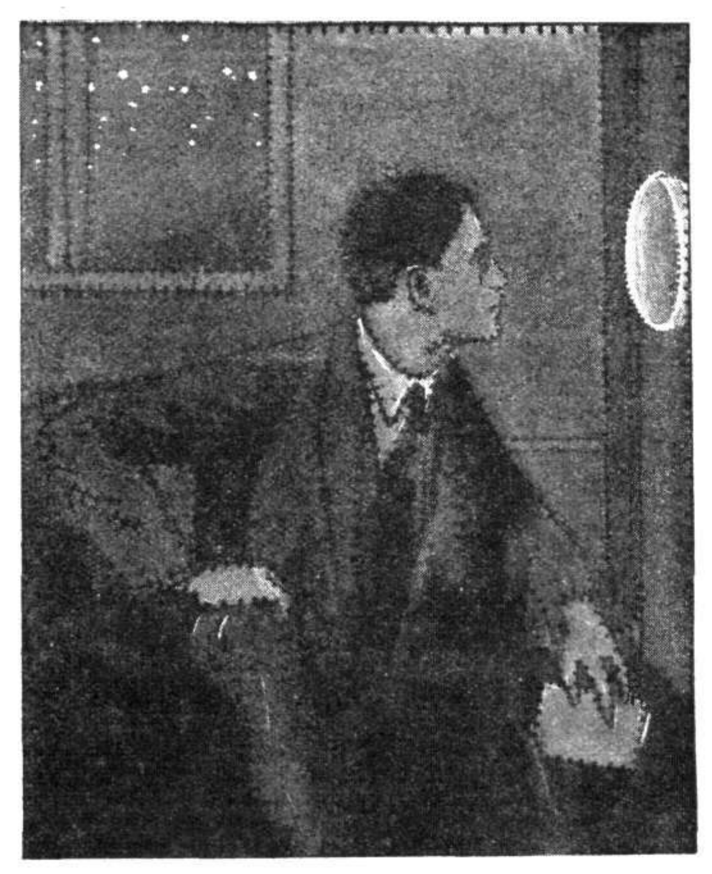
ANTES DE SALIR, UN DÍA, POR FIN, MIENTRAS TOMABA EL CAFÉ, DECIDIÓ QUEJARSE A LA SEÑORA MARIANA.

senciar algo extraordinario. Hubiera querido erguirse en pie, arrancar del agujero la cartulina que hacía de aparato acústico, e impedir que se oyeran las palabras de Torriani; pero le pareció que una fuerza superior lo tenía clavado en la poltrona.

Torriani volvía a hablar de nuevo:

—¿Cómo sucedió?... Pero si hace tiempo que lo sabes. ¿Deseas que te lo repita para hacerme sufrir?... No, no sufro... Hice lo que debía hacer; volvería a hacerlo de nuevo... si fuera posible... ¡Tú, tú, infame!... deberías sufrir al recordarlo!... Se ve que, estando muerta, eres más mala que cuando estabas viva... ¡No te acerques!... ¡No me toques!... ¡Me horrorizas! ¡No! ¡No!

Jorge Pintaura apenas podía respirar. El aparato acústico volvía tan fuerte, tan clara la voz de Torriani, que el pobre tenedor de libros hubiera deseado encender un fósforo para cerciorarse de que aquél en realidad no había entrado en su cuarto abriendo violentamente la puerta de comunicación con el suyo. Aunque, a decir verdad, no podía ser, porque debió apartar también el lavamanos y hubiese hecho algún ruido... Y, sin embargo, Pintaura intentaba coordinar sus ideas, sobre lo que había oído. ¿Se trataba de un drama, de un terrible drama que en realidad había sucedido, o la alucinación hacíale decir a Torriani cosas que justificaban aquellas engañosas visiones?



PINTAURA ESPERÓ, CON MUCHÍSIMA IMPACIENCIA, A QUE ANOCHECIESE.

Tendía el oído. Ahora oíase el jadear afanoso de un ser que sufría. Pintaura recordaba que, durante una pesadilla, años atrás, había sentido sobre su pecho el pesado cuerpo de una persona, que parecía que intentaba sofocarlo: deseaba pedir auxilio, y no podía; deseaba librarse de aquel peso que lo oprimía y no conseguía ni siquiera hacer el más pequeño movimiento... Algo parecido debía sucederle a Torriani... ¡Pero... todas las noches! ¿Desde hacía quizás cuantas noches? Y luego que, hablaba sin esfuerzos, como persona bien despierta...

—¡Mientes! — gritó Torriani en aquel momento. — Te seguí, no te perdí de vista ni un solo instante... ¡Ah, qué rápido andabas, sonriéndote más bien los ojos que los labios, deslizándote entre el gentío que llenaba las veredas... ¿Tenías prisa, eh? ¡Tenías prisa!... ¿A casa de la modista?... ¡Mientes!... ¿A casa de una amiga... ahora recuerdas mejor?... ¡Mientes! ¿Qué me importaba de él?... El había encontrado por la calle, una de esas... que se venden durante media hora, o algo más... No creas que te creyó otra cosa, ¿entiendes?... Pero el desdichado quedó hechizado, entre las redes de tus perfidias.... como yo! ¡Igual que yo!... ¡Si no hubiese existido yo, el único obstáculo, se hubiera casado contigo... como yo!... Tú sola eras responsable del mal que me habías hecho... Mal, no deshonra... Cada cual debe rendir cuenta únicamente de sus actos; y por eso yo, aun después de lo sucedido, soy un honrado caballero!... mas tú me has hecho sufrir penas atroces. ¡Te amaba!... ¡Oh, cómo te amaba! El amor me volvía completamente ciego... ¿Qué te costaba ser buena y honesta?... ¡No te retuerzas!... ¡No delires!... La verdad ofende... ¿Qué dices? ¿Qué dices?

Durante los pocos minutos de silencio que siguieron a las apremiantes preguntas aquellas, Pintaura no sabía si estaba despierto o si soñaba. A veces le parecía que había presenciado el ensayo de un actor que iba a recitar un *monólogo*... ¡Pero no! ¡Era imposible! No existía actor alguno que produjese con su voz, por más eficaz que fuera — el gesto y las facciones del rostro no se veían—la terrorífica sensación de las palabras de Torriani.

—¿No estás aún completamente muerta? — volvió a decir la voz vibrante de él.

Pintaura esperó con ansiedad la respuesta.

En cambio oyó murmurar:

—¡Muy bien! ¡Se fué!

Y durante aquella noche no oye nada más.

Torriani entró en el comedor con un diario en la mano.

Pintaura, que ya se hallaba sentado en su sitio y desplegaba su servilleta, lo miró fijamente, por si notaba alguna señal en su rostro de la agitación de la noche anterior. Torriani estaba tranquilo, sereno; y únicamente sacudía con extraña nerviosidad el diario, y emitía al sentarse, sus acostumbrados y pequeños gruñidos con que anunciaba su papel de Fiscal. Y en realidad, empezó en seguida.

—¡Es para reírse! ¡No consiguen descubrir lo que, puede decirse, está al alcance de sus ojos, y desentierran cosas tan viejas! ¿No tienen nada más que hacer vuestros jueces y vuestra policía?... Digo vuestros por usted, Ronchelli, que está empleado en *Los Tribunales*, en *La Casa de Justicia*.. ¡Justicia! Existe una sola: la que cada cual puede

hacer con sus propias manos ¿Qué alguien se equivoca? La justicia se equivoca peor. Por suerte ella no puede ya cortar cabezas, cosa que no podría colocar luego en su sitio; pero si comete un error, no se apresura a repararlo. ¡El perdón, para un inocente condenado, no es una reparación, es una grave ofensa! ¡Es para reírse!... ¡No bastan los jueces de instrucción y la policía; ahora también se entremeten los periodistas! ¡Y aquí tenemos a uno que afirma haber descubierto un nuevo rastro; y he aquí a los jueces y a la policía que lo persiguen afanosamente! Pero yo pregunto, ¿proceden seriamente?... ¡Ah! El desdichado matador, para ellos, debía pedirle permiso... a los superiores: — ¿Puedo o no puedo matar? — Estaría bien fresco aún si esperaba que le contestasen: — ¡Hemos abolido la pena de muerte! — ¿Quién les impuso tal cosa? Matar es... una ley natural. ¿He dicho acaso una barbaridad? Hable, hable no más, señor Danzini; me gusta discutir. Hay verdades que asustan. No debía ser así... El señor Pintaura piensa lo mismo que yo... ¿No? Me había parecido.

Pintaura, en ese instante, pensaba:

—¡Este cometió un gran delito y le remuerde la conciencia!

Mientras comía y hablaba, o dejaba de comer para hablar, o interrumpía su conversación para comer de nuevo, la voz, los gestos y las miradas de Torriani demostraban una nerviosidad que superaba muchísimo al interés que podía despertar en él una crónica como aquélla.

Pintaura esperó, con muchísima impaciencia, a que anocheciese, después de haber leído en el diario que empezaba a aclararse algo sobre el asesinato de una joven, acaecido cinco años atrás. Colocó nuevamente el aparato en su sitio, sentóse sobre la poltrona y, apagando la luz, esta vez esperó un buen rato. Oía crujir la cama, sobre la cual Torriani parecía que no podía estarse quieto, y oía algo así como una escala de semitonos producida por el continuo bostezar de él; pero eran las once y el hombre callaba. De repente estalló en el cuarto un formidable:

—¡No!... ¿Por qué debo acusarme?... ¿Para espiar?... ¡Más bien para darte el gusto a ti!... ¡Pero es que yo desearía probar otra vez la voluptuosa sensación del escalofrío que sentiste cuando la hoja de mi cuchillo penetró en el medio de tu corazón y lo partió como una manzana... ¿Y no estás aún completamente muerta?... ¿Después de cinco años? ¡Ah! ¡Las mujeres perversas tienen el pellejo muy duro!... ¿Por qué? ¿No estás aún completamente muerta?... ¿Por qué me amas? ¿Tanto me amas... que no puedes morir? Debería estar loco para creerte. ¿Y me has amado... también en el otro? En los otros quizás. ¡En todos, oh, tanto!... ¡Odiame! ¡Quiero que me odies! ¡Que me odies terriblemente!... ¿No puedes? ¡ Y bien, que tu amor sea tu infierno! ¡Sí, sí! ¡Eso deseo!

Torriani hace rechinar sus dientes. Su voz se oía ya de un lado o bien del otro, como de quien pasea nerviosamente por el cuarto. Luego parece que le entraron una ganas locas de reírse:

—¡Ja, ja!... ¡No está aún completamente muerta! ¡Ja, ja! ¡Por qué me ama tanto!... ¡Ja, ja! ¡Tanto!

A Pintaura no le cabía duda alguna ya. Había descubierto un misterioso delito que estaba impune. ¿Qué hacer? ¿Callar? ¿Denunciarlo? ¿Y qué pruebas tenía para ello? Estaba obsesionado por la sospecha de que adivinaran en su rostro aquella especie de remordimiento que lo torturaba incesantemente, temía que todos lo mirasen murmurando: ¡El sabe! ¡El sabe!

Después de aquella noche no había vuelto a escuchar. Tapó el agujerito de la puerta y deshizo el aparato acústico. Por precaución, al acostarse, se tapaba los oídos con algodón... ¡Era inútil! El secreto estaba encerrado en su pecho, y parecía que fermentase!

Entretanto Torriani volvía a ser de nuevo *El Fiscal* de antes, iracundo, desdeñoso, inexorable contra la justicia y sus empleados; pero encanecía a ojos vistas, y se arrastraba por las calles lentamente, cansado, extenuado por un mal que parecía que no notaba, o que fingía no notar.

Un domingo Pintaura lo encontró en el descanso de la escalera y lo paró:

—¿Cómo le va, estimado Torriani?

—¡No hay remedio ya! ¡Me ha envenenado por completo!

—¿Quién?

—¡Ella!... ¡Ella!... Por venganza... ¡Cállese!... ¡Puede hacerle daño a usted también!... ¡Después de cinco años, Pintaura! ¡Silencio! ¡Cállese! ¡Silencio!

—¡Vamos! ¿Es posible que un hombre de buen sentido como usted diga semejantes cosas?

—¡Si usted supiera! ¡Si usted supiera!

Pintaura no pudo contener un movimiento afirmativo que hizo con la cabeza. Torriani abrió los ojos de par en par y lo miró fijamente, tocó el timbre eléctrico de la puerta; y cuando la mujer salió a abrirle entró en la casa como si deseara huír de un fastidioso interrogatorio.

Y Jorge Pintaura: —¡Si usted supiera! ¡Si usted supiera!—nunca supo si en realidad se trataba de una inexplicable alucinación o de una terrible realidad.

Torriani, después de algunos días, había desaparecido misteriosamente.

Había llevado con él su secreto.

L U I G I C A P U A N A

TRADUCCIÓN DE MARIO CATALDO MARCIAL

DIBUJOS DE BESARES



LA CADENA ROTA



El sargento Roy Murray, de la Real Policía Montada del Nordeste, meditaba sobre la forma extraña en que el destino había jugado a vida o muerte, al hacer que la carta de Stanley Levine llegara a las manos del jefe con dos días de atraso. No había por qué extrañarse de que en la región montañosa de Alberta (Canadá) un desprendimiento causara el atraso del correo: pero era poco común que una carta marcada "personal" llegara a las manos del jefe con tanto atraso.

La carta de Levine era un grito de angustia que no permitía demora.

"La policía del fuerte es ahora mi única esperanza — decía la extraña nota. — Si ustedes me abandonan, si la ley que ustedes han jurado hacer respetar me abandona, soy hombre muerto, muerto bajo las mismas narices de aquellos que son pagados para protegerme contra los asesinos, que no reconocen la ley de ningún país. Mis movimientos son espiados y no me atrevo a ir hasta usted. Si uno de sus hombres no viene para antes del 26 de septiembre, tres días desde la fecha de ésta, será demasiado tarde. Pongo mi vida en sus manos."

— No sé si Levine se habrá vuelto loco por la vida tan solitaria que hace, o si realmente algún peligro le amenaza — dijo el jefe a Murray. — Lo mejor es que se ponga en camino lo antes posible para ver qué es lo que pasa. Según la carta es demasiado tarde, pero eso no es culpa nuestra.

....

Al caer la tarde, después de todo un día de cabalgar, Murray desmontaba en la pequeña planicie frente al rancho de Levine. Estaba construído en el centro de un pinar, sobre la falda de una montaña, dando frente a un vallecito cortado por uno de los innumerables arroyos que afluyen al río Bow.

Aunque habituado como el sargento lo estaba al silencio de las montañas, la solemne calma que rodeaba al rancho le llenó la mente de funestos presentimientos. No había ni una señal de vida. Ni la menor espiral de humo sobre la chimenea. Una fría brisa bajaba desde los obscuros picos. Tembló un poco. Entonces, con una sacudida, deshechó los pensamientos que le asediaban, ató las riendas del caballo a una rama y llamó.

El eco repercutió como si hubiera llamado en una casa vacía. Nada se movió a su alrededor.

Llamó nuevamente, más fuerte.

Por tercera vez llamó con repetidos e insistentes golpes.

Vaciló, tenía que entrar, era su deber. Sin embargo experimentó una profunda repugnancia, como si supiera lo que adentro iba a encontrar.

Antes de forzar la puerta dirigió una última mirada a su alrededor. Su caballo, generalmente pacífico y quieto, estaba intranquilo; parecía como si en el olfato hubiera algo que lo incomodara. Murray no podía comprender la causa de su inquietud. La noche se le venía encima y el frío se hacía por momentos más intenso. El corazón le palpitaba con tanta fuerza que parecía querérsele salir del pecho. Empujó la puerta y entró.

Tan pronto atravesó el umbral se quedó paralizado, como si se hubiera convertido en piedra.

El interior ofrecía un raro contraste con la apariencia de la choza. Ricos bordados y encajes abundaban por todas partes, hasta para cubrir el interior del techo de tablas; las paredes estaban literalmente ocultas por estanterías llenas de libros. Una estufa rusa de complicado mecanismo descansaba sobre su pedestal en uno de los rincones. Excelentes grabados cubrían los pequeños espacios que quedaban libres. Los útiles de cocina daban una nota ridícula en aquellos lugares. Pero ninguna de estas cosas tan fuera de lo común fueron la causa que paralizó al sargento. Sobre su lecho, frente a la puerta y cerca de la pared, reposaba Levine, inmóvil, la cabeza caída hacia atrás, los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en el techo, la quijada inferior apoyada sobre el pecho.

— ¡ Santo Dios ! ¡ Está muerto !

Murray dejó escapar las palabras en voz alta, casi como un grito. Sus mismas palabras le causaron un sobresalto.

Atravesó la puerta de la habitación y se paró al lado de la cama, mirando al rígido e inmóvil cuerpo. La cara parecía la de un estudioso. La frente ancha; los negros ojos mirando fantásticamente y fijos en el techo, la nariz aguileña, pero de delicada forma. Murray, desabrochándole la camisa, metió la mano en busca del corazón. El efecto fué como si hubiera tocado una losa de mármol, Ni una vibración de vida. El lo sabía, pero, sin embargo, quería asegurarse. Al retirar la mano notó algo raro en el pecho. Se agachó más para ver mejor: era un tatuaje maravillosamente trabajado lo que le había llamado la atención.

Representaba dos eslabones de una cadena, rotos.

Un cuidadoso examen del cuerpo le demostró que no había heridas, ni siquiera un rasguño o señal de golpes.

Después de dejar el cuerpo en la misma posición que lo había encontrado se entregó a una minuciosa investigación en la habitación. Sus ojos tenían una expresión de duda. Al pasar la vista a su alrededor notó en la pared un almanaque con una extraña marca roja.

La hoja correspondía al mes de septiembre y en el espacio, a un costado del número 26, había un dibujo en rojo con simples líneas, representando los dos eslabones rotos de una cadena.

Había algo macabro en aquel signo, repetido primero en el pecho del muerto y después en el almanaque, precisamente en la hoja correspondiente a la fecha que tanto había aterrorizado a Levine.

Al lado de la cama había una mesita, sobre la que Murray halló un sobre. Lo levantó y vió que estaba dirigido así:

"A la Policía Montada o a quien me encuentre."

Murray lo abrió y sacó una nota fechada en septiembre 26, el día anterior, que decía:

"La ayuda que pedí no me llegó. Al que encuentre esto, salvo que sea un *eslabón de la Cadena Rota*, le pido una cosa: que espere aquí hasta la media noche del 28. Es el último ruego de un moribundo. Si usted lo escucha, no debe dejar este lugar ni por un minuto. Espere y observe. En cuanto a mí, todo ha terminado. Pero aún la muerte es mejor que la vida, tal como yo la he conocido durante los últimos meses."

La estupefacción del policía aumentaba según iba leyendo.

Si Levine ha sido muerto, como él lo había previsto en su primera carta, entonces el asesino no había completado su obra, dejando a la víctima en condiciones de poder escribir aquel último mensaje antes de morir; y también, ¿cómo se había arreglado el asesino y qué arma había usado para no dejar ni la menor traza en el cuerpo de la víctima? Esto preocupaba al sargento.

—¿Por qué no habrá dejado alguna indicación el moribundo sobre la persona que lo mató? — se preguntaba Murray. — Y sobre todo, ¿qué quiere decir esta misteriosa Cadena Rota, cuyo hilo, corriendo a través de la telaraña de muerte y terror, parece indicar algo fantástico? ¿Qué significará esto de que me espere aquí? — volvió a preguntarse en voz alta. Seguramente que él no creía que el asesino volvería a cerciorarse de que su obra estaba completa. Esto no era razonable.

Murray salió de la choza. Su caballo estaba aun inquieto. Ahora sabía la razón. Le quitó la montura y le metió en una especie de corral que Levine tenía para su caballo, volviendo luego a la choza.

Como había resuelto esperar, era natural que se ocupara de las necesidades en que lo envolvía su decisión. Se fué hacia la estufa con la intención de encenderla y en la seguridad de que Levine guardaría en alguna parte algo para comer. Al levantar la tapa notó que adentro había algunos papeles quemados, y en la creencia que pudieran dar la clave de aquel misterio, los sacó cuidadosamente y los colocó sobre la mesa que había en el centro de la habitación. Solamente uno de ellos no estaba completamente consumido y su interés aumento al notar que era una fórmula telegráfica.

El telegrama estaba fechado en Victoria (Canadá), el 23 de septiembre, y contenía sólo cuatro palabras, pero palabras fatales, de mortal importancia: "La cadena está rota".

Prosiguiendo sus pesquisas, logró hallar provisiones a las que hizo debido honor.

Después de cenar tornó a curiosear todos los objetos que había en la habitación.

....

La noche tendió su manto. Murray se envolvió en una manta de pieles que encontró allí, y se retiró a una pequeña habitación que quedaba en uno de los ángulos de la choza. La compañía de la figura inmóvil sobre el colchón no le era muy agradable. Antes de retirarse tapó el cuerpo con una colcha y redujo la llama de la lámpara.

Tan pronto como se había acomodado en la silla, casi completamente cubierto con la piel, empezaron a cruzar por su imaginación ideas promovidas por las presunciones que alborotaban su mente.

—¡Tal vez Levine no está muerto!

Al principio desechó la idea como ridícula, pero como persistiera, pronto encontró razones, por lo menos, de las probabilidades.

—¿Quién sabe si no habrá tomado alguna cosa para parecer muerto? Los indios conocen la raíz de una planta que produce esos efectos — argumentaba cuando la sugestión tomó cuerpo en su mente.

Finalmente, las ideas lo atormentaron tanto que no pudo quedar por más tiempo allí. Se fué a la habitación donde estaba el cuerpo de Levine, levantó la manta y, volviendo a subir la mecha de la lámpara, la arrimó a la rígida cara. Se estremeció; después, agachándose sobre el pálido rostro con la respiración suspendida por la tensión del momento, se quedó con la mirada fija en la cara del muerto.

—Claro, debe haber sido una ilusión el que lo vi moverse — se dijo al dejar de nuevo la lámpara sobre la mesa.

Recordó que si uno mira a la cara de un muerto, las facciones parecen impregnarse con una corriente de vida; que se espera ver los labios moverse, las pestañas temblar, una voz. Solamente después de separar la vista por un momento aparece la desilusión.

Volvió a su silla siempre perseguido por extrañas ideas. El caballo estaba aún inquieto; desde su asiento podía oír los pequeños relinchos de nerviosidad. Debía haber alguna razón para aquella alarma; su caballo estaba demasiado adiestrado para asustarse de las sombras. Creyó que tal vez sería algún animal salvaje de los muchos que merodean en la obscura selva. De pronto se le ocurrió que tal vez sería lo que tenía que esperar.

El corazón le palpitaba angustiado; empuñó el revólver y se levantó, silencioso, escuchando como nunca había escuchado antes.

Algo se movía afuera, cautelosamente. Una sombra pasó a través de una de las pequeñas ventanas. Murray no se movió del rincón para evitar que la luz lo delatara. El débil crujido que producían los pasos del desconocido sobre las hojas secas, se acercaba a la puerta.

Después de una corta pausa, que al sargento le pareció una eternidad, la puerta empezó a moverse con suavidad. Murray, con toda intención la había dejado cerrada, pero sin llave.

Una forma obscura se introdujo en la habitación, cerrando después la puerta silenciosamente. Con alguna desconfianza se adelantó hacia la cama. Al ser iluminado por la mortecina luz de la lámpara, lanzó inquieta y desesperada mirada. Lo que siguió fué tan rápido que ni el mismo sargento pudo darse cuenta hasta después de ocurrido.

Un salto, algo reluciente subir y bajar dos veces sobre el cuerpo de Levine, acompañado cada movimiento con un gruñido.

Entonces todo se presentó claro a la vista del sargento. Aquel hombre era el asesino que Levine había mencionado en su primera carta, el mismo cuya visita había previsto en la segunda carta. Creyendo a su próxima víctima dormida, le hun-

dió el cuchillo por dos veces en el pecho. ¡Había apuñalado un cadáver!

De sus labios salieron como una racha exclamaciones en un idioma que Murray no pudo comprender.

Entonces el de la Policía Montada se adelantó, enfilándole con su revólver.

—¡Manos arriba! — ordenó.

El hombre se estremeció, dejando escapar un grito de terror y sorpresa. Pero antes de que el policía tuviera tiempo de verle la cara, la lámpara rodó por el suelo, dejando a la habitación en la mayor obscuridad.

cuchillo se había clavado a no muchos centímetros de su cabeza.

Cada uno se acurrucó en la obscuridad, temiendo hasta de respirar, esperando que algún movimiento indicara la posición del otro. A Murray no le pareció prudente volver a disparar, ni aunque hubiera conocido la posición de su contrario; el fogonazo lo delataría nuevamente y, con toda seguridad, el asesino llevaría un revólver además del cuchillo.

Los dos vivos parecían hacer competencia con el silencio del muerto.

Pero la activa mente del policía tuvo una feliz



El sargento hizo fuego aturdiendo el reducido espacio con el ruido de los disparos, al mismo tiempo que la atmósfera se llenó con el irritante olor de la pólvora.

Tres disparos hizo en la dirección que imaginaba se encontraría el blanco.

—¡Suisss... dad!

Aunque Murray no podía ver, adivinó lo que había pasado. Sus tiros habían errado, y, guiado por los fogonazos, el asesino le había tirado el cuchillo, el que, al errar su objetivo, se había clavado en la pared de madera. Por el golpe y la vibración el sargento comprendió que la punta del

idea. Sacando uno de los cartuchos del cinturón lo tiró en el centro de la habitación. El resultado esperado fué instantáneo.

Dos fogonazos rompieron las tinieblas. El otro había hecho fuego en la dirección del ruido.

Cuando aun el eco del último disparo no había cesado, el policía saltaba sobre su hombre. Se proponía tomarlo vivo para poder descifrar el enigma de la Cadena Rota. Al arrojarse sobre él su primera idea fué quitarle el arma. La embestida fué tan brusca que ambos rodaron por el suelo. Murray había conseguido su objeto. Un gruñido de dolor, seguido del ruido del choque de un cuerpo duro

contra la madera del piso, le indicó que la mano cuya muñeca retorcía había soltado el arma. Entonces empezó la lucha a brazo partido.

Mientras los dos rodaban por el suelo, el policía tuvo la desgracia de ir a pegarse con la nuca en la pata de hierro de la cama. Por un momento quedó paralizado, soltando la presa.

Aquellos segundos de tregua fueron suficientes para que el desconocido se arrastrara hasta encontrar la puerta.

En el momento que el sargento se levantaba se abrió la puerta, y vió con sorpresa que su hombre se le escapaba. Unos segundos más y se desvanecería en la obscura espesura irremediablemente para siempre. Pero Murray no estaba dispuesto a perder la presa que ya tanto le había dado que hacer. De unos cuantos saltos se plantó al lado de su perseguido antes de que tuviera tiempo de salir de la pequeña esplanada. Cayó sobre sus espaldas y rodaron nuevamente por el suelo. La lucha empezó otra vez.

Al principio, el sargento se limitó a aferrarse a su hombre, con algo así como el instinto de un perro de presa que, jadeante, magullado y sangriento, rehusa soltar su dentellada. Gradualmente su cerebro se despejaba de los efectos del golpe. Una sensación de alegría le hizo estremecerse al notar que su contrario se desfallecía bajo la fuerte presión de sus brazos. El otro debería haberse dado cuenta, pues con un último esfuerzo trató de desprenderse. No lo consiguió, pero, sin embargo, pudo alcanzar con su mano la garganta del policía.

Murray dejó escapar un grito de rabia y de dolor. Los dedos le oprimían la garganta tenazmente, produciéndole un angustioso dolor. Separando el cuerpo un poco, levantó la rodilla y se dejó caer con todo su peso sobre el estómago de su rival.

Sonó una tos como un quejido, y el desconocido se encogió hasta casi tocar las rodillas con la cabeza. El sargento, para estar más seguro y tal vez impulsado por la rabia, con el revólver le aplicó un culetazo en el cráneo.

....

Cuando volvió en sí el desconocido, se encontró medio tendido en una silla y con un par de esposas que le apretaban las muñecas. Frente a él estaba sentado el sargento, con la cabeza vendada y los ojos sanguinolentos.

—¿Quién es usted — le preguntó al policía.

—Soy de la Policía Montada y usted está arrestado.

Una expresión de triunfo apareció en la cara del desconocido, la que tornó primeramente en miedo y después en resignación.

Murray se levantó y, dirigiéndose a la cama, levanta la manta que cubría al cadáver.

—Mire — le dijo. — Usted vino aquí para matarlo. Supongo que usted sabe lo que hacemos en este país con los asesinos.

—Sí, pero aunque él hubiera tenido cien vidas que quitarle y yo cien que perder, hubiera hecho exactamente lo mismo.

—Bueno, no vamos a adelantar nada con esto. Mejor es que me diga de una vez su historia.

El desconocido vaciló al principio, pero después se dispuso a hablar.

—Hace veinte años, siendo estudiantes, Levine y yo tuvimos que escapar de Rusia por cuestiones políticas. Después de cierto tiempo volvimos a nuestro país con algunos fondos, y formamos una sociedad secreta entre gente joven, como nosotros. Nuestra sociedad se componía sólo de doce miembros y nos habíamos propuesto librar a nuestro país de la tiranía que le oprimía. Justamente en el momento que nos proponíamos quitar de en medio a uno de los tiranos, todos nosotros, excepto Levine, fuimos arrestados. No quiero entrar en detalles, pero le diré que fuimos enviados a Sibería por el resto de nuestros días. Allí juramos solemnemente que si alguno de nosotros conseguía libertarse, tendría que buscar a Levine en cualquier parte del mundo donde estuviera y matarle. Cinco de nuestros compañeros murieron en aquellas desoladas regiones. Después vino la revolución que nos devolvió la libertad a los seis restantes. La suerte quiso que a mí me tocara poner en ejecución nuestro juramento. Nosotros sabíamos el paradero de Levine por el banquero que le mandaba dinero. El resto usted lo sabe.

—Pero ¿qué significa esa cadena rota? — le preguntó Murray.

—¡Ah! ¿Usted sabía algo sobre eso? Ese era el signo y nombre de nuestra sociedad. Nuestro objeto era romper las cadenas que oprimían a nuestro desgraciado país. Si usted quiere ver mi espalda, encontrará el rastro de los sufrimientos que yo y mis compañeros tuvimos que soportar por la traición de Levine.

El desconocido le dijo que registrase en uno de los bolsillos del chaleco. Murray encontró un pequeño objeto que puso sobre la mesa.

—Fíjese en esto.

Murray lo levantó de la mesa. Era una cajita del tamaño de las de píldoras, con una representación microscópica en la tapa de la Cadena Rota.

Levantó la cabeza para decirle al desconocido que cuando él apuñaló a Levine hacía más de seis horas que estaba muerto, pero se detuvo al notar la contraída cara del preso.

—No creo que usted me va a detener — le dijo con palabras entrecortadas como si tuviera algún sufrimento interno. — Ya he tenido suficiente con las prisiones. Todos nosotros llevamos una de esas cajitas con una píldora... para el caso... de... que la... vida se nos... haga... imposible.

Su voz era débil y su mirada perdida.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho con un murmullo que pareció un suspiro.

¡Estaba muerto!



LAS CARRERAS MAS PRODUCTIVAS DEL SIGLO XX



BOXEADOR.



DELEGADO A LA LIGA DE LAS NACIONES.



MATADOR DE TOROS.



JOCKEY



TENOR DE OPERA.



PINTOR DE MODA.



ALTO EMPLEADO EN LA COMISION PARA EXTINGUIR LA LANGOSTA.

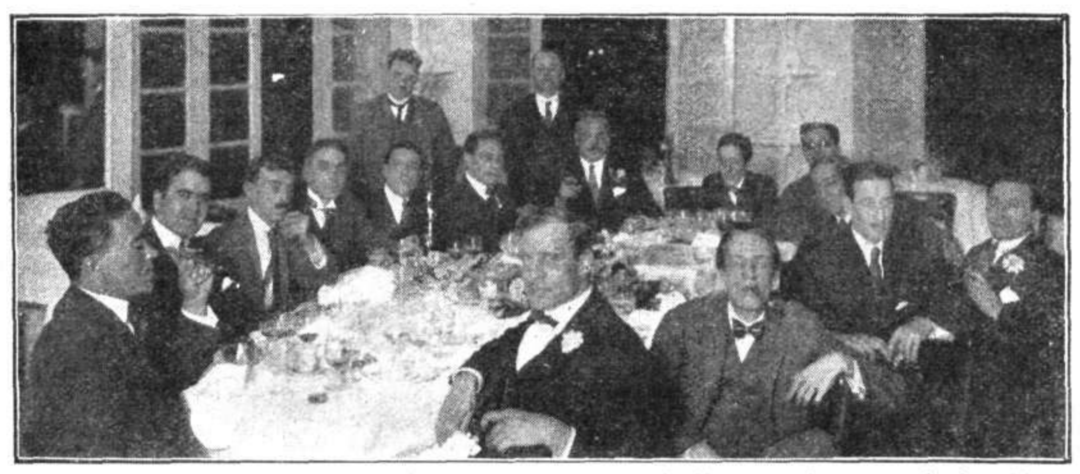


ACAPARADOR DE ARTICULOS ALIMENTICIOS.



CAPITALISTA DE QUINIELAS.

DIBUJO DE REDONDO.



Banquete ofrecido por los repórteres gráficos de la prensa carioca al señor Joaquín Chiavazza, nuestro corresponsal en los festejos del Centenario. Ofreció el homenaje el señor Jaime Ramalho, contestando Chiavazza en sentidas palabras.

MOVIMIENTO ESPERANTISTA

En la Secretaría de la Liga de las Naciones, domiciliada en Ginebra, reunidos los educadores de 28 países y delegados oficiales de 16 gobiernos, acordaron iniciar una enérgica campaña esperantista, dada su convicción de que el fundamento del deplorable estado actual en el que se encuentra el mundo civilizado es esa incomprensión y desconfianza que separa a los pueblos unos de otros.

Consideran al idioma esperanto como una de las más valiosas contribuciones para la solución del problema de la reconstrucción del mundo, y afirman su convicción de que él al lado de las lenguas culturales nacionales debe integrarse en el programa educativo de todo país civilizado. Según su opinión, el esperanto debe ser enseñado a los niños como primera lengua después de la materna, e introducido ya en el programa de enseñanza de primer grado. La posesión del esperanto despierta en los discípulos una efición más real sobre la geografía e historia mundial; un interés mayor y de más simpatía hacia los pueblos extranjeros, sobre sus costumbres, literatura y arte. Esto se efectúa por medio del intercambio de cartas, postales ilustradas y dibujos entre niños de diferentes países y con la lectura de periódicos internacionales en esperanto.



A Toda Edad
PATE PECTORALE
A L'
IODEINE MONTAGU
MONTAGU
Que hacer para no toser?
Tener siempre a mano una caja de
Pastillas Iodeina Montagu
A diferencia de lo que sucede con las muchas pastillas pectorales, que en su mayoría no pasan de ser simples bombones de confitería, la pastilla de Iodeína Montagu es un verdadero medicamento aunque, por excepción, agradabilísimo.
Calma la tos de modo maravilloso, hace desaparecer de la garganta la comezón e impide la irritación de los bronquios, hace más fácil la respiración y favorece, agotándola luego, la expectoración.
ES muy buen remedio para: Resfrío, Ronquera, Bronquitis, Ahogos, Asma, Enfisema, Tuberculosis, Catarros de los ancianos, etc., etc.
Montagu-49, Bd. de Port Royal - París
DEPOSITO GENERAL:
Farmacia Franco-Inglesa
LA MAYOR DEL MUNDO
Sarmiento y Florida-Buenos Aires
YACO

Demostraciones

Banquete ofrecido por el Círculo Andaluz al ilustre pintor español, señor José Cruz Herrera.

Concurrentes al almuerzo ofrecido por los socios de la Corporación Profesional de Protésicos Dentistas a sus colegas paraguayos.

Tanto las Estrellas del Teatro Argentino como las del Londinense



coinciden en afirmar que para el embellecimiento de la tez no existe substancia alguna de efectos tan maravillosamente eficaces como la

CERA PURA MERCOLIZADA



María Esther Lerena.

"Nuestra cara difícilmente resistiría a la deletérea acción de los afeites que se usan en las caracterizaciones teatrales, si no pudiéramos contar con la cera mercolizada que tiene la propiedad de devolver a la piel su natural y primitiva tersura."

María Esther Lerena

María Esther Podestá de Pomar.

"De los numerosos preparados de tocador que me ha tocado en suerte probar, ninguno puede sufrir el parangón con la cera pura mercolizada, pues es el único que logra dar a la tez ese aspecto siempre brillante y terso que constituye el complemento necesario de un rostro hermoso."

María Esther P. de Pomar

Si su cara demuestra imperfecciones: arrugas, manchas o palidez, solamente conseguirá Vd. empeorarla con el uso de afeites, cremas y lociones. Renuévela Vd., empleando cera pura mercolizada que, aplicada como si fuera cold-cream, hace que, gradualmente y sin dolor, desaparezca en partículas imperceptibles toda la cutícula vieja, dejando al descubierto el nuevo, sano y sonrosado cutis que toda mujer posee debajo del viejo. Y ésto... mientras Vd. duerma.



Gladys Cooper.

"Para la renovación del cutis no hay ninguna substancia cuya eficacia pueda ser comparada con la de la cera mercolizada, pues, ésta, aplicada durante unas cuantas noches, hace que la cutícula vieja desaparezca, por medio de una suave absorción. La cara, tratada de esta manera, bien pronto aparece completamente rejuvenecida.

Gladys Cooper



Lola Membrives.

"He comprobado que la cera pura mercolizada tiene la virtud de dar al cutis ese aspecto terso y fresco, propio de la infancia, tan difícil de conservar en medio de las molestias e incomodidades que impone la vida de teatro."

Lola Membrives

EFEMERIDES HISTORICAS

17 de noviembre de 1875.

Muere el gran poeta popular don Hilario Ascasubi

En el tomo VIII de su notable "Antología de poetas argentinos" cuenta Puig la vida de este soldado poeta:

"Don Hilario Ascasubi nació en Fraile Muerto, pueblo de la provincia de Córdoba, el año 1807. Respecto a los primeros años de su vida sólo sabemos que se educó en Buenos Aires.

En 1819 emprendió un largo viaje por la América del Norte, yendo a bordo de la Rosa Argentina (que fué el primer barco que atravesó la línea ecuatorial izando el pabellón argentino), y habiendo regresado en 1822, después de un viaje a Bolivia, se hizo impresor de libros, estableciéndose con una imprenta en la ciudad de Salta.

En 1825 abandonó su pacífico oficio y abrazó la carrera militar, incorporándose al contingente de soldados que la patria de Güemes enviaba a participar de la gloria de Ituzaingó, sirviendo primero a las órdenes del entonces coronel don José María Paz y después a las del general Lavalle.

Al finalizar aquella célebre campaña que devolvió la libertad al pueblo uruguayo, había estallado en el país la guerra civil que provocó la presidencia de Rivadavia y la sanción de una constitución unitaria, y Ascasubi siguió al leader de esa idea, al valiente general La Madrid.

Después tomó parte en la revolución encabezada por el general Lavalle que destituyó a Dorrego y ensangrentó el suelo de la patria con esta noble víctima de la fatalidad de un carácter tan audaz como impulsivo, y habiendo caído prisionero de los federales, después de 28 meses de encarcelación salió en libertad, gracia a la mediación del obispo de Buenos Aires, trasladándose a la República del Uruguay, donde se casó y logró realizar una fortuna bastante considerable, gracias a su laboriosidad y espíritu emprendedor.

La casa de Ascasubi ofreció hospitalidad a numerosos compatriotas emigrados por causa de la sangrienta persecución con que el gobierno de don Juan Manuel Rosas pretendió ahogar la idea unitaria, y con sus fondos particulares armó y tripuló un buque que puso al servicio de su partido.

Al iniciarse la campaña que terminó en Caseros, Ascasubi pasó a Entre Ríos, coadyuvando eficazmente a la obra del general Urquiza con la publicación de sus composiciones jocoserias, muy propias y adecuadas para popularizar aquella cruzada libertadora, siendo nombrado ayudante de órdenes del general Urquiza.

Vencido Rosas, volvió nuestro poeta a dedicarse a la vida del trabajo, y entre las muchas aplicaciones que dió a su fortuna considerablemente aumentada en esta segunda época de labor, debemos recordar con simpatía la construcción del viejo teatro Colón, el primer coliseo de la metrópoli porteño.

La empresa tuvo mal resultado financiero, por lo que Ascasubi se vió obligado en los últimos años de su vida a solicitar pensión militar; siendo de recordar las siguientes palabras con que terminaba la vista del señor Fiscal don Rufino de Elizalde:

"La ley de pensiones acuerda la totalidad del sueldo, a los que quedaron inutilizados por función de guerra, inciso 1.°, artículo 17.

El Fiscal cree que V. E., en atención a los remarcables servicios de este jefe, que es más meritorio que si se hubiese inutilizado por heridas en función de guerra, debiera acordarle el sueldo íntegro con retiro a inválido."

Don Hilario Ascasubi publicó sus poesías reunidas en 3 tomos en 8.°, en París, el año 1872.

El primer volumen se titula: *"Santos Vega o los Mellizos de la Flor"*. Su asunto empieza el año 1778 y concluye en 1808.

El segundo volumen es el de *"Aniceto el Gallo"*, extracto del periódico escrito en prosa y verso con este título, rememorando la guerra y el sitio de Buenos Aires por las fuerzas del general Urquiza en 1853 y la cruzada libertadora del general Lavalle contra Rosas.

El tercer volumen se llama *"Paulino Lucero"* y contiene poesías descriptivas sobre las fiestas cívicas realizadas en Montevideo en 1833 y 1844."

También merecen reproducirse las frases elogiosas del señor Torres Caicedo:

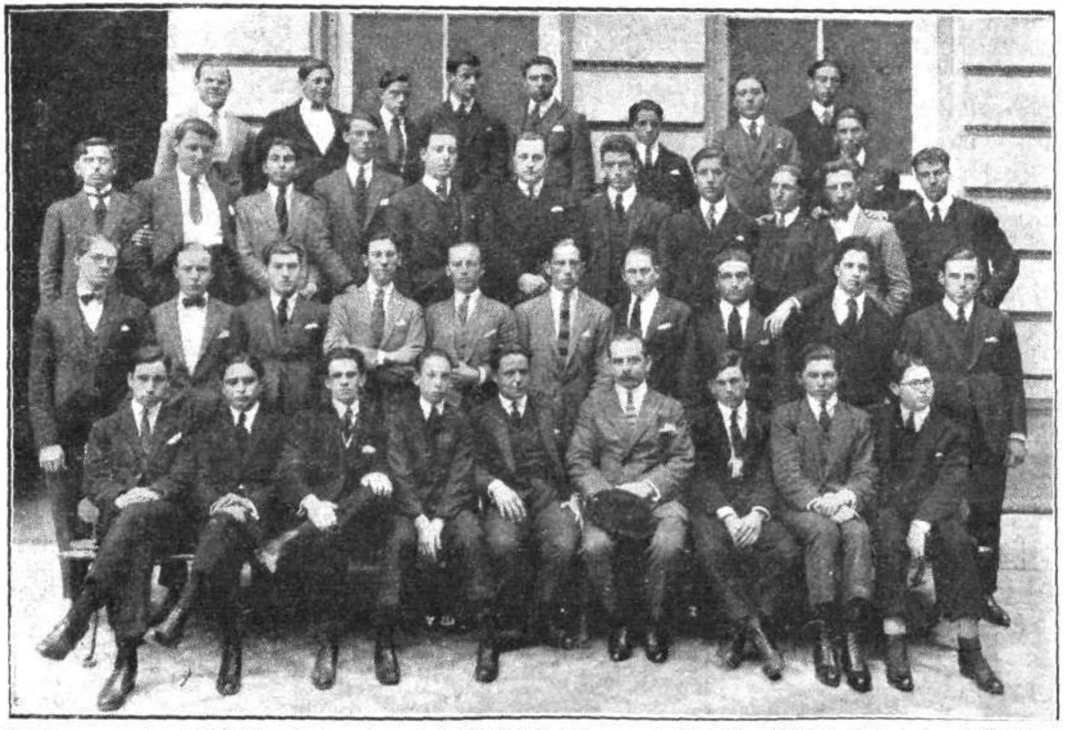
"El señor Ascasubi, por la originalidad, tiene muchos puntos de contacto con el célebre Tasnusi, cuyos cantos, en una lengua que tiende a desaparecer, han arrancado estrepitosos aplausos a las grandes ilustraciones literarias de la capital de Francia. Por su buen sentido y naturalidad podría decirse que ha bebido en las mejores obras del buen La Fontaine. Por su robusta entonación en defensa de la patria y de la libertad tiene grande analogía con el amable Beranger, el bardo popular de Francia, tan amado por los hijos de las clases trabajadoras y tan injustamente calumniado después de su muerte, aun por algunos que se llaman liberales y que han dado algunas pruebas de verdadero liberalismo, entre los cuales se cuenta Pelletan.

El señor Ascasubi ha sabido separarse de esa trillada senda que han recorrido muchos poetas americanos, que no han tenido en mira fundar una literatura propiamente nacional, y que han empleado sus robustas facultades en imitar el lenguaje, las formas, los sentimientos y aun asimilarse las enfermedades del corazón de los escritores desesperados o desesperanzados de las viejas sociedades europeas.

El señor Ascasubi ha comprendido que el poeta debe servir practicamente al pueblo, y ha cantado la libertad, ha tronado contra la tiranía, ha seguido paso a paso los terribles episodios, las tremendas escenas que se han desarrollado en las dos riberas del Plata; y para dar a sus agradables e interesantes descripciones un tinte original y algo de color local, ha empleado el lenguaje animado, expresivo, varonil hasta en su misma falta de cultura, de los *gauchos*, de esos habitantes de las pampas, que, acostumbrados a vivir dueños de sí mismos, han defendido con brío la libertad y la independencia, cuando ellas han estado amenazadas o próximas a sucumbir."

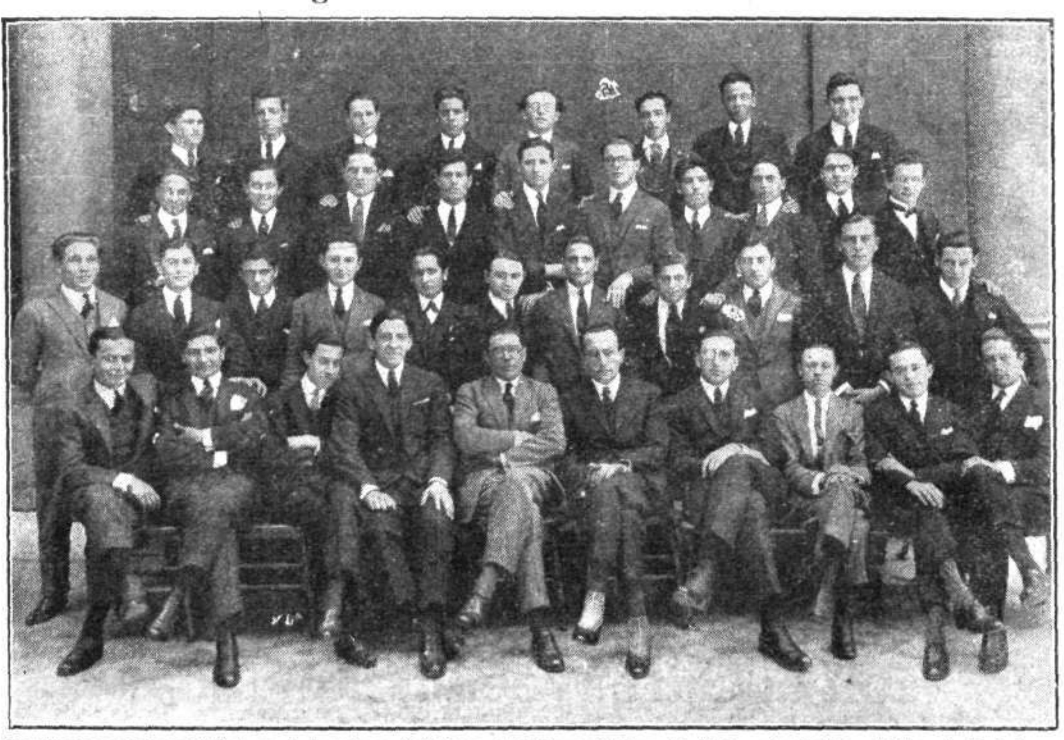

Si desea usted
conservar siempre
una cabellera sedosa
y abundante,
no olvide que el
PETRÓLEO
GAL
fortalece el pelo y
evita la calvicie.
Veinticinco años de
éxito creciente
garantizan su
eficacia.
De venta en las principales perfumerías, bazares y farmacias.

Colegio Nacional Mariano Moreno



Bachilleres egresados en 1922. Turno de la mañana: A. C. Taquini, R. Klammer, A. Garibaldi, E. Zolezzi, L. Protoxine, F. Gutiérrez, J. D. Suárez, J. M. Gazzola, I. Kohan, A. Miró, O. Silva, R. Barthelemy, L. Piantelli, E. Melogno, F. Languasco, M. Palanconi, R. C. Albera, M. Coppola, C. Sodini, E. Staretz, C. A. Vivanco, J. Neumann, F. Dellepiane, F. Boocou, O. W. Gatti, R. Lerige, G. A. Laboranti, J. C. Ciancio, L. Magnelli, J. López, A. Brusca, A. Costa, H. A. Chiocci, A. Cúneo, doctor J. Busco (Prof. de Higiene del curso), J. A. Catini, J. Kleiner y D. Wescemblat.

Colegio Nacional Mariano Moreno



Bachilleres egresados en 1922. Turno de la mañana: P. E. Casas, A. G. Busso, H. Borzotti, M. Lesende, L. Sinay, M. Marante, D. Gallegos, A. Malabertti, D. Mazzariello, A. Petrella, B. Petrocelli, V. Tibis, B. Nijansky, C. Kuhne, M. P. Barbot, A. Avalos, J. Rugna, C. Data, J. Vivoud, F. B. Ventura, J. Ardaiz, M. Gottlier, M. Alvarez, H. Llauro, Teodolito Argerich, J. Kiselef, J. Castro, O. Tarasido, E. Sanguesa, V. Bellomo, P. E. Escobar, J. Sanguesa, J. C. Muello, Roberto Vico Torra (jefe de celadores), doctor A. Restagno (Prof. de Matemáticas del curso), J. M. Guerci, E. Nenda, A. R. Schapiro y M. Izzo.



¡Es necesario tener fuerza de voluntad!

La tuberculosis, catarros, laringitis crónicas, pulmonías y otras enfermedades son fácilmente combatibles. Basta una decisión enérgica para concluir con cualquiera de ellas; no se apure usted adoptando cualquier medicamento.

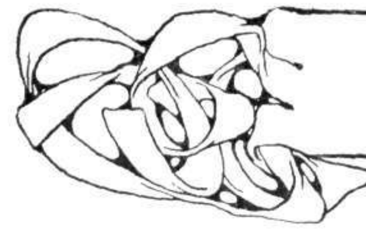
La Solución DUFOUR

es la única que provoca de verdad una acción antibacilar vigorizando los pulmones, destruyendo al mismo tiempo los gérmenes por tenaces que sean.

EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.

DEFENSA 215, Y EN TODA BUENA FARMACIA



SALA DE NIÑOS



Treinta camitas blancas—quince de cada lado—
en el vasto salón pulcramente blanqueado.

Treinta camitas blancas—cada una, una cuna—
y un pabellón de blanco tul sobre cada una.

Sobre níveo montículo, mariposa monstruosa,
las corona un enorme lazo de seda rosa.

Y no huele a hospital, sino a rosas tempranas.
Es la brisa vernal que entra por las ventanas.

El piso, blanco y negro, se me antoja un damero,
y las camitas blancas, fichas que en el tablero

aguardan alineadas la siniestra partida
de ajedrez que la Muerte va a jugarle a la Vida.

El médico de sala, que dirige mis pasos,
me explica al mismo tiempo los diferentes casos.

Habla con suficiencia, casi con petulancia.
Su saber hace mofa de mi crasa ignorancia.

(Es un joven doctor pulido, perfumado.
Es un producto de aula recién elaborado.)

Junto a cada enfermito quiero hacer estación;
y el alzar las cortinas de cada pabellón

es como abrir ventanas que, inalterablemente,
dan sobre el cuadro horrendo de la carne doliente.

Pasa y torna a pasar, de un lado en otro lado,
—crujiente el delantal de tan almidonado—

la enfermera, una moza coloradota y sana
que será — basta verla — gallega o asturiana.

Tendrá quizás veinte años, o menos todavía,
pero es exuberante como un ama de cría.

En los robustos brazos, que lleva remangados,
le brilla al sol un césped de pelillos dorados.

Me mira, y me hace daño, me hace un daño inconsciente
su hermosa faz de bestia feliz y sonriente.

Yo, que soy vanidoso, pienso que es su mirada,
más que mirar curioso, mirar de enamorada.

Mientras desde sus ojos me hace el Instinto guiños,
yo convierto mis húmedos ojos hacia los niños.

Y en vano la mirada de la muchacha insiste.
¡Cómo sentir deseos entre esta carne triste!

¡Qué fuego de Eros arde junto a estas pobres vidas
agostadas en germen, para el dolor nacidas,

frente a estos ojos de hondas miradas suplicantes,
junto a estos pobres seres marchitos, claudicantes,

cuyo día natal no fué su primer día,
sino el día inicial de su lenta agonía!

Sólo porque soy hombre, me siento responsable
del dolor de esta carne podrida y deleznable;

y el mirar de la moza, de promesas cargado,
me estremece lo mismo que si fuera un pecado.

De cuando en cuando, alguna cama desocupada,
—las ropitas revueltas, hundida la almohada:



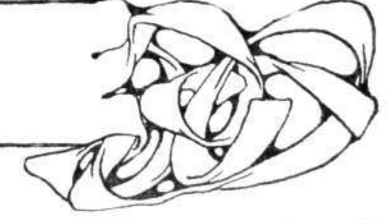
ALGUNAS VECES ES BUENO PRECISAR
— Hermosa cara tienes. ¿Vienes del campo?
— No; es que mamá me ha dado una bofetada.



La madre (orgullosa). — Esta es la mejor nadadora de la familia. Nada lo mismo que un pato.
La niña. — ¡Mucho mejor! Yo nado de espaldas.



POR
ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA



tal un nido aun caliente que dejó apercibido
el que ya se marchó para el que aun no ha venido.

Una nenita rubia como un sol, sonriente,
a toda costa quiere que yo acepte el presente

de una pobre muñeca desharrapada y manca.
Hoy le trajeron una linda pelota blanca,

y ella está tan contenta con su juguete nuevo
como una gallinita que pone el primer huevo.

"Avariosis congénita... Perforación traqueal...
Ha mejorado un poco, pero llegó muy mal.

"Catarata precoz... Pérdida de la vista...
El padre murió tísico... La madre es alcoholista...

"Faringitis aguda... Principio de gangrena...
¿Cómo se llama usted?..."
Enmudece la nena,

y ríe, en tanto oprimen sus manecitas tiernas
un muñeco tullido, sin brazos y sin piernas,

el cual, por las heridas de los cuatro muñones,
derrama el aserrín vital a borbotones.

"Esta linda rubita canta admirablemente,
pero le da vergüenza cuando sabe que hay gente."

(En efecto: la chica se vuelve, ruborosa.)
Como le ordena el médico que cante alguna cosa,

obedece; y el tango, rudamente sensual,
es litúrgico en este silencio de hospital.

"Este cuando llegó ya estaba desahuciado,
pero se le ha atendido con el mayor cuidado.

"Como usted puede ver, ha mejorado mucho..."
. . . .
Y el doctor sigue hablando, pero yo no le escucho.

Salgo. Siento una sed enorme, sobrehumana.
Sed del sol y del aire puro de la mañana.

Este ámbito en que tanto ser inocente gime,
el alma y los pulmones a un mismo tiempo oprime.

Frondas, luz, aves, flores, hálito embalsamado...
¡Jamás me pareció tan bello lo creado!

Pero vuelvo los ojos hacia atrás y protesto:
"¡Dios, que lo puedes todo! ¿Cómo toleras esto?

"Señor del desgraciado, Señor del desvalido:
¿cómo consientes tanto dolor inmerecido?..."

Me pierdo bajo el verde palio de las florestas
mascullando la estéril sarta de mis protestas.

Como un rebaño, cuyo pastor es la enfermera,
toman los mejorados el sol de primavera,

en tanto que, tendido sobre la arena ardiente,
un can atrapa moscas filosóficamente.

Pasa el auto que carga la obesidad de un Creso
junto a una madre hambrienta que a su hijito
[amamanta.

Y al ver que, protegido por el ramaje espeso,
unos enamorados se funden en un beso,
la hiel de una blasfemia me sube a la garganta.

(A un pájaro que canta, feliz, le envidio eso:
la impasibilidad de bestia con que canta.)

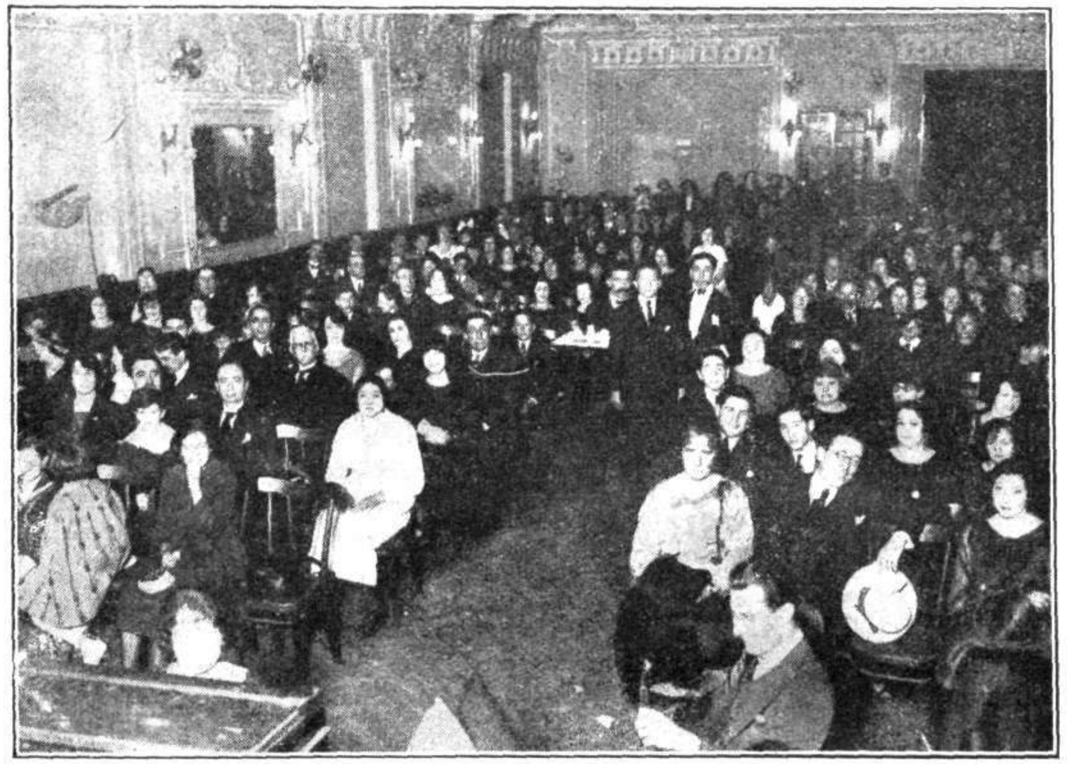


UN BUEN CAMARADA.

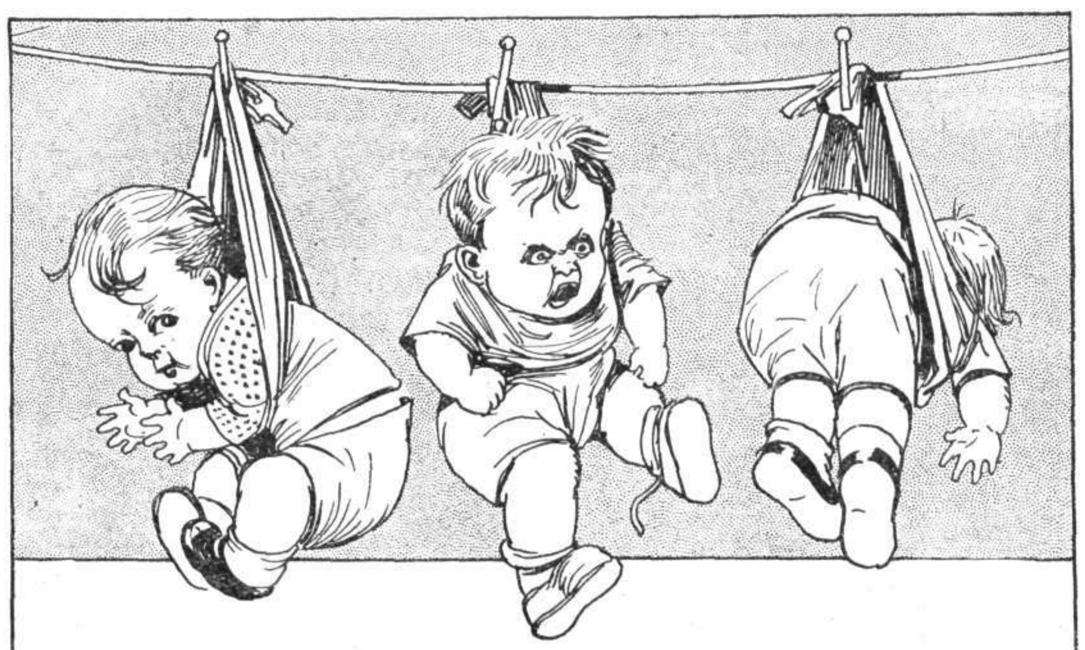


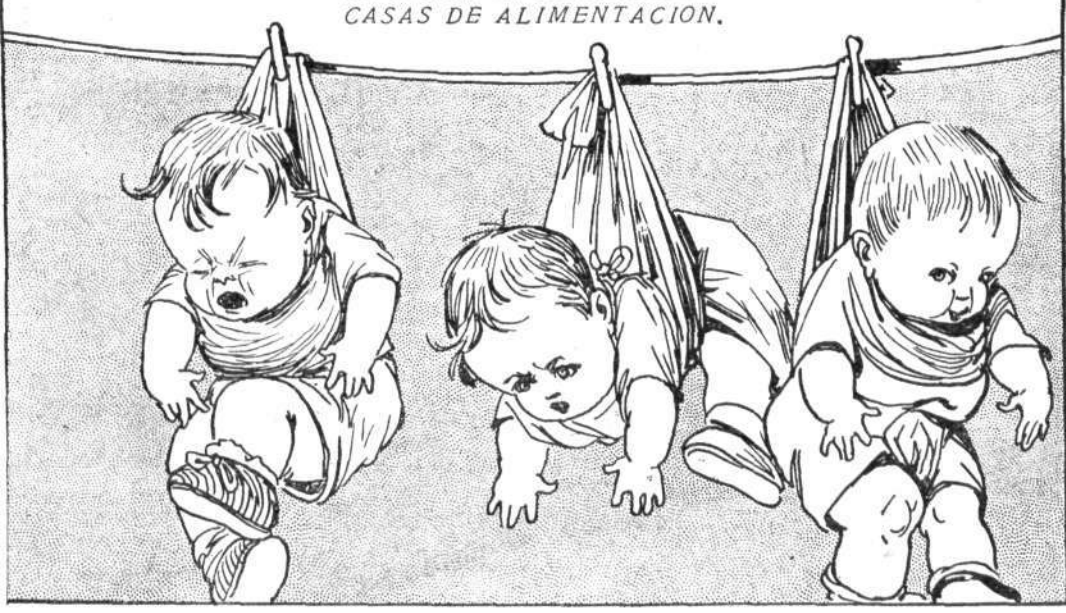
— ¡Che!... ¡Mirá ese que tiene necesidad de un embudo para beber!...

Festival



Aspecto del salón-teatro durante el gran festival artístico organizado por la Asociación Infantil protectora del niño pobre "Marcelo T. de Alvear".

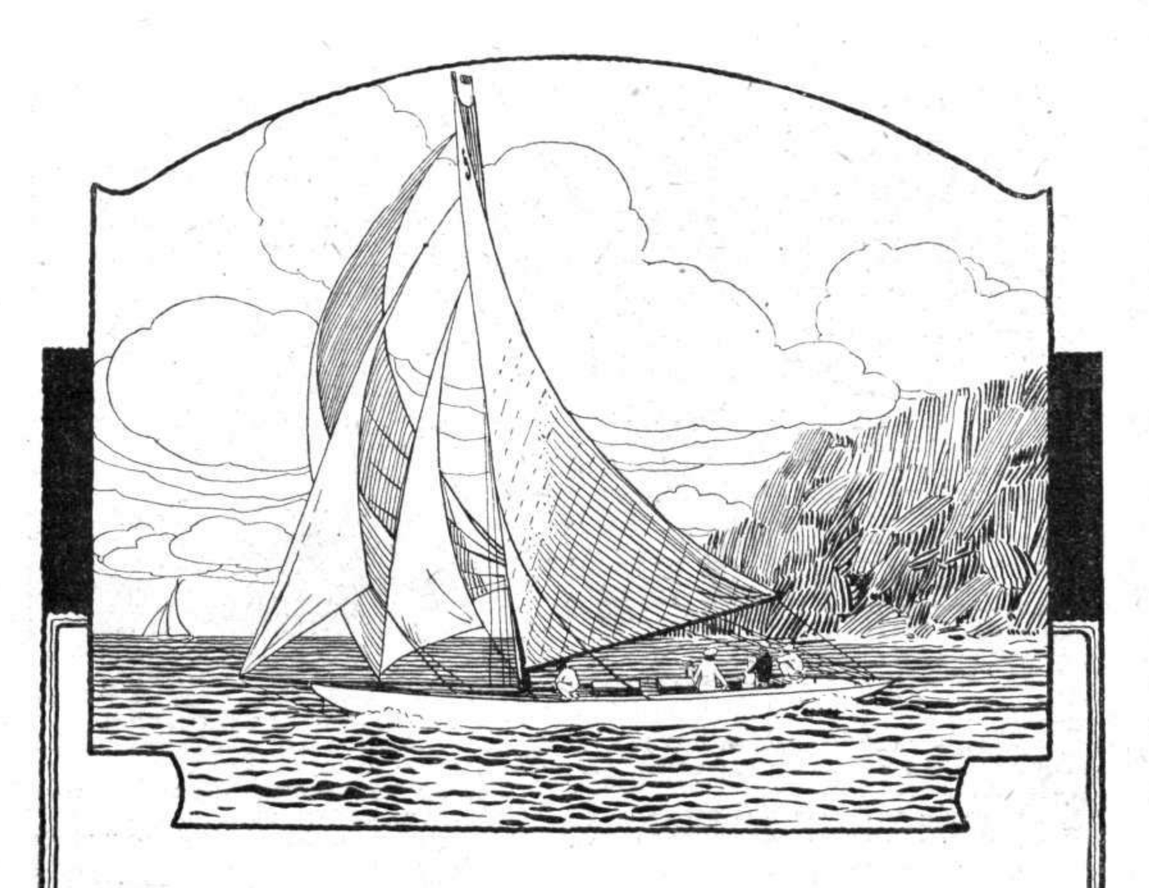




De Villa Devoto



Aspecto de la sala durante el festival organizado por la Sociedad Operai Italiani en su local, en honor de sus asociados.



Los días de calor

incitan a salir de la Capital en busca de aire puro y fresco.

Al organizar picnics, paseos en lanchas o yachts, no olvide incluir en sus canastas el complemento de las frugales comidas, que son los deliciosos VINOS TIRASSO, de reconocida fama en toda la República.

Los veraneantes que están acostumbrados a saborear los delicados VINOS TIRASSO, deben exigirlos en todos los hoteles de Mar de Plata y otros sitios de veraneo, sin admitir substituciones de marca.

VINOS TIRASSO

LA GRAN MARCA ARGENTINA

SOLICITE CATALOGO CON DETALLES

LUIS TIRASSO - Sarmiento, 847 - Buenos Aires

LA MODA AL DIA

Por

LUZ Y SOMBRA



No olvidemos que el sombrero claro, de mucha fantasía, sienta generalmente mal a las que llevan anteojos;

... una cocarda de florcitas multicolores, sobre paja oscura, da realce a la vivacidad de unos ojos pequeños, mientras que las flores grandes, amapolas, rosas, etc., hacen mejor marco con los ojos grandes;

... la paja rubí, tan de moda, acentúa la dureza de los rasgos de una morocha delgada, mientras sienta espléndidamente a las caras llenas. Estos sombreros son — si se me permite la comparación — como el sol de pleno verano, que hace parecer más pulposa la fruta en plena maduración, y más enjuta la otra;

... un puf de plumas lascias o un fleco de seda colgado sobre el escote acentúa la morbidez o la aspereza del cutis;

... un gran ruche de seda claro ciñendo la copa de una paja del mismo color, resulta un adorno mucho más acertado que la cinta de terciopelo colocada lisa, siendo ésta preferible para los fuertes contrastes de colores, como cinta negra sobre paja colorada, etc.;

... el sombrero de conjunto pesado no favorece a ninguna cara, en ninguna estación; la cabeza de la mujer es la tarjeta de presentación, tarjeta fina, que requiere un marco delicado;

... el turbante es el tirano por excelencia, pues sienta muy bien o muy mal. Generalmente sienta muy mal, porque muy pocos son los perfiles que se amoldan a su austeridad, y muchas son las mujeres que se obstinan en llevarlo;

... la toca cubierta de uva, modelo que ha tenido cierta aceptación esta temporada, es el sombrero más difícil de llevar, pues no favorece absolutamente la cara, sino que ésta tiene que dar al sombrero la apariencia de un tocado de estilo. Para esto se precisa un perfil muy regular, y muy marcado, una cara de morena vigorosa y... en los primeros escalones de la segundad mitad de la vida;

... la paja de color natural, adornada con un terciopelo azul, no es un marco apropiado para el cutis moreno;

... el lila claro no hace siempre buena alianza con el marrón oscuro; es un contraste de colores difícil, que es preferible evitar si no se está seguro de acertar las tonalidades;



... el sombrero con copa de seda y ala de pequeños ruches de la misma seda, en dos tonalidades, una más oscura y otra más clara que la de la copa, acompaña maravillosamente bien a un vestido de la tonalidad de la copa;

... el sombrero de ala ancha es el sello del buen gusto cuando el vestido es muy escotado o sin cuello; con el zorro o el tapado, es preferible la pequeña cloche con florcitas multicolores;

... la paja de una tonalidad muy clara, con un vestido del mismo color en la tonalidad más oscura, como celeste y azul oscuro, es una disonancia chocante si el sombrero no lleva una cinta o una flor que atenúe el contraste.

... a una cara fresca y de cutis claro sienta bien el timbó rubí adornado de una sola rosa azul, acompañando un vestido marrón oscuro;

... un sombrero lila pálido hace contraste acertado con un vestido verde;

... una silueta azul salpicada de verde se completa por el sombrero verde con flores de tono naranjado;

... los sombreros con adornos vivos realzan una belleza joven y avivan una juventud lánguida; pero acentúan las huellas de los años en una cara ya «fanée»;

... el vestido es el cuadro, y el sombrero es el marco; el vestido es el poema, y el sombrero es la firma. En este último, los grafólogos del alma femenina encuentran nuestra verdadera personalidad.

El sombrero puede dar al vestido más humilde el aspecto de un modelo, así como puede anular todo el valor de una creación. El sombrero, al contrario del vestido, requiere más buen gusto que habilidad.

¿Por qué, entonces, tan lamentable falta de originalidad se nota entre las elegantes bonaerenses, como si salieran todas de la misma casa de modas? La mirada recorre en vano esa desoladora uniformidad, en busca de un detalle original, una señal de personalidad sobre la que descansar, como la golondrina busca una fronda para posarse en el árido desierto. Se diría que las modistas de Buenos Aires «fabrican» los sombreros como en Norte América los Fords.

He buscado ocho días, en todos los puntos de reunión. Y no he encontrado más que un solo sombrero novedoso. Era una paja de color natural, con aplicaciones azules y coloradas en forma de florcitas, como un bordado en relieve. Fué un domingo, a la entrada de la iglesia del Pilar.



NEGLIGENCIAS CARAS

Ocurre con frecuencia que por abandono de los pacientes, las enfermedades no hallan trabas en su curso y llegan a desarrollar toda su acción devastadora. En las personas atacadas de hemorroides, por ejemplo, puede observarse este fenómeno, porque la enfermedad se inicia sin mayores molestias.

Pero cuando tras dolorosas inflamaciones, hemorragias, insomnios, etc., sobrevienen fístulas, úlceras o gangrena, y se impone la inmediata operación quirúrgica, entonces despierta sobresaltado el paciente y se apresta a la instintiva defensa.

Por fortuna existe un específico que puede solucionar el problema en la forma más satisfactoria. Nos referimos al Noridal, notable medicamento de comprobada eficacia en trances semejantes. Su acción terapéutica se hace sentir poco después de su primera aplicación, y domina la enfermedad en una forma rápida, segura y completa.

MENDEL y Cía.

Buenos Aires — Guardia Vieja, 4439
Montevideo — Paysandú, 1178

LA CULPA

de muchos disgustos caseros la tienen los estados de nerviosidad en las señoras, originados, generalmente, por las enfermedades propias de su sexo.

Toman bromuros y otros medicamentos nervinos sin ningún resultado, y, ya desesperadas, recurren a un médico, quien les indica el origen de su mal. Una vez conocida esta circunstancia, se piensa en la facilidad con que se hubiese evitado la afeccción.

Y bien; señora: si usted no ha llegado aún a ese estado, evítelo usted; no es molesto el habituarse a la práctica de la higiene personal íntima.

Todos los días, al levantarse o acostarse, prepare usted una solución tibia, al 1 ó 2 por ciento, de Lysoform, siguiendo las instrucciones del prospecto que acompaña cada frasco, y hágase un lavaje. Con esta sencilla operación verá usted disminuir sus dolencias hasta llegar a su completa desaparición en breve tiempo y a poco costo.

Prosiguiendo usted el uso del Lysoform no deberá temer las enfermedades propias del sexo, con sus funestas consecuencias, pues con la práctica de la higiene íntima pueden las señoras y las jóvenes eliminar el peligro de adquirir infecciones que, generalmente, suelen dar origen a las congestiones, ovaritis, fibromas y otras numerosas enfermedades tan comunes en la mujer.

El Lysoform es un eficaz bactericida que une a su poder desinfectante las buenas cualidades de ser inodoro y absolutamente inofensivo. Por esta razón constituye el antiséptico ideal para las señoras y para las jovencitas.

MENDEL y Cía.

Buenos Aires — Guardia Vieja, 4439
Montevideo — Paysandú, 1178

KURRUBA

Un héroe de hace más de 400 años

El señor Juan Krateil, un caballero peruano presidente de la sociedad titulada Asphalto Petroleum Engineers, de Lima, es propietario de un interesante muñeco de carne y hueso, conservado químicamente, tal como las momias egipcias, el cual muñeco fué nada menos que un famoso guerrillero peruano que hace más de cuatrocientos años luchó contra la invasión española, en el año de 1535, peleando como un héroe y al fin muerto en una encarnizada batalla que duró cinco días con sus noches.

El señor Krateil, actualmente radicado en Baltimore, posee curiosos documentos privados en los que consta el «récord» del guerrillero, cuya momia es ahora de su propiedad.

La momia del héroe peruano Kurruba.

A los quince años, este «hijo del Sol de los Andes» era nombrado jefe de una tribu comarcana, compuesta de ciento veinte y siete adolescentes vigorosos y ágiles, los cuales, provistos de flechas, lanzas y lazos y admirables conocedores de las escabrosidades de su tierra, dieron mucho que hacer a las huestes hispánicas durante la primera época de la Conquista, y muchas veces unos y otros lucharon cuerpo a cuerpo en reñidísimos combates, sembrando de cadáveres aquellos campos.

Kurruba era un noble, descendiente de un «hermano del Sol de los Andes», y fué protegido de la Luna, bajo cuyos misteriosos auspicios luchó contra los cristianos hasta dar su vida por la patria.

En las ceremonias religiosas que practicaba su tribu, Kurruba tenía ciertos privilegios: era el primero y el último en danzar alrededor de las hogueras y poseía el derecho a escoger dos mujeres al año, durante las estaciones de la primavera y del invierno, pudiendo repudiarlas o seguir sosteniéndolas, según su conveniencia y afectos.

Ahora bien; Kurruba, a pesar de su empuje bélico, era un indiecito de mínima estatura, de gran elasticidad y arrogancia, que medía un metro veintidós centímetros, y que ahora, sometido al proceso del embalsamamiento, quedó reducido a sesenta y cinco centímetros de estatura y cuatro kilos de peso.

Kurruba, el guerrillero peruano, semidesnudo, valiente y patriota, cara al enemigo, cayó en los campos de la lucha mirando al Sol, su padre, y su cuerpo y memoria se ha perpetuado a través de los siglos.



Williams

Vd. tiene que afeitarse toda su vida. Trate de hacerlo lo mejor posible.

CON la adopción del Jabon Williams lo habrá conseguido. Su espuma abundante y cremosa facilita el corte de la barba más rebelde, proporcionando al cutis una frescura y suavidad exquisitas. No se seca en la cara, pudiendo emplearse con cualquier clase de agua: corriente o de pozo, fría o caliente.

NO olvide que el Jabón Williams es tan bueno para la barba como para la piel.

EN VENTA EN TODAS PARTES





y el resto en 9 mensualidades de **$ 19.50** papel c/u, venderemos a Vd. una máquina **"Corona"**, que también podrá Vd. adquirir al contado inmediato por la suma de **$ 175.50** m/n neto (flete pago hasta destino). El verdadero valor de esta máquina es de $ 195.00, pero, como Vd. ve, a los lectores de "Caras y Caretas" la ofrecemos con un 10 % de descuento.

Por millares se cuentan las personas que han aprovechado de nuestro nuevo sistema de venta por mensualidades, convirtiéndose así en dueños de una **"Corona"**, es decir, de una máquina que, por tener una brillante escritura visible, teclado universal, cinta de dos colores, tecla de retroceso, etc., resulta ser la verdadera máquina ideal.

Pida datos completos por teléfono (U. T., Avenida, 5077), carta o personalmente a la

Cía LA CAMONA

39-MAIPU-43

BUENOS AIRES

De Villa Urquiza

Alumnos de la escuela coronel Olavarría que tomaron parte en el festival artístico organizado a beneficio de la Sociedad de Fomento General Urquiza.

Cuadro plástico titulado el "Descubrimiento de América", presentado por los niños del comité El Independiente.



El mágico y luminoso espectáculo de la ruta por donde se desliza el ensueño, y que al abrirse como un venero de riquezas para unos, oculta no pocas veces el zarpazo con que el destino ahoga de un solo golpe todas las esperanzas y afanes.



Los aventureros de la fortuna

Por

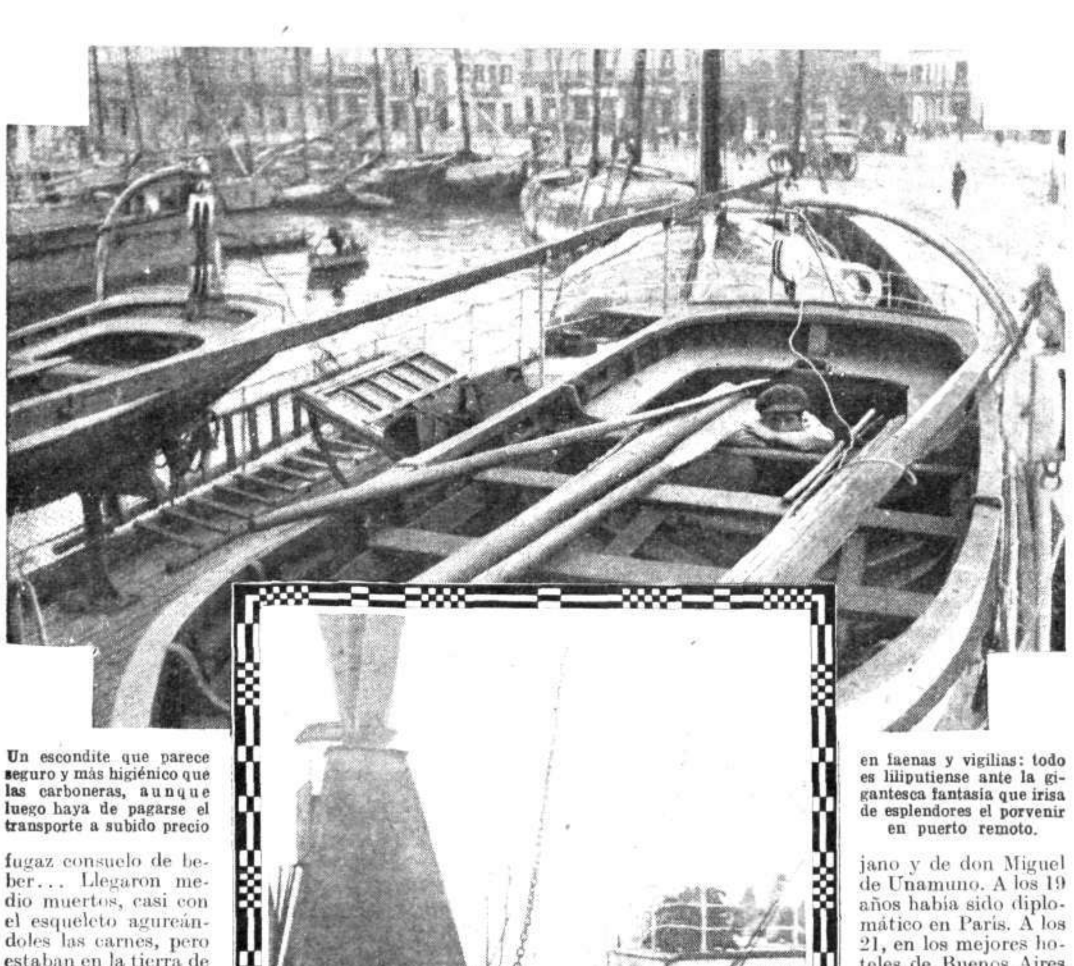
Santiago Fúster Castresoy



Muchos lectores querrán sonreír ante mis personajes. No porque éstos carezcan del alma positiva y emocional que arrastran los que luchan a brazo partido con la vida, sino porque — dirán los árbitros marinistas — este hombre se deja un mundo de asuntos en el tintero. Y en parte les tendremos que dar la razón, porque tales románticos llenarían con sus leyendas muchos volúmenes.

A estos peregrinos de un ensueño de fortuna o de gloria, la jerga marítima les apoda «polisones», lo que demuestra que constituyen una especie apreciable y numerosa. Los campos de la ubérrima tierra de América tienen el orgullo de bellas cabañas erigidas por el brazo de algunos «polisones» que vinieron de la riente costa mediterránea, envueltos en las gasas ideales de una esperanza, y para pagar el pasaje que nunca compraron, tuvieron que lavar vajillas, pelar tubérculos, pintar el buque, hacer de barrenderos en las cubiertas, doblar su orgullo de mozalbetes, ante la caricia de su propia fe en el porvenir.

Hace siete años yo mismo entrevisté a tres muchachotes arrestados por la Prefectura, que habían atravesado el Atlántico hasta Montevideo, ocultos en una bodega cargada de cajones de azúcar y fernet. ¿Su historia de quince o diez y seis días entre tinieblas? La voluntad había disciplinado todas las demás energías. Algunos pancitos de azúcar, extraídos tras enormes esfuerzos con las uñas, con los dientes, con las hebillas de un cinturón, les sirvieron para engañar el hambre. Sacaban la lengua fuera de la boca llena de azúcar, y esa licuación que se formaba les prestaba el



Un escondite que parece seguro y más higiénico que las carboneras, aunque luego haya de pagarse el transporte a subido precio

en faenas y vigilias: todo es liliputiense ante la gigantesca fantasía que irisa de esplendores el porvenir en puerto remoto.

fugaz consuelo de beber... Llegaron medio muertos, casi con el esqueleto agujereándoles las carnes, pero estaban en la tierra de sus ansiedades.

Cuando estuvieron repuestos, las calles de Buenos Aires mostráronles el camino del sacrificio en lo desconocido, y, guiados por su deseo de triunfar, se perdieron. ¿Dónde? La hermosa llanura sabe, a pesar de su sencillez, ocultar en su regazo a los hombres para que allí reciban el beso consagratorio de la fortuna.

El año pasado, en el Chaco, hallé a uno de aquellos «comedores de azúcar» transformado en un hombre jovial, acriollado en indumentaria y en modismos. Al verme su alegría fué como la que suelen promover los hallazgos de dinero en épocas de miseria, y se mostró generoso, locuaz, casi un hombre de talento.

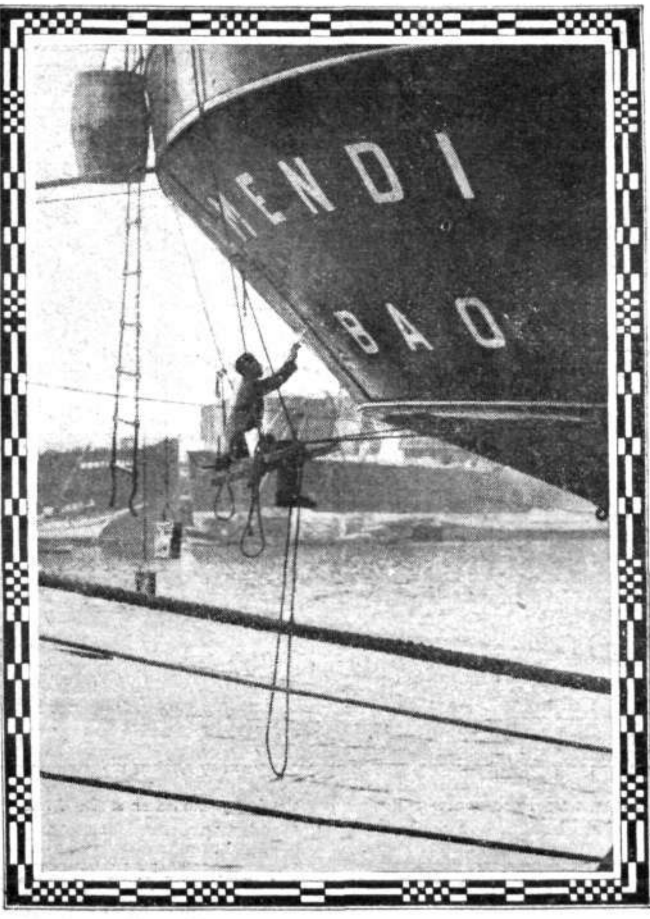
Juventud que se hermana en la comunión de ideales y ansias aventureras: la diferencia de trajes no impide que ellos formen solidaridad con sus aspiraciones, y busquen, tras un viaje clandestino, el hallazgo prodigioso que transforme sus vidas convirtiéndoles en millonarios o en hombres célebres.

Su anecdotario se acentuaba con grandes progresos: vagabundo por Santa Fe, peón en Charata y Villa Angélica, arriero hasta Resistencia, donde un paisano se apiadó de él y le *hizo persona*, le entregó su finca. El hombre había logrado su fin: era casi rico, y allá, en el pueblito, don Gumersindo, con su aspecto de optimismo alejaba toda suposición de que hubiese venido a países del descubrimiento en una bodega de trasatlántico.

Antes de la guerra europea vagaba decentemente por nuestros bares una varonil figura con algo del capitán de Marquina, con mucho de don Alonso Quijano y de don Miguel de Unamuno. A los 19 años había sido diplomático en París. A los 21, en los mejores hoteles de Buenos Aires gastaba ochenta mil libras esterlinas de un legado familiar, y a los 26 ingresaba a un pasquín para redactar malas noticias a cambio de una hipotética fianza en la casa de pensión. Luego fué funcionario, comisionista, delegado, cualquier cosa: la fortuna no quería volverle a mirar, no echaba sus ojos al pasado. Solía nuestro personaje irse al puerto a contemplar los navíos, a soñar en los rumores de la vida europea, en los éxitos boulevardenses, en los ecos sandungueros de la jovialidad hispana, en las añorantes versiones del alma itálica. Y en estas contemplaciones le fué acorralando el tiempo y las ganas de comer, se observó frente al espejo el asomo de la primer arruga, y tuvo miedo a su propia inacción. Entonces, uno de aquellos agitados días de salida, se colocó entre caballos a bordo de un barco, y zafó para donde la suerte le condujese.

Al año, desde la «gare» de Bordeaux, nos escribía una larga y pintoresca misiva que exhalaba alor a bienestar, hálito de felicidad, paz de satisfacción: era un personaje en «Les Chemins de Fer de France».

Don Santiago Chiappe, que hace cuarenta y cinco años adoptó espontáneamente nuestro país por patria y hogar, lleva cuarenta de recorrer los mares, y ha visto



En tierra era pintapuertas, "dilettante" de un centro filodramático. Allá, en países rodeados de leyenda, ¡quizás fuese actor eminente!... o casase bien. Pero entretanto, a falta de pasaje, el barco le cobra el viaje con el modesto tesoro del trabajo.

frente a él, muchas veces, la fisonomía de los buscadores del misterio. Seres que con su actitud realizan una elocuente protesta contra el caprichoso y malhechor designio de los espíritus que al venir al mundo con alas no pueden soltarlas por el éter. Cuenta como ruegan, como exponen sus proyectos, como entrevén el porvenir: y nos habla de haber comprobado a través de los años, en parajes donde menos lo esperaba, el triunfo de muchos «polisones», la victoriosa resurrección de más de cuatro muchachos que a los veinte años, ceñidos por el cíngulo de la fatalidad, se metieron en un barco, cual si se arrojasen al suicidio, y tras el rumor inquietante de las olas, en playas inhóspitas aparentemente, tropezaron del primer puntapié con la veta que les hizo como ellos querían ser.

Hace poco tiempo abandonó un puerto sudafricano cierto caballero inglés que acá, en la patria de Bernardino Rivadavia y de Alem, había sido director de hombres, asiduo contertulio de gabinetes ministeriales, nervio y motor de una empresa — callemos los nombres propios ante la vergüenza de las injusticias humanas — y se coló en ún velero que iba a girar medio mundo. Transcurridos tres días, el personaje surgió del escondite y se presentó al capitán, que era italiano, y con quien, gracias a su ilustración políglota, pudo allanar la situación inmediatamente. Se le agregó a la contabilidad del barco, y fué tratado como un marino sabe hacerlo, no sólo con todo semejante, sino que con las getilezas que inspiran las ruinas históricas. El distinguido «polison» narró al navegante su pasado. Entre la mugre de su chaqueta tenía documentos que lo probaban, papelotes cuyo valor no equivalía días atrás, al mísero plato de lentejas de Esaú. Le hizo la descripción de sus ensueños. Aun a los 55 años creía que en lejanos pueblos dejaría de perseguirle la iniquidad, la intriga, la estupidez disfrazada de criterio que lo había empujado escaleras abajo desde su alta posición. Era un hombre bueno cuyos triunfos no habíanle dado la embriaguez del poder ni la neurosis del mando y por eso, porque nunca supo hacerse el personaje, arrastrar una cohorte de adulones, los reptiles agujerearon los cimientos de la estatua y ésta se vino abajo.

Ahora, tal vez tuviese por delante muchos años, quería ir en pos de nuevos y desconocidos destinos. Y una mañana, poco antes de ver la costa de Méjico, el mister aventurero amaneció dormido para siempre, como envuelto entre los pliegues de la lejana bruma donde se iban esfumando quien sabe cuánto caudal de lágrimas, de rumores, de dicha.

Otros ni siquiera logran acercarse a nuevas playas. La fortuna se ensaña con ellos, y para no dejarles conocer siquiera el escarnio de una lucha estéril, les mata.

No pocas veces una tragedia de amor transforma repentinamente los honores de cualquier vida rumbosa por el rincón de una bodega naviera que guarda durante varias noches el secreto de mudos dolores. Almas que se amilanan al primer encuentro de la desgracia, y que tampoco tienen la valentía de sumirse por sí mismas en el abismo del olvido, se lanzan a soñar en otros esplendores, aspiran a sustituir angustias por días de nuevas emociones, y unas horas el mar les da la pauta de la nueva dicha, otras les entrega a las corrientes de mayores desventuras en que se van perdiendo hasta reducirse a pavesas de hoguera social.

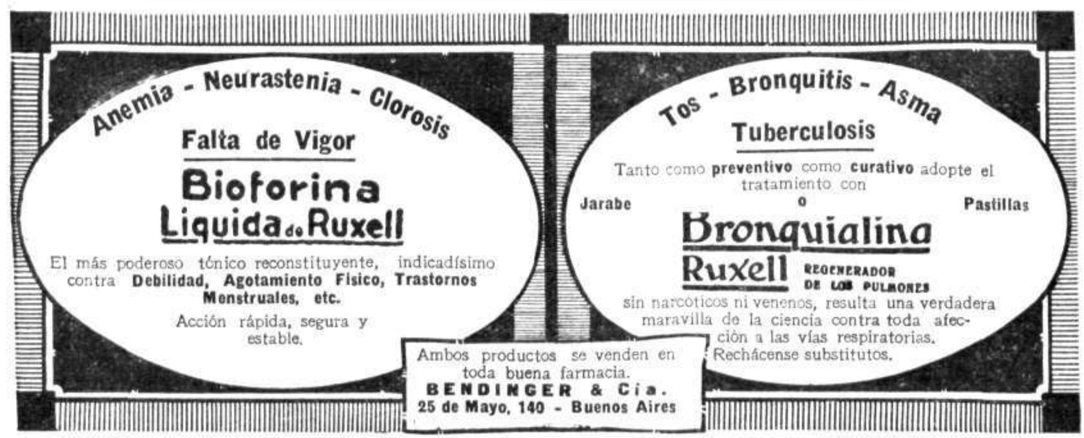
Uno de estos aventureros vivió mucho tiempo en Saavedra, y fué, perdidas ya las ansias de correr azares, jefe de una cercana estación. Allá en su patria glacial y de rigidez en las costumbres, era señor feudatario en una edad en que no llegan hasta el cerebro más destellos que el de las intensas emociones del jolgorio y del amor. La mano audaz de un galán sin escrúpulos le destruyó la atalaya de sus cariños, hurgó con maestría en el corazón de la mujer amada, y mientras lo creía poseer más firmemente, aquel se lo robó. Sobrevino al dolor del primer momento, el tedio, la apatía, el abandono; y se alejó poco a poco hasta las orillas del mar, quizás para dejar que las ondas le fuesen atrayendo dulcemente hacia el sepulcro. Pero encontró velámenes blancos y proras llenas de sugestión, y se metió entre unos rollos de lona. En alta mar ya, le vieron, le interrogaron, y como tenía sus aptitudes ocupó una vacante que había por baja de un oficial. Allí, en el rudo y pintoresco bregar con los elementos, en el trato abierto y varonil de los camaradas aprendió a pisotear las penas y ahogar los recuerdos que le acosaban como una sucesión de fantasmas. Luego, el paso de los años borró aquellas heridas y dejó la carne apta para otros lancetazos: era joven, buen mozo, jovial, agradable. En tierra gaucha se le amarraron los sentimientos a un corazón criollo, y saltó del barco para siempre, animoso de vivir a pie firme. Se defendió trabajando, venciendo el obstáculo de toda iniciación, despachaba trenes, y al fin, cuando se inció el descolorido de su rubio cabello para dejar paso a las primeras canas, el soñador había encontrado la gloria en el hogar, y la felicidad en el trabajo.

La historia contemporánea del suelo descubierto por el glorioso aventurero genovés encierra su gran leyenda en muchas almas que han emigrado así, de «polison», entregadas al misterio de un escondite, al azar de un buque cuya estela ha sido el guión de cuantiosas energías venidas a sustentar la grandeza de estos jóvenes países. Algunos de nuestros millonarios podrían contarnos el poema de sus ensueños, y allá, en los altares de la fama que endiosa la vieja Europa, no pocos hijos de América, viajeros sin pasaje, aventurereros de la fortuna, hoy ponen, donde colocan su nombre, un rubro que vale respeto y gloria.

De Avellaneda

Diversos aspectos que presentaba la necrópolis de esta ciudad en el Día de la conmemoración de los Difuntos.





¡SILENCIO!

Cuando hablan los hechos hay que callarse. No existe elocuencia igual a la suya. Por eso toda la palabrería que se derrocha para enaltecer un substituto, tiene que convertirse en silencio ante el hecho rotundo e incontrovertible de que las Tabletas Bayer de Aspirina son las únicas que proceden de la fuente original. Ninguna persona sensata acepta otras. Exíjalas usted siempre. Para identificarlas, fíjese en la Cruz Bayer y en que la cajita de cartón que contiene el tubo, lleve la

Estampilla Sanitaria Oficial de Color Anaranjado.



De Pellegrini



Cuadro alegórico "El Altar de la Patria", integrado por jóvenes aficionados de esta localidad, que fué muy aplaudido en la velada artística llevada a cabo en el Teatro Español conmemorando el Día de la Raza.

PRISMAS

(APOTEGMAS Y NOTAS)

El recuerdo es el cadáver del pasado, que llevamos a cuestas para que nos entierren con él.

Sólo en la noche se tiene conciencia del día.

Los fuertes directores de hombres: Roosevelt, Clemenceau, v. y g., al cesar en sus magistraturas, buscan reposo en Africa — entre las fieras. — Lo cual indica que hay mejor ambiente de paz entre los tigres y hienas que entre los hijos de Adán.

No en vano llaman "tigre" al uno y "oso" al otro.

Hablar con un necio es como abrir los ojos en la obscuridad.

La hipocresía es la librea de las almas serviles.

Sólo hacemos bien aquello para lo cual se concertan nuestras facultades e inclinaciones en intensa colaboración.

—¿Y esa dama opulenta y letrada que se dedica a cuidar de su perro?

Tenemos derecho a ser felices; pero sin hacer desgraciados a los demás.

¡Dichosos los espíritus que en mitad de la noche saben evocar al sol, hasta sentirlo!

E. CARRASQUILLA MALLARINO.

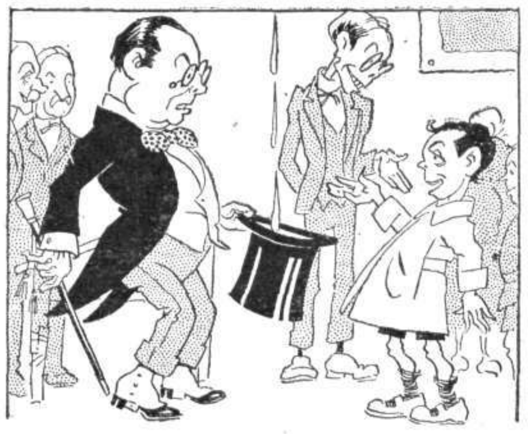
EL GOBERNADOR MOSCA Y LOS MOSQUITOS

POR REDONDO

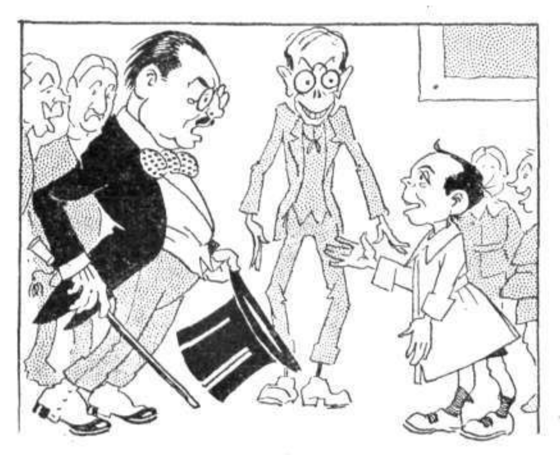
EL GOBERNADOR EN VISITA DE INSPECCION



—*Me congratulo, y felicito al sabio y digno director de esta escuela por el alto grado de instrucción y confort que encuentro en ella, gracias a mis desvelos por la enseñanza.*



MAESTRO. — *Narcisín, contesta al señor gobernador.*
NARCISIN. — **Bienvenido sea el ilustre señor Mosca. Nuestro corazón agradece su visita. Usted nos prometió refaccionar la escuela y tapar las goteras, y sigue lloviendo.**



El señor gobernador nos prometió pizarras, mesas, tres patas para los bancos que sólo tienen una, planos, mapas y hasta un globo terráqueo.



El gran mandatario nos prometió libros de gramática, aritmética, geografía, historia, fábulas, cuentos morales y hasta la Biblia en verso.



Usted nos prometió, para estudiar bien la Historia Natural, una colección zoológica disecada, incluso un plesiosaurio de tamaño natural.



Sin embargo, usted, ¡gran Mosca!, no ha cumplido con ninguna de esas promesas. (El gran Mosca, amoscado con el poco dulce discurso, sale volando, como si le disparasen por la espalda otros 21 cañonazos).

Necrología



Señora Felisa Vila de Cousandier. — Capital.

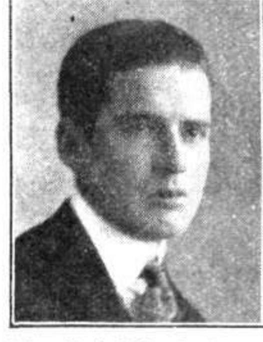
Señora Angela Veglio Castald de Speltini. — San Fernando



Señora María Valdettaro de Solari. — Capital.



Señor Daniel Ballina. — Wilde.



Señor René Julio Ramírez, aventajado estudiante de Derecho, cuyo sentido fallecimiento enluta las más destacadas familias de ésta. — Azul.



Señor José Casenave, profesor de esgrima, cuya desaparición ha sido sumamente lamentada en los círculos deportivos.



Señor Julio Mora. — Adrogué.

Señor Juan Sagrillo. — Mendoza.



SUPERLATIVAMENTE

POR LUIS GARCIA

—Con este discretísimo gobierno
tengo que obedecer o irme al infierno.
No pienso renunciar. Al simple anuncio
de que quiere el ministro que la gente
trabaje activamente
me dispongo a partir. ¡Yo no renuncio!
Langosta, a quien ignoro totalmente,
¡te voy a conocer personalmente!
Partiré contentísimo, pensando
que aquí, donde seguir fuera nocivo,
todo está mejorando,
todo es superlativo.
Alvear, presidentísimo admirable,
es un caracterísimo notable.
¡Marcelísimo, firme y altanero,
Alvearísimo ilustre, te venero!
Los ocho sujetísimos que al lado
tienes, por su valer me han admirado.
Matienzo, Matiencízimo, el primero,
es una figurísima
grandísima, dignísima,
por quien siento cariño verdadero.
Dicen que es violentísimo. No importa.
Cuando un sinvergüencísima
malamente se porta,
le da una patadísima.
Así, ningún sujeto
faltará al ministrísimo al respeto.
Justísimo, inflexible y laborioso,
es un coronelísimo estudioso.
De Domecq Garcíasísimo
¿qué diré? Lo mismísimo.
Ese es un elemento muy valioso,
es decir, valiosísimo.
Igual que Gallardísimo
que, cuando llegue aquí, sin duda alguna,
va a ser un canciller cancillerísimo.
Tenemos la fortuna
de que un Herrera Vegas, ¡Herrerísimo
Veguísimo!, en Hacienda
todo lo financísimo comprenda.
Marcosísimo, afable y circunspecto,
es un pedagogísimo perfecto
de los que nunca huelgan ni deliran.
Vedle. Es simpatiquísimo. En efecto,
los catedratiquísimos le admiran.
La fama lo pregona,
la famísima digo. Es tipo grave
y es, amén de ser grave y de ser suave,
Locísima amenísima persona.
Yo, de Le Bretonísimo no puedo
hablar; me inspira miedo.
Hombrísimo-orquestísima, me han dicho
que no le importa un bledo
nada, con tal que triunfe su capricho.
Quiere que trabajemos, ¡carambísima!
y matemos langosta, ¡gran flautísima!
Tiene razón. Le elogio. Es lo prudente.
Y me voy velozmente
a matar langostísima.



DIBUJOS DE MACAYA

MALTA URANO IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO.

PARA las madres que crían, para los niños, ancianos, personas débiles y convalecientes, es lo mejor.

Su poder nutritivo es mayor que en sus similares; el contenido en las botellas es mayor también. Por estas dos condiciones debe considerársela más barata que las otras, aunque en apariencia cueste algo más.

No es dulce como no debe serlo ninguna malta de buena calidad; es de sabor agradable y estimula el apetito.

Aprobada por las autoridades, está en venta en los almacenes y farmacias. Si encuentra dificultad para adquirirla diríjase a sus únicos importadores:

ESCALADA & Co. — 1170 - Bmé. MITRE - 1174

TELÉFONOS:

Unión Telefónica, Rivadavia, 1990 — Cooperativa Telefónica, Central, 133



De San Isidro

El día de los muertos en el cementerio local. — La entrada. — La procesión litúrgica. — La concurrencia que llenaba la necrópolis.


GALLETITAS
CUBIERTAS CON CHOCOLATE
MORENAS
Las únicas galletitas que por su sabor delicioso suplen ventajosamente la agradable exquisitez que posee un fino bombón.
PRUEBELAS Vd.
INDUSTRIA ARGENTINA
M. S. BAGLEY & C.IA L.DA
MONTES DE OCA 199 - BUENOS AIRES
GALLETITAS
GALLETITAS
CUBIERTAS CON CHOCOLATE
MORENAS

De Olavarría



Concurrentes al picnic organizado por los socios del Club Avellaneda de San Jacinto.

EQUILIBRIO DINAMICO ENTRE EL MAR Y LA TIERRA FIRME

Es un hecho reconocido que si construimos una esfera de tierra plástica y, después de atrevesar su centro por un eje, la obligamos a dar sobre el mismo rápidas vueltas, sus polos se aplanarán al mismo tiempo que aumentará su diámetro ecuatorial.

A igual velocidad de rotación dicha deformación permenecerá invariable, puesto que sus fuerzas centrífuga y centrípeta se habrán equilibrado: pero si introducimos en la superficie de la esfera de barro pedazos de cuerpos más pesados, como por ejemplo hierro o plomo, e imprimimos luego a dicho globo igual velocidad de rotación, la superficie aparecerá rugosa, pues los cuerpos más pesados se alejarán del centro en tanto que los más ligeros se aproximarán al mismo.

A igual velocidad de rotación tampoco esta segunda deformación se altera, porque también se ha establecido el equilibrio dinámico entre las partes más pesadas y las más ligeras de la esfera.

El globo terrestre puede ser considerado como una esfera parecida, puesto que se compone de un núcleo en el cual todas sus partes están en equilibrio y de una envoltura constituída por la tierra y por los mares.

Debe suponerse, pues, que entre estos dos elementos existen relaciones de equilibrio dinámico absolutamente parecidas a las existentes entre las partes pesadas y ligeras de la esfera de tierra plástica.

Tal es, efectivamente, el caso; considerando, pues, que la superficie del mar es de 375 millones de kilómetros cuadrados; la superficie de la tierra firme, de 135 millones; la profundidad media del mar, de 3.300 metros; la altura media de la tierra firme, de 400 metros; la elevación de la tierra firme sobre la profundidad media del mar, de 3.740 metros:

El peso específico de agua del mar, de 1 k. 02; el peso específico medio de la tierra firme de 2 k. 50.

Si multiplicamos la superficie del mar, 375, por su profundidad media, 3.300, y por su peso específico 1,02, obtendremos una cifra que representará el peso del mismo.

375 × 3.300 × 1,02 = 1.262.250

Si de otro lado multiplicamos la superficie de la tierra firme, 135, por su altura sobre la profundidad media del mar, 3.740 y por su peso específico, 2,50, obtendremos una cifra que nos indicará también su peso.

135 × 3.740 × 2,50 = 1.262.250

Es decir, que tomando en las mismas condiciones, el peso del mar resulta absolutamente el mismo que el de la tierra firme; lo que demuestra el equilibrio dinámico que existe entre las partes líquidas y las partes sólidas del globo terrestre.

V. DE ZIEGLER.

Hay un ritmo en la música Victor bailable que produce alegría a cada paso.

Y no es extraño. Las mejores orquestas de baile impresionan los discos Victor: Paul Whiteman y su Orquesta, la Orquesta Benson de Chicago, Orquesta Club Royal, Joseph C. Smith y su Orquesta, The Virginians, All Star Trío y su Orquesta, Orquesta Hackel-Bergé, Orquesta Internacional de Novedades y otros conjuntos famosos. Estos discos tocados como sólo la Victrola puede hacerlo, producen una música bailable exquisitamente armoniosa, original y que a medida que se desarrolla va infiltrando la alegría en el espíritu.

Victrolas en una gran variedad de estilos, desde. . $ 90.- a $ 1350.-



IMPORTANTE. — Fíjese en las marcas de fábrica, debajo de la tapa y en la etiqueta.

VICTOR TALKING MACHINE COMPANY CAMDEN, N. J., E. U. de A.

Revendedores Victor en todas las ciudades importantes de la Argentina y el Uruguay.

Distribuidores

PRATT & CIA.
Sarmiento. 626-636 Buenos Aires

DELLAZOPPA & MORIXE
Plaza Independencia 733 Montevideo



La asamblea de las sombras

Era en el mundo del sueño. Casi como si dijéramos al margen de la vida. Todo era confuso, triste, envuelto en una niebla gris. Una llanura pálida, ácuea, blanquinosa, se perdía hacia el horizonte. Sobre ella andaba yo, suavemente como en un vuelo. Tan ingrave, inmaterial y diáfano era mi paso, que por momentos me parecía ser una vida sin cuerpo, sólo espíritu, sólo alma. A mi lado marchaba, como a saltos, un bulto obscuro, de contornos movibles, evasivos, desfigurado por la niebla. De pronto hirieron mis oídos fragmentos de conversaciones lejanas. El bulto dijo:

— Aquí, como en la tierra, los hombres discuten siempre.

Cosa rara: el bulto era un hombre. Al hablar se destacó con contornos precisos sobre el fondo vago de la niebla, alumbrado con una luz pálida, como prestada. Dijérase un rayo de sol reflejado en la luna de un espejo. Pero fué sólo por un instante. Con la última palabra tornó a ser el bulto obscuro de antes, de contornos movibles, evasivos, desfigurado por la niebla. Ligero y ágil, saltaba no obstante a mi lado, con esa pesadez característica de las nubes de humo en un cielo en calma...

El murmullo por momentos iba creciendo. Innumerables bultos obscuros como mi acompañante empezaron a saltar a mi lado. De pronto nos detuvimos. Era imposible avanzar. Estábamos rodeados de sombras. El murmullo era ya el rugido sordo de una multitud excitada. Parecía que muchas personas hablaban al mismo tiempo, discutiendo algo. Y era un surgir y apagarse instantáneo de infinitos perfiles humanos. Semejaba sobre el fondo blanquinoso de la niebla el relampagueo fugaz de las luciérnagas sobre el fondo obscuro del pantano. Dijérase que la luz del pensamiento los sacaba un instante de la sombra, con el solo placer de hundirlos otra vez en ella. Mi acompañante dijo:

— He aquí gente sabia que discute.

Un ligero tono irónico vibró en su voz. El ruido y la confusión crecían. De pronto alguien alzó la voz dominando el tumulto.

— El hombre se conduce noblemente sin quererlo, cuando está habituado a no querer nada de los demás.

Frente a mi brilló un instante el perfil rotundo y agresivo de Federico Nietzsche. La multitud enmudeció. Se hizo un silencio profundo, casi trágico. Y en él se oyó:

— Oíd un momento... oíd un momento...

Era una voz tímida, con inflexiones suaves, aunque nerviosa. Salía de una sombra cercana a mí. En su fugaz centelleo reconocí el rostro anguloso, con ligeros toques suaves, mezcla de turco y de judío, de León Peretz...

Se apagó un momento. El silencio se hizo más agudo, más profundo. Y tornó a brillar:

«— Había una vez — empezó — un colono. Era un extraño en su aldea. Nunca se relacionó con nadie. Nadie lo trataba. Hablaba un idioma extraño. Nadie lo comprendía ni hacía por comprenderlo.

«Un día este colono encontró un brillante. El no estaba en condiciones de poder apreciarlo, pero tampoco lo quiso cambiar por nada.

«— Brilla e ilumina — pensó, — debe valer un caudal.

«Pero era peligroso vivir con él entre gente extraña: el tesoro atrae a los ladrones. Podían asaltarlo, forzar sus puertas y quitarle la piedra preciosa junto con la vida más preciosa aún. Preciso era, pues, ocultar la piedra y no decir nada de ello a su mujer. Amaba a ésta, pero — hija de Eva al fin — ella no podría guardar el secreto.

«Enterró, pues, el brillante en su huerto, bajo un castaño gigantesco. Como señal puso una gran piedra encima. Así en tiempos cuando ya no tuviera nada que temer, sabría donde ir a buscar el tesoro, el cual podría entonces brillar libremente a la clara luz del sol.

«Un día la esposa vió la piedra. No pudo tolerar que ésta ocupase inútilmente un pedazo de terreno. Era una lástima. Mas no pudiendo mover sola la piedra, llamó en su ayuda al marido.

«Este se quedó aterrado.

«— Dios te libre — dijo. — No toques la piedra.

«— ¿Por qué?

«— Es una piedra propicia: ella ha de traernos suerte y bienestar.

«— Pero si es una simple piedra.

«— Pues ya ves, tal es el poder que tiene.

«La mujer se quedó admirada. No sabía con certeza si el marido lo decía en serio o en broma. Le miró fijamente y vió que sus ojos estaban serios, casi severos, sin indicios de burla...

«Ella amaba al esposo. Tenía fe en su prudencia y en su honradez. Como mujer quedó satisfecha de creer en algo y sobre todo en una señal de orígenes tan obscuros. Además carecía de tiempo para pensar: ¡tenía tanto qué hacer! Así que obedeció al marido y tornó a sus tareas.

«Al día siguiente notó éste que en el huerto había dos piedras en vez de una.

«— ¿Qué es esto? — preguntó. — ¿Quién ha puesto esta otra piedra?

«La mujer sonrió. Había dormido mal esa noche, dijo. ¡La luna tenía un brillo tan extraño a través de la ventana! ¡Su pobre corazoncito se encogía de angustia!... Tenía miedo. Pero no quiso despertar al marido: bajó del lecho, se dirigió al jardín y colocó otra piedra...

«— Así — terminó, — su eficacia será doble.

«El hombre no pudo hacer nada. ¿Cómo iba a enojarse? ¡Ella sonreía tan dulce y tan bella, mientras sus brazos se ceñían a su cuello y sus labios rojos se pegaban a sus labios! Besóla también. Y no tornó a acordarse del asunto.

«La mujer creyó que los besos fueron la recom-

UNA TRAGEDIA



La historia de

pensa de su devoción. De ahí en adelante, cada vez que tenía sed de ellos, añadía otra piedra. Y cuando él no la besaba, lloraba en silencio, dulcemente, y tornaba a poner más piedras...»

Aquí Peretz se interrumpió un momento. Su figura fué palideciendo y se borró. Voces aisladas gritaron:

— ¿Qué tiene qué ver eso con lo que dicutimos?

— ¡Que se calle!

— ¡No queremos que hable!

Pero la sombra de Peretz empezó a encenderse poco a poco como un sol lejano que luchara con las brumas de un mundo desconocido. Irradió por fin, con perfiles claros y tornó a hablar, impasible. Su voz era íntima, sencilla, llena de una ternura callada y dulce...

«La pareja tuvo dos hijos: un varón y una mujer...

«Esta no se asombraba de nada, no preguntaba nada e imitaba a la madre. La una colocaba piedras grandes y la otra piedras chicas. Y el montón crecía.

«El hijo, entre prudente y asombrado, preguntó un día:

«— ¿Qué significa esto?

«— Las piedras nos son propicias.

«— ¿Por qué?... ¿Qué significa esa palabra: propicia? ¿Es obtener más de lo que se merece?

«Pero la madre, no sabiendo tanto, dijo:

«— ¡Pregúntaselo a tu padre!...

«Y cuando el hijo fué mayor de edad, sólo entonces, el padre le reveló el secreto del brillante escondido bajo una de las piedras. Después esto se hizo costumbre: una generación transmitía a otra la revelación. Pero de cada generación, uno sólo, tan sólo uno sabía la verdad y los demás creían simplemente que las piedras eran benéficas y que cuántas más hubiere sería mejor.

«Los vecinos, llenos de asombro, miraban el espectáculo. Unos se burlaban; otros callaban respetando la tradición legada por las generaciones muertas. Algunos creían que era una costumbre guardada desde los tiempos en que Dios bajaba a la tierra. Y en su deseo de agradar a la familia, también recogían piedras y las arrojaban al jardín».

Otra vez la sombra hizo un paréntesis de sombra. Y otra vez las voces airadas ya, tornaron a gritar:

— ¡Qué se calle!

— ¿Qué tenemos que ver con todo eso?

Pero el bulto obscuro tornó a hacerse sombra luminosa. La voz lenta, impasible, volvió a sonar íntima, sencilla, cada vez más llena de ternura callada y dulce.

«— La costumbre de colocar piedras se erigió en sistema, fué un culto.

«La juventud protestó. Los viejos se irritaron y le enseñaron el puño en una amenaza brutal.

«Los jóvenes iniciaron conferencias, pronunciaron discursos; organizaron una manifestación contra las piedras. Y los ancianos arguyeron:

«— Así obraron nuestros antepasados, así obraremos nosotros. Ellos sabían más y si colocaron piedras es porque así se debía hacer. El mundo es muy grande para que aspiremos a modificarlo.

«Añadían otras consideraciones por el estilo, y si alguno se atrevía a obrar en contra de sus afirmaciones, tropezaba siempre con la amenaza brutal de sus puños cerrados.

Por
Leopoldo
Rodríguez
Pujol

«La disputa asumió caracteres terribles. Corrió sangre. Los jóvenes empezaron a abandonar la casa paterna. Dejaban patria, familia y bienestar para ir a comer el pan extraño en tierras lejanas.

«La vida se había hecho imposible en su propia casa. El montón de piedras crecía cada día más. Con el tiempo obstruyó puertas y ventanas.

«— No importa — dijeron los viejos, — entraremos por el techo.

«No se pudo respirar. Pero era lo de menos: cuando se vive poco no se necesita mucho aire. Hubo también miseria y hambre. Era imposible labrar libremente un palmo de tierra porque estaba completamente ocupada por las piedras.

«— Dejad hacinarlas — rogó la juventud; — que crezcan en el espacio, pero que dejen la tierra libre para labrarla.

«— ¡Herejes! — gritaron los viejos; — ¡sólo por encima de nuestros cuerpos llegaréis hasta ellas!...»

Aquí una voz interrumpió brusca.

— ¿Y por qué calla el que conoce el secreto del brillante? ¿Por qué no habla y hace la paz entre los nuevos y los viejos?...

«— ¡Bah!... — concluyó la sombra de Peretz. — El caso es que el brillante ha sido olvidado. Ya porque alguno no dejó testamento, o porque no quiso creer a su propio padre ni engañar a su propio hijo. Lo cierto es que el secreto se ha perdido. El brillante se ha olvidado. Y ahora jóvenes y viejos bregan solo por simples piedras!»

La niebla gris se tragó la sombra luminosa. Las voces de antes, ya interesadas, preguntaron:

— ¿Y qué es ese brillante?

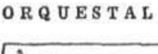
— ¿El derecho?

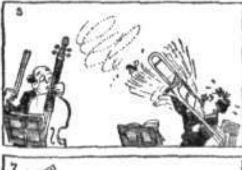
— ¿La justicia?

Una cuarta voz contestó:

— ¡El sentido de la vida!

Un fugaz relámpago modeló una sombra, que no alcancé a distinguir, con una luz extraña diferente de las otras. Después todo se hundió en la nada. La llanura pálida, ácuea, blanquinosa, tornó a extenderse frente a mí, hacia el infinito. ¡Y yo torné a flotar al margen de la vida, vida sin cuerpo, sólo espíritu, sólo alma... humus errante sobre las aguas quietas de los mares originarios!











un moscardón.

De Martínez y San Fernando



Comisión organizadora de los festejos efectuados por la Sociedad Cosmopolita de Martínez a beneficio de la caja social.

El doctor Angel Jiménez, el concejal Oddone y destacados miembros del Partido Socialista local, durante la visita de los primeros a esta localidad.

Biblioteca Argentina



Colección de obras de los más notables escritores argentinos.

Son veinte volúmenes selectos de literatura argentina, cuyos textos han sido elegidos, expurgados y prologados por don Ricardo Rojas.

CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS:

Doctrina Democrática—Moreno.
Dogma Socialista — Echeverría.
Las Bases — Alberdi.
Educación Popular — Sarmiento.
Tierras Públicas — Avellaneda.
Tragedias — Cruz Varela.
Obras Políticas — Monteagudo.
Comprobaciones Históricas — Mitre.
Luz del Día — Alberdi.
El peregrino en Babilonia-Tejeda.
Reflexiones — Gorriti.
Facundo — Sarmiento.
Descripción colonial (2 tomos) — Lizárraga.
Comprobaciones Históricas, 2.º tomo — Mitre.
Debate histórico (3 tomos) — V. F. López.
Relación del Estado con la Iglesia — Vélez Sársfield.
Martín Fierro (poema gauchesco) — Hernández.

Es el mejor regalo para los estudiantes, hombres de letras y toda persona culta. Van colocados en elegante estuche.

Se entrega por sólo $ 9.50 m/n al contado :: y 10 mensualidades de $ 8.55. ::

Rosas y su época

POR ADOLFO SALDIAS, CON PROLOGO DE RAFAEL ALTAMIRA

Tercera edición considerablemente aumentada con los papeles del Archivo de Rosas, y en la que por primera vez se encuentran reunidos en un libro de historia nacional los retratos de más de cincuenta personajes de los que principalmente colaboraron en la época a que se refiere.

5 TOMOS ENCUADERNADOS EN ½ PASTA

Al contado.................... $ 60.— c/l. En 10 mensualidades........... $ 6.50 c/u.

Papeles de Rosas

PUBLICADOS CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS POR EL DOCTOR ADOLFO SALDIAS

Magnífica reproducción foto-litográfica de todos los papeles y documentos del general Juan Manuel de Rosas, ordenados por fechas. Obra de gran interés histórico.

2 TOMOS LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS

Al contado........................... $ 50.— A plazos............................ $ 55.—

Obras selectas de Alberdi

La ordenación de esta obra a cargo del ilustre hombre público doctor Joaquín V. González, quien ha hecho un notable estudio de la personalidad de Alberdi, es garantía de la bondad de la obra y nos releva de todo elogio.

18 TOMOS EN CHAGRIN Y ORO

Al contado, $ 200.— c/l. En 10 cuotas de $ 21.— c/u. O en 15 cuotas de $ 14.50 c/u.

Corte y remita hoy mismo el cupón que va al pie y recibirá GRATIS un folleto ilustrado con una reseña de cada obra.

Alberto Vidueiro - Tacuarí, 594 - Bs. Aires

Sírvase remitirme un folleto ilustrado de la BIBLIOTECA ARGENTINA y el Catálogo de las Obras escogidas.

Nombre..

Calle.................................... *Localidad*....................

De Tandil



Socios de la "Unión Dependientes de Comercio" de esta ciudad y de su homónima de Mar del Plata que asistieron al picnic organizado por dichas instituciones en el bonito recreo "El Manantial de los Amores".

EL VALOR DEL SABER

El motor de la fábrica no funcionaba, los esfuerzos del maquinista y de los obreros resultaron inútiles; aquel aparato se había descompuesto definitivamente. El dueño del establecimiento se desesperaba en vano ante los perjuicios que aquel paro imprevisto le causaba. Alguien le sugirió la idea de hacer venir a un técnico que vivía no lejos de allí. El dueño en persona en su automóvil fué a traerle. El mecánico revisó el motor detenidamente, pidió luego un martillo, dió varios martillazos, apretó algunos tornillos, y diez minutos después el motor caminaba a toda satisfacción.

Días después el fabricante recibía la factura importe del arreglo que le enviaba el ingeniero mecánico; ascendía a ciento cincuenta pesos moneda nacional; parecióle excesivo y la devolvió, rogándole expecificara y justificase cómo diez minutos de trabajo podían importar tal suma.

A vuelta de correo recibía la factura detallada en la siguiente forma: por martillar seis minutos cuarenta pesos; por apretar cuatro tornillos, diez pesos; por saber dónde se había de matillar y qué tornillos apretar, cien pesos. Total ciento cincuenta pesos.

Dos Máquinas en Una



La Burroughs Duplex hace el trabajo de dos máquinas de sumar además de prestar el mismo servicio que una máquina sencilla.

Con la Burroughs Duplex es fácil y rápido el sumar el Debe y el Haber de las cuentas silmultáneamente, o sumar a la vez precios, etc. También esta máquina suma el importe de cheques u otros documentos y anota los números de los mismos simultáneamente.

Su construcción también facilita la obtención de totales parciales con un gran total.

La diferencia entre el precio de una máquina Burroughs sencilla y una Duplex no es muy grande pero las ventajas de la Duplex son muchas. Le conviene a usted conocer la Duplex antes de adquirir una máquina de sumar.

SE PUEDE ADQUIRIR EN MENSUALIDADES

H.E. Watkins & Co. Ltd.

Importadores

937 - Córdoba - 937
Rosario

773 - Tucumán - 785
Buenos Aires

1540 - Zabala - 1540
Montevideo

Máquinas de Contabilidad, Sumar y Calcular

Burroughs

Sres. H. E. Watkins & Co. Ltd.
Tucumán, 773/85 - Buenos Aires

Sírvanse enviarme detalles completos de la Burroughs Duplex.

Firma ....

Dirección ....

Negocio ....

De Roberts (F. C. O.)



Parte de la concurrencia al gran baile organizado por el Centro Social de esta localidad celebrando el Dia del Arbol.

LA MENTIRA

Fridman, hombre de unos veinticinco años, maestro, venía de su última lección que daba en una callejuela silenciosa y apartada y pensaba entrar en el café cercano para cenar y leerse, según costumbre, los diarios que allí había. Antes de llegar al café sintió que le tocaban el hombro; volvióse y vió ante sí a su pálido amigo Selvín.



— ¿A dónde vas? — preguntó Fridman, contemplándolo de arriba abajo.

— Voy... voy... Me hace falta un rublo...

—Se atascó cual si perdiese el aliento y agregó lleno de temor:

— Fridman, préstame un rublo... Lo necesito...

Fridman metió la mano maquinalmente en el bolsillo, donde tocó el único rublo de plata que llevaba, y dijo con precipitación:

— ¡No tengo, palabra de honor!

— ¡Qué desgracia! — exclamó Selvín contrayendo dolorosamente la faz. — Vivo en una casa de pensión en que reina la miseria. ¡Dios la tenga en su amparo! Y todavía debo allí un rublo por este mes... Hace tres días que les estoy postergando el pago, y hoy ya no es posible que vuelva sin dinero... Es como para pasar la noche en la calle...

«Yo debería haberle prestado el rublo. Me da pena» — pensó, arrepentido, Fridman; pero ya no podía retractarse y emprendió la marcha sin saber a dónde. Selvín le seguía.

Habían pasado ya el café y Fridman no sabía cómo desprenderse de su compañero, por el cual sentía mucha lástima...

— ¡Qué desgracia!, ¡qué desgracia! — volvió a decir Selvín, como si la insistencia en repetir estas palabras le sirviese de remedio para obtener el rublo que necesitaba.

Su tono desesperado le hacía a Fridman el efecto de un mazazo en la cabeza, y se sintió encolerizado contra sí mismo y contra su amigo.

— ¿Sabes una cosa? — exclamó de pronto Selvín. — Esta noche iré a dormir a tu casa... No puedo volver a la pensión... No puedo...

Fridman miró a su compañero y notó que su rostro estaba arrugado y los ojos desesperados y anhelantes de ayuda que no esperaban encontrar. El, Fridman, estaba en condiciones de ayudarle ahora: debía tan sólo sacrificar el rublo, que, en verdad, le hacía falta, dejar la vergüenza a un lado y declarar que tenía dinero. Después de un instante de lucha interior abrió ya la boca para exclamar: «Toma el rublo», mas en su cerebro refulgió súbitamente una idea y se limitó a decir:

— Ven a pasar la noche en mi casa... Con el mayor gusto... Dormiremos juntos...

La cara de Selvín se desarrugó, aclaráronse sus ojos y sintiéndose aliviado, cual si hubiese arrojado de sí una carga, se volvió locuaz:

— ¡Demonios! ¡Qué difícil resulta conseguir el dinero para el alquiler! El comer nunca ha pesado sobre mí tanto como el alojamiento. Desde que estoy en esta gran ciudad me siento algo así como un vagabundo que no está seguro si tendrá dónde reclinar la cabeza de noche.

A esto nada contestó Fridman. Sólo tenía la mano metida en el bolsillo y para que no se le escapara por descuido alguna palabra, repetía mentalmente: «no tengo»... Cada vez que tocaba el rublo con la punta de los dedos, parecíale que tenía una cosa sucia que le manchaba para siempre, y retiraba la mano, espantado, y resolvía no volver a meterla y olvidar el rublo. Pero cuando Selvín empezaba a hablar de su miseria, ponía nuevamente la mano en el bolsillo, como para excitarse, y tenía la sensación de que de un momento a otro se olvidaría y sacaría el rublo, que Selvín vería entonces, y esto le causaba horror.

— ¡Así es la cosa! — exclamó Selvín al entrar en la habitación de Fridman, satisfecho de haber hallado un refugio para esa noche.

— Sí, sí — asintió el otro, pensativo. — De nuevo metió la mano en el bolsillo y porque no estaba seguro de tener el valor de no sacarlo de un momento a otro, extrajo suavemente el rublo, encerrado en el puño y aprovechando la obscuridad, antes de encender la luz, lo guardó en el botín.

Después de esta operación sintióse aliviado de un peso. Ahora estaba seguro que no sacaría a relucir el rublo, ya que no iba a tocarse a cada instante el botín, como antes lo había hecho con el bolsillo. Sintiéndose más alegre, le golpeó a Selvín en el brazo y dijo:

— No te aflijas, Selvín; ya vendrán los tiempos

buenos. El mundo, al fin y al cabo, es el mundo.

Selvín, que desde hacía mucho tiempo no había oído una palabra de animación de parte de sus amigos, sintióse más orgulloso, se enderezó y dijo paseándose por la pieza:

— Créeme, hermano, que no me aflijo. ¿Qué es el dinero? ¡Una tontería! Nosotros tenemos ideales.

— ¿Y qué? — contestó Fridman. — El dinero es una tontería; no se vive con el dinero...

— Claro está que hace falta para la vida — observó Selvín recordando al parecer que debía por el alojamiento. — Pero eso no es lo esencial.

— Lo esencial es el hombre — añadió Fridman con altivez. — Nosotros somos hombres puros.

Selvín se sintió completamente tranquilizado. En realidad ¿acaso estaba tan mal? Hallábase en un pequeño y modesto aposento, en compañía de un amigo que lo comprendía, que compartía con él sus sentimientos y que era honesto y desprendido.

Recostóse en la cama de Fridman y se entregó a sus meditaciones. Una dulce fatiga se esparció por todos sus miembros y olvidó su deuda, a la pobre patrona de su pensión, su cama de hierro rota y las sórdidas almohadas en el húmedo rincón. Sentíase como antaño, en la infancia, al volver tarde de la escuela...

— ¿Tal vez quieras probar un bocado? — preguntóle Fridman.

— ¿Acaso tienes algo? — dijo Selvín asombrado.

— Sí, unos pancitos que quedaron de la mañana; te y azúcar tengo siempre, lo mismo que un calentador.

— ¡Pues eres todo un burgués! — dijo Selvín riéndose de su buen compañero.

Media hora después ambos amigos, una vez que hubieron comido, se aprestaron para acostarse.

Fridman, olvidándose completamente del rublo, se quitaba los botines mientras hablaba con Selvín.

De pronto se oyó un ruido.

— ¡Oh, un rublo! — exclamó Selvín con alegría.

Fridman se extremeció y estuvo a punto de desplomarse.

Al observar la expresión de Fridman, Selvín volvió en sí y bajó la vista sin poder alzarla...

— ¿De dónde me sale este rublo? — pudo articular apenas.

— A veces queda arrinconado alguno... — respondió Selvín como avergonzado.

— Yo no sé — balbuceó Fridman sin levantar la moneda.

En la habitación reinaba un silencio embarazoso.

— ¡Ja, ja, ja! — estalló súbitamente Selvín en una carcajada histérica, contemplando a su amigo.

— ¡Ja, ja, ja! — rióse a su vez Fridman y en su risa se notaban extrañas lágrimas. La risa quemaba su rostro y sus mejillas ardían.

Y el rublo yacía en el suelo, cual testigo de la pequeñez humana, miraba irónicamente a los dos compañeros y parecía decir:

— ¡Ah! Todo por mí... todo por mí...



A B R A H A M R E I S E N

TRADUCCION DE S. RESNICK

ILUSTRACIONES DE BESARES









BRONQUIOL del Dr. BERGER

preparación científica altamente curativa para extirpar la tos más aguda, calmándola desde las primeras dosis.

No espere a mañana para empezar; tome **BRONQUIOL** en cuanto note los primeros síntomas de **TOS.**

Recomendado por los médicos para **Grippe, Bronquitis, Asma, Catarros, etc.**

TOMELO Y NOTARA EN SEGUIDA SUS BENEFICOS RESULTADOS.

PRECIO DE VENTA $ 3.— más 0.30 de franqueo para el interior.

Pida en todas las farmacias **BRONQUIOL del Dr. BERGER,** única forma de asegurar el resultado y de evitar las consecuencias de burdas imitaciones.

DEPOSITARIO GENERAL: FARMACIA DEL LEON - ENRIQUE H. SPINEDI

SARMIENTO, 902, ESQ. SUIPACHA — BUENOS AIRES

De Mármol

Grupo de familias que asistieron a la fiesta campestre con que el señor Lavarello obsequió a sus empleados.




CARLOS RASETTI
SARMIENTO
ESQ. MAIPU
Buenos Aires
Revólver SMITH WESSON Militar
Calibre 38, de 6 tiros, caño de 4 pulgadas.... $ 83.00
CASA IMPORTADORA DE ARMAS, MUNICIONES Y CUCHILLERIA.
POLICE POSITIVE SPECIAL
REVOLVER "COLT"
Police, Positive, calibre 38 especial, de 6 tiros, caño de 4 pulgadas........... $ 72.00
LA CASA MAS ANTIGUA EN EL PAIS
FUNDADA EN 1857
Estamos en condiciones de vender todos los artículos a precios sin competencia.
Visiten el nuevo local
PISTOLA AUTOMATICA MAUSER
de 8 tiros, calibre 7/65, último modelo de bolsillo,
$ 35.00
WINCHESTER
CARABINA WINCHESTER,
REPETICION, 12 tiros, calibre 44........... $ 74.00

LO INEFABLE

Tenía unos veintidós años. Ni morena ni rubia, no podía, sin embargo, decirse que fuera blanca. Era su cutis el de las criollas bien nacidas y mejor cuidadas. Un cutis suave, aterciopelado. Sus ojos no eran precisamente hermosos. Su nariz no era perfecta; más bien pecaba de irregular, aunque no era ni grande ni chica. Su talle era esbelto y, más que esbelto, delgado, ágil, cimbreante; un talle como de espada. No tenía casi senos. Bajo la blusa nunca se advirtió en ella redondez ninguna, y cierta vez que se puso un traje excesivamente descotado, pudo colegirse que las protuberancias brillaban en aquel pecho por su ausencia. En resumen, por su cara no podía decirse que fuera bonita, ni por su cuerpo que fuera hermosa.

Sin embargo, algo tenía de adorable, algo que hacía detenerse ante ella al más serio de los amigos y al más conspicuo de los transeuntes. ¿Qué tiene de lindo esta muchacha?, se preguntaban los unos y los otros. Hasta sus amigas, sus compañeras más íntimas, murmurábanse idéntica pregunta, al notar la preferencia que sentían por ella los más apuestos jóvenes de la parroquia. Algunas acabaron por ponerse celosas. Pero nadie sabía dar con la causa de esta simpatía. Nadie.

Desde luego habrá que decir que ella misma estaba sorprendida del entusiasmo que despertaba. No siendo tonta, el espejo, ese maligno, ese mentiroso confidente de las mujeres, resultó siempre impotente para engañarla. Se sabía, si no fea, nada bonita. Por otra parte, había oído decir a sus padres, cuando chica, que iba a quedarse para vestir santos, porque «es feúca la pobre». Llegaron, con diligencia verdaderamente seráfica, a tomar fuertes seguros de vida a nombre suyo, a fin de que no fuera a sufrir estrecheces y que, por el contrario, la vida espléndida y rumbosa sirviese de compensación a su desventura. Por eso estaban poco menos que absortos los buenos padres viendo el ejército de mocitos que andaban tras la doncella.

Como ni por un momento se creía bonita, despreciaba sistemáticamente a cuanto galán la lisonjeaba, suponiendo que los muy tunos no querían otra cosa que pasar el tiempo, divertirse o, a lo sumo, atrapar su dinerillo si lograban hacerla esposa. Llegó, con el tiempo, a sentirse disgustada con los tales. Aquellos que le decían «linda», «tocinito del cielo» o «preciosura», se le antojaban igualmente farsantes que los que le suspiraban «¡qué bonita!», «¡qué bellos ojos!» o «¡qué hermoso cuerpecito!». De unos y otros huía; a unos y a otros trataba con la punta del zapato. Pero...

Una ocasión, yendo de compras, al doblar una esquina, un joven como de unos treinta años, alto, elegante, de rubio bigote y azules ojos, al punto de verla paró el andar súbitamente ante ella, como electrizado, como movido por un resorte, y la dijo, todo trémulo, lleno de un alborozo indescriptible:

—¡Qué maravillosa sonrisa tiene usted!

Sintió como un golpe de sangre en la cabeza, y al punto que las mejillas se le inundaron de rubor, el corazón empezó a brincarle, cual queriendo salirse de su cárcel. Buscó con la mirada al galanteador, pero éste había ya pasado, por lo que, ansiosamente, volvió la cabeza, maniobra que como es de uso en estos casos, fué advertida por aquél.

El varón creyó ver en tal actitud de la dama un augurio de éxito en la conquista. Así, dió media vuelta, y cuando estuvo cerca, casi junto a ella, en pleno oído, la dijo:

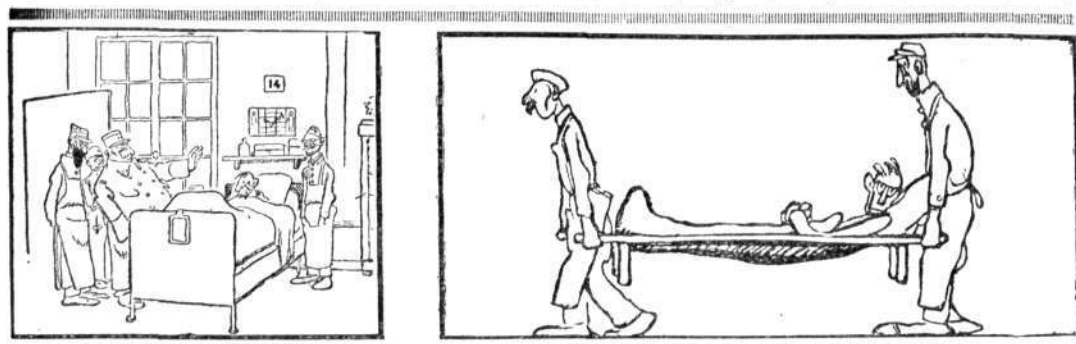
—¡Sí! ¡Es magnífica su sonrisa! ¡Es la más bella sonrisa que haya visto en la vida!

Y para recalcar el efecto, llevado del buen resultado del ataque, subrayó:

—¡Iría al fin del mundo por su sonrisa!

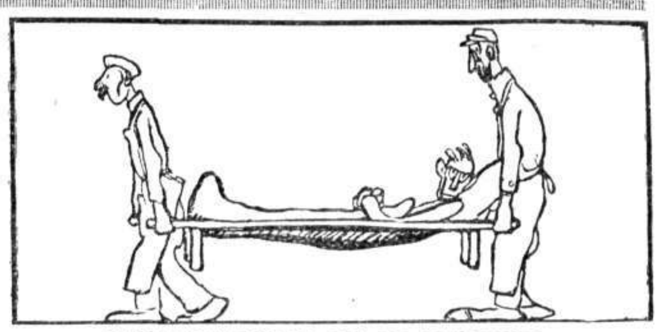
Desde aquel día, en que llegó a su casa con un temblor nervioso que asustó a sus padres, su modo de ser dió una verdadera vuelta de campana. Nunca más se la vió reir, y ni siquiera sonreir. En sus interioridades solía decirse muy a menudo: «Mi sonrisa sólo debe de ser para el hombre que la comprende. Además, tengo miedo de prodigarla, de gastarla, de que se me acabe, como el dinero. Debo ser avara de mis sonrisas, como un avaro de sus monedas. El día que pierda esta sonrisa, lo pierdo a él. ¡Oh, perderlo a él!».

Por su parte, el hombre que logró despertar este corazón adormilado, sabía bien lo que se hacía, lo que tenía entre manos. No le habló jamás de otra belleza que de su sonrisa. Se hizo erudito en sonrisas. Comparaba su sonrisa con todas las sonrisas célebres, desde la de Monna Lisa hasta la de las vírgenes de Murillo. Todas eran cualquier cosa ante la suya. Diariamente ideaba un nuevo ditirambo de la sonrisa. Unas veces se le ocurrían frases cursis, vulgares; otras, no. Otras se iluminaba,



LAS BUENAS PALABRAS

—Créame, amigo; nada es tan bueno como una buena pierna de palo.



LA PARTIDA PARA LA SALA DE OPERACIONES

—¡Adiós, viejo! ¡No dejes de mandar postales!

POR

ALBERTO HIDALGO

se inspiraba, se sentía poeta. Usaba metáforas verdaderamente artísticas, verdaderamente acertadas. Un día aseguró que se volvería escritor solamente para escribir un libro sobre el «arte de sonreir». Al principio, su único objeto fué el de aprovecharse a la muchacha. Seducirla, hacerla suya y luego abandonarla, según táctica muy conocida de los hombres. Pero, a medida que fué corriendo el tiempo, fué el flirt cambiando de rumbo. Llegó a creer sinceramente en la maravilla de la sonrisa, en que, en efecto, nada había en el mundo comparable a esa sonrisa. Se enamoró locamente, delirantemente.

Una noche acudió con cara de velorio.

— He recibido — le dijo mientras ella le acariciaba llorosa — una orden telegráfica, de mis jefes, de volver a Barcelona en el vapor que sale pasado mañana.

O se iba, o perdía el puesto. Y si se iba, cómo dejarla. Tal era su dolor. Ella resolvió el problema. Casi siempre los problemas insolubles de los hombres los resuelven las mujeres. Prometió irse con él, fugarse. Después, allá se casarían y obtendrían el perdón de sus padres. Así se acordó.

Dos días después partieron. ¡Qué idilio el de la primera semana de viaje! El loco por ella; ella loca por él. Mas, como el vapor se acercaba a puerto, comenzó él a ponerse meditabundo, cabizbajo, triste. Estando a solas se le hacía muy fácil el arreglo de sus cosas. Trazaba planes, y ya se creía en posesión de la solución, pero al tiempo de ejecutarlos no se atrevía a empezar. La sonrisa, la sonrisa de su amante lo desarmaba. Empero, una tarde, después de larga meditación, se dispuso a decírselo todo. La llevó al camarote, avisándola que tenía que hablarla. Ya allí, ella sonrió levemente, con cierta amargura, y fué su sonrisa tan dulce, que él no pudo articular palabra y se sintió ahogado por un sollozo. En medio de ese sollozo, como envuelta en el sollozo, a manera de un objeto en un papel de seda, salió su confesión:

— ¡Soy casado!

Ella quedó rígida. Se hubiera dicho que la sonrisa, la pícara sonrisa, voló de sus labios cual un pajarillo. Luego con voz firme, fuerte, incisiva, preguntó:

— ¿Por qué no me dijiste que eres casado?

El le dió una mirada pedigüeña de perdón por toda respuesta. Y ella:

— Está bien. ¡Hemos terminado! ¡Adiós!

Y salió. Media hora más tarde un mozo retiró todo su equipaje. El no opuso resistencia. Por el contrario, hizo un gesto como de alegría. Respiró ancho, a pulmón pleno, cual si hubiera salido de una asfixia. Pero apenas el mozo transpuso la puerta, sintió el látigo de los celos en la cara, y corrió tras él hecho una fiera. Lo siguió a corta distancia, lo vió penetrar en un camarote de lujo, apuntó el número y se escurrió por un pasadizo.

A la hora de la comida apareció ella en el comedor pavoneándose, del brazo de un inglés. Tenía un aire inaudito de coquetería. Había olvidado su sonrisa. Quizá maliciosamente la guardó en los cajones de su alma. Pero sus brazos estaban desnudos y su traje era escandalosamente descotado. Los pasajeros quedaron absortos viéndola entrar con semejante individuo, y en cuanto divisaron al otro, pálido y serio, del brazo de su soledad, el único brazo posible en aquel instante, no disimularon una risita de burla. El no se alteró. Comió como de costumbre. Encendió un cigarro y pasó la sobremesa contemplando impávidamente las volutas del humo que se deshacían en lo alto. Y cuando la cínica y el inglés se levantaron, se acercó disimuladamente a la pareja y susurró en el oído del varón:

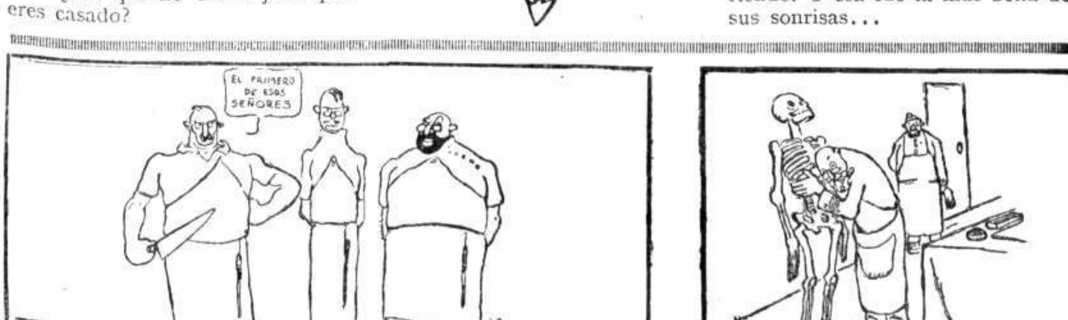
— ¡Lo espero en la cubierta dentro de diez minutos!

El inglés, como buen inglés, sin inmutarse, condujo su compañera al camarote, y con cualquier pretexto salió para dirigirse hacia el lugar de la cita. En tanto, su rival, en vez de irse a cubierta, se había ocultado tras de una columna, y en cuanto le vió salir penetró en el camarote.

— ¡Tonto! ¡Imbécil! ¡Has hecho el tonto como sólo los tontos saben hacerlo! ¡Hace cinco días que estoy «arreglada» con el inglés! ¡Tonto! ¡Fuera de aquí!

Rápido, él la tapó la boca con la diestra, mientras con la siniestra hundió un largo puñal en aquel seno duro, pecador, vengativo. Un minuto después estaba muerta.

Pero no había olvidado su sonrisa. Por la herida, que manaba sangre a borbotones, seguía sonriendo. Y esa fué la más bella de sus sonrisas...



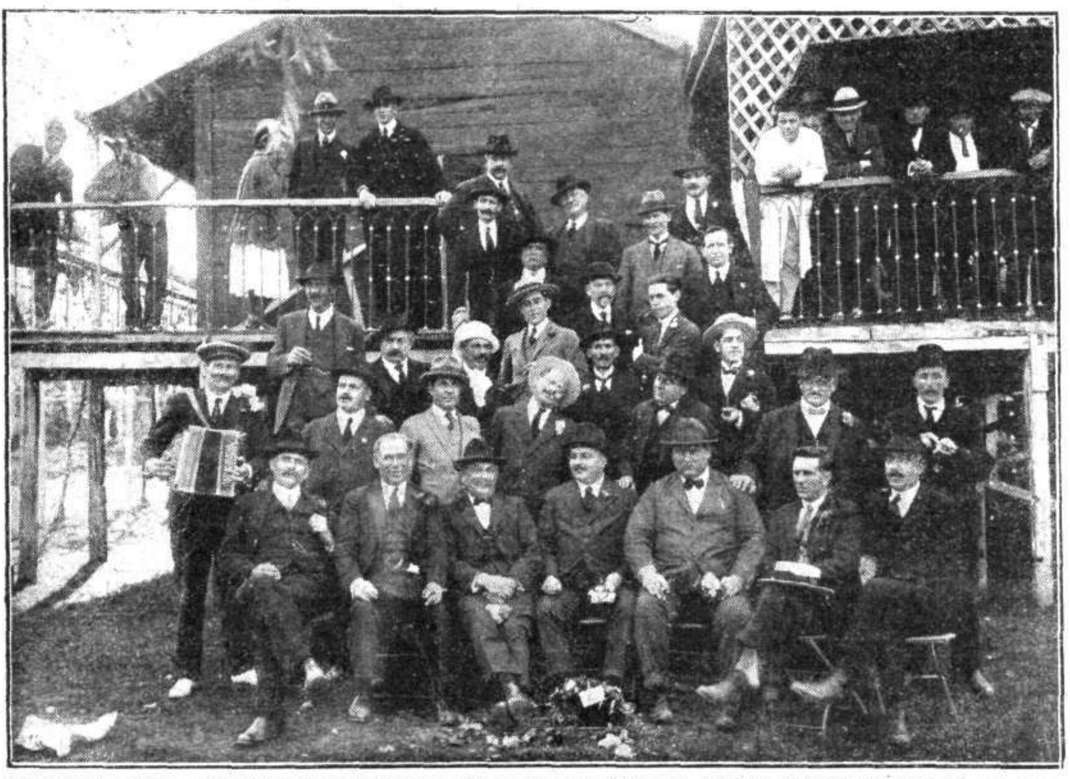
COMO EN LAS BARBERIAS



JUNTA DE EXCEPCIONES

— Soy de opinión de una excepción temporaria y gratificación: su caso puede mejorar.

De Puerto La Plata



Caracterizados vecinos, profesionales, comerciantes y personal superior de varios buques, socios del club "Barra de Acero", que concurrieron al almuerzo ofrecido por el señor Atilio Vernetti en honor del profesor señor Lucas Defelice, en la pintoresca isla Santiago.

UNA AVENTURA CHINESCA

POR B. BELABRE

VERSIÓN DEL INGLÉS DE M. VIAPLANA

DIBUJO DE MACAYA.

En los primeros días de mi servicio consular me encontraba estacionado en Shanghai, y como era joven y lleno de deseos de aventuras, invité a mi amigo Forbes para que me aconpañara en mi lancha a una expedición de caza al lago Tchao.

Era precisamente en el tiempo que el odio de los chinos contra el «diablo extranjero» había llegado hasta lo más agudo, pero Forbes y yo no hicimos caso a las demostraciones y emprendimos nuestro viaje. Muchos fueron los sitios interesantes que visitamos, como Loo-Chow, con sus enormes murallas; Khading, la ciudad destruída por los rebeldes de Taiping; recuerdos del norte de China que perdurarán en mi memoria.

Nos estábamos vistiendo una mañana, cuando nuestro *lowdah*, o capitán, entró en el camarín para avisarnos que en la orilla y a corta distancia de la lancha había un ciervo. Mi compañero inmediatamente tomó la escopeta y corrió a cubierta, y yo, aun a medio vestir, lo seguí.

El ciervo estaba un poco lejos para tirarle, por lo que saltamos a tierra y nos escondimos en un arrozal desde donde se presentaba una buena oportunidad para tirar. Apenas estuvo al alcance, Forbes hizo fuego y aun no había muerto el eco del disparo cuando oímos un espantoso grito, como en demanda de socorro. En un momento todo el arrozal estaba lleno de chinos que nosotros no habíamos visto porque estaban trabajando en el barro y cubiertos por la plantas de arroz.



Forbes y yo corrimos hacia el lugar de donde los gritos continuaban saliendo y adonde también se dirigieron la mayoría de los chinos. Encontramos que los gritos los daba un chino de media edad, de cuya cabeza salía sangre con bastante abundancia. Desgraciadamente la bala, al no dar en el blanco, fué a rozar la cabeza de aquel hombre, que por sus gritos nos hizo creer que la herida era de más importancia de la que en realidad tenía. Por suerte Forbes hablaba el chino y trató de convencerlo que era un simple rasguño, pero el maldito hombre en vez de tranquilizarse continuó gritando con más fuerza.

Mi amigo se volvió para decirme lo que aquellos gritos significaban. Le ofreció algún dinero diciéndole al mismo tiempo que era un gritón y un hijo de tortuga — lo que en chino quiere decir mucho.

Esto avivó la llama de la venganza. Había como un centenar de ellos alrededor nuestro y yo empecé a inquietarme por nuestra suerte.

Forbes trató de abrirse paso en dirección a la lancha y como se le interpuso un grupo en actitud hostil, disparó al aire el cartucho que le quedaba, y entonces fué cuando empezó la lucha. Forbes empezó a repartir culatazos y, cuando vimos el camino algo despejado, arrancamos a correr con toda nuestra fuerza hacia la lancha para ponernos en salvo, o por lo menos fuera del alcance de aquella endiablada turba. Una lluvia de piedras empezó a seguirnos en nuestra carrera, y el pobre Forbes recibió una de ellas en la nuca, con tanta fuerza que le hizo caer sin conocimiento. Yo no vi esto porque corría adelante, pero me extrañó la forma en que aumentó el vocerío, y dándome vuelta vi un cuadro que me heló la sangre. Mi pobre compañero estaba en el suelo siendo pateado y golpeado con bambúes por los enfurecidos brutos.

Mi primer impulso fué correr en su ayuda, pero pronto me dí cuenta que sería una locura que empeoraría la situación. ¿Qué podía hacer un hombre desarmado contra semejante turba?

La única esperanza posible era buscar a mi *lowdah*, y armados volver en su ayuda. Corrí de nuevo en dirección al río, y cuando llegué a la orilla quedé espantado y creí que nuestro fin había llegado. Mientras habíamos estado discutiendo, algunos de los chinos se habían llegado a nuestra lancha y, para evitar que pudiéramos escapar, le prendieron fuego.

Quedé horrorizado ante la densa nube de humo que se levantaba de la cabina. Mi situación era verdaderamente desesperada, y continuar allí sería entregarme en las manos de aquellos enfurecidos, lo que no estaba dispuesto a hacer.

Siguiendo la ribera, llegué hasta un arrozal donde la altura de las plantas me proporcionaban un escondite. El lugar no era muy cómodo, pues, como es sabido, el arroz de cultiva en una especie de barrial o pantano, pero por lo menos allí podía esperar el desenlace. Varias veces sentí a mis perseguidores pasar cerca mientras me buscaban, y me consideré dichoso en que no descubrieran mi escondite.

De pronto apareció un viejo llevando dos grandes canastas en las puntas de una caña que descansaba en el hombro. Su presencia no me agradó mucho al principio pero como no veía medio alguno de salvación, resolví pedirle ayuda. Creo que su apariencia pacífica fué lo que me indujo.

Cuando me vió levantarme a medio vestir y todo embarrado, tiró sus canastas y salió corriendo como si hubiera visto un espanto. Con las pocas palabras chinas que conocía y algunas exclamaciones conseguí detenerlo y fuí hacia él tratando de hacerle comprender que no era la clase de hombre por lo que él me había tomado.

No sé como fué que conseguí que comprendiera mi situación. El caso es que me llevó a un sitio más seguro y dándome una taza llena de arroz hervido me dejó, haciéndome señas de que lo esperara allí.

Esperé varias horas, hasta que por fin, a la puesta del sol, volvió el buen hombre acompañado de cinco soldados, de los más cínicos, que empezaron a bromear y reirse de mi estado.

Cuando llegamos a la estación de policía encontré a Forbes sobre una camilla; no pude reprimir un gesto de dolor al verlo. Allí estaba también mi *lowdah* que milagrosamente escapó con vida, y con la ayuda de éste pude conseguir una chalana a vela con que poder volver a Shanghai, donde llegamos después de varios días y noches de navegar por aquellas aguas que jamás volví a ver.

Mi amigo tardó más de dos meses en reponerse, y tan pronto pudo caminar tomó el primer vapor para Europa, y estoy seguro que jamás se le ocurrirá volver a la China.



Aire fresco

Aire fresco puede obtenerse con tan sólo mover una llave de conmutación de un

Ventilador "Westinghouse"

El hogar, como también las oficinas, pueden hacerse más confortables con poco gasto, pues los ventiladores Westinghouse son económicos y duraderos.

Westinghouse

U. T., 5015, Rivadavia - Avenida de Mayo, 1035 - Buenos Aires

Para estancias, para familias, para "tea rooms" etc.



"FIVE O'CLOCK" Lata de 11 libras.

TE SOL Etiqueta Blanca Lata de 6 libras

enviamos directamente el TE SOL en latas grandes acondicionado especialmente:

FIVE O'CLOCK

(TE SOL, calidad extra)

Lata de 11 libras
(5 kilos neto).......... $ 30.—
Lata de 3 libras
(1.362 gramos neto).... $ 9.60

TE SOL

(ETIQUETA BLANCA)

Lata de 6 libras
(2.724 gramos neto).... $ 17.40
Lata de 3 libras
(1.362 gramos neto).... $ 8.70

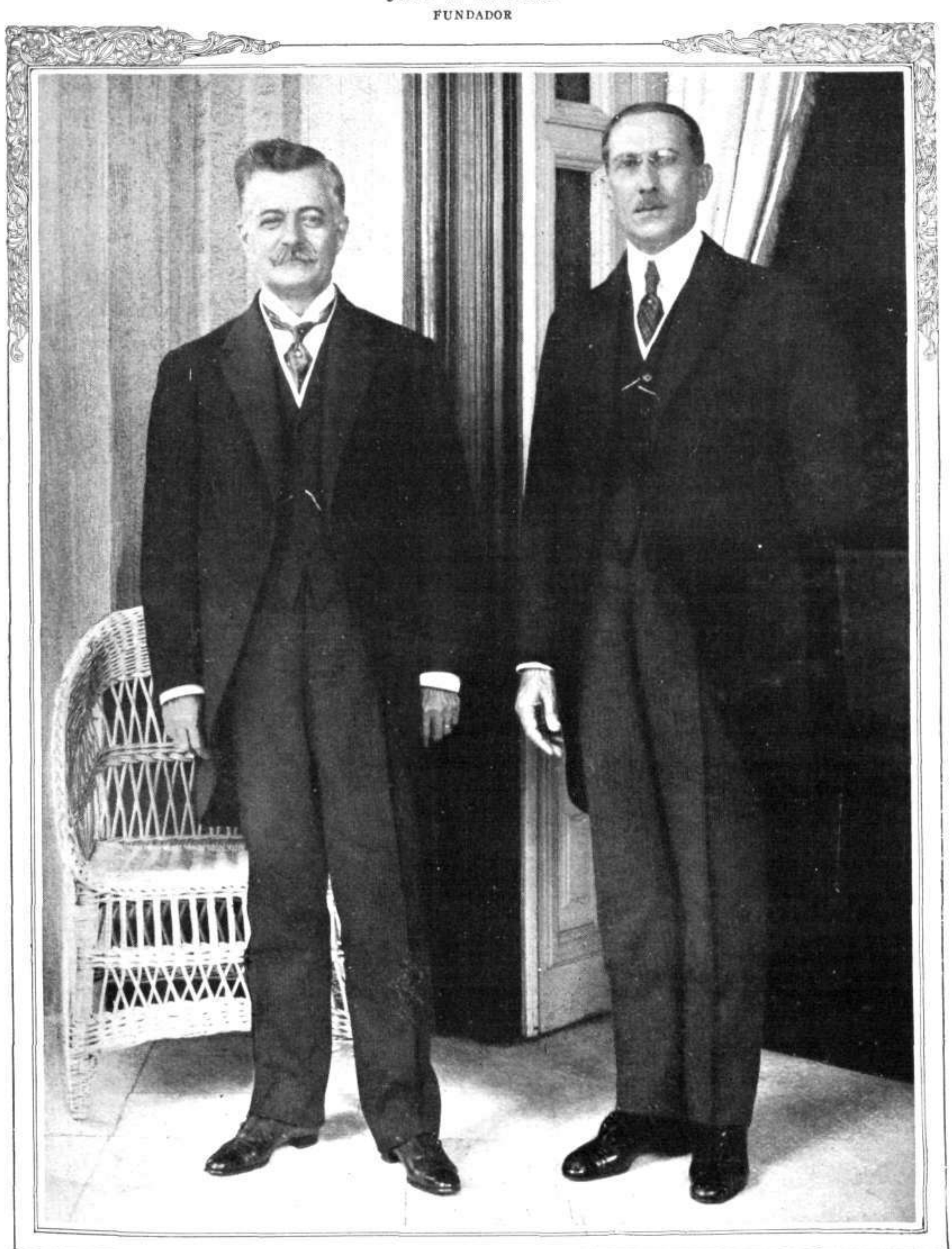
Haga primero el pedido a su almacenero, y si no encontrara estos envases especiales, dirija su pedido a los introductores de TE SOL, calle Tucumán, 345, Buenos Aires. Unión Telefónica 0936, Avenida.



BUENOS AIRES, 18 DE NOVIEMBRE DE 1922

AÑO XXV **CARAS Y CARETAS** N.º 1259

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR

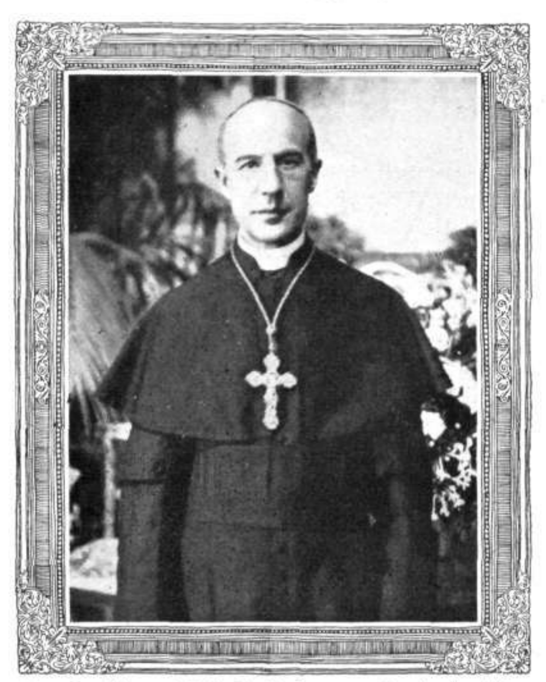


EL CAMBIO DE GOBIERNO EN EL BRASIL

El presidente entrante, doctor Arturo Bernárdez, y el saliente, doctor Epitacio Pessoa

INTERESANTE fotografía obtenida durante la visita que el doctor Bernárdez, quien tiene a su derecha al doctor Pessoa, hizo a éste pocos días antes de sucederle en el cargo. El nuevo mandatario que desde ayer ocupa la primera magistratura de su país es uno de los hombres públicos de más brillante actuación en el escenario político. Sus altos ideales, su patriotismo, su cultura y espíritu emprendedor son una garantía de progreso y de paz, que ha de acrecentar aun más al estado de prosperidad y de asombroso adelanto que ostenta actualmente aquella gran nación.

FOTO DE NUESTRO ENVIADO ESPECIAL SEÑOR CHIAVAZZA.



Monseñor Giovanni Beda Cardinali, nuevo Nuncio Apostólico.

Per Caras y Caretas

Giunga prima di me ai cattolici tutti della nobile nazione Argentina il saluto cordiale di un sincero ammiratore

+ Giovanni Beda
Arciv. tit. di Chersona
Nunzio apostolico dell'Argentina

Autógrafo concedido al corresponsal en Italia, señor Símboli, por el ilustre prelado antes de su partida para nuestro país y que dice así:

Para Caras y Caretas.

Llegue, antes que mi persona, a todos los católicos de la noble nación Argentina, el cordial saludo de un admirador sincero.

GIOVANNI BEDA

Arzobispo titular de Chersona.
Nuncio Apostólico en la Argentina.



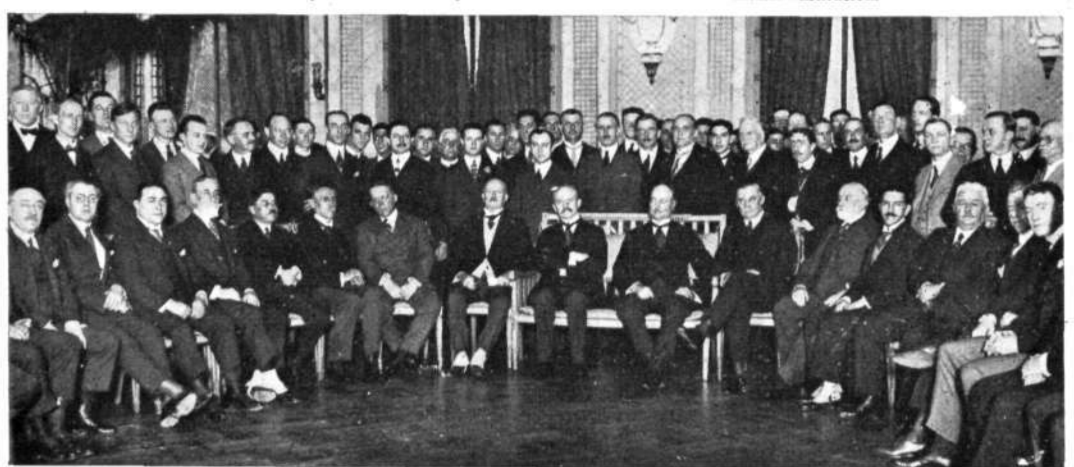
VISITA DEL GRAN RABINO DE ALEPO AL PRESIDENTE ALVEAR. — El venerable sacerdote, con distinguidos miembros de la colectividad, retirándose de la casa de gobierno después de haber presentado al primer magistrado los saludos de la iglesia israelita.



EL GOBERNADOR DE TUCUMAN VISITA "CARAS Y CARETAS". — El mandatario tucumano, el ministro de Hacienda de esa provincia, doctor Eudoro D. Aráoz, y el doctor A. Figueroa Ozzán que los acompañaba, con nuestro director.



FESTIVAL A BORDO DEL VAPOR "FLANDRIA".—El ministro de Holanda y las damas de la comisión del Patronato de la Infancia, que preside la señora Amalia Arrotea de Muñoz, en la fiesta por ellas organizada a beneficio de la obra que sostiene la humanitaria institución.



RECEPCION OFRECIDA POR EL PRESIDENTE DE LA "MUNSON LINE STEAMSHIP". — Los concurrentes a la amable reunión que retribuyendo atenciones dió Mr. Franck Munson. Entre los asistentes se hallaban el embajador norteamericano, el ministro del Uruguay y conocidas personalidades de los centros comerciales, navieros, bancarios e industriales.



REGRESO DE LA REPRESENTACION ARGENTINA DE POLO.—Los famosos jugadores John y David Miles, Luis Lacey, Juan y Luis Nelson, que tan brillantes triunfos conquistaron en Inglaterra y Norte América, a bordo del vapor Vauban antes de desembarcar.



MUTUALIDAD ANTITUBERCULOSA DEL MAGISTERIO. — Concurrentes a la inauguración oficial del primer dispensario de la filantrópica asociación presidida por el doctor Guillermo A. Bosco.



DEMOSTRACION EN HONOR DEL DOCTOR JOSE LEON SUAREZ. — El obsequiado ocupando con el ministro del Brasil y destacados residentes de aquel país la cabecera de la mesa en el banquete que le ofrecieron como reconocimiento de su obra en pro de la confraternidad americana.



INAUGURACION DEL V SALON DEL AUTOMOVIL. — El secretario del Automóvil Club Argentino pronunciando su discurso en el acto inaugural de la importante exposición, que ha significado este año un nuevo y grande éxito.

FOTOS DE ARROYO Y BELL



DON JACINTO BENAVENTE

La Academia de Estocolmo, que adjudica el premio Nobel de literatura, ha consagrado la obra idealista y generosa realizada por el ilustre escritor y dramaturgo español. Esta distinción llenó de júbilo a los innumerables admiradores que en España y América tiene Benavente. Indudablemente el maestro de «Los intereses creados» merece este lauro universal que hace justicia al mérito de su fecunda y humanitaria labor, iniciada el año 1894 con la representación de «El nido ajeno».

Satírico valiente, sagaz observador y gran estilista, Benavente es uno de los mantenedores del teatro castellano, que debe a su vigorosa pluma dramas y comedias de palpitante interés y fuerte emoción artística.



Los jugadores de la defensa del "team" uruguayo empleándose para contrarrestar las peligrosas corridas de los delanteros de Racing.

MATCH INTERNACIONAL DE FOOTBALL
RACING Y PEÑAROL



Devoto, el goalkeeper de Racing evitando admirablemente un goal, que parecía inminente.



Un buen avance de los ágiles racignistas, que pone en apuros a los defensores de la valla contraria.



El arco defendido por Devoto, a punto de caer vencido.



El primer goal de Peñarol; la pelota que rebota en el arco "shoteada" por Campolo, es tomada por Guglielmi quien la anida en la red, estando Devoto en la posición que se ve en la fotografía.



El veterano y caballeresco jugador Benincasa capitán de Peñarol cortando una combinación de Zabaleta y Laularreta. El team uruguayo ganó el partido por dos goals a uno.

FOTOS DE ARROYO.

DICHO Y HECHO, POR ALVAREZ

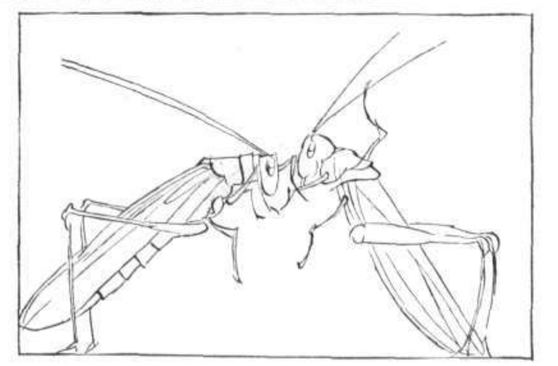
Una súplica

El repórter. — Doctor Loza: conociendo su chispeante ingenio, nos sorprende que no haya hecho usted todavía nada que nos regocije. Vea que el público concluirá por echar de menos a Salinas.



Amistad desinteresada

— ¿Qué tal, mi querido Alvear?
— ¿Qué tal, mi querido Crotto?
— Ya lo ve, mi querido Alvear.
— Encantado de verle, mi querido Crotto. ¿Deseaba algo?
— Nada, mi querido Alvear.
— Entonces venga con frecuencia a verme, mi querido Crotto.



— ¿Has visto que el ministro parece que nos va a perseguir?
— No hagas caso; son cosas de Le Breton.



La primera remesa

Alvear. — ¿Qué es eso?
— Son las primeras páginas del presupuesto.



El conflicto de la Universidad del Litoral

Massó. — Como arreglo, es un éxito.





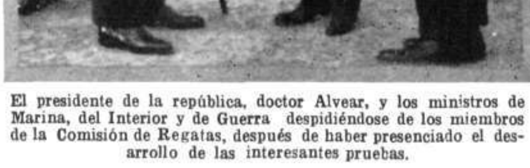












El presidente de la república, doctor Alvear, y los ministros de Marina, del Interior y de Guerra despidiéndose de los miembros de la Comisión de Regatas, después de haber presenciado el desarrollo de las interesantes pruebas.









Una extraordinaria concurrencia femenina presenció el torneo. En los muelles, en las embarcaciones, en todas partes, los claros tonos de la moda primaveral matizaron brillantemente el enorme gentío. La esplendidez de la tarde hizo que la belleza porteña luciese aún más y prestase a la reunión su mejor encanto. Y en los momentos del triunfo las simpáticas espectadoras fueron las más entusiastas al aclamar a los vencedores.

EN EL TIGRE



El bote «Shell» de 4 remos largos, perteneciente al «Club de Regatas de San Nicolás», adjudicándose la Copa América.



Premio «Tigre Boat Club». El bote del «Nacional Rowing Club», ganador de esa prueba.



Bote de dos remos del «Club de Regatas La Marina», llegando ganador a la meta, en el premio «Ruder Verein Teutonia».



Dotación del Depósito de Marinería, ganadora del premio Ministerio de Marina, reservado para botes de buques de guerra.



Premio «Club de Regatas de Avellaneda». Bote del «Club de Regatas América», venciendo al bote del «Tigre Boat Club».



Bote de 8 remos, del «Tigre Boat Club» ganando la Copa «S. M. el rey de España».



El público que ocupaba los botes y las orillas del río, tributando un entusiasta saludo al paso del yate «Adhara», donde viajaba el primer magistrado y sus ministros.



El doctor Alvear, observando el desarrollo de las carreras desde el yate presidencial.



Los jueces de llegada, a bordo de la cañonera de la armada, donde se había señalado el punto de llegada.

FOTOS DE VARGAS Y PALERMO.



CONSTANTINOPLA

Cuando Constantino el Grande trasladó a Bizancio, Constantinopla desde entonces, la capital del Imperio Romano dividió el mundo antiguo en dos mitades que no ha sido posible volver a reunir. Fué una división política, económica y religiosa. A los pocos siglos de muerto Constantino, dividida ya irremediablemente la cristiandad, surgió Mahoma, y el islamismo puso entre sus ideales la conquista de Constantinopla, que los musulmanes llaman Estambul. El imperio bizantino se defendió durante ocho siglos contra los ataques de los mahometanos, defensa difícil, tenaz, heroica, que concluyó con la toma de la gran ciudad por Mahomed II, quedando entre los cadáveres de sus defensores el del último emperador bizantino, que prefirió la muerte a la derrota. Dos siglos antes, los latinos habían fundado en Constantinopla, por obra de la codicia y de la lucha religiosa, un imperio católico que se despedazó a sí mismo, volviendo Santa Sofía al culto ortodoxo hasta la toma de la ciudad por los turcos, que reemplazaron la cruz por el creciente. Perdida la reina del Bósforo para la cristiandad, no pasaron tres siglos sin que sus nuevos dueños, los turcos, viesen nacer un peligro para su posesión: los rusos cristianos ortodoxos, que soñaban con la reconquista, para la fe, de Tzarigrad, como la llaman. Pedro el Grande dió los primeros pasos en el camino a Constantinopla; Catalina II se acercó más; los zares sucesivos siguieron la marcha adelante y en 1877 los soldados moscovitas, vencedores en Plevna, pudieron acampar a la vista de la ciudad. Las potencias occidentales los hicieron abandonar la gloriosa presa; pero en 1916, los aliados convinieron en ceder Constantinopla a Rusia. La revolución sovietista anuló esos planes, y en 1918 fuerzas aliadas, cristianas, la ocuparon.

En el momento actual constituye la histórica ciudad, nuevamente, un angustioso interrogante que preocupa al mundo entero. Las fuerzas turcas vencedoras de los griegos anhelan la posesión y con ello la expulsión de los cristianos que allí habitan. El ataque por las fuerzas de Kemal Bajá, a Constantinopla, acarrearía quizá gravísimas consecuencias, latente de ahí la ansiedad en Europa. En la conferencia de Lausana están fundadas las esperanzas de concordia que tanto anhela la humanidad.



Mustafá Kemal Bajá, el leader del nacionalismo turco, cuyas pretensiones reivindicadoras a raíz de la victoria sobre los griegos, han agravado el *eterno problema de Oriente*.



General sir Charles Hárrington, comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Constantinopla, que está demostrando gran firmeza y *ecuanimidad en el delicado conflicto*.

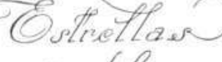


FIGURAS DE ACTUALIDAD

MUSSOLINI, POR ALVAREZ

No dirige ni representa a un partido esencialmente político sino a una fuerte entidad nacionalista. La juventud heroica de las trincheras, los soldados de la victoria quieren continuar la obra que sus gloriosos antepasados realizaron. Mussolini resultó el hombre de suprema energía que se necesitaba en ese trance vital. La tradición patriótica que culminara en las inmortales figuras de Cavour y Garibaldi se reencarna en este nuevo gobernante que viene para ayudar al nieto del gran Víctor Manuel II. Así la unidad y el progreso italianos tienen firmes y ardientes sostenedores que en las luchas cívicas traen el tesón adquirido en las duras pruebas de la guerra.

Las Estrellas del Cine



BEBÉ DANIELS

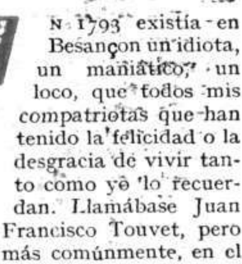
MARJORIE DAW

BETTY COMPSON

AGNES AYRES

JUAN FRANCISCO DE LAS MEDIAS AZULES

Por CHARLES NODIER



N 1793 existía en Besançon un idiota, un maniático, un loco, que todos mis compatriotas que han tenido la felicidad o la desgracia de vivir tanto como yo lo recuerdan. Llamábase Juan Francisco Touvet, pero más comúnmente, en el lenguaje insolente de la gente baja y de los chicos de escuela, Juan Francisco de las Medias Azules, porque no usaba medias sino de color azul. Era un hombre de veinticuatro a veinticinco años, alto de talla y bien puesto y de la más noble fisonomía que pudiera imaginarse. Sus cabellos negros y abundantes levantábalos sobre la frente, cejas espesas y móviles, sus ojos grandes llenos de calma y de una tierna expresión que reducía sólo un cierto hábito de gravedad. La regularidad de sus bellas facciones, la bondad casi celestial de su sonrisa, componían este conjunto de cosas amables que inducían al afecto y al respeto hasta a ese mismo populacho grosero que persigue con estúpidas carcajadas las más respetables desgracias del hombre.

— Ese es Juan Francisco de las Medias Azules — decíanse tocándose el codo — pertenece a una vieja familia del Franco Condado. No ha hecho mal a nadie, y dicen se volvió loco a fuerza de ser sabio. Es necesario no incomodarlo, para que su mal no empeore.

Y Juan Francisco de las Medias Azules pasaba, en verdad, sin preocuparse de nada, porque sus ojos, que yo no sabré nunca describir lo suficiente, no miraban delante de él sino al cielo, con el cual parecía mantener una comunicación misteriosa, que dejaba entrever por el movimiento perpetuo de sus labios.

El traje de este pobre diablo era capaz, sin embargo, de preocupar a los transeuntes y sobre todo a los extranjeros. Juan Francisco era el hijo de un sastre de la calle de Amberes que no había ahorrado nada para educarlo a causa de lo tanto que prometía y porque le habría halagado hacerlo cura, a quien el brillo de su ministerio hubiera llevado un día al obispado. Había sido, en efecto, laureado en todos los cursos, y el sabio abate Barbelenet, el Quintiliano entre los santos padres, requería a menudo desde Roma noticias de su alumno favorito, sin comprender jamás que hubiera caído tan bajo el hombre de genio que había visto en Juan Francisco de las Medias Azules. El viejo sastre, que tenía otros hijos, había reducido a Juan Francisco los víveres, y era así que, a pesar de cuidarle, sólo lo vestía con trajes usados, que su profesión le permitía adquirir a bajo precio, o ya con los trajes de sus hermanos menores. Este tocado, tan poco apropiado para su gran altura, que le tenía como dentro de una funda que iba a reventar, dejando fuera de las mangas estrechas más de la mitad de su antebrazo, tenía mucho de triste y de burlesco. Su pantalón corto apenas alcanzaba a las medias azules, de donde provenía el sobrenombre popular. Su sombrero de tres picos, sombrero ridículo para todo el mundo por la línea que traía de la fábrica, sobre su cabeza tan poética y majestuosa era un absurdo contrasentido. Viviría mil años, pero no olvidaría ni la manera grotesca ni la postura singular del sombrero de tres picos de Juan Francisco de las Medias Azules.

Una de las particularidades sobresalientes de la locura de este hombre era de ser sólo sensible en las conversaciones sin importancia, en las que el espíritu discierne sobre cosas familiares. Si alguien se le acercaba para hablarle de la lluvia, del buen tiempo, de la estación, del diario, del «qué dirán» de la ciudad, oíalo atentamente y respondía cortésmente. Pero las palabras que afluían a sus labios se precipitaban tumultuosamente, se confundían, antes del fin de cada párrafo, en un galimatías impenetrable del que no podía sacar a flote su pensamiento. Continuaba, no obstante, de más en más obscuro, substituyendo a la frase natural y a la lógica del hombre simple el balbuceo del niño que no conoce el valor de las palabras, o el desvarío del anciano que lo ha olvidado.

Entonces se reían los oyentes y Juan Francisco callábase sin cólera y tal vez sin atención, levantando al cielo sus hermosos y grandes ojos negros, como buscando inspiraciones más dignas de él en la región donde había puesto todas sus ideas y todos sus sentimientos.

No pasaba lo mismo cuando la pregunta que se le hacía visaba con precisión una cuestión de orden moral o científico de cierto interés. Entonces los rayos tan divergentes y dispersos de esta inteligencia enferma reuníanse de golpe en un solo haz como los rayos del sol en el lente de Arquimedes y daban tanto lustre a su discurso que uno dudaba si Juan Francisco hubiera podido ser más sabio, más claro, y más persuasivo gozando enteramente de su razón. Los difíciles problemas de las ciencias exactas, en las cuales se había especializado, eran para él un juego de niños, y la solución iba tan rápida de su espíritu a sus labios que se le hubiera tomado mucho mejor que por el

resultado de la reflexión y del cálculo, por una operación mecánica, retenida a una clave o a un resorte cualquiera. Parecía — a los que le escuchaban en esos momentos — que una tan alta facultad no estaba compensada al precio caro de la ventaja común de enunciar fácilmente ideas vulgares en lenguaje vulgar. Pero siendo el vulgo quien juzga, el hombre en cuestión sólo era un idiota con medias azules incapaz de sostener la conversación del pueblo. Eso era cierto.

Como la calle de Amberes llega hasta el colegio, no había día que yo no pasara cuando menos cuatro veces en ir y volver, pero sólo en las horas intermedias, y en los días tibios del año que aclara un poco de sol, estaba seguro de encontrar a Juan Francisco sentado sobre un banco, delante la puerta de su padre, y lo más frecuentemente ya rodeado de un grupo de estudiantes que se divertían de sus frases ridículas. Desde lejos me advertían la escena las carcajadas de los auditores, y cuando llegaba con mis diccionarios bajo el brazo tenía muchas veces necesidad de usar de los codos para llegar hasta él, encontrando siempre un placer especial, porque yo creía haber sorprendido el secreto de su doble vida y prometíame confirmarle en esta idea en cada nueva experiencia.

Una tarde, en los comienzos del otoño, ya caía la sombra, y el tiempo amenazaba lluvia; la calle de Amberes, que es poco frecuentada, parecía desierta. Un solo hombre se veía en toda ella. Era Juan Francisco, sentado, inmóvil, los ojos en el cielo como de costumbre. No había aún retirado su banco. Me acerqué suavemente como para no distraerlo, e inclinándome hasta su oído, cuando pareció que me había entendido: — ¿Solo? — le pregunté sin pensarlo, porque con frecuencia lo abordaba hablándole del logaritmo, de la hipotenusa o del tropo, y de otras tantas dificultades de mis estudios. Y luego me mordí los labios porque esta tonta reflexión que hacíalo caer del empíreo a la tierra le traería a su confusión habitual, que me hacía tanto mal.

— ¡Solo! — me respondió, tomándome por el brazo. — Sólo los insensatos están solos, sólo el ciego no ve, sólo el paralítico, cuyas piernas desfallecientes no pueden apoyarse y afirmarse en el suelo...

He aquí, me dije entre mí, mientras continuaba hablando en frases obscuras, que quisiera hoy recordar porque tendrían un sentido que no les daba entonces. El pobre Juan Francisco habría partido, pero lo detuve. Yo conocía la varita mágica que lo sacaba de su encantamiento.

— Es posible, en efecto — dije yo — que los planetas estén habitados como lo ha pensado M. de Fontenelle y que tú te comuniques con sus habitantes como el conde de Gabalis. — Y me callé con fruición después de haber destendido una tan magnífica erudición.

Juan Francisco sonrió, me miró con su tierna mirada y me dijo:

— ¿Sabes tú lo que es un planeta?

— Supongo que es un mundo que se parece mucho al nuestro.

— Y, un mundo, ¿sabes lo que es?

— Un gran cuerpo que cumple regularmente ciertas revoluciones en el espacio.

— ¿Y el espacio, sabes lo que puede ser?

— Espera, espera — dije, — es necesario que recuerde la definición... ¿El espacio? Un medio sutil e infinito en el que se mueven los astros y los mundos.

— Es así. ¿Y que son los astros y los mundos en la relatividad del espacio?

— Probablemente átomos miserables que se pierden como el grano de polvo en el aire.

— ¿Y la materia de los astros y de los mundos, qué crees que sea en relación de la materia sutil que llena el espacio?

— ¿Qué quieres que te conteste?.. No hay manera de expresión posible para comparar dos cuerpos tan groseros con un elemento tan puro.

— ¡Muy bien! ¿Y tú comprendes, niño, que el Dios creador de todas las cosas, que ha dado a estos cuerpos groseros habitantes imperfectos, pero animados como lo somos nosotros dos, el deseo de una vida mejor, hubiera dejado el espacio inhabitado?...

— No lo creería — respondí. — Y pienso que así como nos aventajamos en sutilidad sobre la materia a la que estamos ligados, sus habitantes deben aventajar igualmente sobre la sutil materia que los envuelve. ¿Cómo podría conocerlos?

— Aprendiendo a verlos — respondió Juan Francisco, que me alejaba con la mano, en un gesto tranquilo y suave.

En este instante su cabeza cayó hacia atrás. Sus miradas volvieron a la estabilidad y sus labios a su movimiento ordinario.

Me alejé por discreción, preguntándome si Juan Francisco no tendría dos almas, una que perteneciera al mundo torpe en el que vivimos y la otra que perfeccionaba en la pureza del espacio en el que creía penetrar por el pensamiento. Me enredé un poco en esta teoría y aun hoy no salgo de ese enredo.

Llegué así hasta donde estaba mi padre, más preocupado, y sobre todo preocupado no ya de la cuerda rota que mantenía a mi barrilete, o por si mi volante hubiera caído en el jardín de M. de Grobois. Mi padre me interrogó sobre mi emoción y yo no podía mentirle.

— Yo creo — dijo — que todas esas ensoñaciones (porque le había contado, tal cual, lo que me dijo Juan Francisco de las Medias Azules) están enterradas para siempre en los libros de Swendenborg y de Saint-Martín, en la tumba de mi viejo amigo Cazotte; pero parece que este joven, que ha pasado algunos días en París, se ha llenado la cabeza de parecidas locuras. En el fondo hay una cierta fineza de observación en las ideas que su doble lenguaje te ha sugerido, y la explicación que tú has hallado sólo exige sea traída a sus medidas honestas y reducidas. Las facultades de la inteligencia no son tan

indivisibles como para que una enfermedad del cuerpo y del espíritu no pueda atacarlas separadamente. Así la alteración de espíritu que Juan Francisco manifiesta en las operaciones más comunes de su juicio puede bien no haber alcanzado a las propiedades de la memoria, y por eso es que responde con acierto cuando se le interroga sobre las cosas que ha aprendido lentamente y difícilmente retenido, mientras que desvaría sobre todas aquellas que caen inopinadamente sobre sus sentidos, y de las cuales no supo munirse a tiempo de una fórmula exacta. Me sorprendería mucho si esto no se observara en la mayoría de los locos; pero sé que tú me has comprendido.

— Creo haber comprendido, padre mío, y dentro de cuarenta años podría repetir vuestras palabras.

— Es más de lo que yo deseo de ti—dijo besándome.—De aquí a unos años tú estarás prevenidos por estudios más serios contra las ilusiones que impresionan las almas jóvenes o las inteligencias enfermas. Recuerda sólo que no hay nada más simple que las nociones que se acercan a la verdad y nada más complicado que las cosas que se alejan de ella.

La conversación de Juan Francisco me había impresionado hasta asustarme cuando la recordaba. El mundo se animaba a mi paso como si mi simpatía por él hubiera hecho salir de los seres los más insensibles, una chispa de la divinidad. Si hubiera sido más sabio, hubiera comprendido el panteismo. Yo lo inventé.

No había apenas pasado un mes después de que yo había tenido la entrevista con el visionario, y — por esta vez — estoy seguro de la fecha. Era el día mismo en que comenzaba el año escolar, después de seis semanas de vacaciones que iban desde el 1.º de septiembre y por consecuencia el 16 de octubre de 1793. Era medio día y volvía del colegio mucho más alegre de lo que había ido con dos camaradas que seguían la misma ruta y que practicaban, más o menos, los mismos estudios que yo, aunque me hayan dejado bien atrás. Viven aún los dos, y los nombraría sin temor de ser desmentido si sus nombres, que decoran una vasta ilustración, pudieran ser expuestos sin inconveniente en una historia en la que sólo se exige la veracidad de los cuentos de hadas puesto que en última instancia yo no quiero hacer otra cosa.

Llegando a cierta plaza, en un cruce de calles en que nos separábamos para tomar rutas diferentes, nos llamó la atención la actitud contemplativa de Juan Francisco de las Medias Azules, que estaba detenido como una columna, en medio de los cuatro caminos, inmóvil, los brazos cruzados, el aire tristemente pensativo y los ojos imperturbables, puestos fijamente sobre un punto elevado del horizonte occidental. Algunos transeuntes se habían agrupado a su alrededor y buscaban sin éxito el objeto extraordinario que absorbía su atención.

— ¿Qué es lo que mira allá arriba? — se preguntaban entre ellos. ¿El vuelo de una bandada de pájaros raros, la ascensión de un globo?

— Voy a informaros — dije mientras me hacía camino entre los curiosos.—Enséñanos, Juan Francisco—le dije,—que has encontrado de nuevo esta mañana en la materia sutil del espacio donde se mueven todos los mundos.

— ¿No lo sabes tú tanto como yo?—respondió alargando el brazo y describiendo con el índice una larga sección de círculo desde el horizonte hasta el cenit.

— Sigue con tus ojos el rastro de sangre y tú verás a María Antonieta, reina de Francia, que va al cielo.

Los curiosos dispersáronse entonces, alzando las espaldas, incrédulos, porque habían comprobado una vez más que estaba loco, y yo me alejé de su lado sorprendido de que Juan Francisco de las Medias Azules hubiera caído tan justamente sobre el nombre de la última de nuestras reinas. Esta particularidad positiva entraba en la categoría de los hechos diversos que había perdido de su memoria.

Mi padre reunía dos o tres amigos a cenar el primer día de cada quincena. Uno de los convidados, que se hallaba de paso en la ciudad, se hizo esperar largo tiempo.

— Excúsenme — dijo, sentándose a la mesa.—La versión ha corrido, por ciertas cartas particulares, que la infortunada María Antonieta iba a ser juzgada, y me he retardado a la espera del correo del 13 de octubre. Las gacetas no dicen nada.

— María Antonieta, reina de Francia—dije entonces, con gran seguridad, — ha muerto esta mañana sobre el cadalso, pocos minutos antes de medio día, cuando volvía del colegio.

— ¡Mi Dios!— exclamó mi padre— ¿quién ha podido decirte semejante cosa?

Enrojecí, titubee; habíaseme ido demasiado la lengua y respondí temblando:

— Fué Juan Francisco de las Medias Azules.

— ¡Juan Francisco de las Medias Azules! — exclamó riendo. — Podemos tranquilizarnos por las noticias que nos vengan de ese lado. Esta inútil y cobarde crueldad no llegará a cometerse.

— ¿Quién es — preguntó el amigo de mi padre — ese Juan Francisco de las Medias Azules que anuncia acontecimientos a cien leguas de distancia en el momento en que ellos deben realizarse? ¿Un sonámbulo, un convulsionado, un alumno de Mésmer o de Cagliostro?

— Algo semejante — contestó mi padre, — pero más digno de interés; un visionario de buena fe, un maniático inofensivo, un pobre loco que es compadecido tanto como merece ser querido. Nacido en una familia honorable, un tanto pobre, de bravos artesanos, era este su hijo una esperanza por lo mucho que prometía. El primer año, de un pequeño magisterio que ejercí aquí, fué el último de sus estudios. Fatigó mi brazo coronándolo,

y a la variedad de sus éxitos agregábase su valor, porque se hubiera dicho que le costaba poco abrirse todas las puertas de la inteligencia humana. La sala estuvo a punto de hundirse bajo el ruido de los aplausos cuando vino por fin a recibir el premio de la buena conducta y de las virtudes de una juventud ejemplar. No había un solo padre que no se hubiera sentido orgulloso de tenerlo entre sus hijos, ni un rico que no hubiera querido hacer de él un esposo para sus hijas. No hablo de las jóvenes que admiraban su juventud de ángel y su edad ideal entre los diez y ocho y veinte años. Fué lo que lo perdió. No que su modestia se dejara engañar por las seducciones de un triunfo, pero por los justos resultados de la impresión que había producido. ¿Ustedes han oído hablar de la hermosa señora de Saint A...? Habitaba aún el Franco Condado, donde su familia ha dejado tantos recuerdos y donde sus hermanas han fijado su residencia. Ella buscaba un preceptor para su hijo, y la gloria que acababa de agregarse al humilde nombre de Juan Francisco determinó su elección. Era hace cuatro o cinco años el comienzo de una carrera honorable para un hombre joven que hubiera querido aprovechar sus estudios y al que no extraviaran locas ambiciones. Por desgracia, la bella señora que así había recompensado el joven talento de Juan Francisco, era madre de una hija, y esta niña era encantadora. Juan Francisco no pudo verla sin amarla. Sin embargo, compenetrado de la imposibilidad de elevarse hasta ella, pareció buscar distraerse de una pasión invencible entregándose a toda clase de estudios peligrosos para la razón, a los sueños de las ciencias ocultas y a las visiones de un espiritualismo exaltado. Tornó completamente loco, y reexpedido de Corbeil, sede de sus protectores, con todos los cuidados que exigía su estado, ninguna luz logró aclarar las tinieblas de su espíritu vuelto a su familia. Ya ven qué poca fe puede prestarse a sus opiniones y que no hay motivo para alarmarse.

Sin embargo, supimos al día siguiente que la reina estaba procesada y dos días después que ella no vivía más.

Mi padre temió la impresión que podía causarme la relación extraordinaria de esta catástrofe y la predicción. No ahorró nada para convencerme que el azar era fértil en tamañas casualidades y me citó veinte ejemplos que sólo sirven de argumento a la credulidad ignorante; la filosofía y la religión, se abstienen de servirse de ellos.

Partí pocas semanas después para Estrasburgo, donde iba a comenzar nuevos estudios. La época era poco favorable a las doctrinas de los espiritualistas y olvidé fácilmente a Juan Francisco en medio de las emociones de todos los días que atormentaban a la sociedad.

Las circunstancias me trajeron en la primavera a mi ciudad natal. Una mañana — creo que era el 3 de Mesidor — entré en el cuarto de mi padre para besarlo según la costumbre, antes de comenzar mi excursión habitual en busca de plantas y de mariposas.

— No compadezcamos al pobre Juan Francisco de haber perdido la razón—dijo mostrándome el diario.—Vale más para él ser loco que conocer la muerte trágica de su benefactora, de su alumno y de la señorita que pasa por haber sido la causa primera del desarreglo de su espíritu. Esas inocentes criaturas han caído ya bajo el hacha del verdugo.

— ¡Será posible! — exclamé—Yo no había querido decirle nada de Juan Francisco porque sé que usted teme su influencia sobre mí, al respecto de las ideas misteriosas de que me hizo partícipe... pero ha muerto.

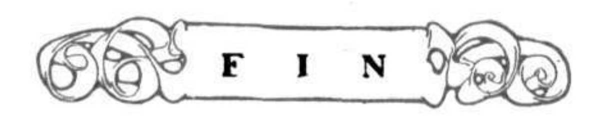
— ¿Muerto? — preguntó vivamente mi padre. — ¿Cuando?

Hace tres días, el 29 de Pradial. Había pasado desde la mañana, inmóvil, en medio de la plaza, en el sitio mismo donde cruzan los caminos y donde le vi en el momento de la muerte de la reina. Una gran cantidad de gente le rodeaba, a pesar de que guardara el más profundo silencio porque su preocupación era intensa y ninguna cuestión podía distraerlo. A las cuatro de la tarde su atención pareció intensificarse. Algunos instantes después levantó los brazos al cielo en una extraña expresión de entusiasmo o de dolor. Dió unos pasos, pronunciando el nombre de las personas de quien acabáis de hablarme, exhaló un grito y cayó. Se apuraron en levantarlo, pero fué inútil. Había muerto.

— ¿El 29 de Pradial, a las cuatro de la tarde y minutos?— dijo mi padre consultando el diario.—¡Eso es, la misma hora y el mismo día!... Oye — dijo después de un momento de reflexión, los ojos firmemente puestos en los míos, — no me niegues lo que voy a pedirte! Si alguna vez tú cuentas esta historia, cuando seas hombre, no la dés por cierta, porque te expondrías al ridículo.

— ¿Hay razones que pueden disculpar a un hombre de publicar altamente lo que reconoce como la verdad? — pregunté con respeto.

— Hay una que vale todas las otras—dijo mi padre moviendo la cabeza. La verdad es inútil.



LOS PATOS, ECONOMISTAS

(Al doctor David Prando, amigo dilecto).

POR

Francisco Grandmontagne

En la provincia de San Juan estuvo a punto de ser un gran negocio el arroz. La causa del fracaso se debió a la intervención de los patos, como economistas, para resolver un conflicto de intereses entre industriales y cultivadores.

Aquí se impondría un curso arrocero sobre el porvenir de esta gramínea en la República Argentina; pero no tema el lector que le abrumemos con nuestros vastos conocimientos. Bastará decir que el arroz comenzó a cultivarse con gran éxito en Tucumán, decayendo luego al consagrar las tierras a productos de mayor valor. Recuerdo haber escrito muchos artículos — tantos como granos caben en un almacén por mayor — sobre las condiciones favorables de las zonas argentinas, tropicales y subtropicales, para este cultivo. De aquellos estudios estimulando a los agricultores flotan en mi memoria, entre mil nociones ya olvidadas, algunos argumentos. Por ejemplo: que la germinación del arroz es más rápida que la del quebracho. Se produce a los doce grados de temperatura; la floración a los 22; y madura a los 20. Las tierras más propicias son las azoadas y potásicas, con cierta cantidad de ácido fosfórico, cal y magnesia. En la Argentina abundan las comarcas de estas condiciones. Los arrozales podrían ser muy florecientes en Misiones, en el Chaco, islas del Paraná, Salta, Jujuy, Corrientes, en las orillas de los grandes ríos y lagunas, etc. El abono, imprescindible en las tierras de otros países, cansadas y agotadas por siglos de gestación, es innecesario en el territorio argentino, dotado de vastas zonas vírgenes, dispuestas a una fecunda maternidad arrocera. Y basta de erudición agrícola. Acudan, los que quieran saber más, a los súbditos del Mikado que viven en Buenos Aires.

* * *

Por el año 1895 lanzáronse los sanjuaninos, con singular ardor, al cultivo del arroz, empleando semillas de Italia, Carolina, Java y Japón. Estas dos últimas, por misteriosas condiciones de adaptación (no es posible penetrar en el alma de un grano de arroz) dieron un resultado excelente, reproduciéndose en proporción de 2.500 kilos por hectárea. Ante este resultado extendiéronse rápidamente los cultivos por los departamentos de Cochogual y Valle del Zonda. Mendoza y San Juan fueron abastecidos copiosamente. Don Emilio Civit, el segundo hombre de Cuyo, el gobernante más progresista después de Sarmiento — su obra en Mendoza puede compararse a la de Roosevelt en el Oeste — debió quedarse sorprendido ante la velocidad con que los sanjuaninos desenvolvían la nueva riqueza agrícola. Y acaso amainó un poco su entusiasmo olivarero. Aparentemente calmoso, los nuevos cultivos le exaltaban a Civit a tal punto que, al retornar de su último viaje a Europa, se llevó de París gran profusión de etiquetas, con su nombre, para latas de aceite que habían de producir unos olivos que aun no había plantado y que tardan en dar aceitunas entre quince y veinte años. No cabe mayor previsión. Este rasgo pinta al hombre. Imaginad un Civit en cada provincia argentina. En vez del escultor de una región, habría catorce escultores de un pueblo. Ya sé que no en todos los oídos mendocinos sonarán bien estas palabras. La justicia es siempre tardía con los hombres dotados de ímpetu, pasionales y activos. Pero cicatrizarán las heridas políticas, se amortiguarán los enconos, y una bella ciudad, ceñida por soberbio campo de pámpanos, responderá de su gran memoria ante la posteridad...

Recojamos el hilo, o el arroz. En cuanto surge la riqueza agraria en cualquier punto de la tierra, la especulación urbana afila sus uñas. En el proceso económico del mundo la ciudad devora al campo. Los conglomerados urbanos son objeto de constantes y acedas diatribas por parte de sociólogos, filósofos y economistas, que, dicho sea de paso, suelen vivir casi todos en las grandes capitales. Parece que el mal tiene difícil remedio: sólo un humorista francés ha ofrecido la solución con esta paradoja: trasladar las ciudades al campo.

En los prósperos arrozales de San Juan la especulación tomó forma industrial. Para descascarillar el arroz, abrillantarlo, cernerlo, limpiarlo y demás manipulaciones que exige el ponerlo en condiciones de consumo, requiérese cierta maquinaria, ciertos molinos especiales. A toda prisa lleváronse de Buenos Aires estos artefactos. El auge de los arrozales prometía un pingüe y duradero negocio.

Los molineros se proponían, ante todo, moler a los agricultores. Instalada la maquinaria, exigieron la friolera del 50 % del valor total de la cosecha. No limitaban los molineros sus aspiraciones a comerse el arroz con palillos, como los japoneses, sino a espuertas, cual voraces Gargantúas. Los Andes, convertidos en arroz, no bastaban a satisfacer su apetito.

Los cultivadores pusieron el grito en el cielo; pero, según parece, en el empíreo no hallan repercusión los terrestres conflictos económicos. Se entabló una gran discusión entre molineros y agricultores; éstos no se avenían a la extorsiva exigencia; aquéllos no cedían un punto en el costo de la molienda. Los arrozales habían llegado a su máximo estado de madurez. La lucha de intereses se prolongaba indefinidamente y, entre tanto, la cosecha sin levantarse y los molinos parados.

* * *

En los limpios arrozales comenzaron a despuntar los yuyos. Pronto se multiplicó la vegetación lacustre: espadañas, juncos, algas, algún bello lirio; los bancales se llenaron de maleza.

Y entonces ocurrió algo extraordinario. En los ríos Tunuyán, Mendoza, Atuel, Diamante; en las lagunas, en los regatos andinos hubo una verdadera conmoción acuática promovida por todo linaje de ánades. Se ignora de qué punto, o de qué pato, partió el primer graznido convocatorio. El caso es que se armó un gran revuelo al anuncio de aquella pitanza abandonada. Las bandadas vivían estrechamente en los anchos ríos. Y así la noticia de la existencia de los arrozales sanjuaninos, caídos en abandono por la disputa entre molineros y agricultores, produjo en los patos ese alborozo que dimana de las grandes ilusiones del estómago, alborozo mayor, más vivaz, que el originado en los ensueños del cerebro y en las esperanzas del corazón.

El espíritu gregario de los patos, modelo de sociedad civil, dió compacta unidad al esfuerzo conquistador. De todos los puntos alzaron el vuelo sinnúmero de huestes aladas, rumbo a Cochogual y al Zonda. La expedición tenía todo género de proporciones: iban pequeños grupos, a manera de guerrillas, y densas bandadas, apretadas y unidas, cual irrupciones prusianas. Los vistosos plumajes completaban la ilusión, así como el orden del vuelo, enfilado hacia San Juan con exactitud matemática, como si el pato general, que iba al frente, llevase la brújula en el pico. El interminable cordón de alas parecía una colosal culebra de fuego arrastrándose por el firmamento. Las evoluciones en las alturas daban, por la segura marcialidad de los giros, la impresión de las maniobras militares. Descendían unas bandadas de los altos arroyos andinos; ascendían otras desde las lagunas de los llanos. Alguno que se había quedado retrasado, exigía a sus plumas remeras el máximo esfuerzo para entrar en el cordón infinito, alineándose con disciplina perfecta.

Una vez a la altura de los arrozales, plegaban las alas y dejábanse caer como piedras en el lodazal, quedando ocultos entre los yuyos, los juncos y las espadañas. Parecía que no hubiese nadie, y aparte de un sordo chapoteo, el silencio era absoluto. El pato silvestre es mudo; sólo el casero grazna de tarde en tarde, presumiendo de cantor, como si quisiera corresponder con ello al honor que significa su entrada en la civilización humana.

Por espacio de largos meses los arrozales sanjuaninos ofrecieron opíparos banquetes a todo linaje de palmípedos. Con tan excelente nutrición, desarrollóse extraordinariamente la voluptuosidad, acabando cada festín en verdaderas bacanales y orgías tumultuosas. Por condición ingénita, el pato es muy dado a la galantería, y ya puede calcularse a qué extremos llevaría sus amorosos arrebatos después de aquellos banquetes superiores a los del Mikado. Cuando acabaron con la cosecha, los patos se habían quintuplicado, y la ley de Malthus hizo estragos en la colonia. La abundancia envuelve no pocos peligros. Aquella vida regalona, sin levantarse apenas del arrozal, entregados a los excesos de la mesa y del amor, casi les hace perder la aptitud del vuelo, dejándoles entorpecidas las otras dos secundarias, las de nadar y andar. Perdieron igualmente aquel espíritu vigilante, dimanado de vivir en lagunas pobres, escasas de pesca. Un pato pescador necesita aguzar todos sus sentidos para hacer llevadera su existencia. La vida en el suculento arrozal embotó un tanto las despiertas facultades físicas y espirituales de los patos, a semejanza de esa burguesía que se disuelve en todas las formas del placer, relajándose su sistema nervioso e invadiendo la opacidad aquella tenue luz de su cerebro. Felizmente, aunque ello parezca paradoja, la ley malthusiana reintegró a los patos sus facultades para la vida libre, cuando ya estaban a pique de caer en la más miserable domesticidad. Al faltar arroz para tantos picos, haciéndose patente la terrible ley, surgió la tragedia que aviva todos los sentidos. Las alas se aligeraron; las membranas natatorias de los pies cobraron el vigor de las hélices de los trasatlánticos; la vista abotagada tornóse de lince. El espectro de Malthus ennegreció el blanco arrozal. Y surgió la agilidad en la amodorrada colonia acuática. El hambre es más progresista que la hartura. Nunca avanza tanto la filcsofía como en los períodos hambrientos. La actividad pensante de Rusia, por ejemplo, dimana de la ociosidad de las muelas.

Terible fué la lucha por los granos que quedaban en el arrozal. Allí no valió ningún derecho, ni el de los primeros ocupantes, ni el de los descubridores del emporio. Entre patos y patas sólo imperaron las patadas. En la colonia invasora hubo un pequeño error: creían los patos que el arroz se reproducía por generación espontánea, como los yuyos; pero su acabamiento visible les hizo comprender que era un grano artificial, fruto de la fantasía alimenticia del hombre, que es el único animal que guisa. Y aunque el concepto de la delincuencia no entró en sus cabezas, porque los patos, como Nietzsche, están más allá del bien y del mal, a la visión del hambre se unió el temor a la munición patera, que es el inicuo obstáculo opuesto a la gloria de tres carreras: andar, volar y nadar.

De esta manera insospechable quedó levantada la cosecha arrocera en Cochogual y en Zonda. Sería lástima que el episodio permaneciese ignorado en la historia agrícola de la República. Agiles y raudos, los patos, quintuplicados por el amor prolífico, levantaron el vuelo y fuéronse a sus antiguos lares, los ríos, lagunas y charcas, mientras los molineros, muy mohinos, retornaban con sus artefactos molientes a las ferreterías de Buenos Aires, y los agricultores sanjuaninos, a su vez, lanzaban maldiciones contra la doble calamidad de los patos y los especuladores. En alas del viento del Zonda llegaban estas maldiciones hasta la cola de los patos que marchaban por las nubes en infinito cordón; pero "ni cola" les hacían al llegar a la cola.

Los argentinos han convertido al pato en símbolo del mirón en el juego. Ignoro el origen de la equivalencia. Seguramente procederá de alguna sagaz observación gaucha. El papel de los patos se cambió en San Juan; ellos fueron los únicos ganadores en el juego entre molineros y agricultores. Y yo me glorío y envanezco, para terminar, de haber representado, mientras escribía este histórico artículo, un papel original y único: el de ser pato de los patos, o, con más propiedad, el de "patear" a los patos, mientras éstos ganaban nada menos que toda una cosecha de arroz...



Ella. — Tú debes dejar de fumar. Eso afecta al corazón.
El. — Por esa razón yo debo dejarte también.



El muchacho (al caballero que lleva una hora paseando en el parque). — Dice mamá que traigas el coche en seguida a casa, que has olvidado poner al nene dentro.



ORGULLO
— ... Y mi hija es el retrato de mi vaca.



"Tema: "Canto a Andrade",
Premio de CARAS Y CARETAS.
Medalla de oro".
Juegos Florales del Circulo de la Prensa de Rosario.

CANTO A ANDRADE

Lema: De pie para cantarte!

De pie para cantarte, bardo egregio,
Y al evocar tu numen soberano
Vibre la estrofa de contorno regio
Magnificando el pensamiento humano...

Te dió Apolo solicito una lira
Acordada con bronce y con acero,
Hay por eso en la musa que te inspira
Mucho de la de Píndaro y Homero.

Brota el ritmo armonioso de tu mente
Vestido ya de luminosas galas,
Como brotó de la joviana frente
Minerva sabia o belicosa Palas.

Suena tu plectro con rumor de lucha,
Con fragor de tormentas y volcanes;
Parece al escucharte que se escucha
Escalar el Olimpo los titanes!

Nunca el buril del afamado orfebre
Para tus metros engarzar, envidias:
Cuando te agita inspiradora fiebre
Grabas tu estrofa con cincel de Fidias!

Académico canon no sujeta
El raudal de tu enorme fantasía:
El canon rompes con tu mano inquieta,
Ave de Jove en la región vacía!

Quizá el vulgo, pequeño de estatura,
Mire tu gesto con sonrisa huraña:
El vulgo se debate en la llanura,
Y tú asciendes gallardo la montaña!

A veces en las noches, escuchando
Hender el aire tu potente grito,
Te buscan y te encuentran dialogando
Con lo grande, lo inmenso, lo infinito!

Y te cuentan: la noche sus misterios,
Su ardor el fuego, el aquilón su empuje,
Las selvas seculares sus salterios,
Su furia al mar que al estrellarse cruje!

Hundes en el pretérito la mente,
Y al porvenir avanzas decidido:
Apóstol con mirada de vidente,
Vidente con aureola de elegido!

Sólo como la palma del desierto
Miras el hombre en la primer mañana;
Mas, rico fruto en sazonado huerto,
Surge la esposa de la estirpe humana.

Prometeo a la roca encadenado
Te *dice* sus *recónditos* anhelos,
Y el brazo de Jesús ensangrentado
Te señala el camino de los cielos!

Brilla al imperio de tu alado verso
Atlántida magnífica en sus dones,
Altar donde celebra el Universo
La eterna comunión de las Naciones!

Si el arte y el valor tu plectro admira,
Dos nombres canta en dualidad de gloria:
Víctor Hugo, gigante de la lira,
Y San Martín, gigante de la historia!

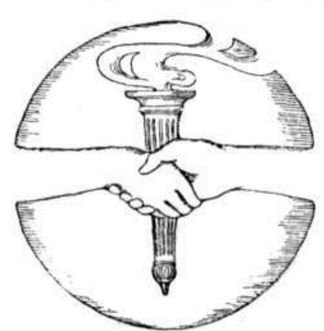
Al evocar la Patria, tus acentos
Vibran un himno de loor profundo,
Y sobre sus firmísimos asientos
De pie para admirarla se alza el mundo!

Y se la ve marchar libre y segura,
Siempre en pos de sublimes ideales,
Y se la ve surgir en el altura
Saludada por cánticos triunfales!...

¡Oh! bardo de los épicos poemas,
¡Oh! vate de las altas concepciones,
Que fulguran a veces como gemas,
Y que rugen a veces cual leones:

Hay bronces en los patrios arsenales;
Pero no existe en tu solar injusto
Quien grabe con cinceles inmortales
La majestad augusta de tu busto!

MANUEL L. UGARTECHE



EL DORMILON

Yo creí que y pensé que me sería muy fácil escribir la vida y aventuras del dormilón; pero como Creíque y Penseque, según decía un maestro a sus alumnos, son dos grandísimos ladrones y mentirosos, resulta que me engañaron. Hay un ave llamada dormilón y unos pájaros a quienes se da el nombre de dormilones. El dormilón, según varios autores, pertenece al orden de las aves trepadoras, y los dormilones son pájaros *fisiorrostros*. Ya sabes, niño, que la palabra fisirrostros viene de dos latinas: *fissus*, hendido, y *rostrum*, pico. Estos pájaros se distinguen porque la abertura del pico termina debajo o más atrás de los ojos. La golondrina, el tarpuí y el urutaú son fisirrostros.

Buscando datos para describirte el dormilón leí en el diccionario del doctor Lisandro Segovia que el dormilón, llamado también *pájaro ateí* (ateí quiere decir perezoso en lengua guaraní), parece ser el mismo animalito llamado *ñacundá* en el Paraguay, dormilón en Buenos Aires, *chumuluco* e *ianarca* en las provincias del norte. Agrega el autor que el dormilón es un «*caprimulgo* o *chotacabras* que en el tamaño, plumaje y pies cortos recuerda al *avión* o *vencejo*». Caprimulgo (*capri*, cabra; *mulgere*, ordeñar); chotacabras (de chotar o mamar como los chotos) son nombres que tienen su origen en la leyenda, inventada tal vez por algunos pastorcillos golosos, que supone a los chotacabras aficionados a robar la leche. Los chotacabras europeos vuelan por la noche en los establos cazando insectos.

Sigamos con lo que dice el doctor Segovia: «Ojos grandes salientes, pico corto y boca enorme provista de cerdas. No es fácil describirlo (¡lo ves, niño!) porque además de ser algo raro, parece tener hábitos nocturnos. Nunca se le ve caminar, conduciéndose como si no tuviera pies (ápodo). Se le encuentra al lado del camino; se levanta del suelo de improviso, vuela rastreramente y a corta distancia, y al bajar se pega a tierra, más o menos inclinado a un lado. De esta manera suele asustar a la cabalgadura del viandante, con el peligro consiguiente, y lo acompaña por largo trecho. Apenas oscurece y ya empieza a revolotear en giros rápidos y extraños para cazar insectos. Existen cinco especies de diferente tamaño y color».

Al leer eso de que el dormilón se entretiene en asustar a las cabalgaduras, habrás pensado en seguida en un pájaro: el *atajacaminos*. A mí me pasó igual. Eché mano a la zoología del actual ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo, y encontré que al tratar de los pájaros fisirrostros nombra los siguientes: golondrina doméstica, golondrina de campo, golondrina collareja, tarpuí, ñacundá o atajacaminos y atajacaminos o chumuluco.

Esto es un lío o por lo menos lo parece. Nosotros los ignorantes curiosos quisiéramos saber lo que hay de verdad en el lío de los dormilones. Puede ser que tú, simpático curiosillo que vives en plena naturaleza, logres conocer la solución del problema.

El otro dormilón, el que pertenece al orden de las trepadoras es primo hermano de los tucanes, crispines, col-coles y pirinchas o machilas. Es un *coccigomorfo*, o sea un ave parecida al cuco o cuclillo, pues *coccix* se llamaba el cuco en latín.

Si alguna vez llegas a ser un zoólogo distinguido acuérdate de estos tiempos tuyos y míos en que andamos dudando y trata de explicarte claramente.

EDUARDO DEL SAZ



DIBUJOS DE MACAYA.

Página Infantil

Niña de Zavalía





Niña Gómez Palmes — FOTOS DE WITCOMB. — Rosa Rivarola



IGLESIA DE ALTA GRACIA
(CÓRDOBA)

ÓLEO DE JOSÉ C. SERRA



INTERCAMBIO CON NORTE AMERICA
VISITA DEL PRESIDENTE DE LA MUNSON LINE

SU VIAJE, NOS DICE, SÓLO RESPONDE A UN PROPÓSITO DE EXPLORACIÓN

El norteamericano viaja por turismo y por negocios. Una bahía pintoresca lo será más aún, si la ve surcada de buques mercantes; ante un paisaje de montañas, ya estará pensando en minas de hierro o en el yacimiento de hulla...

Por eso, Mr. Franck Munson, que nos ha visitado, debe llevar su imaginación tan llena de paisajes, como su *book-notes* repleto de datos.

Preside actualmente la Munson Line Steamship, donde ingresó con un cargo modesto, siendo entonces su padre el presidente de la Compañía. Es un ejemplo para nosotros. Aquí, los hijos de nuestros industriales, se educan con todos los inconvenientes de los «príncipes herederos».

Deseamos tener una conversación con él, pero se ha evaporado del Plaza Hotel a poco de llegar.

— ¿Mr. Munson?

— En la embajada Americana...

Telefoneamos. Acaba de partir para la Compañía. Vamos allí, pero los visitantes se suceden, le asedian. Un secretario se encarga de prepararnos una entrevista para el día siguiente.

Al otro día:

— ¿Mr. Munson?

Ya es tarde... Acaba de partir para el American Club, donde hablará a sus compatriotas después de almorzar. Pero se nos tranquiliza: a las cuatro será con nosotros.



Minutos antes, se nos ocurre pensar que un hombre tan ocupado debe tener un aspecto de gran fatiga. Pero nos llevamos un chasco; Mr. Munson, de la Munson Line Steamship, presidente de otras diez compañías navieras y cuatro o cinco empresas poderosas, ni está cansado ni es un anciano de gran barba blanca. Es un hombre joven, elegantemente vestido con un traje gris muy entallado, que sonríe con gracia al ofrecernos asiento. Sobre su mesa de trabajo, un florero con un ramo de rosas.

— Conocemos las líneas generales de su viaje, que por ahora será de simple exploración... — empezamos a decirle. — ¿Es la primera vez que viene a Buenos Aires?...

— Sí, la primera — se apresura a contestarnos, — y estoy asombrado y encantado con esta ciudad... por fuera, edificios hermosos, calles muy limpias y población sana, con aspecto alegre, activo...; por dentro, gente de una exquisita gentileza, muy hospitalaria...

Parado en el balcón, pasea una mirada por la Avenida, señalando el constante tráfico. Esboza la masa de edificios, abarca el horizonte, y agrega:

— ¡Esto es magnífico!... Pocas capitales de Europa y hasta de Estados Unidos pueden ofrecer este aspecto de vitalidad...

Sonreímos satisfechos, con ese amor de los hijos para quien la madre es siempre la mujer más hermosa.

— ¿Qué proyectos tiene?

— Por ahora, ninguno en concreto... volveré muy pronto, quiero visitar el interior del país. La línea no se modificará hasta que el tráfico lo exija. Fomentaremos el turismo, para que la gente venga por aquí a pasear, ¡oh, sí!... Y a hacer negocios... — agrega sonriente, para que no vayamos a suponer que en este mundo todo es diversión.

— ¡Oh, no... Mr. Munson... Y a propósito: ¿ha tratado ya a nuestros hombres de gobierno?

— Mañana comeré con el doctor Le Breton y el ministro de marina.

Se nos ocurre hacerle una pregunta, intempestiva quizá para un grave hombre de negocios, pero muy oportuna en esa tarde primaveral: Señalándole un grupo de muchachas que pasan:

— ¿Qué le parecen nuestras mujeres?

— ¡Oh!, muy bonitas... — afirma, galantemente, el director de la Munson Line. Y no podemos negar que se expresa muy bien en castellano. Lo aprendió en la Habana, según nos afirma. Ya le notábamos al hablar algo así de jacarandoso...

Pero los asuntos se han ido aglomerando, mientras conversábamos, y no queremos abusar de su amabilidad. Nunca mejor que ahora viene bien la expresión conocida: *time is money*. Frase breve y profunda, que parece inventada por algún Shakespeare... algún Shakespeare director de banco.

Nos despedimos con un enérgico *shakehand*, que él acompaña repitiendo:

— Mucho gusto, mucho gusto...

Simpático, el yanqui.

ERNESTO MARIO BARREDA

LOS NUEVOS PENSIONISTAS DE ONELLI

¡Cómo se llega a la cumbre... del elefante!

Don Clemente Onelli es, sin duda, el ciudadano más cáustico entre los administrados por el intendente señor Noel. Cuando camina con la cabeza baja y algo apurado, es preferible, pudiendo, evitar toda entrevista, pues sus palabras parecen descargas de una botella de Leyda.

Por mi cuenta, cada vez que debo pedir audiencia al director del Zoo, acostumbro averiguar cómo anda el tiempo, y me encuentro bien. Es una precaución, que me ha dado resultado:

— ¿Está don Clemente?

— ¡Está!...

— ¿Y?... ¿Qué tal?... ¿Cómo vamos?... ¿Sereno?, ¿nublado?...

— ¡Vientos suaves!...

— Entonces ...

No sé si se habrán fijado: En el boletín meteorológico que trae todos los días uno de los órganos más importantes de la mañana, figura siempre esta frase sacramental y final: «¡vientos suaves!...»

Don Clemente Onelli arrastró los anteojos hasta la punta de la nariz, para observarme mejor sin el obstáculo de los vidrios, y, con la mirada del prestamista que esperaba a su víctima, dijo:

— ¿Viene usted a visitar a los antiguos animales del Zoo?

— A los antiguos y modernos... digo... nuevos...

— Estamos bien todos...

— No tanto, si algunos se la pasan en el lazareto...

— Aquéllos están en observación...

— Estará usted contento con las nuevas adquisiciones...

— Una vez que realmente se hayan formalizado las adquisiciones, estaré contento... Por ahora no sabemos lo que se comprará, lo que no se comprará... ¿Ha leído la historia de Pichito?

— ¿De quién?

— ¡Del perro, mártir de la ciencia! Un perro cordobés, sin domicilio propio, que pudo salvarse milagrosamente de morir ahorcado, gracias a la intervención del ingeniero Scherer... Pero, hombre, ¿qué lee usted?... Parece que se cae de las nubes...

— ¿Usted ha escrito algo sobre la vida y los milagros de ese mártir de la ciencia?

— ¡Claro que sí!... Un perro agradecido, que salvó la vida a su dueño en el Amazonas, donde una serpiente cascabel intentaba morderlo; un perro, que más tarde ofreció su cuerpo a una hiena hambrienta, que a pesar de los fuegos encendidos, franqueaba los límites del campamento de Scherer con fines homicidas...

Hubo una larga pausa, como suele acontecer después de los relatos en los que se ponen en evidencia virtudes casi desconocidas por el hombre.

Como el silencio llegaba a ser embarazante, insinué tímidamente otra pregunta:

— ¿Y los elefantes?

— Están bien... Son adolescentes... Una hembra de nueve años y un macho de cuarenta y cinco...

— ¿Andan por acá los hindúes que acompañaron a los elefantes?

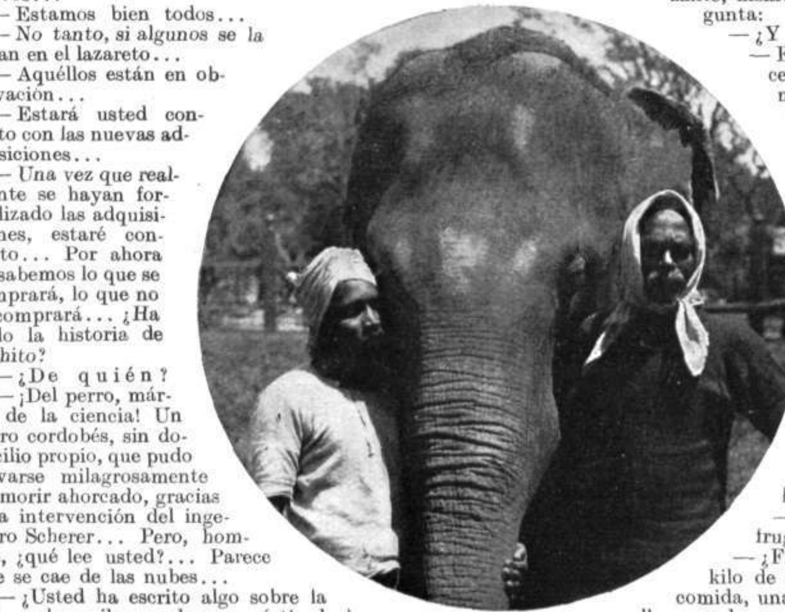
—Sí... Están en el pabellón de los paquidermos, menos uno que anda ahí afuera... Ese que anda por ahí es un hereje...

— ¿Ha hecho barbaridades?

— Bastante serias... Se cortó la trenza y adoptó trajes europeos... Un sacrilegio imperdonable... Tanto es así que el más viejo de los hindúes le pegó.

— Deben ser hombres muy frugales...

— ¿Frugales?... Se comen un kilo de arroz cada uno por cada comida, una lata de sardinas de aquellas grandes, y ayer entre los tres se despacharon un corderito asado... No sé dónde colocan todo eso, porque, si los ve, le parecen espárragos...



Flanqueando una venerable nariz.

En ese momento entró el ingeniero profesor Scherer, quien, después de las presentaciones de estilo, preguntado por mí sobre las emociones de caza, accedió gentilmente, contestándome:

— Las emociones no han faltado y... violentas... Para atrapar a las hienas hacíamos fosas de dos metros de ancho por dos de hondo y atábamos a un árbol un cabrito... Las fosas estaban disimuladas por ramas de árboles... Nosotros, encaramados sobre árboles, esperábamos que se acercaran las fieras, atraidas por el balido del cabrito... En una de esas, me di vuelta porque me pareció sentir como un ruido de hojas secas, pisadas... Dos ojos verdes, fosforescentes, me miraban con intensidad... Hice fuego, ¡y el animal más precioso de mi colección, una pantera negra, cayó herido de muerte!... El cuero de una pantera negra vale un dineral... Es rarísimo...

— ¿Pichito no murió bajo las garras de la pantera?...

— No... Pichito murió peleando con una hiena...

— ¿Y cómo se las arreglaban para sacar las hienas de las fosas?

— Lo mejor que podíamos... La primera vez que hicimos las fosas cayeron tres hienas... Había que ver el gentío que quiso presenciar la operación de sacarlas y enjaularlas... Primero intentamos enlazarlas con sogas fuertes, pero las mordían furiosamente... Aplicamos cadenas, y así, enlazadas del pescuezo y de la parte trasera, empezamos a levantarlas... La primera logró librar la cabeza del lazo y entonces los demás aflojaron también del otro lado, así que el animal quedó libre, miró alrededor asustado y se dió a la carrera más desesperada... Pero más desesperadamente todavía, corrían los curiosos, dominados por un pánico indescriptible... Una vez más baqueanos en la tarea, pudimos sacar a las otras sin mayores dificultades y enjaularlas...

— ¿Pero usted llevaba consigo jaulas?

— Desmontables... Las armábamos en cuanto se presentaba un huésped...

Dos de los... espárragos hindúes, según la gráfica expresión del director del Zoo, se encontraban en el templo que encierra a los paquidermos. No sé por qué llevaban puesto un pañuelo en la cabeza, atado por los extremos debajo de la barba. Bastante cómicos los dos tipos así arreglados.

El ingeniero Scherer les habló en inglés, y ellos, con mucha solemnidad, empezaron a soltar las cadenas que mantenían atados por la pata derecha a los jóvenes elefantes recién llegados...

Dicen que los elefantes son muy buenos y juguetones. Lo que sí son sumamente curiosos, porque cuando menos uno se lo espera, le ponen la nariz en los bolsillos.

— ¡Oyajá! — gritaba uno de los hindúes... —¡Oyajá!...

Muy contento, el elefante macho pasó al aire libre con una especie de «petit trot». Por las dudas, me hice a un lado, me arrinconé...

No pude seguir la conversación entre el cuidador y las bestias, pero puedo asegurar que se entendían lo más bien. Y la prueba está en los ejercicios que el fotógrafo pudo sorprender con su instantánea, mientras por mi cuenta yo le decía al señor Onelli:

— Serán todo lo mansos que usted quiera, pero estoy convencido que si uno no es casi de familia con ellos, si no convive, por decirlo así, con los animales, siempre corre algún riesgo...

El director del Zoo me miró con una cierta suspicacia:

— Sin embargo, dada la forma en que usted se expresa — dijo, — usted es de la familia, no tendría nada que temer...

Hice el que no había entendido, y retruqué:

— ¿Le costó mucho a usted para acostumbrarse entre este elemento?

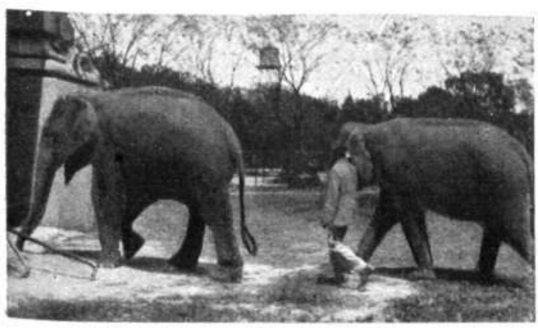
— ¿A mí?... A mí me costó bastante... Pero usted no va a hacer tirocinio ninguno...

— ¡Es de balde... con ese hombre no se puede!...

FITAURARI.



¡Felizmente, este hindú tiene una cabeza que no es de zapallo!



A casa.

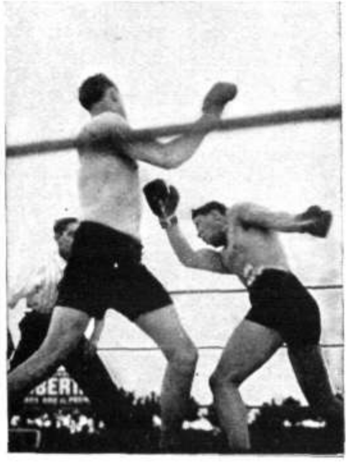


Un paso de fox-trot elefantiaco.

TRES INTERESANTES NOTAS DEPORTIVAS EN MONTEVIDEO





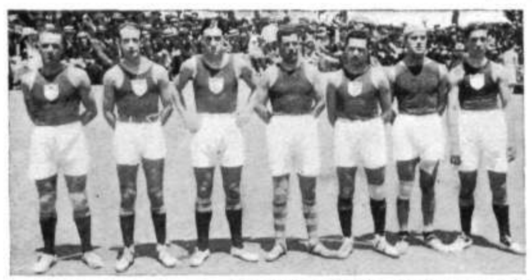


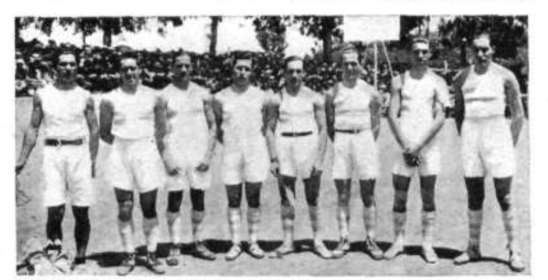
Match de box Sotelo-Tracey

El campeón uruguayo y el campeón australiano en un "clinch", en el primer "round".

Tracey intentando un directo de izquierda que Sotelo esquiva, castigando el estómago del australiano.

Sotelo atacando, coloca bien su izquierda, poco antes de terminar el 10º. "round", con el que se adjudicó una victoria por puntos.





Partido de basketball, entre uruguayos y argentinos

Team uruguayo, ganador del reñido encuentro por 30 tantos contra 27.

Componentes del equipo argentino que perdieron el match después de una brillante actuación.







El tradicional encuentro de football: Nacional y Peñarol por el trofeo Peyrou

La valla de Nacional apremiada por los delanteros de Peñarol, a raíz de un "corner". El "goalkeeper" Mazzali en una espléndida atajada.

Una magnífica instantánea al producirse el tercer goal de Nacional con el que se ajudicó la victoria contra 1 de Peñarol.

El guardavalla de Peñarol, Legnazzi, rechazando un tiro alto a pesar de ser obstaculizado por Granja.





Team de Nacional: Mazzali; Urdinarrán y Foglino; Marroche, Zibecchi y Nagiil; S. Urdinarrán, Héctor y Carlos Scarone, Romano y Somma.

Cuadro de Peñarol: Legnazzi; Benincasa y Granja; Ruotta, Carreras y Ravera; Arremond, Cesche, Terevinto, Artigas y Cámpolo.

EL GRAN CAMPEONATO ANUAL DE TIRO



El presidente de la república es recibido por el almirante Blanco, presidente del Tiro Federal Argentino, y los miembros de la comisión, a su llegada al local donde acudió para presenciar la disputa del premio por la Copa de Honor, que él donara el año 1895.



El doctor Alvear siguiendo las interesantes pruebas, que como demostración ejecutó un team de tiradores bajo las órdenes del comandante Arana.



Grupo de delegados por las instituciones de tiro de la capital federal y del interior que actuaron en las distintas categorías que se disputaron en el importante campeonato.



Equipo del tiro Suizo de Rosario, segundo en el premio Copa de Honor, con 1029 puntos, distribuidos así: J. Cabaud 188 puntos, J. Papis 183, J. Guido 181, Miguel E. Vassalli 169, M. Pampaluna 160 y Sencarletto 148.



Equipo del Tiro Federal Argentino, clasificado campeón con 1045 puntos. Lo representaron los tiradores: Juan Martino 195 puntos, Antonio Daneri 181, Abelardo Rico 177, Adán Medenz 176, Armando Va 162 y Rodolfo Arana 154.



Equipo del Tiro Federal de La Plata, tercero con 1021 puntos. La actuación de sus tiradores fué la siguiente: L. Ferrari 180 puntos, Julio A. Rocca 188, P. Bianchi 181, Rivadal 168, Pereira 164 y San Julio 140.

EL CAMPEON

UN LITERARIO



LA CABEZA DE ACERO



FIRPO FRENTE AL SOL.

Ingres, el gran pintor, tenía una debilidad: la de tocar el violín. Creía hacerlo mejor, que la pintura. Todos más o menos tenemos nuestro violín. A Firpo no le bastaba echar los colosos abajo de una trompada. En su fondo, una voz secreta le aconsejaba, le llevaba a la literatura. Con el box, Firpo ha hecho una fortuna. Con la literatura, Firpo va a perderla. Porque a estas horas, el primero, de varios de sus dramas, ha entrado en ensayos.

La obra se llama «Tinieblas».

— ¿Es cómica o seria? — le preguntaba un autor.

— Eso no lo sé — respondió Firpo. — El público lo decidirá.

— ¿Y si lo silban?

— Saldré tranquilamente a escena y les diré humildemente a los espectadores descontentos:

— Vengan... peguenmé.

Todo esto lo dice Firpo en su lentitud pesada, de muchacho grande, inconmovible, como si fuera una piedra que hablara, indiferente al éxito espiritual del diálogo. Hablando sin énfasis, sin ganas.

«Tinieblas», el título de la obra, asegura que estamos frente a un drama. El título no deja lugar a dudas de que es una sucesión de golpes a la nuca.

— Esta obra la pensé en mi viaje a Norte América.

Firpo desmiente la leyenda sin quererlo. Firpo piensa.

— Tengo otras — agrega, — tal vez mejores, pero esta es la más terminada; de aquellas no le hablo, porque usted sabe que si uno divulga el argumento, no falta alguien que se lo apropie... «Tinieblas» está firmada por mí en la última página. Así no me la pueden sacar.

— Un éxito teatral vale bien un asalto de box.

— Ya han empezado a quejarse los actores... Todos se quejan porque gané cien mil pesos en un día. ¿Es que los gané por sorpresa? No. Hace cinco años que me venía preparando.

¡Cuántas privaciones para alcanzar el «estado»!

FIRPO

ROUND PUGILISTICO

Ningún desarreglo. Nunca un vaso de vino. Ni una taza de café. Acostándome a la misma hora. Sin levantar jamás los ojos a ninguna tentación. Cinco años de contrariedades, de monotonía, ¿no valen cien mil pesos? Un comerciante gana veinte mil pesos por año y nadie le dice nada. Yo los he robado... porque he ganado tanto como ellos. ¡No hay justicia!...

Y el día que lo hacen dormir a uno, ese día se acabó la plata. Hay que aprovechar mientras se está en «estado».

— ¿Con qué mano escribe?

— Con esta — me dice, mostrándome la mano derecha, carnosa, enorme. Cada dedo parece un antebrazo, con sus músculos desarrollados. La mano toma una lapicera y escribe para cerciorarme de que no me engañaba. «La mano que pega», al escribir pierde la rudeza que aducia crispado el puño del pugilista. Es firme y hasta elegante.

— ¿Y para escribir estas obras teatrales se ha preparado usted como se prepara para los asaltos de box?

— He reflexionado... no decía nada a nadie... ¿para qué?... Y ahora, me he decidido a entregarlas al teatro, porque las creo en punto.

— ¿Asistirá a sus representaciones?

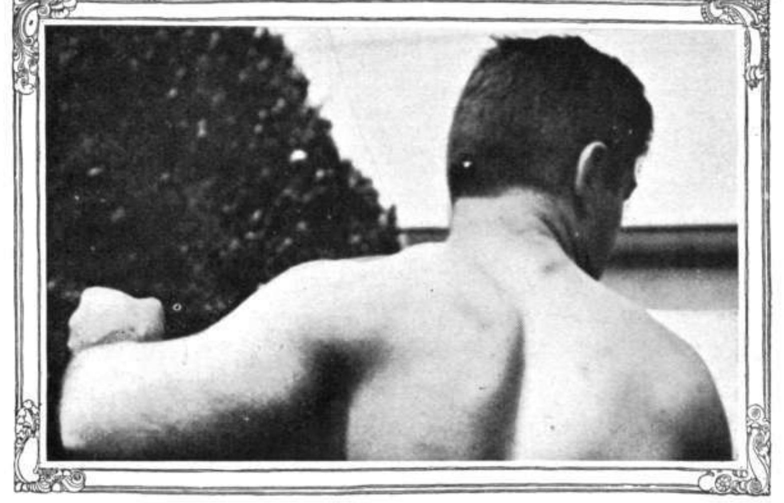
— No... Me voy pronto a Cuba, luego a Inglaterra y volveré por Norte América.

— ¿No peleará aquí, con algún otro?

— Sí... Tal vez con Brennan.

Para ese entonces, ya Firpo será un literato que boxea, como Maeterlinck, Tristán Bernardt. Será el mejor boxeador de los escritores y el más literato de los boxeadores. «Tinieblas» lo habrá consagrado, y en vez de los cabellos recios y cortos del atleta, veremos a Firpo con cabellos largos, hablando de la perífrasis y del solecismo como si fueran dos vencidos más en su ilustre carrera.

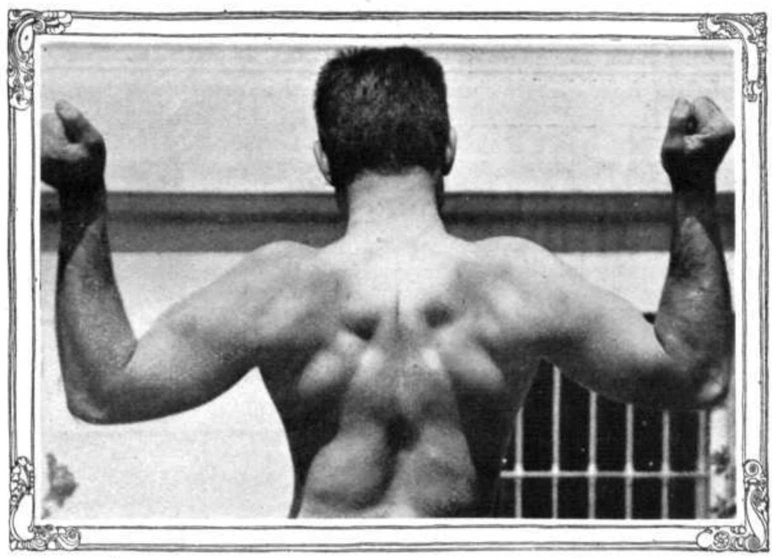
VIZCONDE DE LASCANO TEGUI



UN INTERVALO MUSCULAR...



EL PUÑO DE FIRPO



LA MÁQUINA DE GOLPEAR. TODA LA FUERZA AFINCA EN LOS MÚSCULOS DORSALES

INVENTOS, RECETAS Y PROCEDIMIENTOS ÚTILES

Modo de mejorar el agua de los pozos. — Las aguas de los pozos pierden en parte sus malas cualidades exponiéndolas al aire libre por espacio de treinta a treinta y seis horas en unas vasijas de tierra limpias y anchas de boca.

Creen algunos que el agua de los pozos en cuyo fondo hay piedra de corte y no de pedernal es menos pura, juzgando que aquélla les comunica alguna cualidad aluminosa. Procúrese, pues, que sea de pedernal el fondo.

Si se quiere que salga clara el agua de un pozo y que no tenga el menor gusto de barro, es menester hacer la excavación de la tierra mucho mayor de lo que se acostumbra.

Para construir un pozo de cinco pies de diámetro, la excavación debe ser de doce a quince pies. Se hace un pozo falso dándole diez o doce pies de diámetro, y en medio de éste se construye el verdadero pozo de cinco pies de anchura, haciendo de manera que las piedras no estén enteramente juntas para que se filtre por entre ellas el agua, y en seguida se llenará el pozo falso de arena y guijarros, para que el agua pase al través de éstos y se filtre antes de entrar en el pozo más pequeño. Por este medio se obtendrá seguramente una agua filtrada con toda perfección, clara y buena para beber.

Sobre ser esta operación poco costosa, trae la ventaja de proporcionar una agua limpia y sana, que verdaderamente deja resarcido este ligero gasto.

Limpieza de las manchas del mármol. — Se mezclan blanco de España en polvo y bencina para formar una pasta espesa, con la cual, y por medio de una rodilla de lana se frota el mármol. Al rato se seca con un trapo limpio. Obsérvese que la bencina es *muy inflamable*.

Otro procedimiento: en un litro de agua se disuelven 60 gramos de cloruro de cal y se frota la parte manchada con un paño empapado en esta mezcla. Luego se enjuaga con agua clara.

Se puede dar luego al mármol un buen pulimento frotándole con encáustico (cera blanca y esencia de trementina).

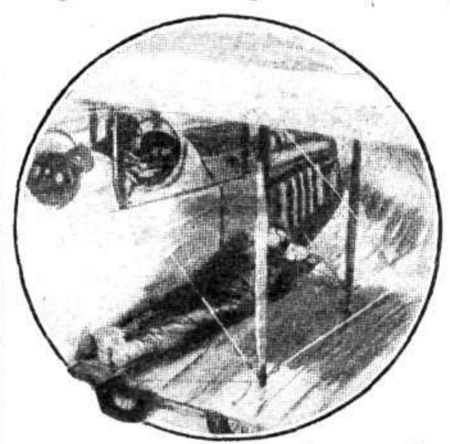
Para impedir que las moscas se posen en los dorados. — Nada más desagradable que las manchitas negras hechas por las moscas sobre los cuadros dorados; para impedir que estos insectos se posen sobre los dorados, se frotan éstos cada quince días con una rodilla de franela empapada en aceite de laurel.

Para quitar las manchas se lavan los marcos con una esponjita mojada en alcohol.

Herido llevado sobre el ala de un aeroplano. — Aunque el traslado de enfermos y heridos por la vía aérea es un medio generalizado en la selvática isla de Haití, para evitar los peligros de sus inexplorados caminos y sobre todo los vandálicos atentados de los numerosos bandidos que infectan las tierras haitianas, el hecho realizado por el teniente de marina Kunette B. Collengs merece ser comentado.

Un hombre gravemente herido a consecuencia de un accidente de trabajo precisó ser trasladado con toda urgencia a un distanciado hospital.

El médico percatado de la inminente gravedad del herido, telegrafió pidiendo un aeroplano y seguidamente el teniente Collengs aterrizó en el lugar del suceso.



El lamentable estado del obrero, con los muslos rotos y diversas fracturas y magullamientos en todo el cuerpo, hacía imposible su traslado dentro de las normales condiciones.

Ante esta crítica situación, el arriesgado teniente aviador se decidió a conducirle atado a una de las alas bajas de su aparato.

Convenientemente vendado y provisto de un casco y anteojos, su cuerpo fué cubierto con una frazada y sujetado fuertemente a un tablón de madera de seis pies de longitud.

Este tablón, a su vez, fué amarrado por medio de correas hábilmente distribuídas en los soportes de una de las alas bajas y las barras fundidas del aeroplano.

Mr. Collengs luchó audazmente para conservar la estabilidad y equilibrio que su arriesgado vuelo exigía, y en treinta y cinco minutos salvó la distancia, que horas o tal vez días se hubieran necesitado conduciendo al infortunado obrero por los tenebrosos caminos haitianos.

Los microbios y el papel. — Cualquiera diría que las manipulaciones más o menos complicadas que transforman la celulosa en papel habrían de destruir los microorganismos que consigo llevase aquella primera materia, y, sin embargo, no es así. Un bacteriológico francés, M. Galippe, ha tenido la curiosidad de hacer cultivos con pedazos de papel de diferentes épocas, y ha descubierto y aun propagado diversas especies de microbios que allí se hallaban, por decirlo así, en estado latente.

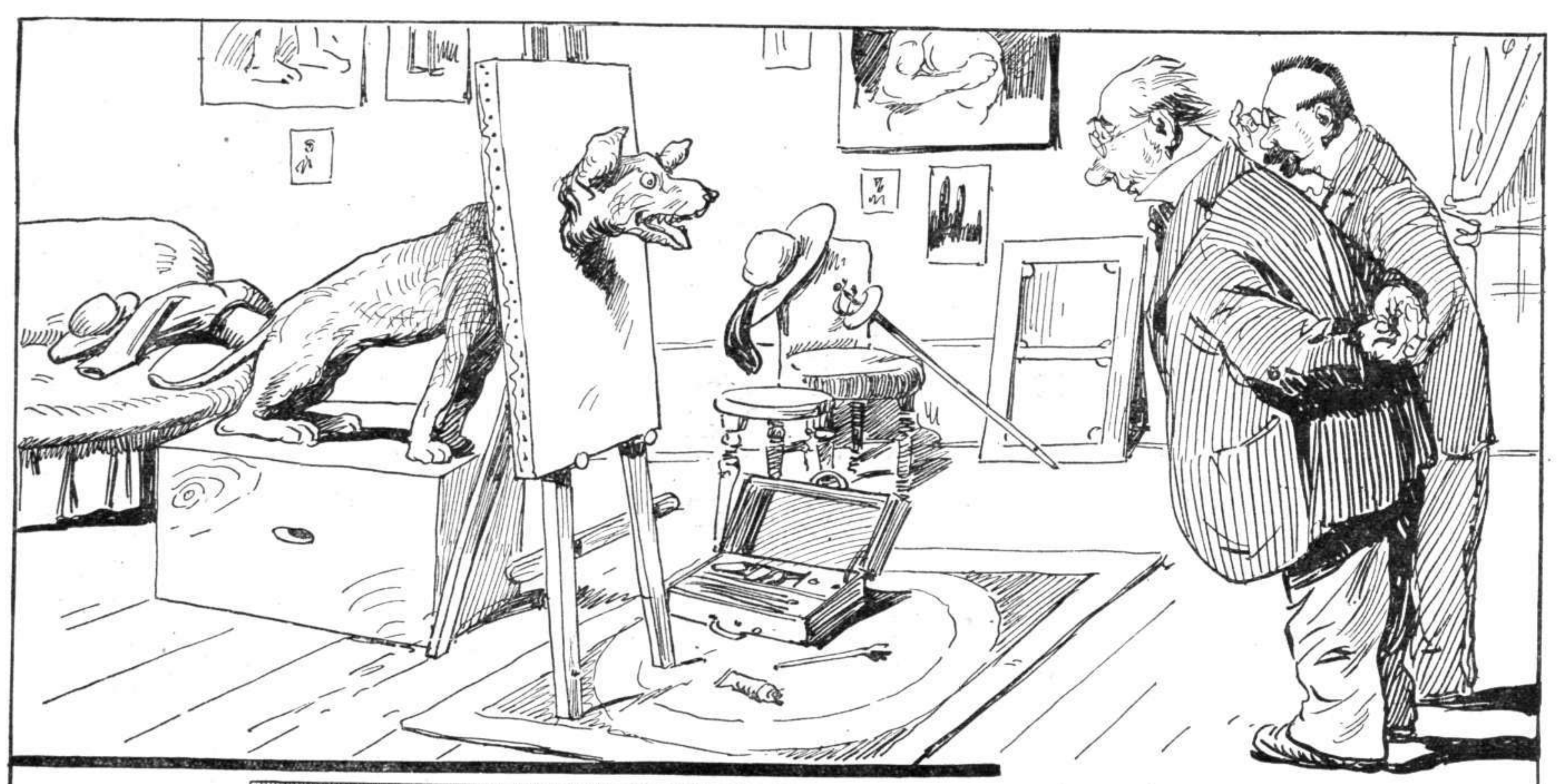
Los primeros experimentos de M. Galippe fueron hechos con papel de filtro de reciente fabricación, y el gran número de gérmenes de microbios que en él encontró le indujo a repetir el experimento con papeles del siglo XVIII y luego del XV, hallando en el primero numerosos gérmenes de bacilos y diplobacilos, y en el segundo enormes micrococos. En uno de los cultivos apareció un bacilo morfológicamente idéntico al del tétanos.

Animado por los resultados, el bacteriólogo procedió a examinar el papel de antiguos manuscritos chinos, siempre con resultados positivos, y, por último, se decidió a estudiar fragmentos de papiro egipcio del tiempo de los Ptolomeos, es decir, de unos dos mil años antes de nuestra era, hallando en ellos gérmenes de microorganismos variadísimos. Después de tres horas de hidratación, esos seres microscópicos, que habían permanecido inmóviles cerca de cuarenta siglos, empezaron a moverse, y los cultivos hechos con ellos mostraron los primeros síntomas de multiplicación y desarrollo a las veinticuatro horas.

Esponja jardinera. — Se coge una esponja ordinaria, se deja en agua caliente, se estruja de manera que quede húmeda y se introducen en cada agujero simientes de fácil desarrollo como trébol rojo, lino, verdolaga, etc.

Se cuelga la esponja en plena luz, teniendo cuidado de revolverla todos los días. Se riega por la mañana. Bien pronto desaparece la esponja y se transforma en un bouquet de verdura, coloreada diferentemente, según la variedad de las semillas empleadas.

Destrucción de ratas y ratones. — Al lado de los cepos o ratoneras con cebo de tocino, queso, azúcar, etc, existe un medio más sencillo, que consiste en poner en un plato primero yeso y después una ligera capa de harina, y al lado otro plato con agua sola para invitar a las ratas a que beban. ¡Desgraciadas si lo prueban!



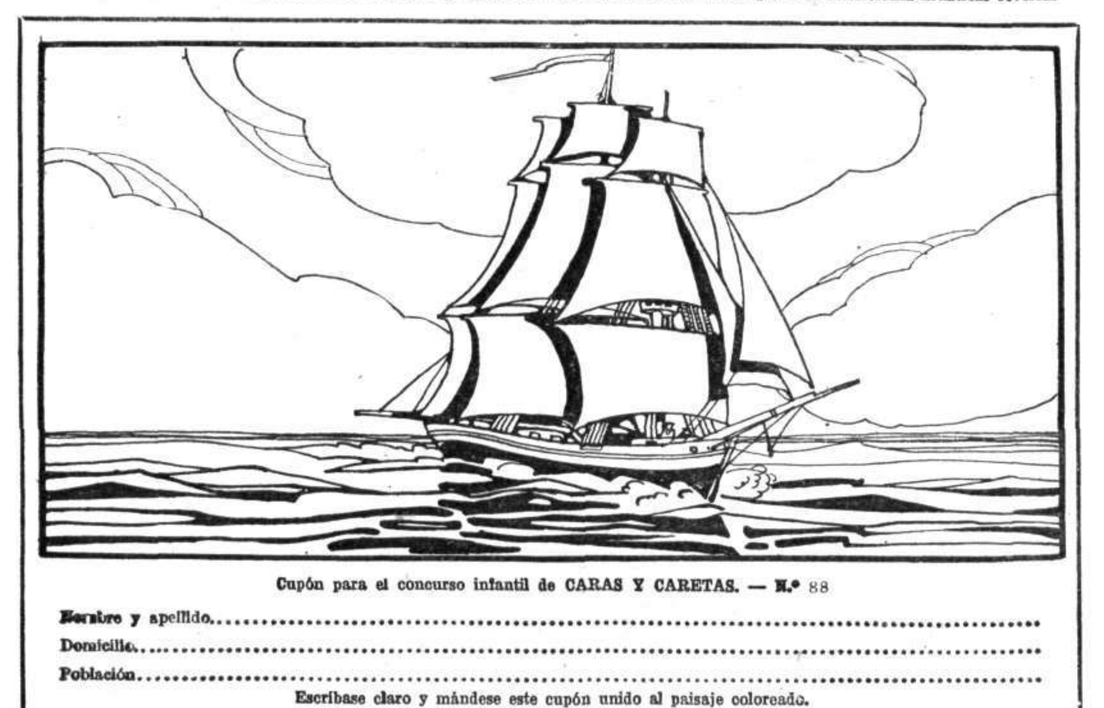
NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—Mi hijo cada día adelanta más en la pintura. ¡Fíjese en esa cabeza de perro que materialmente se sale del cuadro!...

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 88

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.


Valiosos regalos
para las consumidoras del
Polvo Graseoso LEICHNER
Queriendo corresponder a las preferencias que una numerosa y distinguida clientela mantiene por el POLVO GRASEOSO LEICHNER, como producto para embellecer y suavizar el cutis, los señores Mendel y Cía. han resuelto obsequiar a las señoras consumidoras de dicho artículo de tocador con valiosos regalos consistentes en cédulas del Banco Hipotecario Nacional que, como es sabido, constituyen seguros títulos de renta cotizables en cualquier momento y que devengan un interés no inferior al 6 por ciento anual.
Dichos regalos podrán obtenerse mediante un sencillo pasatiempo que consiste en lo siguiente:
A las dos de la tarde del día 14 de septiembre de 1922 el escribano público don Francisco Pita, con estudio en la Avenida de Mayo, 634, procedió, en presencia de testigos, a dar cuerda y poner en hora un reloj de bolsillo, de marca corriente, con dos esferas: una con horario de doce horas y división de minutos, y otra con división de segundos. Una vez puesto en marcha el reloj, fué encerrado dentro de una caja de lata de las que contienen el POLVO GRASEOSO LEICHNER, la cual, perfectamente tapada, precintada y sellada, quedó depositada en poder del mencionado señor escribano. El día 15 de marzo de 1923, en el sitio y a la hora que previamente se dará a conocer, el escribano señor Pita, en presencia de testigos y de las personas que deseen concurrir, procederá a abrir la caja y a constatar la hora, minutos y segundos en que se paró el reloj. Acto seguido adjudicará los regalos a las personas que hubiesen acertado la hora, minutos y segundos en que se detuvo la marcha del reloj. Si ninguna hubiese acertado la hora exacta, corresponderán los regalos a aquellas que más se hubiesen aproximado, en orden anterior y posterior. En caso de coincidir dos o más soluciones el valor del regalo que corresponda se repartirá por partes iguales entre las que hubiesen coincidido. Del resultado definitivo, el señor escribano actuante levantará la correspondiente acta.
Para optar a los obsequios, es requisito indispensable utilizar la faja-prospecto que acompaña a cada caja de POLVO GRASEOSO LEICHNER, cuidando de dejarle adherido un trozo de la estampilla fiscal que la sujeta a la caja. En el margen blanco de dicha faja-prospecto deberá escribirse con letras (no con números) la hora, minutos y segundos en que se calcule se parará el reloj; y a continuación anotar el nombre, apellido, domicilio y pueblo de residencia de la persona interesada, enviándola bajo sobre con esta dirección: Señores Mendel y Compañía. Obsequios Leichner. Guardia Vieja, 4439, Buenos Aires.
Cada persona podrá enviar las soluciones que desee, pero cada solución deberá anotarse en una faja-prospecto con el trozo de estampilla adherido. No se tomarán en cuenta las soluciones escritas en otro papel, o que no tengan adherido el pedazo de estampilla. Las soluciones podrán enviarse hasta el día 28 de febrero de 1923, considerándose nulas las que lleguen después de esta fecha.
REGALOS A ADJUDICARSE:
1.° 1 regalo de $ m/n. 1.000.— en cédulas del Banco Hip. Nacional
2.° 2 " " " " 500.— c/u. " " " " " "
3.° 4 " " " " 250.— " " " " " " "
4.° 10 " " " " 100.— " " " " " " "
5.° 40 " " " " 25.— " " " " " " "
6.° 500 " " " " 3.50 " " cajas de Polvo "Si tu voulais!..."
7.° 1.500 " " " " 1.50 " " " " " Graseoso Leichner
Las personas agraciadas con cédulas del Banco Hipotecario Nacional podrán optar entre dichas cédulas o el valor nominal de las mismas, en dinero efectivo.

CANCIÓN BIENHECHORA

Por ADELIA DI CARLO

Sumido en profundo abatimiento hallábase el joven poeta Carlos Gómez junto a su mesa de labor. «Fiel», su perro de aguas, yacía a sus pies. El noble animal levantaba por instantes la cabeza y miraba inquieto a su amo, cuyo silencio parecía no tener fin.

Razones tenía el joven para sentirse dolorido. Después del ruidoso éxito de su libro de poesías «Flores Primaverales» dedicado a los niños, había experimentado la pérdida de un hermano querido, único lazo afectivo que le unía al mundo. Nada podía mitigar su honda pena y pasaba largos ratos en piadoso recogimiento, entregado por entero a sufrir con el recuerdo del llorado ausente.

Por la ventana que se hallaba entreabierta llegó hasta él el eco de una música suave y melancólica. Un violín exhalaba su alma armónica en el silencio de la calle, como las rosas que desfallecían en un vaso próximas al retrato del malogrado hermano exhalaban su alma perfumada... El joven sacudido todo por aquella música irguió la cabeza, y olvidando su pena escuchó atentamente. Era una canción fácil y triste que entonaba una vocecita dulce:

«*...Breve y fugaz es mi alegría*
pero dulce e íntima,
secreta como un nido de alción (1)
columpiado por la espuma del mar;
tan pobre y tan santa
como la flor que se abre solitaria
en la salvaje libertad de los prados...»

No pudo oir más. «Fiel» se agitaba de continuo como si fuese presa de intensa emoción.

El poeta sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Toda esa música es dulzura, perfume, sueño, bienestar — exclamó como en un himno de gracia, al mismo tiempo que se ponía de pie.

El joven experimentó un alivio inmenso. ¡Qué poder el de aquella canción que tanto bien hacía! Fué a la ventana: quería conocer al cantor y músico

¡Cuál no sería su sorpresa al observar que era un niño ciego que en más de una ocasión había visto peregrinar por las calles de la bulliciosa ciudad!

El poeta entonces, conmovido aun más, pidió al cieguito lo aguardara un instante. Rápidamente salió a la calle seguido por «Fiel». Con suavidad tomó el violín de manos del niño y lo posó en el suelo, abrazando luego a aquél que, siendo aun más infeliz que él, con una de esas infelicidades que duran tanto como la vida, tenía el poder de levantar su espíritu. Huérfano y mendicante desde edad temprana, humilde artista ignorado hasta por sí mismo, sabía conmover las almas más que todos sus tomos de poesías. Mensajero de poesía él mismo, era también aquel pobrecito un mensajero de amor. — Dulce niño, ¡canta!, ¡canta! — le decía. — Escuchándote yo lloro, y si a ti mi llanto te conmueve y consuela a tu vez, es poqrue somos hermanos, hermanos que saben lo que es el dolor.

Después de prodigarle las palabras más tiernas, dió al niño, que nunca conoció los besos de la luz, cuánto dinero llevaba consigo. Y retornando a sus brazos el instrumento al que sabía arrancar sentidas notas, hízole prometer que volvería a verle pronto.

El niño-músico se alejó lentamente, sin volver a hacer oir su violín. ¡Se abandonaba a la dulzura de un canto nuevo que mecía su corazón: haber hallado un alma hermana a quien sus canciones y su música llevaran hasta él y sentir toda honda su bondad en los brazos que le estrecharon con un sentimiento de cariño jamás gustado!

---

(1) Martín pescador.

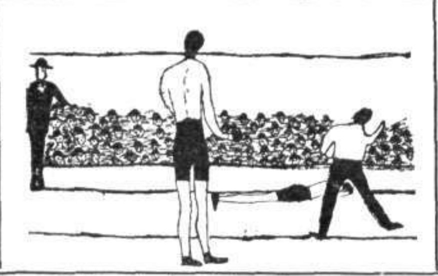

La sola presentación
de una botella de los renombrados "VINOS ARIZU", provoca el contento general, delirantes de gustar su sabor delicado, aparejado a una calidad ultra superior.
Embotellados, llevan como distintivo la marca "ARIZU", estampada en las etiquetas y cápsulas.
Exíjalo a su Proveedor
Vinos Arizu
El Orgullo de la Producción Nacional
Soc. Anón. VIÑEDOS Y BODEGAS "ARIZU"
Avda. de Mayo, 1035
Rivadavia, 1032
RESERVA
PINOT TINTO
VOLUMEN NETO 700 cm³
BODEGAS ARIZU
SOCIEDAD ANÓNIMA
MENDOZA



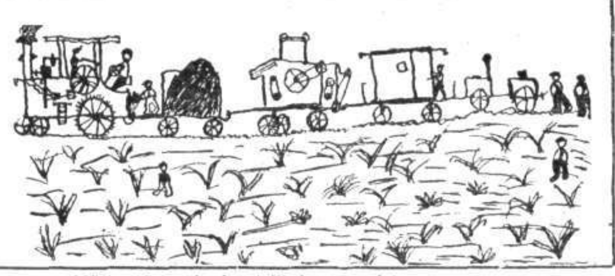
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



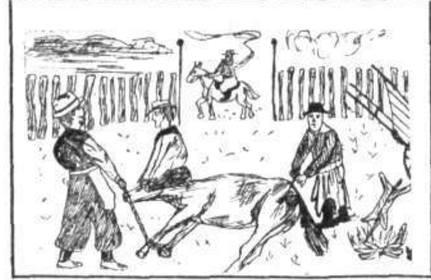
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños.
Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1277 — El golpe final de Firpo.
M. A. BOQUÉN.



1278 — Una máquina trilladora en viaje.
NORBERTO VELÁZQUEZ.



1279 — Poniendo la marca.
MARÍA TERESA ERBA.



1280 — Un día de fiesta en el campo.
GALAOR URRUNAGA.



1281 — Mi amiguita Chonola.
DORA MARÉS.
(Barcelona).



NUESTRAS GRANDES OFERTAS

N.º 453. — Con 6 piezas y 200 púas.............. $ **55.—**
N.º 2. — Con 6 piezas y 200 púas................ $ **85.—**
N.º 2 bis. — Con 6 piezas y 200 púas............ $ **99.50**
N.º 4. — Con 6 piezas y 200 púas................ $ **125.—**
N.º 4 bis. — Con 6 piezas y 200 púas............ $ **150.—**
N.º 5. — Lujoso mueble con armario guarda discos, 12 piezas y 600 púas........................... $ **250.—**

Por otros modelos de Concertolas, Grafófonos y Victrolas Victor, Discos, solicite Catálogo N.º 5 que remitimos enviándonos 20 centavos en estampillas.

GRAFOFONOS AMERICA

CON CORNETA AMPLIFICADORA DEL SONIDO

N.º 401. — Con 6 piezas y 200 púas.............. $ **35.—**
N.º 404. — Con 6 piezas y 200 púas.............. $ **55.—**
N.º 109. — Con 6 piezas y 200 púas.............. $ **72.50**
N.º 114. — Con 6 piezas y 200 púas.............. $ **85.—**
N.º 14. — Con 6 piezas y 200 púas............... $ **97.50**
N.º 117. — Con 6 piezas y 200 púas.............. $ **115.—**

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES

(No tenemos sucursales) (No cerramos los sábados)

DISCOS BAILABLES

ULTIMAS NOVEDADES

Discos Victor, de 25 centimetros, a $ 3.— cada uno.

Buey Corneta. Tango.
El Picaflor. Tango.

Pembere. Maxixe.
Central 05. Maxixe.

Elegante Papirusa. Tango.
L'Adivina. Tango.

O'Jocotó. Maxixe.
Quem foi que disce? Maxixe.

Claveles de Andalucía. Paso Doble.
San Sebastán. Paso Doble.

Razón 5.ª Tango.
Penando. Tango.

Célebre orquesta MAREK WEBER, discos de 30 centimetros, a $ 4.— cada uno.

Petite Mouche. Shimmy.
South Sea Isle. Shimmy.

J'en ai Marre. Shimmy.
La Luna indiscreta. Shimmy.

Cuban Moon. Shimmy.
My Mammy. Shimmy.

Die Bajadere. Shimmy.
Oh! Bajadere. Shimmy.

Liebes Shimmy. Shimmy.
Shimmy Moon. Shimmy.

Mistery. Shimmy.
Margie. Shimmy.

Orquesta R. FIRPO, discos de 25 centimetros, a $ 3.— c/u.

Beso de Muerte. Tango.
Abran Cancha. Tango.

Brazil. Tango.
La Tacuarita. Zamba.

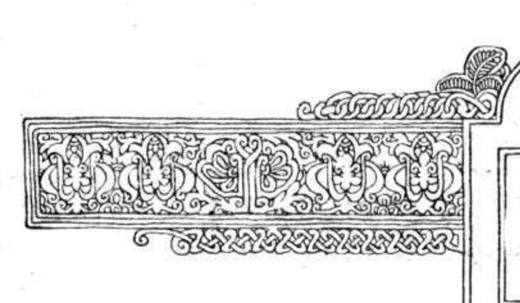
The Sheik. (El Cacique). Shimmy.
Mustafá. Shimmy.

Pinche. Tango.
La Polca del Auxilio. Polca

Orquesta IRIBARREN, discos de 25 centimetros, a $ 3.— c/u.

La Mocita Verbenera. Paso doble.
Besos Robados. Shimmy.
Cariñito. Paso doble.
Swaner River Moon. Vals.

Las Corsarias. Paso doble.
Cairo Moon. Shimmy.
Tristezas de Caboclo. Maxixe.
Conquistando. Maxixe.



LO QUE VA DE LA SEMANA

UN MATAMOSCAS

Puede que mis ideas resulten equivocadas, pero he creído siempre, y sigo creyendo, que en este mundo nada es inútil. Ni los mismos hombres que parecen serlo son inútiles.

El hecho de ignorar para qué existe un bicho cualquiera, cuáles son las funciones de un órgano que se puede extirpar sin que el propietario del mismo se resienta demasiado, no quiere decir que el bicho y el órgano no tengan sus funciones bien determinadas, una misión a cumplir en este mundo.

A propósito de esto, acabo de leer unos datos interesantes respecto al apéndice y la apendicitis.

Ha habido un tiempo en que la apendicitis estaba de moda.

Una puntadita en la región abdominal derecha, que fuera un poco insistente, bastaba para que el ciudadano precavido se presentara al médico, que sin más trámites pronunciaba las sacramentales palabras:

—¡Ha tenido usted mucha suerte!... ¡Un día más que hubiera esperado habría sido suficiente para que fuera usted a parar a la Chacarita!... Tenemos que operar con urgencia... ¡Apendicitis!... No se asuste... ¡Cosa de un momento!... Después vivirá usted tranquilo... Es como con las muelas... Sacada la mala, ya no puede doler...

¡Dicho y hecho!... Afuera el apéndice y... adentro unos cuantos canarios, o, si el cliente tenía cara de hombre adinerado, unos cuantos miles de pesos también.

Y esa de la apendicitis se había vuelto una cosita tan corriente, que casi era de buen tono haber sido operado:

—¡Cómo!... ¿Usted no tuvo apendicitis?... Yo sí... Me operaron en el sanatorio tal y tal otro... No he sufrido nada...

Luego venían todos los detalles de los preparativos para alistar al paciente y casi siempre el final consabido: ¡Los médicos nunca habían visto un apéndice tan inflamado!... Lo pusieron en alcohol...

Pues bien; el doctor Guiard declara que se conoce actualmente el papel de defensa que desempeña el apéndice. No se trata de un órgano atrofiado que tenía su razón de ser en otros tiempos, cuando el hombre acostumbraba alimentarse de otra forma que en la actualidad, sino de un verdadero órgano linfoide, situado a la entrada del intestino grueso y perfectamente comparable con las amígdalas.

Las amígdalas también hay la costumbre de extirparlas con una indiferencia única, como si constituyeran un lujo.

El apéndice resulta una especie de retén de policía, situado en el punto donde más numerosos y peligrosos son los enemigos.

La apendicitis vendría a ser, en una palabra, una especie de angina. Este parecido guarda relación con la estructura del apéndice, que puede inflamarse con la misma facilidad que las amígdalas; vendría a ser, pues, una especie de angina intestinal.

La secreción del apéndice es un poderoso germicida, como lo son todos los jugos digestivos cuando no están debilitados por el abuso de drogas.

El apéndice es riquísimo en glándulas y vasos linfáticos, y no sólo no está de más, sino que es indispensable para mantener el equilibrio orgánico en sus dos funciones principales de digestión y defensa.

De ahí la necesidad de andar cautos en su extirpación.

— Son pocos — dice el doctor Guiard — los individuos operados de apéndice que no padezcan de constipación y dolores vagos en el vientre. A veces hay fenómenos de asimilación incompleta, diarrea matinal, perturbaciones del hígado y del sistema nervioso.

Pues bien, dejemos ahora de un lado el apéndice; si no les molesta pasamos a las moscas.

La municipalidad ha publicado manifiestos declarando guerra a las moscas. Detrás de la municipalidad todo el cuerpo médico hace la voz gruesa y proclama la guerra santa al asqueroso bicho, que pasea libremente tanto sobre la calva respetable de un digno señor anciano, cuanto sobre otras cosas que todos procuramos... pasar por alto, previa una mueca de disgusto.

Pero si no fueran las moscas que cumplieran el servicio de limpieza en ciertos parajes, ¿dónde iría a parar la pobre humanidad?

Moscas, cuervos, chacales, hienas son los empleados gratuitos que en los climas tórridos sanean el ambiente y dejan en pocas horas al estado de blanco esqueleto el cadáver de un camello, de una mula y a veces del hombre, que no ha podido morir con el consuelo de los auxilios de la santa religión, la bendición papal y los servicios de una empresa de pompas fúnebres.

Se les ha encontrado en las patitas uno que otro microbio, de aquellos que no se sabe bien todavía si son causa o efecto de las enfermedades, y de ahí la sentencia de muerte...

Pues bien; ¡sí, señores!... Morirán las moscas... ¡Morirán!... Pero quiera Dios que después no vengan a flote nuevas enfermedades y que no se haga necesario un establecimiento municipal con incubadoras para criar otra vez el aborrecido insecto.

Entonces me voy a reír en grande de los que encuentran que en el mundo existen animales inútiles y les he de cantar debajo de las narices:

—Teníamos las moscas... Les parecieron peligrosas... Ahora gasten plata y vuelvan a criarlas. ¡Presumidos, que no son otra cosa!

Un señor que vive allá por Flores ha tenido una idea, que llamaremos norteamericana.

Ha dicho:

—Puesto que las moscas deben perecer todas, todas indistintamente, procuraremos matarlas lo más rápidamente posible y sin someterlas al suplicio del papel pegagoso, del arsénico, de la campana de cristal, especie de laberinto que cansa al pobre animalito y le hace caer rendido en un baño de agua jabonosa, donde se ahoga entre sufrimientos indescriptibles. ¿Por qué no las electrocutamos?... ¿Acaso sería difícil encontrar un aparato que las deje secas al simple contacto con un alambre electrizado?

Si vamos a ver, la idea no es original.

En Norte América se emplea la electricidad para matar a los hombres-moscas, que infectan a la sociedad, y la silla terrible donde debe sentarse el condenado al extremo suplicio es bien conocida por todos los aficionados a lo raro y lo curioso.

Yo por mi cuenta prefiero todavía la guillotina... Digo... En realidad prefiero una pulmonía, pero si me dejaran libertad de elegir, mejor dicho, si me viera obligado a elegir, optaría por la guillotina.



Por lo menos la operación es radical, no da lugar a composturas, mientras la electrocución deja olor a asado, y como el cuerpo del operado permanece íntegro, podría verificarse el caso de que no estuviera muerto definitivamente.

¿Y quién puede describir el martirio de una sacudida de no sé cuántos miles de volts?

Solamente pensarlo me produce un estremecimiento análogo a los de la electrocución.

El aparato matamoscas eléctrico no dispone, por supuesto, de una silla para cada insecto.

No dispone de sillas por una razón muy sencilla: que las moscas no se sientan.

Además, no sería posible aplicarles a las patitas los extremos de los alambres conductores de la corriente, y tampoco aplicarles el casco que cierra el circuito y deja a los pacientes patitiesos.

Sería, a más, necesario disponer de muchas sillas, lo que haría el aparato sumamente caro, dándole el aspecto de una vasta platea, en la que se reunieran las moscas deseosas de escuchar una orquesta, mediante la telefonía sin hilos.

Por lo tanto era necesario encontrar una forma más práctica y económica de matamoscas.

El aparato que he visto representa — ¿cómo diré? — representa una cítara, que en lugar de tener forma de un arpa pequeña se parece más bien a un marco para cuadros comunes.

En lugar de un cartón, detrás del marco hay una plancha de cinc, que se saca fácilmente, pues queda sujeta con dos barritas del mismo metal, movibles. Pequeños hilos están tendidos entre los dos lados más cortos del rectángulo, y una vez colocado el tomacorriente el aparato empieza a funcionar, se electriza.

La mosca obedece a su instinto de curiosidad irresistible y revolotea cerca del instrumento micidial, terminando por poner las patitas sobre el alambre. Un pequeño chispazo y el insecto pasa a mejor vida.

Pero para mí que estos animales, como todos los demás, deben tener un lenguaje especial y lanzar sus ayes, pedir auxilio a sus congéneres.

¡Hay que ver cómo las demás moscas acuden rápidas para averiguar lo que le está pasando a la compañera incauta, que ignoraba los peligros de la corriente eléctrica!

Llegan de todas partes; y algunas, las más viejas, andan con cierto cuidado, realizan un vuelo planeado y terminan por descansar sobre el marco de madera. El espectáculo de la compañera que, en los estortores de la agonía, patea y echa chispas, las sorprende, y entonces, después de una incertidumbre bien justificada por cierto, se meten ellas también en el dédalo de alambres y mueren cumpliendo un acto de abnegación que muchos hombres podrían envidiarles.

El inventor del aparato le tiene un odio feroz a las moscas y goza cada vez que una imprudente cae en las redes eléctricas.

— Aquí cerca tenemos una panadería; más allá una caballeriza, y puede usted imaginarse el enjambre de moscas que hacía imposible la vida en esta casa. Ahora podemos respirar... En la misma caballeriza y en la panadería se asombran de que hayan disminuído tanto estos asquerosos animales, y no saben que desde aquí las voy destruyendo sistemáticamente... ¿Ve?... Mire como patean... ¡Si Dios quiere!... Antes no era posible que sirvieran una sopa, una taza de café con leche sin que adentro se encontrara una negrita de éstas... Las he arreglado yo...

— ¿Y cuántas puede matar con un solo aparato de éstos?

— De cuatro a cinco mil hemos contado nosotros...

— ¿Y qué hacen de las moscas muertas?

— Las damos a las gallinas. Las gallinas están locas por esta clase de comida... Viera usted cómo despachan en un abrir y cerrar de ojos centenares de moscas muertas...

— ¿De veras?

Mentalmente hice propósito de abstenerme en adelante de toda carne de gallina, pues, en realidad, es éste un animal de los más inmundos entre cuantos van escarbando la tierra.

Dejaré que todo bicho que camina vaya a parar al asador, pero por mi cuenta renuncio a las delicias que puede proporcionarme una pechuga "moscata", un caldo que, al fin y al cabo, viene a ser extracto de todo lo que la gallina ha comido.

— Y dígame — le dije al inventor, — ¿no resulta peligroso tocar el matamoscas?

— Absolutamente... Cuando mucho puede usted sentir un cosquilleo que no molesta de ninguna manera... ¿Quiere probar?

— Muchas gracias... Le creo no más...

— Quiero que usted se dé cuenta... Mire: yo lo toco y no me hace nada... Para matar moscas no se necesita una corriente muy fuerte... Basta poca cosa...

— ¿Y no deja olor ninguno?

— Ningún olor... ¿Siente usted acaso emanaciones desagradables?

Yo no sé adónde iremos a parar con tanta electricidad. Una vez encontrado el sistema para eliminar a las moscas mediante la corriente eléctrica, empezaremos a aplicarlo a los demás bichos asquerosos y molestos.

Veo llegar la época en que las familias dispondrán de camisones eléctricos que funcionarán mediante la aplicación de un tomacorriente.

Diez minutos de aplicación y cada cual estará seguro de haber destruido los gérmenes de las pulgas y de las chinches.

Se inventarán sombreros eléctricos con relativo tomacorriente para la... abolición de los pequeños seres que obligan a los hombres a rascarse como si estuvieran hondamente preocupados... Habrá aparatos matamosquitos, matabichos colorados, matapiques...

Y todo eso porque no sabemos la causa, la razón de ser de semejantes animales, que deberíamos considerar como... hermanos menores.

¿Será un progreso?... ¿Será un regreso?...

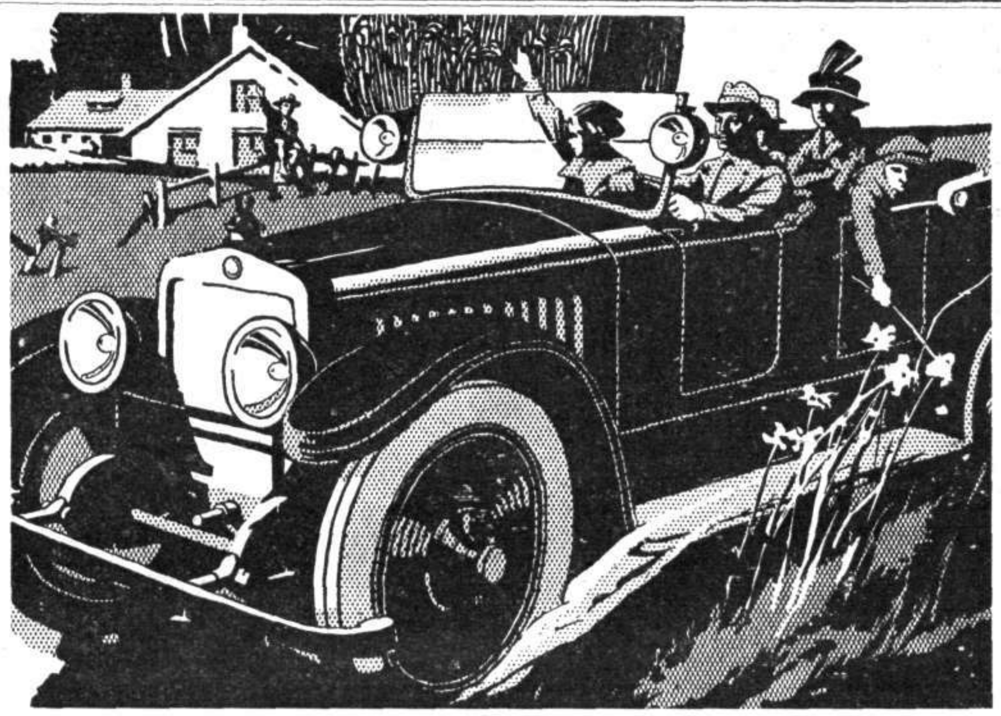
A mí nadie me quita de la cabeza que si el hombre encuentra muchos enemigos entre los seres de la escala zoológica, es porque ha adquirido la costumbre de matar.

Y se me ocurre que si en la mayor parte de los casos los animales feroces, los caballos ariscos, los perros malísimos, respetan al niño inocente, es porque en su aura astral no hay mancha ninguna que denote en él violencias cometidas en contra de las manifestaciones de la vida.

Pero con eso y todo... debo resignarme a comer bifes de vez en cuando, pues soy hijo de la costumbre, esclavo de hábitos inveterados.



Picnic realizado por los vecinos de esta localidad celebrando la inauguración de la Sociedad de Bancos y Seguros, cuya presidencia ocupa el señor Escaleia, actual tesorero de la sucursal local del Banco de la Provincia.





Velocímetro STEWART
(Varios modelos)

Stewart

ACCESORIOS PARA AUTOMOVILES

LA COSTUMBRE CREA NECESIDADES

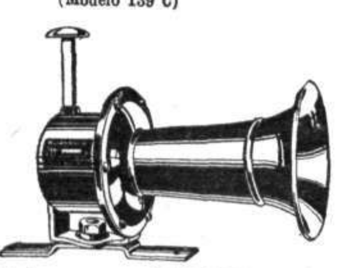
ES un encanto observar un velocímetro **STEWART,** pues puntual y exactamente registra su velocidad y kilometraje. También tiene su lado económico, pues le ayuda a controlar el gasto de nafta, aceite y neumáticos.

Y nada contribuye más a sentirse confiado que tener un tanque al vacío **STEWART** y saber que su carburador tendrá nafta bajo cualquier condición.

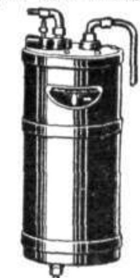
Una bocina poderosa, eficaz y que nunca falle, para despejar el camino, y faros que iluminen la calle, los recodos y las zanjas desde lejos son otros tantos artículos **STEWART** que aumentan sus placeres automovilísticos, porque eliminan el peligro.



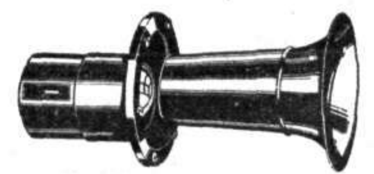
Faro Giratorio STEWART
(Modelo 139 C)



Bocina a mano STEWART
(Modelo 114 A)



Tanque al vacío STEWART
(Varios modelos)



Bocina Eléctrica STEWART
(Movida a motor eléctrico)

INTRODUCTORES: **WILLIAN COOPER & NEPHEWS LTD.**

MAIPU, 87. Buenos Aires —— URUGUAY, 820. Montevideo

De Mercedes



Personal docente de la escuela normal nacional de Mercedes, que ofreció un lunch al director, señor Alejo Amavet, a la vicedirectora, señorita Elena Boedo, y regente, señorita Teresa Pineyrua, por su reciente nombramiento.

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN MÉJICO

Desde la época de la ocupación española, los alrededores de la ciudad de Méjico han ofrecido abundante campo de exploración de las antigüedades del período precolombiano.

El problema más importante, cuya resolución se ha presentado, es el de la investigación de los estratos que muestran la sucesión de la cultura arcaica, tolteca (esto es, preazteca o teotihuacana) y azteca. Los progresos que se han realizado en este sentido se exponen en una Memoria publicada por Mr. A. M. Tozzer en el Boletín n.º 74 del "Bureau of American Ethnology". Según esta Memoria, es actualmente imposible determinar exactamente una línea de separación entre las civilizaciones tolteca y azteca; se presume que la primera floreció hacia el fin del siglo x, después de Jesucristo, y su influencia, a lo menos en el Yucatán, se extendió hasta el siglo xv.

Los objetos descubiertos pertenecen principalmente al período tolteca, ya que los del azteca son escasos y relativamente de poca importancia, pero se encontraron algunos que indudablemente son del período pretolteca o arcaico.

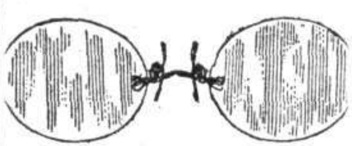
Para que las medias duren tres veces más que el tiempo corriente, lávense en agua caliente, a la que se habrá añadido un poco de amoníaco. Exprímanse, déjense secar y el resultado no podrá ser más satisfactorio.

GRATIS — MEDICOS OCULISTAS — GRATIS

Sistema "SUVÁ"

SI QUIERE Vd. CONSERVAR SU VISTA, compre sus anteojos en el **INSTITUTO OPTICO OCULISTICO "SUVA"**, que es el primero y único en Buenos Aires que ofrece a Vd. el examen de su vista y receta **GRATIS** prescrita legalmente por Médicos Oculistas en consultorios particulares.

Consultas de mañana y tarde. — Precio con derecho al examen médico y receta GRATIS. — Consultas de mañana y tarde



Modelo N.° 1

LENTES "SUBLIME" NOVEDAD

Lentes Sublime, oro 14 kilates.... $ 15
Lentes Sublime, oro reforzado.... » 10
Lentes Sublime de Plata Suvá.... » 5



Modelo N.° 2

LENTES "SUBLIME" CON ARITOS IMITACION

Lentes Sublime, oro 14 kilates.... $ 20
Lentes Sublime, oro reforzado.... » 15
Lentes Sublime de Plata Suvá.... » 9



Modelo N.° 3

LENTES DE CAREY E IMITACION JASPEADOS

Lentes Carey, resorte de oro.. $ 20
Lentes Carey, resorte acero... » 16
Lentes imitación Carey, resorte acero, a $ 6 y......... $ 8



Modelo N.° 4

ANTEOJOS CON ARO, patillas curvas.

Anteojos oro reforzado 14 kilates, arquitos imitación............. $ 15
Anteojos oro 14 kilates reforzado » 10
Anteojos de Plata Suvá........ » 5



Modelo N.° 5

ANTEOJOS CAREY E IMITACION JASPEADOS

Anteojos Carey, redondo......... $ 23
Anteojos Carey, ovalado......... » 20
Anteojos imitación, redondo u oval. » 11



Modelo N.° 6

ANTEOJOS CON VIDRIOS MONTADOS AL AIRE SIN ARCO

Anteojos oro 14 kilates, macizo.... $ 25
Anteojos oro 14 kilates, reforzado.. » 10
Anteojos de Plata Suvá......... » 5

NOTA: GARANTIZAMOS que todos los artículos que ofrecemos son de la mejor fabricación y calidad. — Además, **TODAS** las recetas son preparadas con cristales de primera calidad y **BUJES DE SEGURIDAD PATENTADOS** para evitar que se rompan.

SUVÁ — EXCLUSIVIDAD DEL **INSTITUTO OPTICO OCULISTICO** — **SUVÁ**

350, FLORIDA, 350

La casa cierra los sábados a las 12.30. | No confundir el número. | Los pedidos del interior se despachan en el día.

PERFUMERIA ATKINSON

LONDRES

"INSOUCIANCE"

La última creación de la casa

ATKINSON

fabricantes de la afamada

AGUA DE COLONIA



EXTRACTO INSOUCIANCE ATKINSON



POLVOS DE ARROZ INSOUCIANCE ATKINSON

LOCION INSOUCIANCE ATKINSON



Grupo de asociados del Football Club Cabildo que obsequiaron con un asado criollo al presidente de dicha institución deportiva, señor Carlos Ardohain, y a los miembros de la comisión directiva últimamente elegidos.

La jaqueca y la gota son hermanas.

TROUSSEAU.

Las relaciones entre la gota y la jaqueca han sido reconocidas por numerosos autores, particularmente por el profesor Bouchard; estando admitidos igualmente los lazos de unión entre la jaqueca y el reumatismo nudoso.

Por ello, al sentir esos dolores, que sólo pueden compararse a los que provocarían unos martillazos o la penetración de una cuña en el cráneo, debemos darles la importancia que realmente tienen, y reflexionar que aunque tuviésemos la suerte de que esos accesos de jaqueca no fuesen manifestaciones de las enfermedades antes citadas, serían, por lo menos, provocados por trastornos digestivos, es decir, que las causas de la jaqueca hay que buscarlas, generalmente, en las enfermedades de la nutrición.

Ni la aspirina, ni la antipirina, ni ningún antineurálgico consiguen evitar los accesos de jaqueca, siendo únicamente medicaciones contra el dolor. Para curar, hay que ir a la causa. Señalar ésta es indicar el medio de eliminación.

Ahora bien, "Salvitae", por su acción alcalina estimula las funciones hepáticas; consigue una abundante secreción de orina y elimina el ácido úrico; combate el estreñimiento; es indicadísima en la autointoxicación digestiva (causa primordial de la dispepsia en los que padecen de jaqueca) y por consiguiente, siendo la "Salvitae" la medicación ideal contra las enfermedades de la nutrición (como se desprende de lo expuesto), es, sin duda, el remedio de la jaqueca.

"Salvitae" hace desaparecer los dolores de cabeza y elimina las causas que los provocan.



EL MERCADER DE JADE

La calle de Jade de Cantón, así llamada por los escaparates de los joyeros, en donde lucen las preciosas piedras de jade, es la más hermosa de las calles de la ciudad. Cuando por primera vez se entra en ella, se cree haber penetrado en un mundo de maravilla. Está separada por una valla de madera de la calle de los Ataúdes, de la de los Carniceros y de la de los Muebleros. Los escaparates de jade brillan con sus incrustaciones doradas y sus objetos de oro. Pero no son protegidos por vidrios, sino que están totalmente adornados de verdes guirnaldas, de ramas y de hojas. La calle, como todas las de Cantón, es ancha apenas para tres personas. Los días de lluvia, húmeda y obscura como un largo canal. Esos días los escaparates sonríen mágicamente con sus dorados, sus joyas, sus guirnaldas verde esmeralda y sus esmeraldas, con sus piedras de color azul índigo y sus caprichos de rojo de púrpura. Dentro de cada establecimiento se mueven como ratas blancuzcas los chinos vestidos de trajes blancos o lila, o azul muy suave, y sus cabezas aparecen y desaparecen como lunas caprichosas y redondas, debajo de las muestras pintadas y elocuentes.

En esta calle tiene su negocio el chino Hei-Hee. En esta calle ha pasado el comerciante toda su vida, y apenas si alguna vez sus pies habrán pisado la calle de los Carniceros o de los Ataúdes. Sólo ahora, cuando se murió, abandonaba por primera vez por todo el día (y para siempre) su negocio de joyas. Llevaron su cadáver a las cámaras funerarias, que son pequeños pabellones, en un barrio apartado de la ciudad, cerca de las murallas. Allí esperan los cadáveres a ser enterrados.

Los cinco hijos de Hei-Hee encargaron los tres ataúdes para su padre: uno de plata, otro de marfil y otro de sándalo. Pusieron al comerciante dentro del ataúd de sándalo y éste dentro del de marfil y el de marfil lo pusieron dentro del ataúd de plata. Un «bonzo» se pasó todo el día rezando, y cuando iba a profetizar el día que era más propicio a que fuese enterrado el comerciante Hei-Hee, se presentaron los fabricantes de los ataúdes a cobrar su trabajo antes de la profecía. Entonces fué cuando los cinco hijos de Hei-Hee, con gran sorpresa, se encontraron con que su padre no era el hombre rico que parecía. Sólo deudas tenía el buen hombre; no se encontró en su caja ningún dinero, y todas las joyas que en el establecimiento había, las piedras de jade y los ornamentos bastaron a duras penas sólo para pagar las deudas menores. Pero los tres ataúdes no pudieron ser costeados al pronto. Los cinco hijos meditaron durante la noche; velaban en la cámara fúnebre, junto al cadáver de su padre, pero a nada, sin dinero como estaban, se resolvían. Hasta que el tercer día vinieron los fabricantes de los ataúdes, y les dijeron:

—Os damos crédito sin límite sobre los tres ataúdes. Sólo que vuestro padre no deberá ser enterrado, sino quedarse dentro de ellos en la cámara, hasta que no los hayáis pagado.

Esto no era en Cantón cosa fuera de lo ordinario, y a menudo sucedía que los muertos embalsamados se pasaban sin enterrar años enteros en las cámaras fúnebres, hasta que los deudos podían pagar el elevado costo de los ataúdes.

Los hijos de Hei-Hee tuvieron por razonable la propuesta de los fabricantes y se contentaron con el crédito ofrecido.

Después de haber deliberado los cinco, dijo el mayor:

—Me iré al Japón donde procuraré comprar a bajo precio viejas piedras de jade, para venderlas aquí en la China en donde cada vez escasean más, de suerte que pronto me gane el dinero que me permita enterrar a nuestro padre.

El segundo dijo:

—Con el jade no será mucho lo que ganes; yo, por mi parte, me iré a Hong-Kong donde emprenderé el tráfico del opio. Fácilmente ganaré así el dinero que haga falta para poder enterrar al padre.

Y el tercero:

— El jade y el opio no tienen hoy gran precio. Me iré a Shangai y allá en la Bolsa comerciaré en dinero. En Shangai nos enseñan los extranjeros que sin mercaderías puede hacerse fortuna más holgadamente que traficando con jade o con opio. Los extranjeros son los más poderosos y por lo tanto los más sabios: sus buques de guerra ocupan todo el puerto de la ciudad. De ellos aprenderé a ganar con abundancia lo que haya menester para enterrar al padre.

El cuarto, lloroso y lanzando suspiros:

— Yo — dijo — velaré aquí junto al cadáver de nuestro padre, hasta que vosotros hayáis regresado, y todas las mañanas volcaré te fresco en las tazas de sacrificio, y encenderé velas y quemaré madera de sándalo que perfume el recinto mortuorio. El quinto hermano cuidará entre tanto del negocio y procurará de que prospere la venta de las pocas piedras de jade de que aún somos dueños, para que, por lo menos, no nos falte a diario el dinero con que comprar los objetos de sacrificio o los manes familiares.

Así deliberaron los cinco, y salieron del recinto fúnebre para pasar juntos la última jornada en el negocio que fué del padre.

A ninguno de los cinco se le había ocurrido pensar en la pequeña hermanita, la única, que había quedado sola, sin padre y sin madre, desde años atrás. Estaba en la casa, refugiada en la última habitación del fondo, detrás de los vasos con plantas, y lloraba lágrimas amargas sobre su ancha manga de seda con que se cubría el afligido rostro.

— Las niñas deben llorar y hacer votos; son los hombres los que deben obrar — le habían dicho, cierta vez, despectivamente los hermanos.

Ya había llorado con exceso; pero, ¿qué votos podía hacer?

Contemplaba la casa vacía, en cuyas habitaciones brillaban los muebles con sus incrustaciones de madreperla. Desesperada se quitó del peinado el largo alfiler de jade y quiso con él traspasarse el corazón. Pero el alfiler se le escapó de entre las manos, cayó en el suelo de porcelana y se rompió con leve ruido.

— Veo que no quiero, en verdad, morirme — dijo entre sí;— quiero, en realidad, seguir viviendo; de lo contrario, el alfiler no se me hubiese escapado de entre las manos. El alfiler ha retrocedido ante mi secreta voluntad de vivir.

Y la muchacha se regocijó de haber descubierto que aun tenía voluntad de vivir; pues de todas veras no hubiese muerto satisfecha.

— ¿Pero qué voy a hacer con mi voluntad de vivir? — siguió pensando; — no puedo hacer yo que entierren al padre, como pueden hacer los hermanos; mi vida es, pues, de todas suertes inútil. Sin embargo, ya que no tienen por ahora dinero mis hermanos, ¡si yo pudiese hacer que se entierre al padre!

Mientras sobre esto discurría la joven china, empezó a temblar el suelo, y las pintadas paredes corredizas de la casa; se agitaban y oscilaban los muebles, y en el jardín resonaban temblorosos y quebradizos ruidos. La joven no cabía en sí de asombro. En medio del patio había una gran taza de plata, dentro de la cual, colgada de un eje de metal, se veía una pequeña bola de plata. Esta había caído con ruido intenso dentro de la taza. Todos lo oyeron en los alrededores, y comprendieron que lo que había era terremoto. En consecuencia, se dieron, alarmados, rápidamente a la fuga.

La niña oyó dar gritos en todos los extremos. Vió a las gentes y a los criados abalanzarse afuera de las casas con agudos gritos. Los muros de las habitaciones se salían de quicio y los techos se movían de arriba abajo. Los vasos de flores en el jardín danzaban sobre la tierra y chocaban, con seco ruido, unos contra otros, y se rompían algunos con leve quejido. Las losas amarillas y azules del suelo se agitaban inquietas como un oleaje. Saltó la niña, para huir a su vez, pero al pronto no acertó a moverse ni hacia atrás ni hacia adelante. Bajó el umbral de la puerta, golpeó las palmas, haciendo ruido para espantar al miedo. El aire llenóse de grisáceo polvo, de modo que no se veía a pocos pasos. Por la casa y en la calle se vió pasar la emigración compacta de las ratas. Algunas de paso se treparon a la niña, y hubo una que se le quedó enredada en el peinado. La niña, llena de pavor, se lanzó a huir con pies veloces, pero no caía de entre sus cabellos la rata imprudente. Saltaba por sobre las sillas caídas en el suelo, por sobre los vasos de porcelana y por sobre las plantas desarraigadas. Ciega, por el polvo intenso que le cubría los ojos, corría por esas calles en donde sonaban los ruidos más varios del terremoto. No se atrevía a llevarse las pequeñas manos a la cabeza para arrancarse del peinado la gran rata. Sus cinco hermanos habían huido del negocio de jade, en todas direcciones. El altar familiar a la entrada se había desmoronado; la niña salta por sobre las ruinas sagradas, tropieza y va a caer, y se hubiese dejado, en efecto, caer, a no pensar que llevaba la rata entre los cabellos. Se recobró con temeroso esfuerzo, y siguió huyendo por esas calles, como si la arrastrara de los cabellos la inamovible rata. No se daba cuenta del camino que hacía: pasaba por casas que el fuego devoraba, pisaba en su carrera muertos y heridos quejosos. Así llegó sin saber que llegaba al barrio de los muertos; y se encontró, sin prevenirlo, en el recinto en que su padre reposaba. Allí, para su mayor sorpresa, se desprendió la rata de sus cabellos, saltó con ligero chillido a tierra y desapareció en la sima abierta en el suelo de la cámara por el terremoto.

Quedóse espantada la joven, clavados los pies en tierra, sin atreverse a moverlos; y no había observado aún que su padre, dentro de los ataúdes, habíase hundido dentro de tierra. Cuando paró el terremoto, vinieron sus cinco hermanos, uno tras otro, para ver qué era del cadáver de su padre. Pero cuál no sería su confusión y sorpresa cuando advirtieron el hundimiento profundo en la tierra, y comprobaron que su padre, por obra de la conmoción que a la ciudad había dañado, obtuvo sepultura profunda y segura.

Dijo a esto la niña cándida:

— No debéis sorprenderos de lo que pasa; yo, como niña que soy, e inútil para todo lo que no sea formular votos y llorar, después de haber llorado hice votos por que mi padre pudiese ser enterrado. Perdonadme que mis votos se hayan cumplido. Como chiquilla que soy no he obrado sino deseado, y los dioses han escuchado, benignos, mis deseos.

Se alegraron de estas palabras grandemente los cinco hermanos:

— Los fabricantes de ataúdes no tienen derecho a desenterrar a un muerto. Pues has podido enterrar a nuestro padre sólo con tus votos, hermanita nuestra, ello es que débil como eres te asiste con tus lágrimas y votos más fuerza que a nosotros los hombres que obramos sin meditar ni purificarnos con el llanto eficaz.

(Trad. del alemán para "Caras y Caretas" por Julio Fingerit).

M A X   D A N T H E N D E Y

ILUSTRACIÓN DE MACAYA

De Quiroga (F. C. O.)



Alumnos de la escuela "Ibero Argentina" de esta localidad que asistieron a la interesante fiesta escolar celebrada recientemente.

PRISMAS

(APOTEGMAS Y NOTAS)

Ayer hubo dos muertes interesantes.

Bock, pintor fracasado, discípulo — por ende — de Shopenhaüer resolvió morir al gas. Y resulta de los comentarios de la prensa que el chico tenía talento y hubiera merecido mejor muerte.

Los muros del estudio, situado en la calle Quince, estaban engalanados con cuadros que empiezan hoy a tener valor... En ellos había firmado el pintor con sentencias poéticas que demuestran, además, que Bock era poeta de la palabra.

Llenadas las formalidades de la policía, se hallaron nueve dólares en el cadáver — destinados a la portera, por el "trouble", — y una nota que decía:

"Yo no creo en nada. Las autoridades de esta ciudad podrán nutrir con mi cuerpo a los perros y gatos sin hogar. ¡Y tú, pueblo, comete la carne de esos desvalidos animales!"

Ya se ve a dónde llevó el filósofo alemán a ese discípulo. Pero, si al suicida se le hubiese reconocido a tiempo el talento, es posible que la influencia del pensador tudesco hubiera sido nula.

Ser tradicionalista es como querer llevarse consigo la tierra del camino que se recorre.

Termina uno por enterrarse vivo.

E. CARRASQUILLA MALLARINO.

¡HAY ESPERANZAS PARA TODOS!

CURADO EN 1910, DESPUES DE PADECER 30 AÑOS

Quehué (Pampa Central), Octubre 1.º de 1910.

Señor doctor Sanden. — Buenos Aires.

Apreciable doctor: Obra en mi poder su atenta carta de fecha 26 de Septiembre próximo pasado, en contestación a la cual tengo que decir:

Durante treinta años padecí de reumatismo en la cintura y en una pierna, y los remedios que antes me aliviaban, ya no me proporcionaban descanso alguno; los dolores habían llegado a un período más agudo; ya no podía caminar ni sentarme, y tampoco podía estar en la cama. Ni de día ni de noche tenía descanso; mis fuerzas disminuían diariamente, a punto de que ya deseaba la muerte como término de mis males.

Tuve conocimiento de su Faja Eléctrica y adquirí una. La usé según sus instrucciones y al cabo de cuatro meses fuí curado; pero la seguí usando un par de meses más por temor de una recaída, la que no se produjo.

Ahora me parece ser otro hombre con nuevas fuerzas y a las personas que sufren les recomiendo que se procuren el Herculex *Eléctrico*, que, con su uso, recobrarán la salud.

Sin más por el momento, aprovecho la oportunidad para saludar a usted atentamente, S. S. S.,

(Firmado): AUGUSTO CALMELS.



LE PARECE IMPOSIBLE VERSE CURADO

Quehué (Pampa Central), Mayo 16 de 1916.

Señor doctor Sanden. — Buenos Aires.

Distinguido doctor: Obra en mi poder su muy estimada carta del 9 del corriente y en contestación a la misma le digo que estoy completamente bien. Gozo de muy buena salud. Los dolores que padecía antes de hacer uso de su Faja Eléctrica no han vuelto a aparecer, lo que al principio me parecía imposible. Después de treinta años de crueles dolores y sufrimientos sin nombre y de haber consultado a personas reputadas y competentes y usados cuantos remedios me fueron indicados, los cuales me proporcionaban algunas veces un alivio pasajero.

En fin, después de vacilar y de pedir informes, no todos los cuales eran favorables — siendo todos por personas que decían conocer su Faja, pero añadían no haber seguido bien las instrucciones que usted les daba, — adquirí la que usted me indicó, y empecé el tratamiento, según sus indicaciones, aunque sin grandes esperanzas; debo reconocer, y estas reservas eran sostenidas por algunos detractores, pero, a mi vista, tenía una carta, en que me decía que al cabo de noventa días debía sentirme mejor.

Al tercer día algún alivio noté; pero tan poco, que no quería admitir posibilidad de mejoría en tan corto tiempo. Mas siguiendo el uso de la Faja, la mejoría persistió, y antes de transcurrir noventa días ya estaba bien; digería bien, dormía tranquilo y empezaba a caminar nuevamente, es decir, que veía alborear una nueva vida.

(Firmado): AUGUSTO CALMELS.

SOLO LE QUEDA EL RECUERDO DE SUS MALES

Quehué, F. C. P., Julio 18 de 1922.

Señor doctor Sanden. — Buenos Aires.

Muy señor mío: Obra en mi poder su atenta carta del 16 del corriente, e impuesto de su tenor, contesto al respecto.

Estoy bien, gozo de una salud perfecta desde que obtuve la curación de mis males, los cuales me persiguieron durante treinta años. Los años pasan y yo no sufro más nada; tengo setenta años cumplidos y de mi reumatismo sólo me resta en la menta el martirio pasado.

Hoy soy feliz y lo debo a la Faja Eléctrica de su invención.

Aradecido, lo saluda atte. S. S. S.,

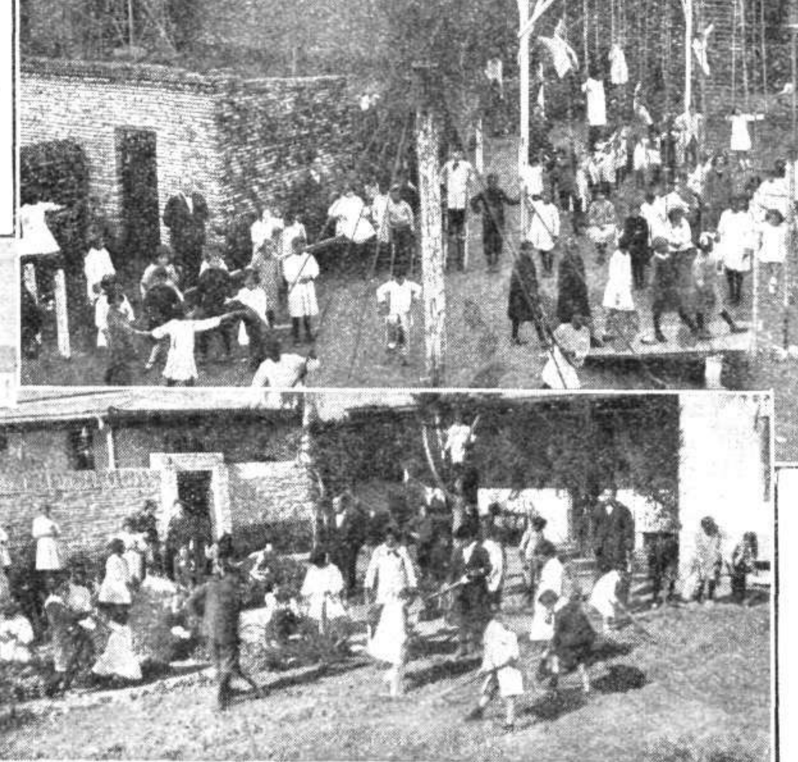
(Firmado): AUGUSTO CALMELS.

¿ES POSIBLE PEDIR UN COMPROBANTE MEJOR QUE ESTAS CARTAS?

Pida sin pérdida de tiempo nuestros libros SALUD y VIGOR, donde hallará la explicación detallada de cómo puede usted curarse de su enfermedad en su propio hogar mientras se halla durmiendo y sin desatender sus ocupaciones. Son gratis para los enfermos que los soliciten. Todos los testimonios que publicamos están a la disposición de las personas que quieran pasar a inspeccionarlos.

COMPAÑIA "SANDEN" - Carlos Pellegrini, 105 - Bs. Aires

PAZ (F. C. C. Argentino). — Patio de la escuela que dirige el señor Adolfo Garin, y que debido a los esfuerzos del mismo y al concurso del vecindario ha sido provista de toda clase de aparatos para ejercicios físicos.



El profesor Garin y sus alumnos en la clase semanal de Agricultura Práctica.

AGRICULTURA

MEJORAMIENTO DE LA SEMILLA
SELECCION DE ESPIGAS

La proximidad de la cosecha ofrece al agricultor la *ocasión propicia para mejorar su semilla de trigo*, que es el cultivo fundamental en todas las chacras, aplicando la selección «en masa» o «fisiológica».

Aunque en verdad hay métodos bien perfectos para obtener el mejoramiento de las semillas, como ser el de la «selección individual» o de «puras líneas», y la hibridación, también no es menos cierto que éstos no están al alcance de los agricultores, y mientras no tengamos institutos oficiales o particulares que de ello se ocupen conviene enseñar y vulgarizar lo que buena y fácilmente pueda hacerse para obtener algo mejor de lo que tenemos, tanto más si se tiene en cuenta que por lo general los chacareros venden lo mejor de su cosecha y guardan para semilla lo que queda, lo regular, si no es lo peor.

El procedimiento es muy sencillo: antes de la cosecha y estando el trigo maduro, se inspecciona el mejor lote de la chacra y de éste, donde mejor se presente la producción, se eligen las plantas más robustas, macolladas, maduras, y si es posible no atacadas por el polvillo; se sacan de raíz y se llevan a casa; de éstas, una vez secadas del todo, se eligen las mejores espigas, bien constituídas y granadas y que representen más que ninguna otra los caracteres de la variedad; de estas espigas se cortan con tijera las puntas, y el resto se desgrana a mano con cuidado, eliminando por último los granos pequeños o mal conformados que pudiera haber.

Eligiendo así los mejores granos de las mejores espigas, de las mejores plantas, se procurará juntar algunos kilos de semilla la que llegada la época más oportuna se siembra en un retacito bueno de la chacra, en tierra limpia y bien preparada.

Al llegar la época de la cosecha, se repite el procedimiento y se elige una mayor cantidad de semilla, y así continuando, por lo menos tres años, se logrará obtener la cantidad necesaria para toda la chacra de una semilla que, sin ser «de pedigree», reunirá las mejores condiciones de rendimiento y calidad.

Con este procedimiento se necesitan algunos años para obtener resultados palpables; pero esto no obsta de que desde el primero se pueda sembrar en la chacra lo que quede después de la selección en el lote de estudio o de reproducción, y pueda así y en los años sucesivos obtenerse algunos y buenos resultados de inmediato, ya que la paciencia no es la virtud más ostensible de nuestros agricultores.

HORTALIZAS MAYORES: EL MELON

Es una *fruta hortícola* bastante conocida y cultivada, pero aun así importamos melones de España y otras partes, cuando podríamos exportarlos juntamente con otros productos frutales.

Prospera bien en climas templados y cálidos, pues teme las heladas y sufre por los vientos excesivos y fríos; requiere terrenos frescos, profundos, ricos y sueltos.

Puede sembrarse en casillas, para cultivo temprano, desde agosto hasta octubre; y al aire libre desde octubre hasta diciembre; en hoyos de tierra bien removida y abonada si es necesario, distantes de metros 1.50 a 2 entre sí, se colocan tres o cuatro semillas que se cubren con tierra fina y mantillo.



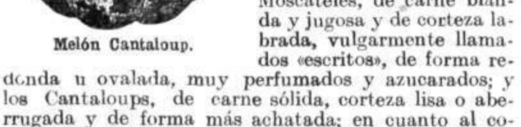
Melón escrito.

Melón Cantaloup.

Cuando las plantitas han alcanzado a tener cuatro hojas, se despuntan con cuchillo bien afilado o tijera, dejándoles solamente dos, de las que nacerán dos ramas, una para cada lado; y cuando éstas a su vez tengan ocho o diez hojas, se despuntarán dejándoles sólo seis, en las que se producirán nuevas ramas. Una vez que éstas hayan florecido y se hayan formado los frutos, cuando estos tengan el tamaño de una manzana, se dejan nada más que tres o cuatro de los más fuertes y bien desarrollados, suprimiendo los restantes; más tarde se sigue despuntando las ramas sobre cuatro o cinco hojas desde su base y más cortas aún las que llevan el fruto. Estas podas sucesivas son indispensables para dar fuerza a la planta y para que pueda alimentar bien los frutos.

Las carpidas son necesarias para mantener la tierra limpia de malezas y los riegos se darán dos o tres veces, pero muy abundantemente.

Dos grupos distintos de variedades de melones se cultivan generalmente: los Moscateles, de carne blanda y jugosa y de corteza labrada, vulgarmente llamados «escritos», de forma redonda u ovalada, muy perfumados y azucarados; y los Cantaloups, de carne sólida, corteza lisa o aberrugada y de forma más achatada; en cuanto al color de su carne varía desde el blanco al amarillo, rojo, verde.



Entre los del primer grupo son renombrados los *Ananás temprano de América*, *Bola de oro*, azucarado de Tours, Valencia; y entre los Cantaloups: de Argel, de París, Precott y negro de Cannes.

ENFERMEDADES DE LAS PLANTAS: LA RULLA O POLVILLO DEL TRIGO

Por la difusión que alcanza, es muy conocida por los agricultores de la zona cerealista del país; aunque ataca las cañas, las vainas, las hojas y las glumelas, los daños mayores se hacen sentir en las hojas.

El polvillo encuentra condiciones más favorables para su desarrollo en las tierras gordas, en los campos bajos, húmedos, impermeables y en años de primavera cálida y lluviosa; por esto mismo, este año, con las lluvias abundantes, continuadas y excesivas que hemos tenido, hubo polvillo en todas partes.

Los agricultores, por lo general, no le dan importancia a este mal, y, sin embargo, sabiendo el rol primordial que tiene las hojas en la elaboración de los materiales nutritivos que constituyen el producto y teniendo en cuenta que, a causa de esta enfermedad, las hojas se secan antes de tiempo, es fácil comprender cómo es necesario emplear todos los medios disponibles y de fácil alcance para evitar, aunque sea en parte, el desarrollo del mal, ya que eliminarlo no es posible.

Mientras no tengamos variedades de trigo inmunes o resistentes al polvillo, como lo es el Rieti, el Duttel y otras, se procurará de mantener el terreno sano, eliminando las aguas estancadas en su superficie; se combatirán las malezas, extirpándolas en cuanto aparecen; se efectuará la siembra temprana y *rala* cuanto sea posible, para que pueda circular el aire al pie de las plantas; en los trigales ralos y bien ventilados, a paridad de condiciones, poco se desarrolla el polvillo, y mucho, en cambio, en los tupidos y ricos de abundante y espeso follaje.

Este año justamente hemos tenido ocasión de comprobar daños que alcanzan hasta un 50 y más por ciento de la *cosecha en trigales sembrados a razón* de 120 y más kilogramos de semilla por hectárea; y señalamos y evidenciamos el hecho porque esta costumbre de *sembrar tupido*, generalizada en algunas partes de la zona cerealista del país, debemos combatirla, porque a nada conduce de útil y sí solamente favorece el desarrollo de esta plaga, el polvillo, que se aminora bastante con siembras ralas y tempranas.

HUGO MIATELLO,
Ing. Agrón

Enlaces



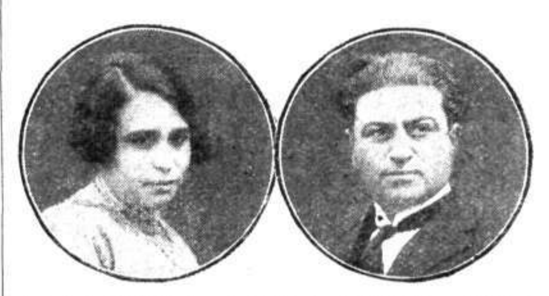
Señorita Rosario Graña con el doctor Mauricio Bentivoglio. — Córdoba.



Señorita Valentina Letamendía con el señor Arturo Busto. — Mar del Plata.



Señorita María Haydée Bégne con el señor Fermín Gutiérrez. — Capital.



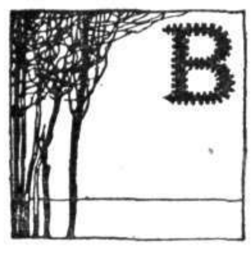
Señorita Rosa M. Cuello con el señor Cosme González. — Trenque Lauquen.



Señorita Albina M. Peinetti con el señor Victor Bonisson. — Trenque Lauquen.

—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

LA TORRE DE LOS SIETE JOROBADOS



ASILIO Beltrán es un jugador supersticioso. Lleva una moneda rota y dos cuernecillos de marfil pendientes de la cadena del reloj. Se sienta invariablemente a la izquierda del banquero; los viernes no juega, porque es un día nefasto, y cultiva con verdadero cariño la amistad de todos los jorobados de Madrid, porque cree que estas simpáticas y tristes tortugas humanas llevan en su mochila el talismán de la buena ventura.

Cuando se topa con un presbítero, se pone muy nervioso y se agarra al objeto de hierro que tenga más a mano, porque es cosa cierta que el contacto con este metal deshace el sortilegio de las sotanas. Si coincide con alguien pronunciando a un tiempo la misma palabra, es indispensable que se den el dedo meñique de la mano izquierda, y tras de una breve sacudida queda roto el encanto.

Pero lo que a Basilio le irrita hasta la demencia es que se le acerque un mirón tuerto cuando está jugando. De ahí nace el odio asesino, irreconciliable, que Basilio profesa al señor Catafalco.

—¡Ya está ahí mi sombra negra!—ruge Basilio, y recoge las fichas, las cambia y huye del casino. Al salir vuelve la cabeza y ve que el señor Catafalco le dice adiós con su mano esquelética y le clava, hipnótico, su ojo turbio y verdinoso, que parece una ostra.

Porque el señor Catafalco siente una extraña simpatía por Basilio. Gusta de sentarse junto a él, le dice "el juego que se está dando" y a los codazos y a las sinrazones contesta con la eterna sonrisa macabra de sus dientes largos y amarillos, como los de los caballos de los toros, que parece que se ríen, muertos sobre la arena tostada de la plaza.

Verdaderamente, el señor Catafalco tiene una presencia inquietadora. Es alto y escuálido, como una sombra; bajo el arco peludo de las cejas tiene un ojo pequeñito y relampagueante, que contrasta *con el otro ojo dilatado, turbio y alucinador,* que se abre como una llaga redonda entre los costurones de su cara fláccida, de un color blanquecino, rodeada de una gran barba negra. Su nariz es un enorme pimiento abatido sobre la boca cárdena, rasgada y burlona como la de una carátula faunesca. Porque su nariz, ¡ah!, es una nariz única en su tamaño, en su forma, en su hediondez. Enorme breva que amenaza desprenderse, calabaza por lo descolorida, excepto en la punta, que ostenta un simpático color de ladrillo: como la de Cyrano, se baña en el vaso cuando liba su dueño feliz y en su seno un constipado sencillo tiene las resonancias imponentes de una tempestad.

En toda su figura hay algo de espectral; parece que su carne es tierra que se va a desmoronar de un momento a otro, como el morfinómano Mr. Valdemar de Edgardo Poe, y de él emana un olor de putrefacción que sin duda hace que todos los perros aúllen agoreramente a su paso. Es inverosímil su delgadez y anda con un crujido de choquezuelas como un acompañamiento de crótalos que rima muy mal con un personaje tan poco flamenco como el señor Catafalco.

Va vestido con elegancia, pero a la moda de hace diez años. Una chistera refulgente, un chaquet de faldones cortos, todo ribeteado de trencilla, y un pantalón muy ajustado de cuadrillos. Su indumento anacrónico está flamante. A Basilio le preocupa mucho qué sastre absurdo es el que viste al señor Catafalco.

Y ¿cual será el verdadero nombre de este siniestro personaje? Por su traza macabra, Basilio le ha bautizado con este nombre de pompas fúnebres, que le van bien a su zurda catadura. Nadie le conoce en el casino; algunos jugadores aseguran que no le han visto jamás. Pero Basilio lo ve casi a diario, por su mala suerte, pues no hay día que no salga de la sala de juego con los bolsillos vacíos.

Y no cabe duda que tiene la culpa el señor Catafalco, que además le persigue como una mala pesadilla. Agobiado por las constantes pérdidas Basilio acudió al cubil de un usurero. Llevó consigo a sus dos amigos Martín y Malato, dos jorobados verdosos de color, maliciosos y aviesos, a los que invita diariamente al café para que le saturen de su *"fetichismo" bienhechor.* La predilección de Basilio por los corcovados se ha corrido entre esta

respetable y contrahecha cofradía, y acuden agradecidísimos a saludarle. En el café, a la tertulia de Basilio la llaman la "mesa de los galápagos".

Algunos días se reunen hasta veinte de estos amigos, que parece que están en cuclillas escuchando la charla entretenida del supersticioso, que, a su vez, es feliz rodeado de estas maravillosas criaturas que tienen el don de desvirtuar el sortilegio.

Llegaron a la casa del usurero.

Al subir la escalera de un recodo surgió, inopinadamente, la figura maléfica del señor Catafalco. Saludó muy cortés, quitándose la chistera y haciendo una reverencia. Basilio no se pudo contener:

—¡Pero este hombre es mi perdición! ¡Vaya usted enhoramala, cara de avestruz! ¡Le voy a levantar la tapa de los sesos!

El señor Catafalco, al soslayo, clavó en él su ojo turbio y verdinoso como una ostra. El pobre Basilio se abalanzó sobre un picaporte. Después de "tocar hierro" respiró un poco más tranquilo. ¡Tal vez esto contrarrestaría la "jettatura"! En seguida encendió una cerilla, la aproximó a su pipa y, muy preocupado, llamó a la puerta del judío.

—¡Ya veréis cómo esto ha sido mal agüero!

Los dos corcovados se hablaban al oído y sonreían con una risita de esas que llaman de conejo, yo creo que calumniosamente, porque este sabroso cuadrúpedo suele ser tan serio como un erudito.

—¿Tú has visto a alguien, Martín?

—Yo nada he visto Malato

Los jorobados nada vieron, sin duda porque la escalera estaba como boca de lobo.

Esperaban en el recibimiento del prestamista cuando Basilio husmeó un fuerte olor a chamusquina. Alarmado, se miró rápidamente el traje, se palpó el gabán, volvió los forros de los bolsillos.

—¡Huele mucho a quemado! ¿Verdad? ¡Huele mucho a quemado!

—Es que desde hace un rato está ardiendo tu paraguas—dijo tranquilamente Martín.

En efecto, al encender la pipa Basilio, nervioso por el encuentro con el señor Catafalco, no miró dónde tiraba la cerilla, que cayó encendida dentro del paraguas, un hermoso paraguas familiar, de seda azul, con la varilla de palo. El paraguas ardía como si le hubiesen rociado con petróleo, y Basilio, desconcertado, queriendo apagar el incendio, comenzó a sacudir furiosos paraguazos sobre los muebles del prestamista. Al estrépito salió un señor gordito y viejo, tocado con un bonete mugriento. Era don Paco Maraña, el usurero, muy asustado al ver a Basilio con el paraguas en alto, todo incendiado, como un hacha de viento.

—Usted perdone, don Paco; yo venía a pedirle mil pesetas y...

Don Paco rugió, enfurecido:

—¡Márchese usted en seguida! ¡Es usted un anarquista que quiere pegar fuego a mi casa! ¡Voy a llamar a los guardias!

—Tranquilícese, don Paco. Ya comprendo que con esta antorcha en la mano parezco un revolucionario que va a cantar "La Marsellesa", pero yo le explicaré.

—No quiero oir nada. ¿Entiende usted? ¡No necesito oir nada! ¡Le parece correcto, venir a una casa decente a pegar fuego al mobiliario! ¡Tenga usted cuidado con ese cortinón, que es de Damasco!

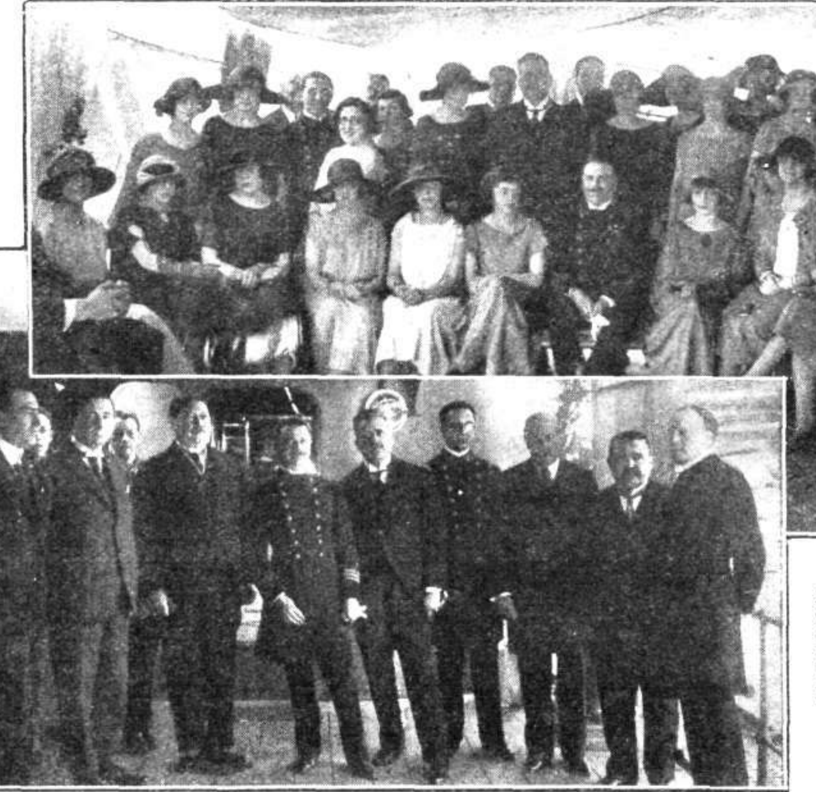
Y el usurero cerró violentamente la puerta de su cubil. Basilio tiró el paraguas carbonizado por el hueco de la escalera. Luego, apretando los puños, llorando de rabia, gritó encarándose con sus "talismanes".

—¿Y ahora seguiréis diciendo que es una superstición mía? ¡Ya véis bien clara la influencia del señor Catafalco!

EMILIO CARRERE

DIBUJOS DE BESARES

Familias de esta sociedad que concurrieron al te danzante ofrecido por el comandante del crucero "*Libertad*" a las autoridades locales, asistiendo el vicegobernador y el intendente municipal.



El comandante del crucero "Libertad" con las autoridades civiles y militares que asistieron a la interesante fiesta.



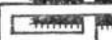
El intendente, señor Rouillón, en el lunch que se sirvió después de entregar los premios a los vencedores en el torneo del Tiro Suizo.

AGUA DEL MAR

Se han descubierto en el agua del océano unas treinta substancias químicas diferentes, y sin duda habrá muchas más, de cuya existencia no sabemos nada todavía. Fuera de sal y magnesia, etc., contiene también oro; pero este último en cantidades tan insignificantes que no vale la pena sacarlo. La cantidad de substancias no líquidas en el mar varia bastante: en el océano Atlántico, por ejemplo, corresponden 100 partes de agua a 8 ½ partes no líquidas. El mar Báltico, al contrario, presentó solamente media parte de substancia no líquida en 100 partes de agua. Generalmente los rayos de sol penetran en el agua sólo a una profundidad de 252 pies; así a una profundidad de 300 pies bajo la superficie del agua ya reina completa obscuridad. Ciertos rayos que se aprovechan para las placas fotográficas tienen más fuerza que la luz. Según investigaciones, se ha podido demostrar que en un tiempo claro, sin nubes, podrán sacarse vistas aún en una profundidad de 1.500 pies. El agua es un mal conductor de calor, y por esta razón la temperatura del agua del mar es diferente de la de la tierra o del aire. En los países de los circulos polares el agua es más caliente que la tierra, pero en los países trópicos el agua es más fresca que el aire.

Todo acto del pensamiento, de la palabra o del cuerpo, según que es bueno o malo, produce buen o mal fruto; de las acciones de los hombres resultan sus diferentes condiciones: superiores, medianas o infimas. — *Manú*.





Satisfacer al cliente

es el principio fundamental y el mandato imperativo en la CASA M. ALVAREZ.

Por otra parte, prueba irrefutable del mérito de todas las producciones de la CASA M. ALVAREZ en materia de sastrería fina, es nuestra numerosa clientela, que motiva el constante ensanche de nuestras instalaciones.

En efecto, quien nos encarga su ropa por primera vez sigue vistiéndose siempre en la CASA M. ALVAREZ, por la excelencia evidente de nuestra técnica tanto en el corte como en la hechura y la insuperable calidad y selección de nuestros casimires y demás materiales.

Trajes de saco, sobre medida, en casimir inglés, $ 120



NO TENEMOS SUCURSAL

Envíanse al interior catálogo de figurines y muestras de casimires.

Al pedir estas últimas, se ruega indicar el color, clase y calidad que se prefiera, como asimismo el precio del traje que se piense encargar.



La leyenda

En un lugarejo de Castilla que, agazapado entre carreteras semicirculares, caminos grises y cadenetas de arroyos, era chaparrón de casitas blancas como las de los Nacimientos cuando mosconea la zambomba conmemorando el Misterio de Belén, vivía, no ha mucho, cierto anciano afilador de tez aceitunada, frente estrecha, cabello cerdoso y ganchudo perfil de hechicero.

Retirado del oficio por sus alifafes (malo es el artritismo y peores los amagos de parálisis), el tío Chupasangre — tal remoquete habíanle puesto los míseros príncipes de la infancia para regocijo de grandullones y cotorronas — comía de las sobras de los demás y, sobre todo, de la no muy abundante ración que, de semana en semana, dejábanle en el atrio de piedra, que daba acceso a su casa, los piquetes de la Guardia Civil.

Cuantas veces hube de visitar al tío Chupasangre, más en amigo que en curioso y más en apiadado que en juglar de añagazas y de mofas, otras tantas le encontré a la vera de la lumbre, bien cuidando de recalentar el trozo de chorizo, bien pidiendo al rescoldo el consuelo que sus manos, arrecidas por la crudeza de los cierzos — cierzos invernales que braman a través de las llanuras y parlan de trasgos allá en el seno de las colinas, — imploraban alargándose igual que las de Nuestra Señora de la Guadaña.

— ¿A dónde güeno, señorito?...

— A platicar un rato con usted, tío Chupasangre, que quien va a la ventura tiene sed de consejos y buena razón.

— ¡Válanme las ánimas!... ¿Y qué consejos y razones he de ofrecerle?...

— Las de su experiencia, esa que sirve de freno a locuras de mozo y que duerme en las sayas y refajos de las aldeanas jóvenes librándolas del atropello.

— Las aldeanas jóvenes, señorito, no necesitan de máximas... Malas nacieron y ansí pudrirán en el terrón de por acá... Dios os salve de ojos de mujer, y si casáis no siga la desventura senderos de sucesión femenina... Pronto trueca el diablo a la niña en mujer y a la mujer en hembra, y no siempre hay un badajo de campana que, haciendo de palo de horca, vengue en la hija nuestro deshonor.

Murió el tío Chupasangre seis meses antes de embarcar yo hacia la República del Plata. Al funeral celebrado en la diminuta ermita concurrimos el juez, un alguacil tartamudo, la echadora de cartas, yo y Nebral, el perro fiel del afilador, el can doliente, pura costra de usagre, puro nido de garrapatas, beatífico can, en fin, que ni ladró en noches de aparecidos ni interrumpió nunca sus lametones a los pies del solitario.

La noche del velorio congregáronse al vaho de los torreznos las antedichas personas, una mujer desarrapada, el sacerdote y su ama de llaves, charlotera impenitente, de equívoco pretérito, ya momia, y dada a golpes de pecho pero no usando el pedrusco de San Jerónimo y la yacija de Francisco de Asís.

— Yo, el Señor me proteja, no mantengo correspondencia íntima con Lucifer, mas el tío Chupasangre o purga su delito o a nosotros, que lo callamos, nos hormigueará el remordimiento de una disculpa que ofende a la religión.

— El tío Chupasangre no pudo cometer delito de ninguna especie — afirmé, escalofriándome hasta la médula.

— Cometiólo y de los que pena la ley de los hombres junto a la de la Divina Justicia.

— ¡Imposible!...

— Cuéntele, cuéntele, padre Atanasio.

El pobre cura de aldea, ayuno de textos teológicos y ducho en prácticas de caridad, sacó de su faltriquera un arete de oro falso, cubierto de verdín, y, entregándomelo, dijo:

— Observe esto. Significa el legado de un crimen y el recuerdo de una venganza. El tío Chupasangre delinquió. Jesucristo ordena perdonar.

Lo que me relató el sacerdote carece de escarceos retóricos. En los lugarejos castellanos impera



— Torpe; por poco me mata. ... Y ni usted es huelguista, ni yo soy un agente policial.



— ¿Ha perdido usted alguna cosa, buen hombre?
— ¡Ya lo creo! ¡Soy Abelardo!...

del afilador

Por Félix Paredes

la sencillez, y hablan las gentes transfigurándose en símbolos de laconismo, aunque en lo que cuentan intercalan temores de superstición y atisbos de poesía. Es la poesía honda y local de la conseja, algo que emociona y sobrecoje, un responso en prosa ignorante de que en sus párrafos late el alma del verso laminada en el yunque de la simplicidad.

El tío Chupasangre casó en terceras nupcias. Su compañera de alegrías y privaciones expiró al parir una hermosa rapaza. Como el agua de los regatos reía y, moza codiciable, gustó de contemplarse en el agua de los regatos, a la luz del sol, mientras el atardecer sembraba de rubíes el horizonte. Nacida en estío, presto ardieron en ella todos los bochornos de un temperamento hermano de las tormentas y primogénito del hierro fundido.

— ¡Ay, si te pierdes, corza, si te pierdes!... — solíala amonestar el padre, sabedor de que en cuerpo de mujer no caben ejercicios espirituales y de que cuanto más madura el fruto mayores ansias consumen a Eva.

A los diez y siete, la rapaza presumió de novio. Hábil el galán, cimbreña y provocativa la paloma, dialogaban de amores cerca de un molino harinero, antaño orgullo de hidalgos y hoy ruina convertida en maraña de tablones. El tiempo fabricó allí, valiéndose de las vigas, un cabañal pretencioso, parte carpa y parte refugio, cuya entrada, llena de cuarteados astillajes y jorobas de madera, producía una impresión desoladora.

— ¡Quién besara tus labios!... Fíjate, se besan las tablas, se besan las guijas, se besa la llanura... ¡Y en tus labios están los besos, cordera!...

— ¡Anda, gañán barbarote!...

— Barbarote y gañán cara a los que te miren. Cuchillo tengo y recio puño que lo maneja.

— ¿Matarías por mí, gañán?...

— Mataría.

Los húmedos labios de la novia sonríen a la heroica arrogancia del macho. De la lejanía llegan aires campestres. Y en reducido perímetro de césped pasta un buey de bruñida cornamenta.

— ¡Qué gallardo el buey!... —murmura la novia.

— ¡Qué gallarda tú!... Ven. Ahí dentro huele a flor de malva. Tus labios son de coral y báñalos humedad de rocío... Ven... Nos querremos a solas...

Y se quisieron a solas, trémulos, despedazando en cada beso el honrado sentir del tío Chupasangre, y en cada caricia el bloque de la raza que, meditabundo y zahareño bajo el hábito monacal del hosco terruño castellano, cruza las planicies henchido de prehistoria.

Una madrugada de granizo la campana de la ermita no sonó. Del grueso badajo colgaba la cabeza aún caliente de una mujer. Reconociéronla el sacerdote y el sacristán, quienes la sepultaron a varias leguas del templo, orillas del barranco, fueras de las lindes del contorno.

— El tío Chupasangre asesinó a su hija. Leamos el papel que el asesino pegó a la lengua de la víctima.

— Léalo usted, padre, que yo no me atrevo.

El sacerdote leyó en voz alta: PRONTO TRUECA EL DIABLO A LA NIÑA EN MUJER Y A LA MUJER EN HEMBRA, Y NO SIEMPRE HAY UN BADAJO DE CAMPANA QUE, HACIENDO DE PALO DE HORCA, VENGUE EN LA HIJA NUESTRO DESHONOR. EL DIA QUE EL VERDIN CUBRA LOS PENDIENTES DE LA DESHONRADA MORIRE TRANQUILO Y VENGADO POR DIOS MISMO. NADIE ME PERSIGA, NADIE ME COMPADEZCA...

— Y si callé — prosiguió el cura — fué porque en el badajo quedó impreso el gesto de la moza, firmemente labrado en el bronce por el cincel de Dios...

Desde entonces la campana de la ermita no dobla más que a muerto, y en el lugarejo castellano, de agosto a septiembre, durante ocho sábados consecutivos, la leyenda del afilador arranca Padrenuestros y Avemarías a las mozas provocativas y cimbreñas de labios húmedos...



¡LA VUELTA DE VACACIONES!

—¡Sí; viajamos en auto por no estar apretados... como en el plebeyo tren!



LA PRIMERA CAZA DEL JOVEN ENRIQUE

¡Sobre todo no tires a las liebres al vuelo... Te expondrías a herir a tu padre...


Socios del Tiro Federal que festejaron el éxito que obtuvieron en las filas del ejército nacional los jóvenes compañeros señores Maurel y Gil.

LA LETRA Ñ

Para concretar la aparición de la letra *ñ* en la epigrafía castellana, los epigrafistas se han fijado en las lápidas latinas de comienzos de la Edad Media, en las que la *i*, la *y*, la *g*, y hasta la *n*, hacen las veces de *ñ*.

En inscripciones sepulcrales de los siglos IX, X, XI, XII y XIII, leemos: Nonius (Niño), Fortunius (Fortuño), Hispanya, Hispannia (España), Ordonnius (Ordoño) y otras semejantes las encontramos en numerosas catedrales españolas.

Tomando como ejemplo la palabra Ordoño podemos ver el proceso etimológico con que se desarrolla esta voz desde su primitivo significado Ordo-genitros, es decir, nacido de Ordo. La baja latinidad lo convierte en Ordogenus; por contracción pasa a Ordonnius, y así aparece en las inscripciones de los primeros siglos de la Edad Media. Viene después el Ordonnio al aparecer las lenguas romances vulgares, hijas directas del latín, y bastó que un cincelador de lápidas omitiese una de las *n* y la supliese con una tilde encima de la otra subsistente para que quedase ya adoptado el Ordoño tal como hoy se lee y se escribe, naciendo así la letra *ñ* en la epigrafía castellana.

Cuando la letra omitida y suplida con tilde fué una *i*, o cualquiera otra, el proceso fué semejante y así tenemos Nuño por Nunio, Avendaño por Avendanio, Miño por Minho, Gascoña por Gascogna, Saldaña por Saldanha, etc.

La *ñ* representa muchas veces en castellano la contracción de dos *n*, como España por Espanna, doña por donna, caña por canna.

A veces representa la contracción de *gn*, como cuñado por cognato, estañar por stagnare. También, la articulación *ne* de los latinos ha dado origen a una *ñ*, así castaña por castanea, araña por aranea, etc.

NOVIEMBRE

16

JUE

Y esa felicidad de que los días pasen

unos tras otros sin que aparezcan las molestas y a veces peligrosas erupciones que otros años llenaban cuerpo y rostro, es el justo resultado de haber bebido la dosis de

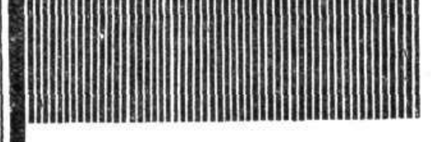
LEVADURA DE FRUTAS

Gibson

Un laxante suave de las frutas frescas de riquísimo sabor, que regulariza las funciones intestinales, cura los granos, sarpullidos, forúnculos, eczemas, etc., y reconforta el espíritu.

Pida el interesante folleto que, sobre esta especialidad, distribuímos.





UN PRECURSOR

No faltó aire ni sol aquella mañana limpia de primavera. El cielo, los árboles y los pájaros estaban contentos. En la amplia explanada, de tres por tres cuadras, salpicada aquí y allí de pequeños grupos de paraísos y de eucaliptus, se habían instalado numerosas tiendas de campaña. En los lugares vacíos, tendidas sobre rejas y verjas de hierro usadas, debajo de las cuales ardía un vivo fuego de leña convertida en carbones rojos, diversas medias reses de vaquillonas con su respectivo cuero chirriaban su grasa dorada o blanca en una crepitante sinfonía de color y de perfume de carne que iba asándose lentamente. Los hombres, campesinos todos, con largos troncos de árbol, movían y atizaban las brasas para que el fuego tomase mayor intensidad. Un gran hisopo de agua y sal humedecía de vez en cuando la carne tierna, rosada y suculenta.

En otros lugares varios núcleos de mujeres, delante de enormes ollas, plenas de grasa derretida, iban hundiendo en ellas las empanadas que habían preparado la noche anterior y que retiraban rápidamente tan pronto como el sabroso manjar había tomado el color dorado que denunciaba la cocción perfecta de la masa.

Al lado de las grandes ollas, la pava, colgada del gancho de un asador campero, proveía de agua caliente al mate amargo que circulaba de mano en mano entre los hombres y las mujeres dedicados a la faena de la culinaria primitiva. Uno que otro frasco de ginebra entonaba el estómago recio de aquellos hombres que con tan sincero calor conservaban las costumbres tradicionales. Dentro de las carpas, coronadas todas ellas de banderitas españolas y argentinas y adornadas con guirnaldas de hojas verdes y flores rojas, centenares de sillas y de mesas esperaban a los concurrentes a la fiesta, quienes habían de comer, bailar, cantar y beber hasta llegada la noche con ese ahínco popular que comunican los inconscientes entusiasmos colectivos.

Eran romerías españolas y se celebraban en los alrededores de la ciudad del Rosario, hará más o menos treinta años. La fiesta se había organizado por una comisión de españoles pudientes, almaceneros, tenderos, algún abogado, un par de maestros, dos procuradores, y un séquito de invitados especiales en el que no faltaban ni las autoridades ni los periodistas. A las once de la mañana comenzaron a llegar los músicos de todo género. Guitarras, bandurrias, panderetas, violines, gaitas gallegas, tamboriles, pitos, acordeones, castañuelas, triángulos, en una mezcla abigarrada de nacionalidades y de regiones, iban engrosando poco a poco la masa de pueblo que participaría de la alegre romería.

La gente llegaba por oleadas. Vascos, gallegos, andaluces, castellanos, valencianos, catalanes, la aldea y la ciudad españolas se habían volcado en aquel pedazo de tierra argentina para añorar la patria lejana y querida. La carpa de la comisión, más adornada que las otras, recibía a los invitados de distinción a mantel tendido, con el programa de un almuerzo pantagruélico e interminable.

Cuando llegó la comisión se dispararon centenares de bombas de estruendo. La fiesta comenzaba con el almuerzo oficial. Por todas partes sonaban músicas y se oían gritos de alegría, vivas a España, sonidos de tambores y de pífanos, algazaras y contentos indescriptibles. Había más de cuatro mil personas dentro de aquel recinto enorme que sólo se separaba de la calle por un débil alambrado. El sol tibio, la sombra de los árboles, el aire fresco animaban aquel espectáculo lleno de encantos populares.

En todas las carpas la botellas de manzanilla, de sagardúa, de cerveza, de vino criollo y de vino del viejo solar paterno se vaciaban que era un contento entre los trozos de asado con cuero, las empanadas, los chorizos extremeños y las morcillas vascas calentadas al rescoldo, mordidos por aquellos dientes blancos de los mocetones fuertes y de las muchachas garridas. Aquello era una bendición de Dios y de la vida. Jamás una alegría más franca, más sana, más abundante quebró el aire de la tierra argentina.

En la carpa oficial había más de cien personas sentadas a la mesa. La gravedad de los primeros momentos, la ceremonia, desapareció así que una colosal olla gallega, poblada de toda suerte de apetitosas complicaciones, abrió desmesuradamente los ojos hambrientos de los comensales. Fué un ruido de tenedores, cuchillos y cucharas que cortó el aire en repiqueteos desusados aunque armónicos. Los vecinos de mesa se miraban y sonreían, pero seguían tragando formidablemente. ¡Oh, estómagos

—¡Si usted hicieses port, joven, podría levantar su medio litro con una sola mano!...

juveniles y sanos, molinos trituradores de la gente fuerte, este anciano que escribe os saluda reverente, mientras balbucea en voz baja el verso dantesco: «ningún mayor dolor que recordar los tiempos felices en la miseria!».

Cuando llegaron los postres y se descorchó el champaña — porque también los españoles beben champaña, — el presidente de la comisión inició los brindis. Dijo cosas preciosas. Alabó a la patria donde había nacido, recordó a sus compatriotas las glorias hispanas, sus héroes, sus poetas, sus sabios, sus reyes, sus grandes hombres y exhortó a los concurrentes a mantener vivo el santo sentimiento de la patria lejana, renovado en la aspiración de volver a ella sin haber perdido su cariño. Había entusiasmo y fervor religiosos en aquel brindis y todo el mundo lo aplaudió estruendosamente.

Después vinieron otros discursos. Habló el jefe político, el presidente de la municipalidad, varias personas de significación, y todos ellos alabando la acción fecunda del trabajo de los españoles en la Argentina. De súbito una voz gritó:

— ¡Qué hable el diputado Cárdenas!... (1)

Todos los circunstantes insistieron a voces para que hablase el aludido. Este era un diputado semigaucho, semianalfabeto, pintoresco y curioso, una mezcla de civilización intuitiva y de verdad salvaje, que había llegado a la diputación a fuerza de ser elocuente ante el gauchaje de las colonias y a fuerza de ser sincero y bueno con los pobres de su comarca. Todos le querían bien y todos admiraban la montaña de verdades que tiraba en el recinto de la Cámara cada vez que tomaba la palabra para intervenir en un asunto cualquiera. Las imágenes y las figuras que ponía en sus discursos le habían hecho célebre y por eso todos los comensales deseaban que el diputado Cárdenas pronunciase un brindis.

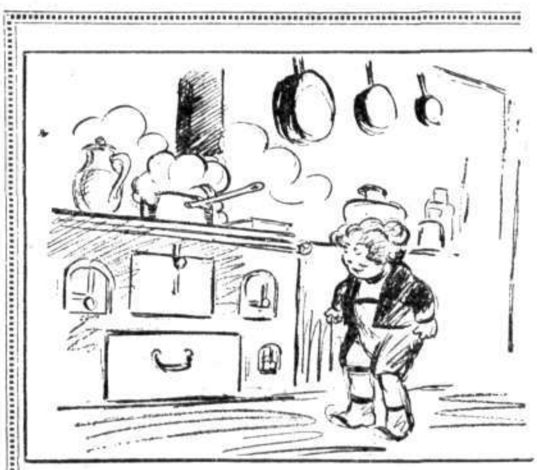
Se puso de pie, se atusó el negrísimo bigote, miró a los circunstantes y dijo:

— Señores: Ustedes saben que yo nunca he estado atado al palenque de las preocupaciones sociales (Risas); saben que mi espíritu ha retozado siempre en el potrero de la libertad y de la democracia (Risas); no me he escondido nunca en el rancho de paja de la mentira y del engaño (Risas), y por eso voy a decir la verdad, toda la verdad, tal como la siento, sin lazo que me ciña el pescuezo, ni freno que me sujete la boca. (¡Que hable!... ¡Que hable!...). Bueno; voy a hablar... ¡Todos ustedes, los españoles son unos mentirosos!... unos mistificadores!... (Sensación). No viven sino del engaño con la gente buena y sencilla como yo. ¡Son ustedes unas malas personas!... (Gritos y protestas). Un momento... ¡voy a explicarme!... Ustedes me han invitado a unas romerías españolas y esto es una mentira. Esta fiesta no es española. ¿Es español el asado con cuero que acabamos de comer? ¿Son españolas las empanadas cordobesas que me han brindado? ¿Son españolas esas banderas argentinas que coronan esta carpa y todas las carpas de la fiesta? ¿Son españolas las mil criollas y los mil criollos que están bailando, cantando y comiendo con ustedes? Aquí no hay nada español sino el arroz a la valenciana, el bacalao a la vizcaína y la sagardúa. Todo lo demás es una fusión, un conglomerado hispanoargentino, una asimilación de gustos, costumbres, voluntades, aspiraciones, anhelos, esfuerzos, sangre de la raza vieja fundida en la raza nueva, sangre latina que ha corrido por un solo cauce, que vino corriendo cuesta abajo desde los campos de Castilla, que atravesó el mar sin debilitarse en sus aguas salobres y que hierve cada vez más caliente en nuestras venas, que son las venas que ustedes tienen, pletóricas de glóbulos rojos. ¡No admito mentiras!... ¡Se acabaron para siempre las romerías españolas!... ¡Ya no hay gallegos y argentinos. No hay más que criollos de aquí y criollos de allá, y si no es así, que venga Dios y lo vea!...

Una atronadora salva de aplausos coronó el pintoresco discurso del diputado Cárdenas. Adivinó el buen hombre, y no podía ser de otra manera — todos los precursores son infantiles — que el Día de la Raza no necesitaba de una ley que lo sancionase, porque estaba legal y naturalmente escrito en el corazón y en la conciencia de los españoles y de los argentinos.

Por
Pablo Della Costa

(1) Nombre supuesto.


— ¡Mamá, ven en seguida! Hay más leche que cacerola.

De Tucumán



El gobernador, doctor O. Vera, y sus ministros saliendo del templo después del tedéum oficiado el Día de la Raza.



El señor Juan Carlos Maradona, rodeado por los amigos que le presentaron sus saludos con motivo de su designación para jefe de policía.



Cabecera del banquete ofrecido por sus correligionarios al doctor Emilio Catalán con motivo de su actuación parlamentaria.



El ilustre dramaturgo don Jacinto Benavente, con las más destacadas personalidades de la colectividad española, después del banquete con que fuera obsequiado.


FERNET-BRANCA
El prestigio del
FERNET-BRANCA
reposa sobre su eficacia como tónico estimulante del aparato digestivo, reconocida y comprobada por millones de consumidores desde hace más de 70 años.
Unicos Concesionarios:
HOFER & Cía.
FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.


Edificio de la Universidad.

RECUERDOS DEL PASADO

LAS UNIVERSIDADES ESPAÑOLAS

Santiago de Compostela

Al fundarse la Universidad de Santiago de Compostela se perdió aquel *Estudio viejo*, que fué sin duda alguna el progenitor de ella.

Creado para enseñanza de la gramática vivió precariamente, hasta tal extremo que el papa Pío V, en 1565, decía que el tal estudio era «viejo y pequeño, que tenía pocos estudiantes y que estaban en estrecho y angustioso local».

Agrandado aquél, comenzó la vida espiritual de la Universidad, ya que la propia, material, desprendida del *Estudio*, comenzó el año 1769, al emanciparse después de grandes luchas.

Era natural esta serie de guerras intestinas. Un espíritu de clase, engendrador del *Estudio*, había de oponerse a horizontes más amplios, encauzados a distinta suerte de procedimientos y enseñanzas.

Los escolares gallegos vivían la vida del estado escolar, y la alegraban con sus fiestas y sus reuniones, dedicando los anhelos de lucha a organizarse para la defensa de la región en 1589, con motivo del cerco de la Coruña por los ingleses.

La emancipación de la Universidad trajo como consecuencia el engrandecimiento y desarrollo de sus enseñanzas, y al amparo de su protección se desarrollaron los colegios de Fonseca, Pasantes de San Clemente, San Jerónimo, San Ildefonso e Irlandeses.

El colegio de Fonseca era genuinamente gallego, sus escolares habían de ser naturales de la región; el de San Jerónimo, por ser de humilde condición y destinado a artistas, llamábale el vulgo de *pan y sardina*, en semejanza a aquellos que en otras partes se les denominaba de *pan y agua;* el de Pasantes se remontaba al siglo XVI y era también para hijos de Galicia, y el de Irlandeses tenía por objeto educar a los fugitivos católicos que huían de la desgraciada Erín.

La Universidad gallega tiene una tradición de grandeza que se ha venido sucediendo a través de los tiempos. En sus aulas explicó medicina el ilustre Bedoya, notable cirujano que dió las primeras lecciones de disección en Galicia, como Francisco Neira creó el gabinete de física de la Universidad y Francisco Valle Inclán publicó en Santiago el año 1800 el primer periódico que vió la luz en Galicia.

Los escolares gallegos en 1663 y 1665 se movilizaron para defender el país de las amenazas portuguesas; en 1704 acudieron a Vigo para oponerse a los ingleses, y en 1808 formaron el Batallón Literario que se cubrió de gloria en la guerra de la independencia.

La Universidad de Santiago, a pesar de toda su grandeza y del gran plantel de esclarecidos varones que salieron de sus aulas, ha llevado una vida precaria debido, acaso, al poco aprecio que de sus necesidades han hecho los poderes públicos.

La Universidad gallega es la llamada a restaurar en sus planes de enseñanza la lengua y literatura gallegas, así como servir de nexo de relación entre las portuguesas y España.

FEDERICO PITA.



AUTOMOVILES
DODGE BROTHERS

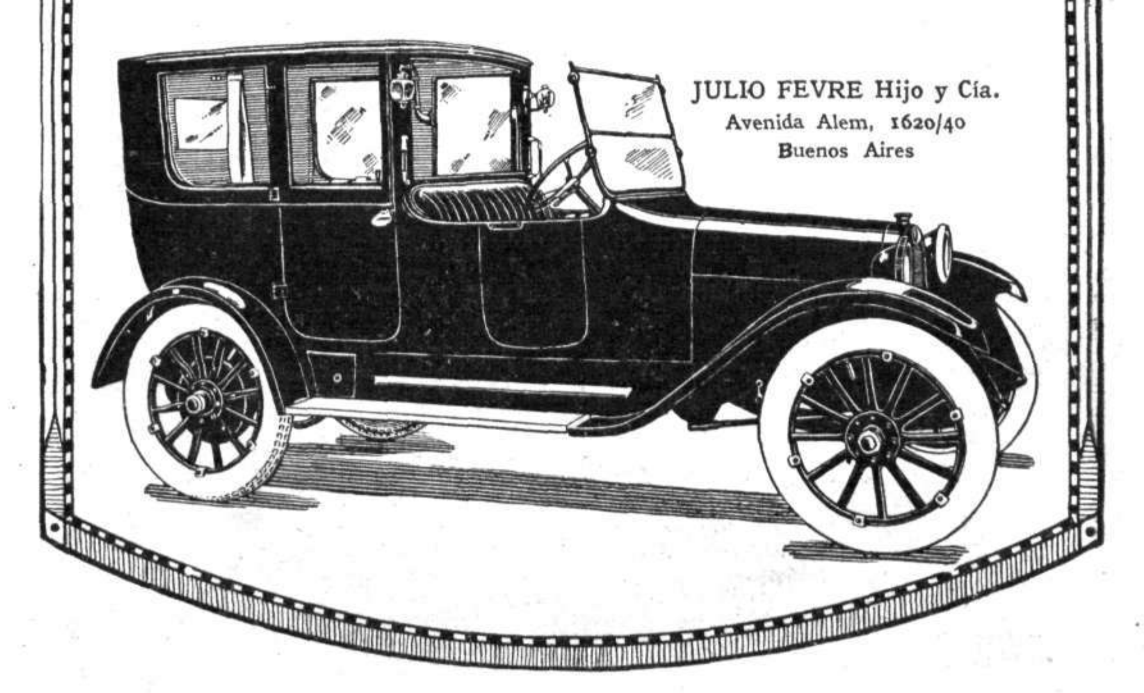
La compañía Dodge Brothers sabe que la permanencia de su negocio depende de la conservación de su buen nombre.

No olvida que su nombre implica una promesa constante y que para ser cumplida deben de hacer su producto más fino cada día.

El motor es de 30-35 H. P.

El precio de la limousine es de $ 7.000 m/n

(Sobre wagón Buenos Aires)



El representante del ministro de Instrucción Pública, doctor Abelardo Córdoba, con el rector, señor Pérez, y profesores, en la Universidad Nacional, después de la ratificación de la toma de posesión por las autoridades.



Personal directivo y docente de la escuela-fábrica con las alumnas recientemente egresadas, y a las cuales les fueron entregados sus diplomas.


ACEITE COMESTIBLE PURO DE OLIVA
EXCELSIOR
VERDADERO DE LUCCA
ESPECIALIDAD DEL MARQUES
Boccanegra
LUCCA-ITALIA
EXCLUSIVIDAD PARA LA AMERICA DEL SUD
BERNASCONI Y Cía. Lda.
BUENOS AIRES
Sucesora de:
AQUI ESTA......
el aceite de oliva siempre suave, delicado y puro, legítimo orgullo de toda buena cocina.

P I E D A D

—Qué individuo tan melancólico es el nuevo estudiante—decía el doctor Dinelle a la enfermera principal del hospital. — El pobre muchacho tiene todos los síntomas de haber sufrido una contrariedad amorosa.

La enfermera seguía acomodando los instrumentos en la vitrina, sin hacer mayor caso.

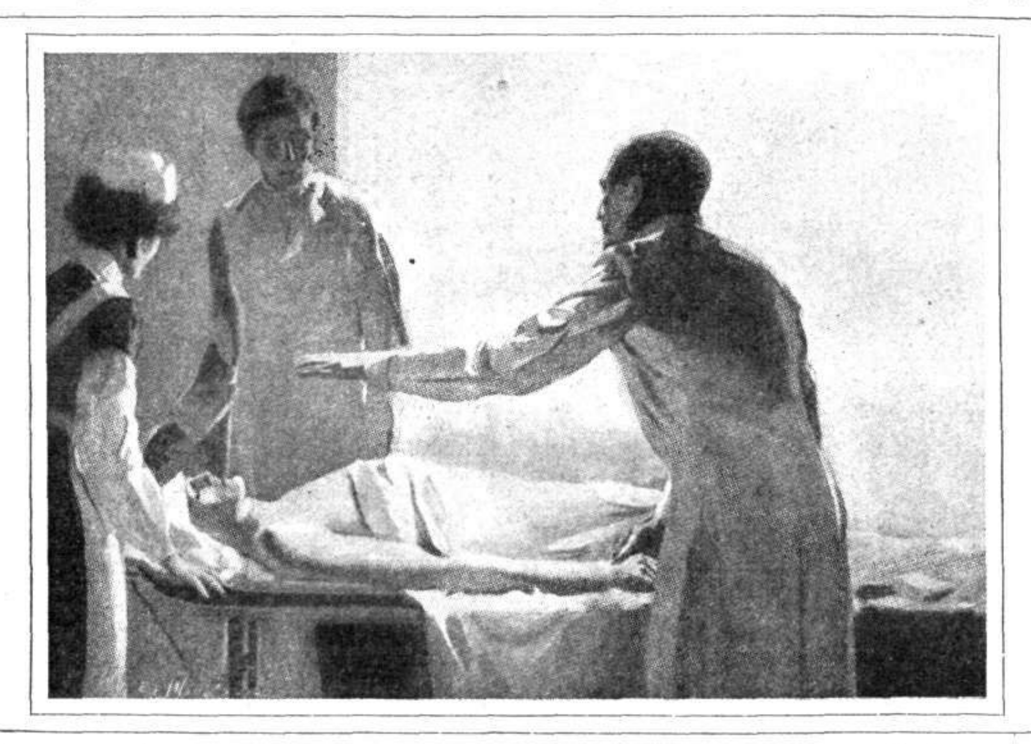
—Qué imbécil es el hombre que deja atormentar su mente con tales sentimientos — continuó el doctor. — Hay que observarle, no podemos exponernos a sufrir los errores de un cirujano enfermo de amor.

El familiar sonido de la bocina de la ambulancia desvió por un momento su pensamiento. Cinco minutos después la ancha puerta del ascensor se abría para dar paso a dos camillas. Una dobló hacia el departamento de mujeres y la otra continuó por el largo corredor hasta la habitación donde se encontraba el doctor Dinelle. Este miró con sorpresa la pálida cara del ocupante de la camilla, que parecía contraída por una tensión convulsiva de horror.

—¡Santo cielo! — exclamó, — es el hijo de Claudio Fillis. Señorita Martín — dijo dirigiéndose a la enfermera, — este caso lo voy a atender personalmente. Avise por teléfono al señor Fillis que su hijo está bajo mis cuidados personales.—Y dirigiéndose al nuevo practicante dijo: — Señor Fremont, tenga la bondad de preparar mis instrumentos.

Roberto Fremont se volvió de la ventana por donde había estado contemplando la sombría y templada tarde.

Enrique Fillis era uno de los muchos jóvenes que saben como darles salida a los millones del padre. Aquella misma tarde el atolondrado y desenfrenado muchacho, para quien las leyes de velocidad y tráfico eran sólo unos párrafos impresos sin fin alguno, se había metido con su nuevo auto en una de las tranquilas calles de los suburbios del hospital, corriendo con la velocidad de un ciclón. Una niñita que intentaba cruzar la calle se detuvo precisamente en el centro de ésta, asustada, atemorizada tal vez por la furia del coche y el ruido de la bocina. Quedó por un momento como paralizada. Al acercarse el auto hizo un ademán de seguir adelante, pero creyéndose en peligro se volvió corriendo hacia la misma vereda de donde había salido. Fillis, confundido por aquellos desconcertados movimientos, dirigió su coche directamente sobre la niña, y cuando vió que se iba sobre ella, dió desesperadamente una vuelta al volante. Sintió el golpe de la embestida contra el cuerpecito y el horripilante salto de las ruedas del lado izquierdo al pasar sobre él. Antes de que pudiera desviarle, el auto arremetió furiosamente contra un árbol, despidiéndole el choque de su asiento; fué de cabeza contra el duro pavimento.



Enrique reposaba inerte, sobre la fría y dura mesa de operaciones, sus azules ojos aun semiabiertos, su pelo, moreno y lustroso, manchado con sangre. El doctor Dinelle metió los largos y blancos dedos de su delicada mano entre el pelo. El cráneo estaba fracturado; el hueso presionaba sobre los nervios centrales que controlan los órganos de la palabra y del oído. La trepanación se imponía en el acto.

Fremont entró con una bandeja llena de implementos.

—Un poquito más de presteza, señor Fremont — le dijo el doctor con frialdad. — Tráigame un frasco de cloroformo del laboratorio, rápido.

Dinelle, que era graduado de una famosa escuela europea de cirugía, prefería el uso del cloroformo al del éter. Tenía el hábito de burlarse de la creencia común de que el éter es un anestésico menos peligroso.

El practicante en el momento de retirarse dirigió una mirada a la cara del hombre que estaba sobre la mesa. Al instante apareció como un rayo de luz en sus obscuros y cavilantes ojos y en su lúgubre cara se dibujaron las líneas de una súbita sorpresa. Se agachó mirando fijamente al rostro de Enrique Fillis.

—¡El cloroformo! — dijo el cirujano con severidad. — Le he dicho que me traiga el cloroformo, doctor Fremont.

El tono burlesco que puso en el "doctor" irritó al practicante.

—El cloroformo podría matarlo, señor — dijo Fremont con voz sumisa. — Tiene un corazón muy débil.

El distinguido cirujano lo miró sorprendido. Chispas de rabia salían de sus ojos grises, duros y afilados como sus propias lancetas.

—Le he pedido que me traiga el cloroformo. ¿Quiere hacerlo de una vez y administrárselo?

—Su corazón es muy débil, doctor Dinelle — insistió el practicante con su lánguida cara que parecía dominada por alguna emoción. — Yo conozco a Enrique Fillis. Fuimos al mismo colegio juntos. Una vez después de un accidente en el campo casi se murió por los efectos del cloroformo. Le ruego que use éter.

La sangre que se precipitó en las pálidas mejillas del cirujano revelaron la ira interna que sus exquisitos modales no le permitían mostrar. Sus fríos y altaneros ojos se achicaron y su pequeña y mofante boca lanzó estas palabras:

—Señor, le he pedido que me traiga el cloroformo. Ahora le *ordeno* que me lo traiga, y en seguida.

Por un momento Fremont quedó con la mirada fija en la hostil y dura cara del cirujano. Después salió de la sala de operaciones. En el corredor se cruzó con María Trase, la causante del eclipse que había obscurecido las ambiciones que él una vez había alimentado con esperanzas. Ahora era la prometida de Enrique Fillis con quien debía casarse antes de pocas semanas.

—Sería bueno que el doctor Dinelle usara un poco el éter como otros médicos — dijo el químico del hospital cuando Fremont le pidió el cloroformo, — la existencia está casi intacta. Este es el último cloroformo que queda.

Fremont tomó el frasco y se dirigió apresuradamente a la sala de operaciones. Le parecía que llevaba en las manos la muerte de Fillis. El químico le había dicho que era el último frasco que le quedaba.

Cuando estuvo cerca de la puerta, dejó caer el frasco en el piso de mármol. El punzante olor del anestésico volátil llenó instantáneamente todo el aire. El ruido hizo acudir al doctor Dinelle.

—Lo siento... se me ha caído la botella — dijo Fremont con tristeza, — y el químico me ha dicho que era el último que tenía.

—Miente, señor Fremont — le gritó el cirujano, — yo me encargaré de esto en lo futuro. Tome su puesto al lado de la mesa. Usted, señorita Martín — continuó entrando de nuevo, — tráigame el éter y dígale al químico que consiga más cloroformo en seguida.

Mientras Fremont administraba el éter, entraron el padre, la madre y la hermana de Enrique.

Gradualmente Enrique volvió en sí. Cuando abrió los ojos clavó la mirada en Fremont.

—¡Ese hombre! — gritó incorporándose. — ¿Qué hace aquí? El me odia, doctor. Hágalo salir inmediatamente. ¡Me envenenará, me matará!

—Oh, yo creo que no — le contestó el doctor Dinelle con una sonrisa. — Le aseguro que no hay peligro. Hasta me ha rogado que use éter en vez de cloroformo porque dice que usted tiene el corazón débil.

—Eso es cierto — interpuso la madre de Enrique. El doctor Krantz, el gran especialista del corazón dijo que el cloroformo sería su muerte.

El doctor Dinelle miró al herido, después al practicante, a quien dijo:

—Señor Fremont, lamento esta mala interpretación. ¿Quiere acompañarme ahora al departamento de mujeres? Hay otro caso el que la señora Fillis me ha pedido lo atienda personalmente.

Fremont dejó asomar a sus labios una pequeña sonrisa, se volvió y siguió al cirujano. Cuando entraban en el departamento de mujeres, los alcanzó el químico para entregar al practicante un frasco de cloroformo que acababa de conseguir

Dos piernecitas asomaban bajo la manta que cubría el cuerpo yacente sobre la mesa de operaciones.

—Es inútil — dijo el doctor Dinelle después del examen. — Los huesos de ambas piernas astillados. Es un caso evidente de amputación. Adminístrele el cloroformo, señor Fremont.

El practicante después de preparar los utensilios se dispuso a aplicar el cono para administrar el anestésico. Entonces, por primera vez, sus ojos vieron la cara de la niña que había atropellado el auto de Fillis. Retrocedió tres pasos con la cara transfigurada por el horror, los ojos y la boca desmesuradamente abiertos. En su expresión había algo feroz y angustioso al mismo tiempo.

Acercándose de nuevo a la mesa, se arrodilló y tomando entre sus manos aquella carita descolorida, rompió en amargos sollozos que rasgaban el corazón.

—¡Emilita... mi querida Emilita... hermanita mía!

—¡Su hermana! — exclamó el doctor con asombro.

La enfermera se acercó y, poniendo las manos en sus hombros, le dijo cariñosamente — Vamos, señor Fremont, vamos a hacer lo que podamos por su hermanita.

El doctor Dinelle se acercó a Fremont y le preguntó. — Señor Fremont, ¿qué prefiere usted que use con su hermana, éter?

Entonces Fremont recapacitó. Si se usara cloroformo, la muerte sería irremediable, conocía muy bien el corazón de su hermanita, que por cierto ya le había dado mucho que pensar. El efecto sería como clavarle una lanceta en el corazón. Comprendió entonces que sería lo mejor, que su carita estaría mejor reposando en el ataúd, en vez de las torturas de los años de una vida mutilada y llena de miseria demasiado horrible para su tierno ser.

—¡Use cloroformo!—contestó con voz apagada.

El cirujano llamó a un ayudante para que lo administrara. Fremont se sentó a la cabecera y tomó el pulso de su hermana. Sintió las palpitaciones que a medida que el anestésico hacía su efecto, se debilitaban. El doctor Dinelle notó también algo raro en la respiración.

—¡Oxígeno! — gritó el cirujano con descompaginada cara. — ¡Ponto, un cilindro de oxígeno!

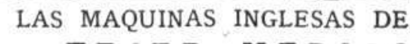
Fremont no se movió, el pulso continuó debilitándose y cuando el oxígeno llegó ya había dejado de latir el corazón.

HERMAN SCHEFFANER



El joven Moccia pronunciando su brillante discurso en nombre de sus condiscípulos, durante la demostración en honor al ex rector del Colegio Nacional, señor Blas Baldino.

El ministro de la intervención, doctor Niño, y autoridades civiles y militares durante la misa de campaña oficiada en el acto de la jura de la bandera por las tropas del regimiento 16.° de Infantería.




En la Tienda San Juan
presentación a precios módicos,
de modas y novedades para estío.
Comprende el conjunto en exhibición notables y seleccionadas creaciones, de alta fantasía y riqueza, en: SOMBREROS, VESTIDOS, TAPADOS, BLUSAS y demás prendas de la toilette femenina.
4
20
4. — Delicado SOMBRERITO, hecho de fina paja, adornado con gran moño, colores de moda, a
$ 25.00
20. — Elegante SOMBRERO de fina paja, guarnecido con tul y cinta muy original, a
$ 32.00
41. — Novísimo VESTIDO de finísima espumilla «Lyón» gustosamente combinado con pequeñas alforcitas y bordados en mostacilla, cinturón cartuchera de la misma tela, con vivos de distinto tono, para señora, a
$ 75.00
5
5. — VESTIDO de superior espumilla de seda, modelo de imponderable elegancia, combinado con mostacilla, vistosa hebilla del mismo tejido e iguales adornos, en todos los colores, para señora, a
$ 68.00
19
19. — Precioso VESTIDO, de tejido jersey, fondo liso de seda de rica calidad, cinturón y caída, combinados en otro tono de color, para señora, a
$ 73.00
41
GRANDES ALMACENES
TIENDA SAN JUAN
CIBRIÁN Hnos (S.A.)
ALSINA y PIEDRAS

De San Luis



MERCEDES. — El ministro general de gobierno de la intervención federal, doctor Julio C. Niño, y autoridades, asistiendo al acto de la colocación de la piedra fundamental del edificio del Colegio Nacional.

TRAJES ÚNICOS

Se han descubierto en Groenlandia trajes usados por los hombres en los siglos XIII y XIV, conservados en un estado casi perfecto. Los trajes en cuestión se parecen mucho a los que lleva el Dante en los cuadros que existen retratando a ese poeta, y serán puestos a la exhibición pública en un museo dentro de poco.

El interesante descubrimiento fué hecho por el doctor Noerlund, sabio danés, cuando hacía excavaciones en antiguos cementerios de la parte sudoeste de Groenlandia. Los ejemplares son únicos en el mundo; en ningún museo existen otras muestras de trajes masculinos de los siglos XIII y XIV. El hecho de haber sido depositados en la tierra helada hace seiscientos años los ha preservado de la polilla y destrucción natural.

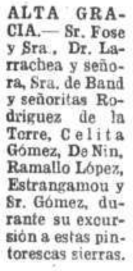
El doctor Noerlund ha encontrado también varias cruces de madera excavando la tierra cubierta de hielo. Todas están cubiertas con inscripciones en tipo gótico de la época.

Porque evito el hacer promesas es por lo que no me veo obligado a cumplirlas.

—Evidentemente no hay como no mezclarse en los asuntos para no contraer responsabilidad. — *Grevy.*


PRODUCTOS
SUPREMA
Lucirá
singular hermosura
toda dama que cuide sus encantos naturales aplicándose diariamente los finísimos
PRODUCTOS
SUPREMA
DE VENTA EN TODAS PARTES
SOCIEDAD GENERAL DE PERFUMES
PRODUCTOS SUPREMA
P. BURS & Cía.
Bolívar, 1725
Buenos Aires
SUPREMA
POLVO GRASOSO
SUPREMA
Adherente y de perfume suave. La caja $ 1.10
AGUA DE COLONIA
SUPREMA
Perfuma y refresca deliciosamente. El frasco $ 2.20
Remitimos muestra del
POLVO GRASOSO SUPREMA
a quien nos la solicite.

De Córdoba



ALTA GRACIA.— Sr. Fose y Sra., Dr. Larrachea y señora, Sra. de Band y señoritas Rodriguez de la Torre, Celita Gómez, De Nin, Ramallo López, Estrangamou y Sr. Gómez, durante su excursión a estas pintorescas sierras.



BELL VILLE. — Colonos de la Cooperativa Agrícola que asistieron al banquete celebrado festejando la inauguración del nuevo local de dicha institución.

TEATRO DEL SILENCIO

«EL ÍDOLO ROTO»

Es una película europea en la que interviene la notable «estrella» Lina Cavalieri, ayer cosechando éxitos en las tablas y al presente dedicada en cuerpo y alma a las escenas mudas.

Trátase de un drama pasional en seis actos, con un argumento bien conducido y sin artificiales dislocaciones. Los actores muévense en un ambiente «bien» y expresan sus respectivas situaciones con una naturalidad que desde luego nos interesó.

El prestigio de la heroína mantiénese a buena altura. Lina, flexible, elegante y expresiva, logra conmovernos cuando, en los momentos culminantes, despliega sus talentosas cualidades de artista concienzuda y encantadora.

«MILAGROS DEL AMOR»

Nos presenta a la agradable artista Florencia Lawrence, la cual, metida en trotes periodísticos porque el argumento así lo exige, interpreta con desenvoltura y con gracia su papel, mostrándose visiblemente animosa ante la suerte adversa... hasta que — ¿por qué no, lectores escépticos? — surge el amor, si no tan milagroso como pudiera presumirse del título, sí lo bastante rápido para juzgarlo a punto de maravilla, estilo yanqui.

«ALMAS INQUIETAS»

Es un título sugestivo. Somos muchas las almas atormentadas. La vida febril que padecemos, el curso de los negocios, los desvelos y las esperanzas afectuosas, los desengaños que la experiencia se va encargando de grabarnos, a fuego, sobre el sensible corazón... todo esto nos aturde, conturba e inquieta a todas horas. Nos gustó esta cinta por la relativa originalidad de su argumento y, sobre todo, por la habilidad con que han logrado desarrollarlo, sin efectismos gruesos, que más suelen provocar la carcajada o el disgusto que la emoción. Earle Williams es un buen actor, sobrio, bien presentado, y no carece de «rostro», contrariamente a muchos de sus compatriotas de marcada dureza expresiva.

«EL CAMINO DE HIERRO»

Argumento de la popular novelista conocida por su seudónimo de Rex Beach (una especie de Carolina Invernizio, al decir de algunos críticos yanquis, sus compatriotas), es una cinta interesante, eso sí, pero de un carácter bastante folletinesco, de perfecto acuerdo con el «estilo» de la autora; y lo que más nos impresionó fueron los hermosos y bien logrados paisajes que se suceden por las escenas, y váyase lo uno por lo otro.

Hay un «tío» que no se preocupa por que su hijastra se ahogue, hay un naufragio, un salvamento, etc. Hay de todo un poco.

«LA DORADA LLAMA»

En la que el espectador se tropieza con el «lejano Oeste» y con la urbe congestionada, a escoger. Los protagonistas, muy discretos, se llaman Alberta Lee, artista simpática, y el ya acreditado Dick Hatton.

Abundan los líos; intervienen policías; no falta el amor, haciendo sus travesuras, y hasta, a manera de «toque» religioso, existe la intención de que un convento monjil prospere con plata fresca.

Hacia el final *todo* va desenvolviéndose y desenredándose con plácida felicidad, y después de los sustos consiguientes «sobrevienen» las sonrisas, los apretones de manos y — no hay necesidad de decirlo — los besos... esos besos cuya duración miden los técnicos cinematográficos por metros.



Hope Hampton, espléndida "estrella" de luminosa mirada, lo bastante discreta en su arte para interesarnos sin entusiasmarnos.

«EL CRIMEN DE LOS HOMBRES»

¿Cuál es *nuestro* crimen, vamos a ver? Procediendo por orden, digamos que «proviene» de la obra de Fanny Hurst, titulada «Polvo de estrellas» (bonito título) y luego, dejando la responsabilidad a los adaptadores, diremos que el argumento nos ofrece como heroína a Lily Becker — Hope Hampton — la cual, además de ser un dechado de virtudes «ciudadanas», no se queda corta en cuanto a perfecciones físicas. En una palabra: hermosa y buena.

Empero, los padres, ni hermosos ni buenos, le arreglan, los muy egoístas, un matrimonio de conveniencia con un rico pueblerino. Hasta aquí no hay crimen masculino, bien que tal conducta paternal se preste a feos comentarios.

En fin; la sacrifican, casándola con el palurdo, con el que se muestra dócil y pavita en extremo; mas, un día nefasto, el marido se atreve a levantarle la mano... dejándola caer con violencia sobre su lindo rostro, y la rebelión brota de su dolorido corazoncito. ¿Qué hacer? Sencillo: huye del hogar y se *interna* en la ciudad, siempre peligrosa, y busca acomodo como artista, visitando, al efecto, a varias docenas de «managers» espectaculares, gente que, más atenta a su belleza que a sus talentos, le proponen contratitos con inaceptables condiciones para su honradez de esposa fugada, pero digna.

Sin plata, sin amigos, sin hogar, *nuestra* heroína resuelve suicidarse en un momento de mortal abandono. ¿Se suicida? No... sí. Sí... no.

Por el cómodo procedimiento de «cerrar» las cintas con broches de felicidad, el suicidio es inadmisible... como inadmisible es este *crimen de los hombres* que no parece por ninguna parte.

«UNA MUJER EXCESIVA»

He aquí un «acierto» en tres simples palabras, uno de esos aciertos con el que se han de mostrar de perfecto acuerdo muchos, pero muchos *mal* casados, que, con «excesivo» retraso, han advertido la «excesividad» o el «excesivismo» de sus respectivas cónyuges.

Claro que una mujer, y un hombre también, puede ser excesiva en multitud de cosas; pero veamos la película... La película, a base de la muy agradable y movediza Wanda Hawley, nos presenta a una mujer celosa, y nada más. Y mejor que celosa, la llamaríamos nosotros «impertinente», por las molestias, no justificadas, con que pretende jorobar la paciencia de su marido.

Por otro lado, tratándose de Wanda, el título pudiera justificarlo algún malicioso por el «exceso» de admiración a que se presta la mentada «estrella», guapa sin *fingimientos*.

«LA LÍNEA DEL CORAZÓN»

A base de la artista Leah Bird, es una película muy interesante en la que se predica «objetivamente» contra la caterva innumerable de quirománticas, brujas *modernas*, pitonisas y demás hábiles explotadoras de la credulidad ambiente; y con un «clásico» ejemplo, desarrollado con discreción escénica, se pone de relieve la falsedad de la engatusadora que, por medio de la «línea del corazón», aseguró adivinar lo porvenir de la protagonista.

¿Será pertinente advertir que esta sana propaganda contra el agudo «ilusionismo» de muchísimas gentes, altas y bajas, es muy necesaria, tanto aquí como en Norte América, donde también campan por sus respetos cartomancianas e *hindúes* falsificados que explotan a los cándidos a pesar de que no pueden anunciarse en los diarios y de que trabajan más o menos de «ocultis», como diría cierto ex secretario.

«LA CHICA DE LA CALLE DE FLORIDA»

Que aun no hemos tenido ocasión de ver, es una comedia dramática al parecer bien conducida, cuyas escenas, por lo locales, seguramente que interesarán a los espectadores argentinos y a cuantos en este ambiente conviven. La comentaremos con la debida atención.

NARCISO ROBLEDAL.

De Corrientes



Alumnos de la escuela nacional Pereira, durante la inauguración del "Plato de sopa" que la dirección de este colegio ha instituido en beneficio de los niños.

Grupo de distinguidas señoritas pertenecientes a la "Asociación Hijas de María" después de su visita a la cárcel, donde distribuyeron ropa entre los penados.


LA ARGENTINA
GRAN JOYERIA M. CASAL
440 Bdo. de Irigoyen 454
GARANTIMOS TODOS NUESTROS ARTICULOS
Rica PULSERA para caballero, máquina extrafina Ancora, 15 rubíes, cuadrante luminoso, garantida su marcha por 3 años, a .... $ 18.—
PULSERA platinón, forma esclava, última moda, con brillantes y zafiros símili, a $ 8.—
PAR GEMELOS plata 900 con monograma en esmalte, a .. $ 6.—
ANILLO reforzado en oro 18 kilates FIX, garantido por 20 años, con monograma en esmalte, a pesos .... 11.—
Precioso COLLAR con medalla enchapada en oro 18 kilates, a pesos............ 6.—
PAR ALIANZAS macizas, de oro 18 kilates, color verde, con un rico cintillo de fantasía de obsequio, iniciales grabadas, colocado todo en un bonito estuche, a.............. $ 25.—
Las mismas, 16 gramos, el par a... $ 36.—
Las mismas, 20 gramos, el par a... $ 45.—
PAR GEMELOS reforzados en oro 18 kilates FIX, garantido por 20 años, con monograma en esmalte, a .... $ 12.—
ANILLO plata 900, 20 gramos de peso, con monograma en esmalte, a.......... $ 8.—
Hermosísimo par de AROS de última moda, de azabache negro y punzó con engarce de plata platinada, a.. $ 8.—
ANILLO platinón, con brillantes y zafiros símili, diversos modelos, a .... $ 4.—
CASA
WADEL
C. PELLEGRINI 918
Antigua y renombrada fábrica de CEPILLOS, ESCOBAS, PLUMEROS y ARTICULOS de LIMPIEZA en GENERAL.
Gran surtido en CEPILLOS para la ropa, el cabello y los dientes, de inmejorable fabricación.
PRECIOS EXTRAORDINARIOS
N.º 15. — CEPILLO de dientes, buena calidad y gran duración, a $ 1.50, 1.20, 0.80, 0.60, 0.40 y........ $ 0.30
N.º 14. — CEPILLO para el cabello, cerda blanca, madera negra, a pesos.............. 3.50
N.º 11. — CEPILLO para el cabello, cerda y madera blanca, a $ 2.50
N.º 4. — CEPILLO de ropa, forma original, cerda negra, a.. $ 5.95
N.º 3. — CEPILLO de ropa, de cerda negra, inmejorable, a.. $ 3.95
N.º 5. — CEPILLO de ropa, de cerda negra, clase superior, a $ 9.50
N.º 2. — CEPILLO de ropa, de paja, construcción fuerte, a $ 1.95
N.º 6. — CEPILLO de ropa, cerda blanca, a.............. $ 5.95
N.º 7. — CEPILLO de ropa, cerda blanca, de fina calidad, a.. $ 7.95
N.º 8. — CEPILLO para el cabello, forma ovalada, cerda negra, $ 1.50
14
15
11
4
3
5
2
6
7
8



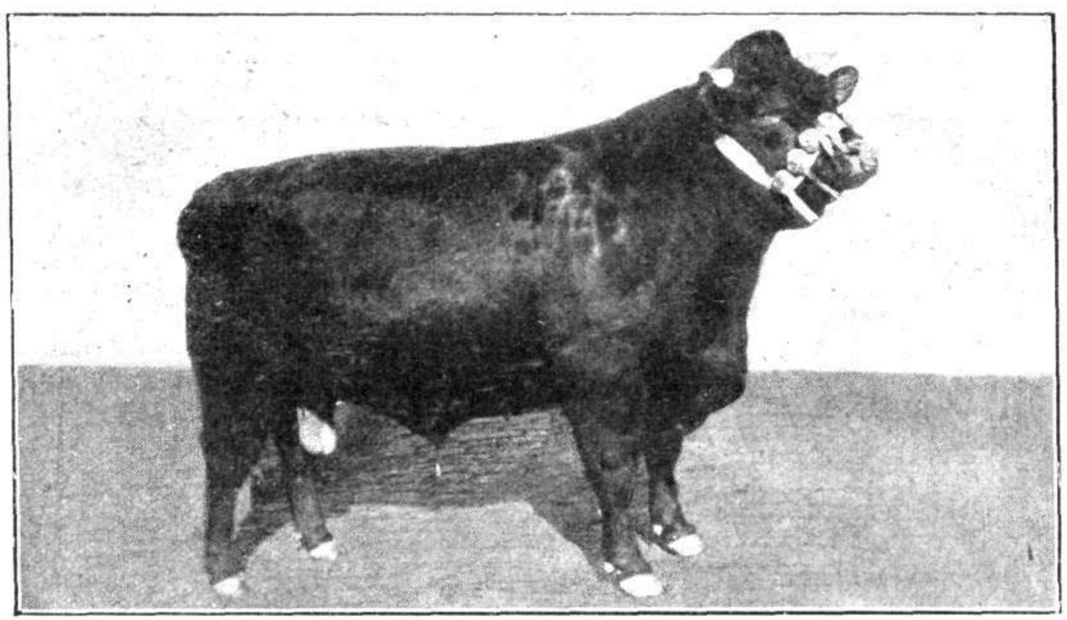
FORMOSA. — El gran rabino Misiu Danon durante la visita hecha al local de la Sociedad Israelita Oheve-Sion.

LA ESPONJA Y SU CULTIVO

Las esponjas crecen lentamente y una esponja ordinaria de baño que tenga 30 centímetros de diámetro necesita cerca de unos diez años para adquirir ese desarrollo. Por esta razón los campos de esponjas en el fondo del mar no son completamente explotados, sino que después de haber hecho una cosecha se espera cerca de cuatro años para dar tiempo a las esponjitas para su crecimiento. Pero hay también regiones donde las esponjas se siembran y se las obliga a crecer artificialmente.

La siembra de esponjas se practica en la costa de Florida. Las esponjas que sirven para la siembra se cortan en pequeños pedacitos y con alambres se atan a pedazos de cemento de forma circular o triangular y así se arrojan al fondo del mar. Después de cerca de dos años alcanzan un tamaño que es suficiente para el comercio; luego se sacan y en su lugar se ponen nuevos pedacitos y se arrojan a la profundidad. Se sacan del mar por buzos que saltan desnudos al agua sujetos a un cordel o llevan traje completo de buzo. Cuando las esponjas llegan a la superficie presentan entonces un aspecto carnoso; la substancia propiamente tal está cubierta por una piel sólida en que se ven aberturas que desaparecen, a voluntad del animal.

SE APROXIMA LA TERMINACION DE LA TEMPO



"Wellington", primer premio y gran campeón en Azul.

Cosa interesante sería tener las ideas de, digamos, unas diez o doce personas competentes para emitir criterios acerca de la temporada de exposiciones y ventas del año 1922. En el mes de julio próximo pasado, al interrogarse uno al otro sobre las perspectivas de la temporada fué costumbre general con el interrogado levantarse las manos, moverse las espaldas y contestar: "¿Quién sabe? ¡A mí me parecen malas!" Yo, personalmente, siempre he pasado de optimista sobre los resultados, y aunque, salvo dos o tres excepciones, no han alcanzado lo que esperaba, sin embargo, en general han de considerarse satisfactorios. Todavía quedan para realizarse algunas exposiciones provinciales además del concurso anual de ganado gordo que se efectuará el día 11 de noviembre en Palermo. Hasta después de efectuada ésta última exposición no entraré en un análisis de las cifras del año, pero entonces el asunto ha de resultar interesante y con más razón teniendo en cuenta los gritos constantes y resonantes de "ruina" y "crisis" que se han oído durante estos últimos meses.

Por el momento trataré brevemente de los resultados de una o dos exposiciones celebradas últimamente en la provincia de Buenos Aires y especialmente los éxitos obtenidos por los criadores argentinos en la

EXPOSICION ANUAL DE GUALEGUAY

El número de concurrentes no alcanzó las proporciones del año pasado pero la calidad de los animales en las categorías Shorthorn fué muy buena. Los criadores de la provincia de Buenos Aires llevaron todos los premios principales y especiales, compartiendo entre sí los honores los establecimientos "Mitikile" y "Santa Aurelia", si bien la cabaña "La Lionel" también se ha adjudicado algunos premios.

Los campeonatos de los lanares quedaron con los criadores entrerrianos, como también los de las razas Aberdeen-Angus y Hereford. Las ventas fueron buenas y los promedios obtenidos por los cabañeros de la provincia de Buenos Aires superaron los que se han cotizado en muchas exposiciones celebradas en dicha provincia. Como función social la exposición ha resultado otra vez un gran éxito, y Mr. W. T. Hall, como jurado, ha actuado a entera satisfacción.

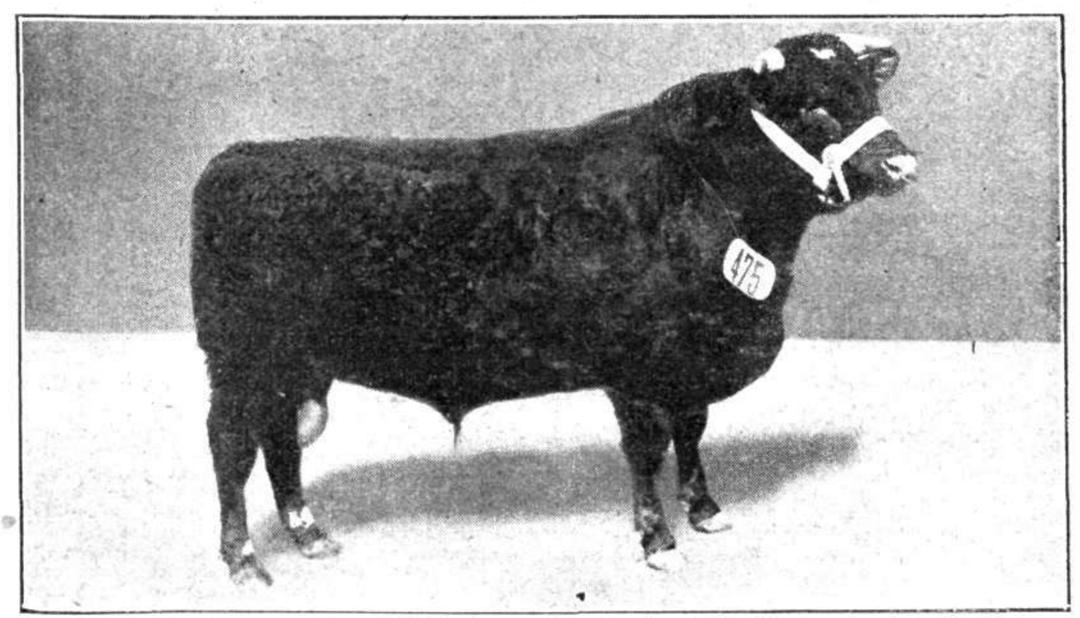
EN BAHIA BLANCA

Allí, en el sur, la exposición de este año no ofreció la competencia tan reñida que se ha visto en años anteriores. El señor Jorge Mathieson, quien fué nombrado por la Sociedad Rural Argentina como jurado, una vez más demostró sus grandes conocimientos de las razas vacunas, siendo sus veredictos generalmente aplaudidos. En las clases Shorthorns se notaba gran interés por la sencilla razón de que varios de los expositores habían ganado ya en dos ocasiones algunos de los valiosos trofeos y este año estaban haciendo un esfuerzo muy especial para ganarlos definitivamente. El contingente de "Dos Marías" fué encabezado por aquel toro de buen cuerno y carne que ganó el primer premio en su categoría en Palermo en el mes de septiembre próximo pasado, ganando en esta exposición el campeonato y varios premios particulares; además, con una vaquillona de excelente calidad, ganó en definitiva para las estancias Cecilio López Ltda. un trofeo valioso.

Las categorías para las razas Hereford y Aberdeen-Angus atrajeron pocos concurrentes y el interés desplegado en ellos fué poco.

Los ovinos en general fueron buenos y, como es natural, mayor competencia se encontraba en las razas Merino y Lincoln. Esta última raza tuvo como representantes algunos animales de gran esqueleto y buena lana, y en cuanto a los Rambouillets no me acuerdo de haber visto nunca un terceto mejor que los ganadores.

En la sección para equinos hubo algunos buenos ejemplares, pero los porcinos no alcanzaron los méritos de los del año pasado. Las ventas resultaron bastante malas.



"Favourite 79.°" primer premio y campeón en Bahía Blanca.

EXPOSICION ANUAL EN BALCARCE

En esta exposición también se notaba falta del interés que en otras oportunidades fué evidente. Algunos expositores nuevos habían entrado para reemplazar otros que ya no se veían, pero teniendo en cuenta las condiciones actuales la exposición puede calificarse de buena. El señor J. J. Malone fué el jurado nombrado por la Sociedad Rural Argentina, actuando tanto en las categorías lanares como en ovinos. Hubo una buena concurrencia de Shorthorns de pedigree y sin pedigree, y el campeonato fué adjudicado a un toro de piernas cortas y de buena calidad, de cuartos excelentes y carnes excepcionales, si bien algo defectuoso en la colocación de la cola, y hubiera sido mejor si tuviera huesos más pesados. El reservado de campeón se encorvaba el lomo al caminar y no era muy bueno en las paletas. Las categorías sin pedigree no alcanzaron ni aproximadamente el grado de mérito de las del año pasado, siendo el campeón este año un tipo de toro bastante mediocre.

Los machos Shorthorns a corral formaron un conjunto espléndido, siendo los ganadores de las categorías para toros de edad ejemplares magníficos. Fueron expuestos por el establecimiento "La Pastoril". En esta sección se exhibieron unas vacas y vaquillonas excepcionales.

En la sección para la raza Aberdeen-Angus sólo concurrieron tres animales, y en la sección para Hereford, dos, pero ninguno de los concurrentes merece mención especial. Entre los ejemplares expuestos en las razas lecheras hubo un toro Holstein muy bueno, que podría ganar contra competidores muy superiores a los que le disputaban el premio.

En la sección lanares el conjunto de los animales fué excelente y la lucha por los principales honores fué muy reñida entre varios criadores de la provincia. Una nota que merece atención fué que algunos de los tercetos ganadores no tuvieron la lana aceitada ni rasqueteada, habiendo sido presentados en espléndida condición natural, cosa rara en exposiciones en este país. Los numerosos carneros de costillares bien arqueados y lomos anchos y derechos llamaron mucho la atención de los espectadores. Los tercetos expuestos en la sección a corral reflejaron gran crédito sobre el dueño del plantel "Los Pinos".

Las categorías para equinos y porcinos resultaron bastante mediocres, tanto en cantidad como en calidad.

El gobernador de la provincia asistió a la ceremonia inaugural, que resultó una función brillante.

EN AZUL, F. C. SUD

Este año en Azul se notaba bastante falta de animación a pesar de que hubo cierta competencia en las categorías Shorthorn y Aberdeen-Angus entre ejemplares de buena calidad. En la sección para Shorthorns de pedigree la cabaña "La Josefina" presentó el gran campeón y la campeona, y también el campeón toro de dos años y el campeón junior. Las cabañas "La Lionel" y de Celedonio Pereda ganaron varios prmios importantes y el establecimiento "Sanquilco" presentó algunos ejemplares muy buenos. Todos los premios más valiosos en la sección para Aberdeen-Angus fueron ganados por la cabaña "La Curumalán con animales típicos, de gran desarrollo y buenas carnes.

En años anteriores la competencia en las clases lanares fué más reñida y varios de los animales de este año faltaban en esqueleto y hueso, pero la lana fué de buena calidad. Llegará el día — y ya no falta mucho — en que los criadores encontrarán que han hecho mal en sacrificar talle por lana. Lo que es necesario para la mayoría de las majadas de este país y en este momento es esqueletos más grandes, costillares más arqueados, mejores cuartos y más del carácter Lincoln inglés en las cabezas.

Geo. A. Peters



SANTA ROSA. — El teniente coronel Arturo Núñez, durante el acto de la toma de posesión del mando, acompañado por el ex gobernador interino señor Teiles y demás autoridades locales.

60.000 GRADOS DE CALOR

Dos profesores de la Universidad de Chicago pretenden que han logrado convertir el metal tungsteno en gas helio. Para ello necesitaron producir una temperatura de 60.000 grados, que es la mayor temperatura conocida.

La temperatura del acero fundido es de 2.000 grados, y la de algunas estrellas se hace ascender a 30.000 grados.

Una descarga de 100.000 voltios se hizo pasar por un alambre de tungsteno. El alambre explotó con un estruendo formidable, produciendo una llama de una luz doscientas veces más brillante que la del sol. El alambre quedó convertido en gas.

Los dos profesores aseguran, además, que se acerca el día en que se podrán convertir en oro los otros metales.

LA NOVIA MUSULMANA

El día de la boda, aun en las familias más modestas musulmanas, la joven novia aparece ataviada con telas de los más vivos colores y profusión de joyas, lo que en la vida normal le está prohibido.

Hay novias que aparecen con más de veinte brazaletes de oro incrustados de piedras preciosas, con tres o cuatro diademas diferentes, con veinte o treinta sortijas y multitud de ajorcas en los tobillos.

El corpiño que llevan está cuajado de bordados de oro representando flores y estrellas, y el gran bombacho es siempre de vistoso color rosa vivo, verde, azul o amarillo brillante.

El musulmán es hombre sentimental y tiene un gran fondo de poesía, y por pobre que sea quiere que el día de la boda su novia vaya ataviada como una reina.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

CONSTRUCCIÓN DE TRANSFORMADORES PARA AMPLIFICACIÓN DE BAJA FRECUENCIA

Como muchos aficionados no disponen, para los gastos de su estación, de sumas considerables, se abstienen de emplear un amplificador, ya sea de una lámpara o de dos, debido al costo aún excesivo de los transformadores para amplificación, de modo que creo que los datos que se dan a continuación serán de interés para aquellos aficionados que se encuentran en las condiciones arriba apuntadas.

Los materiales que se requieren para la construcción de los transformadores son los siguientes: Ante todo, un gran caudal de paciencia de parte del operador Alambre de cobre de 0,05 a 0,1 mm. — no más grueso que esta última medida — aislado con esmalte o barniz, pudiendo adquirirse en plaza en carreteles de 50 gramos, en los que hay alambre para hacer varios transformadores.

Alambre de hierro dulce de medio milímetro cortado en trozos de 20 centímetros cada uno, necesitándose aproximadamente unos 40 a 50 para cada transformador.

Por último, papel parafinado o, mejor aún, aceitado, pero el papel de seda un poco grueso sirve perfectamente, debiendo cortarse tiras de 5 centímetros de ancho.

Para hacer el bobinado se requiere un dispositivo en el que se pueda fijar el carretel y que gire a una velocidad reducida, pudiendo emplearse un torno paralelo de tamaño chico; pero el mejor sistema para este tipo de bobinado es el siguiente:

Asegúrese sobre la mesa fuertemente una morsa, y apriétese entre las mordazas un taladro mecánico de mano, manteniéndolo en posición horizontal, quedando la manivela en la parte superior.

Para comodidad del operador es conveniente que la mesa no sea muy elevada.

Se comprende que dando vuelta a la manivela, un eje aprisionado en el mandril estará en posición horizontal y girará de acuerdo con la velocidad que se imprima a la manivela.

Hágase un tubito de cartón de 13 milímetros de diámetro e introdúzcase en una mecha de ese diámetro o menor, aprisionada en el mandril.

Cúbrase el tubito con varias vueltas de papel parafinado o el que lo reemplace, colocando una gotita de goma para mantenerlo fijo, pudiendo emplearse también una tirita de papel engomado.

Quítese la aislación al alambre de cobre pasándole papel de esmeril, del más fino, hasta que la superficie quede brillante.

Córtese una fracción de alambre de 3 ó 4 milímetros de diámetro y de 20 centímetros de largo, y envuélvase sobre una de las extremidades el alambre al cual se le acaba de quitar el esmalte, haciendo de manera que hagan un buen contacto, pudiendo hacerse una soldadura con pasta para que el contacto sea mejor.

Terminado esto se coloca la parte soldada paralelamente al eje del taladro, y se fija al tubito por medio de varias vueltas de hilo de coser, siendo muy importante que esta unión ocupe el menor espacio posible, pues de otra manera el resto del bobinado resultará algo descentrado con las consiguientes dificultades para bobinar.

Colóquese el carretel que contiene el alambre a bobinar sobre un soporte que le permita desenvolverse libremente.

Envuélvase de nuevo, sobre la soldadura que se ha hecho, papel de seda — dos o tres vueltas — conduciendo entre las vueltas el alambre, hacia uno de los extremos.

Haciendo girar el taladro mecánico con la mano izquierda y guiando con la derecha, comiéncese el bobinado colocando una espira al lado de la otra.

Como este trabajo requiere un poco de práctica sería conveniente realizar algunos ensayos antes de entrar a bobinar el transformador para poder conocer la tensión que debe tener el alambre y evitar que se corte, lo cual no deja de ser un inconveniente fastidioso.

Como el movimiento que se le imprime al carretel es lento, siempre se pueden desenvolver unas espiras, si el alambre no está bien bobinado, para corregir el defecto.

Se comienza el bobinado a medio centímetro de uno de los bordes y se termina al llegar a igual distancia del otro borde, colocando encima dos vueltas de papel de seda o parafinado, y continuando en sentido inverso, es decir, si se bobinaba de derecha a izquierda se continúa ahora de izquierda a derecha, y así sucesivamente hasta hacer 6 capas que constituyen el primario.

A la extremidad que queda, se le suelda otro alambre como se hizo al principio, para que sirva de conductor, y se envuelve todo con varias vueltas de papel para aislar perfectamente el bobinado que se acaba de terminar — primario — del siguiente.

El secundario consta de 14 capas semejantes a las primeras y el procedimiento a seguirse en el curso del bobinado es el mismo.

Terminado éste, se cubre todo con papel de seda y por último papel fuerte de envolver, sobre el cual se pueden colocar varias vueltas de cinta aisladora que constituye una protección muy buena.

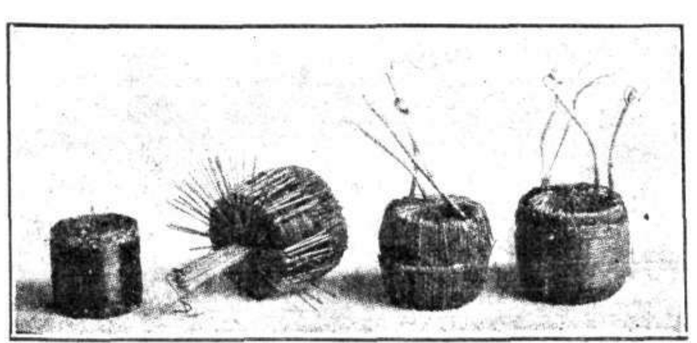
Retírese el bobinado del soporte y llénese el tubito con los alambres para el núcleo, haciendo que queden afuera partes iguales de cada lado.

Dóblense perpendicularmente estos alambres como indica la figura número 2 y rebátanse sobre la superficie superior entrecruzándolos, de manera que constituyan un núcleo cerrado y al mismo tiempo un armazón que protejerá al bobinado de todo golpe.

Para mantener fijo a las extremidades del núcleo envuélvase encima hilo de atar, recortando las puntas que sobresalgan.

Es conveniente colocar los conductores del primario de un lado y los del secundario del otro para no equivocarse al conectarlos, tomando precauciones para que no se corten, siendo conveniente colocarles encima un tubito de goma o emplear en lugar de alambre, flexible de varios hilos delgaditos, pudiendo emplearse flexible para instalaciones de alumbrado eléctrico al cual se le quita el tejido de color, quedando con la aislación de goma.

Estos transformadores se pueden emplear con cualquier circuito de amplificación de baja frecuencia, como asimismo con cualquier tipo de lámpara para amplificación.



ENRIQUE L. REPETTO.



GENERAL ACHA. — El señor Angel C. Rodríguez, gerente de la sucursal del Banco de la Nación, y personal de dicha institución.

El hermoso y moderno edificio del Banco, recientemente inaugurado con gran beneplácito del comercio y vecinos en general, por el progreso que significa para la zona una obra de tal naturaleza.

Comentarios

—¿Jefe de policía, muy distinto
a los otros, Fernández?
—¿No lo ve
que es más primaveral?
—¡Cómo! ¿Por qué
es más primaveral?
—Porque es Jacinto.

* * *



—En coche, la otra noche,
la vi pasar. ¡Qué bella!
Recién pintado el coche
recién pintada ella.
El caso fué grotesco,
pues aun me digo ahora:
¿Olía a barniz fresco
el coche o la señora?

* * *



—Yo he renunciado. ¡Mire qué ofensa!
Quiere el ministro que a toda costa
los langosteros de la Defensa
maten langosta.
Vi, con asombro, que un mentecato
a darle muerte se fué en seguida
y yo le dije: —¡Criminal nato!
¡Langosticida!

* * *

—Alvear sonríe siempre.
—Hay que ir con tiento,
ya que, con su sonrisa, es peligroso,
pues se sonríe cuando está contento
y se sonríe cuando está furioso.
Juzgue usted su sonrisa
después de hablar con él. No tenga prisa.

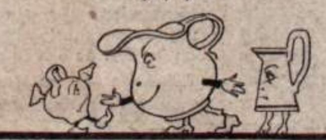
* * *

—Es callada, es correcta.
Casi, casi es perfecta.
—¿Es artista?
—No quiere ser artista.
—¿Es modista?
—Desdeña ser modista.
—¿Pertenece a la secta
llamada feminista?
—Tampoco.
—No lo entiendo. ¿Es partidaria
de alguna agrupación estrafalaria?
que quiere, en un segundo,
transformar este mundo?
—No ha pretendido ser ni secretaria
de un ministro cualquiera.
—Es sorprendente.
—Desea ser ministra únicamente.

* * *

—¡Qué cara tan rara
tiene ese señor!
—Es un ex ministro. ¡Fíjese qué cara
de conspirador.
—Aunque lo negase,
yo afirmo que dice: "Dura lex sed lex"
—Esa es una frase
propia de los *ex*.

* * *



—Loza no se ha destacado
ni se puede destacar.
—¿Y qué vamos a esperar
de un ministerio enlozado?

* * *

—Por ir como una saeta
se dió un porrazo muy fuerte,
pero la motocicleta
no se hizo nada.
—¡Qué suerte!

* * *

—En cuanto hace calor
no me puedo mover.
—Cómprese usted un rancho con motor.
—¿Y eso me hará moverme?
—Puede ser

* * *

Al verle tan grosero,
alguno le decía:
—¡Mida usted sus palabras, caballero!
Luego a la poesía
se dedicó, y alguno, el otro día,
le dijo horrorizado:
—¡Qué mal mide sus versos, compañero!
El pobre, abochornado,
gruñó:
—¡Soy un desastre!
Todo lo mido mal. Está probado.
No sirvo ni siquiera para sastre.

* * *



Viendo a Noel, dice un hombre prudente:
—Este problema es realmente inquietante.
¿Es elegante por ser intendente
o es intendente por ser elegante?

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, cuentos, novelas y notas: Jarabín de Picopete, por **Ernesto Mario Barreda.** El cazador de fotógrafos, por **el Vizconde de Lascano Tegui.** Versos a la hija de la tabernera, por **Luis Cané.** La vuelta al redil, por **Julián de Charras.** Romance de Blanca Flor, por **Alfredo R. Bufano.** La simpatía del dolor, por **Rafael Ruiz López.** El secreto de mis bosques, por **Santiago Maciel.** La muerte de la Pytia, por **Catina Prycha.** La victoria de las camaroneras, por **Ricardo Palma.** Friquette, por **Charles Henry Hirsch.** El diablillo de la isla, por **Ralph Stock.** El escondrijo de Wade, por **J. J. Chichester.** El violín, por **Henry Frichet.** Isaac, por **H. Mortimer Batten.** Un gran servicio de Sarrasqueta, por **Redondo.**